

**ROMA Y JERUSALÉN EN SU TRÁNSITO DE CIUDADES ROMANAS A  
CIUDADES CRISTIANAS. UN ANÁLISIS DESDE LA OBRA DE SAN  
JERÓNIMO**

**Presentado por:**

**Kenny Lavacude Parra**

**Director:**

**Hernán Darío Cardona Ramírez, Sdb**

**Monografía para optar por el título de Magíster en Teología**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE TEOLOGÍA  
POSGRADOS**

**BOGOTÁ, D.C. – ABRIL DE 2020**

*A mi adorada mamá*

## Tabla de contenido

Introducción .....	4
1. San Jerónimo, itinerario de un viajero .....	9
1.1. Ruta vital de San Jerónimo a través de la geografía imperial .....	9
1.2 Ruta de las cartas de San Jerónimo .....	21
1.3 La mente de San Jerónimo: ¿Una tercera ruta? .....	24
2. La ciudad y el campo en el tránsito del imperio romano al imperio romano-cristiano .....	26
2.1 Equipamiento e identidad social de la ciudad romana del siglo V .....	28
2.1.1 Significado del equipamiento urbano en las obras de San Jerónimo .....	34
2.1.1.1 El lujo y la sencillez .....	34
2.1.1.2 La locuacidad y la apariencia .....	36
2.1.1.3 Justicia, defensa y diversión .....	37
2.1.1.4 Atención a los miserables .....	37
2.1.2 La ciudad romano-cristiana: infraestructura y mentalidad .....	41
2.1.3 La ciudad romano-cristiana: costumbres y valores .....	44
2.1.3.1 Juicio a las ciudades .....	47
2.1.3.2 Condena a las costumbres urbanas .....	48
2.2 El campo .....	51
3. La sociedad romano cristiana en la época bajoimperial .....	56
3.1 Implantación del cristianismo .....	56
3.2 Conflictos religiosos bajoimperiales .....	60
3.2.1 El paganismo .....	60
3.2.2 La herejía .....	66
3.3 La conversión en la sociedad romana .....	69
3.4 Panorama social del Imperio: los ricos y los pobres .....	74
3.4.1 Los ricos y los signos de la riqueza .....	75
3.4.1.1 La educación como signo de prestigio .....	75
3.4.1.2 La participación en la vida pública .....	79
3.4.1.3 La práctica de las obras de caridad y la promoción del culto .....	80
3.4.2 Los pobres y el sentido de la pobreza .....	82
3.4.2.1 Elogio de la pobreza .....	83
3.4.2.2 Denuncia de la pobreza .....	87
3.4.2.3 Pobreza y empobrecimiento .....	88
3.5 Las costumbres cristianas en las ciudades romanas .....	90
3.6 La Iglesia y el poder temporal .....	90
3.7 Imagen de la mujer cristiana .....	92
4. Contribución de los pueblos bárbaros en la transformación del escenario romano ...	95
4.1 Las fuentes de San Jerónimo .....	96
4.1.1 El contacto directo con los pueblos bárbaros .....	96
4.1.1.1 Los bárbaros en Panonia .....	96
4.1.1.2 Tréveris y la ruta desde Roma y hacia Aquileya .....	97
4.1.1.3 El Oriente jeronimiano .....	98
4.1.2 Un sistema de prensa .....	100
4.2 Las invasiones bárbaras .....	101
4.2.1 La batalla de Adrianópolis .....	102
4.2.2 Una década de guerra .....	109

4.2.2.1 El inicio: “Innumerabiles et ferocissimae nationes uniuersas Gallias occuparunt” .....	109
4.2.2.2 El final: “Nihil longum est quod finem habet” .....	113
5. Entre Oriente y Occidente: Roma y Jerusalén, dos modelos de ciudad .....	118
5.1 El Occidente romano .....	119
5.1.1 La huella de Roma .....	119
5.1.1.1 Roma, sede de la ortodoxia cristiana .....	120
5.1.1.2. Roma, sede de contradicciones morales .....	122
5.1.1.3. Presente y futuro de la urbe .....	124
5.1.1.3.1 Roma, síntesis del mundo .....	126
5.1.1.3.2 Roma, ciudad victoriosa .....	127
5.1.1.3.3 Roma, ciudad especial .....	129
5.1.1.3.4 Roma, ciudad conquistadora.....	131
5.1.1.3.5 Roma, ciudad ilustre .....	132
5.1.2 La Roma de san Jerónimo: El testimonio de una transformación .....	134
5.2 El Oriente romano .....	135
5.2.1 Primer viaje a Oriente.....	136
5.2.2 Segundo viaje a Oriente.....	138
5.2.3 Jerusalén: ¿Ciudad superior o igual a las demás? .....	142
5.2.3.1 Elogio de la ciudad .....	144
5.2.3.1.1 Jerusalén es diferente a Roma .....	145
5.2.3.1.2 Jerusalén es tierra de paz .....	146
5.2.3.1.3. Jerusalén es superior en gloria a otras ciudades .....	146
5.2.3.2 Crítica a la ciudad .....	147
5.2.3.2.1 Jerusalén no es diferente de Roma .....	148
5.2.3.2.2 Jerusalén es tierra de guerra.....	149
5.2.3.2.3 Jerusalén es igual a las demás ciudades.....	149
5.3 Relato jeronimiano de la destrucción de Oriente.....	150
Conclusiones.....	154
Bibliografía.....	160
Índice de Tablas.....	182
Índice de esquemas .....	183

## Introducción

Un reportero contemporáneo de cualquier país podría iniciar su crónica diaria de esta forma: “Lo que ahora voy a narrar no son calamidades de algunos desgraciados, sino la frágil situación de la misma condición humana. El alma se horroriza siguiendo las catástrofes de nuestros tiempos”<sup>1</sup>. O de esta otra: “naciones chocando con naciones y reinos con reinos: los unos siendo torturados, los otros asesinados, éstos arrastrados por las olas, aquéllos llevados a la esclavitud; aquí bodas, allí duelo; unos naciendo, otros muriendo; algunos nadando en riquezas, otros mendigando”<sup>2</sup>. Una vez narrada la noticia, podría poner un colofón de corte ecológico del siguiente estilo: “Y, una vez arrasadas las ciudades y muertos los hombres, se producirá también la mengua y desaparición de los animales, de las aves y de los peces”<sup>3</sup>. Son frases muy actuales y reveladoras de la situación que atraviesa el mundo. Sin embargo, dieciséis siglos nos separan de su autor. No se trata de un reportero ni de un cronista, sino de un hombre que asistía asombrado, perplejo, a un cambio de siglo -del IV al V- y con él, a una profunda transformación de la mentalidad de su escenario vital: el Imperio Romano.

Hacemos referencia a San Jerónimo, un testigo cualificado de los acontecimientos que marcaron el inicio del fin del Occidente romano: incursiones bárbaras, enfrentamientos con los persas, triunfo del cristianismo sobre el paganismo, proliferación de sectas cristianas, radicalización de la división del Imperio, transformación urbana, repoblación rural. En forma tácita o explícita, estos hechos han llegado hasta nosotros gracias a la prolífica labor literaria del santo de Belén.

La producción literaria de Jerónimo es la síntesis de su vida de cristiano, monje, sacerdote, asceta, intelectual y polemista. Es la imagen de un viajero que, yendo de un lado a otro del Imperio, fue capaz de recabar a lo largo de muchos años, una copiosa y valiosa información más una importante experiencia de vida que luego plasmaría en sus obras. La peregrinación de Jerónimo desde su lugar de nacimiento, Estridón, hasta su lugar de consagración monástica, Belén, pasando por varias ciudades del Oriente y el Occidente romanos, ha quedado como testimonio en sus escritos, de los cuales se

---

<sup>1</sup> *Epistolario. (Ep.)* 60, 16.

<sup>2</sup> *Ep.* 60, 18.

<sup>3</sup> *Comentario a Sofonías*, 658.

pueden extraer algunos elementos sociales, culturales, políticos e ideológicos que nos aproximan a una comprensión del mundo romano tardío. Jerónimo se convierte de esta forma, y tal vez sin pretenderlo, en un excelente compañero para emprender un viaje a lo largo y ancho del vasto Imperio Romano y para comprender la época que fue quizá, el inicio del final del mundo antiguo y el comienzo de un nuevo orden universal.

El trabajo que se presenta ahora, contiene el resultado de un largo proceso de investigación que perseguía dos objetivos. El primero, reconstruir el itinerario de Jerónimo a través de las ciudades del Imperio Romano mediante una lectura crítica y analítica de su obra. El segundo, identificar y describir las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales de las ciudades imperiales de Oriente y Occidente de finales del siglo IV y comienzos del V.

Para el alcance de los objetivos se ha ido al escenario de la vida de Jerónimo, desde un acercamiento a su tiempo, a su persona y a su obra, mediante el estudio crítico de sus escritos y la lectura atenta de la rica bibliografía jeronimiana construida durante más de quince siglos. Luego, se dio un paso al regresar al presente, e interpretando los datos recabados, se ha trascendido el mero hecho de nombrar, contar o fechar, para intentar comprender el proceso histórico que enfrentamos.

Se logró la respuesta al problema de investigación planteado a través de dos perspectivas metodológicas: la primera es histórico-cronológica, lo que significa llevar a cabo un estudio diacrónico y sincrónico de los hechos y datos; la segunda es lógico-sistémica, la cual implica la articulación y estructuración de los datos contenidos en las fuentes para, a través de diversos procesos interpretativos, extraer su sentido a la luz de la extensa bibliografía disponible. El resultado es el presente trabajo, organizado en cinco capítulos que parten de la vida de Jerónimo para, después de haber recorrido el Imperio, llegar al análisis de dos modelos de ciudad bajoimperial: una de Occidente y otra de Oriente.

El capítulo primero presenta a Jerónimo como una especie de *“homo viator”* que recorre el Imperio Romano a través de sus viajes y de su correspondencia. El lector adivinará además, un tercer itinerario paralelo a los anteriores por medio del cual, la mente del monje de Belén seguirá visitando las ciudades de Oriente y de Occidente, reviviendo permanentemente su nostalgia de Roma. La biografía de Jerónimo deja

entrever los rasgos generales del arquetípico ciudadano bajoimperial, inmerso en un mundo que afronta unos cambios tan profundos y acelerados que apenas se dejan asir y comprender.

La reconstrucción del triple itinerario de Jerónimo -viajes, cartas, mente- se ha hecho a partir de la rica bibliografía que desde el siglo XIX se viene generando sobre el monje de Belén. Se han incorporado algunos datos aportados por sus principales biógrafos, clásicos como Sigüenza (1853), Cavallera (1922), Penna (1952) o Steinmann (1959), y otros más recientes como Berschin (1989), Kelly (1975), Rebenich (1992) o Valero (1995). Se consideran particularmente valiosos el volumen *Miscellanea Geronimiana*, publicado en Roma en 1920, con ocasión de la celebración del decimoquinto centenario de su muerte más un par de artículos muy completos; uno, escrito por H. Leclercq, que aparece en el DAC<sup>4</sup> y otro, el de Forget, en DTC<sup>5</sup>. Otros escritos más antiguos sobre la vida de Jerónimo, a excepción de la crónica de Marcelino<sup>6</sup>, carecen de valor documental y pueden ser considerados obras piadosas. La correspondencia y las obras de Jerónimo han sido la fuente principal para esta aproximación a su vida. Asimismo, se revisó la obra de una larga lista de investigadores que se han ocupado de aspectos particulares además de interesantes, sobre la vida de Jerónimo. Algunas obras de carácter teológico o filológico también aportaron claves para la interpretación de textos particulares.

En el capítulo segundo, se hace un acercamiento al espacio urbano y rural del Imperio a partir de los elementos que, de forma explícita o implícita, ha dejado Jerónimo en sus escritos. No se trata de un estudio erudito sobre urbanismo o ruralismo, sino de un ejercicio de construcción de escenarios a partir de los datos aportados por Jerónimo en sus obras. Cuando se habla de escenarios, se hace referencia a un conjunto de elementos materiales y humanos circunscritos a un tiempo y espacio determinados. Por esa razón, la presente investigación no se limita a una mera descripción física, sino que ahonda en los significados sociales y culturales desprendidos de los datos. Sobre el estudio del campo y la ciudad en el Imperio Romano abundan obras de muy buena calidad, entre las cuales, según la intención de este estudio, descuellan las de Malave (2000), Keay (1993) y González Román (1997).

---

<sup>4</sup> Vol. VII, ec. 2235-3304.

<sup>5</sup> Vol. VIII (1924), ce. 894-983.

<sup>6</sup> Editado por Mommsen en MGH., *Auctores Antiquissimi*, Vol. II.

El capítulo tercero es el de mayor volumen y el más significativo de todo el documento. Pone de relieve la convivencia del viejo mundo romano con el nuevo mundo cristiano en una interesante dialéctica de retroalimentación mutua, en la que se evidencia la cristianización del Imperio y la romanización de la Iglesia, fenómenos que contribuyen a la configuración de la ciudad romana tardía. Jerónimo es en este sentido, el paradigma de un mundo conservador y revolucionario. A la vez, en él late la lucha del romano que se sabe en un nuevo orden, pero que no puede o no quiere abandonar el antiguo, y al final opta por construir una tercera vía, un novísimo mundo, síntesis de los dos.

En este sentido, se evitaron tópicos como la consideración de un Imperio decadente o la irrupción de un mundo cristiano sin más, que borra de plano la romanidad y surge como una realidad totalizante al margen de la tradición clásica. Por el contrario, se ha querido dar al problema una dimensión hermenéutica<sup>7</sup> a través del diálogo entre los elementos tradicionales de la cultura, con los elementos revolucionarios del orden emergente. El estudio de este período de la historia romana ha generado muchas y muy buenas obras, entre las que sobresalen las de Candau (1990), Curran (1997), Gabba (1978), Thierry (1981) y McDermott (1982), cuyo análisis entre otros, se han incluido sin desoír clásicos como Gibbon (2003) y Brown (1997).

El capítulo cuarto presenta el estudio de las invasiones de los pueblos bárbaros a partir de la particular mirada de Jerónimo, puesto que este fenómeno social, cultural y político dejó una honda huella en la configuración del mapa imperial, particularmente en las ciudades que fueron víctimas de las razias extranjeras. De la mano de Jerónimo se ha ahondado en dos hitos de las tres décadas de invasiones, esto es, la batalla de Adrianópolis ocurrida en 378 y el saco de Roma de 410. Las pocas líneas dedicadas por Jerónimo a este proceso histórico son quizá, las más reveladoras sobre la situación social y política del Imperio además de la moral de la población. En este caso, la bibliografía revisada también fue abundante, pero quienes más iluminaron la reflexión fueron Gabba (1978), Brown (1997) y Heather (2006).

El capítulo final, se ha dedicado al estudio de dos ciudades, una de Occidente, Roma, y otra de Oriente, Jerusalén. Estas ciudades pueden dar la impresión de inmediato, de representar el mundo romano y el mundo cristiano, pero el análisis logra sorprender. En

---

<sup>7</sup> Gadamer, *Verdad y Método*, 1991.

todo caso, recorrer las dos ciudades bajo el prisma jeronimiano nos sitúa ante la apasionante imagen de dos escenarios aparentemente conocidos, pero con mucho por descubrir. Los clásicos Símaco y Orosio, y los más actuales como Brown (1972), Giardina (1986), Kolb (1992) y Depeyrot (1996), forman parte de la extensa bibliografía consultada en este capítulo.

Por último, se incluyó una serie de tablas que cumplen la función de orientar mejor al lector en la comprensión del mundo romano tardío asociado a la vida y obra de Jerónimo y viceversa. La bibliografía elaborada incluye obras muy conocidas, también algunas novedades provenientes de la escuela americana que iluminan la reflexión sobre la época que nos ocupa y sobre la figura de Jerónimo. Fue oportuno contar con la nueva edición de las *Obras Completas de San Jerónimo*, promovida por la Orden de San Jerónimo y editadas por la BAC, cuyos primeros tomos fueron publicados en 1999 y el último en 2008.

No se cree en absoluto haber agotado el tema que ocupa la presente obra, por el contrario, se aspira a dejar abierta una pequeña brecha a través de la cual muchos investigadores entren y permitan dar a conocer cada vez más y mejor, de la mano de Jerónimo, la riqueza de hechos y significados del escenario romano tardío.

## 1. San Jerónimo, itinerario de un viajero

Como viajero incansable, San Jerónimo es un personaje más que autorizado para acompañar la reflexión sobre las ciudades romanas en su tránsito de conversión a ciudades cristianas. En efecto, su vida transcurrió entre el Oriente y el Occidente romanos, hasta hallar descanso en el monasterio de Belén. No obstante, se pueden identificar dos itinerarios más en la vida del monje: el de sus cartas y el de su mente. Ambas, vagaron de uno a otro lado del Imperio. De este modo, el presente capítulo describe estos tres itinerarios y cómo cada uno de ellos acumula hechos, datos e impresiones que permiten extractar elementos para comprender la época.

Referirse a la centuria que abarca la segunda mitad del siglo IV y la primera del V en el mundo romano, significa enfrentarse a una época de grandes y profundos cambios cuyas causas y efectos se entrelazan y se confunden en una trama de hechos y de significados que configuran la nueva identidad cristiana del Imperio y anticipan el fin del Occidente Romano.

Esta privilegiada época es el escenario de vida de Jerónimo, el polemista, el monje, el exegeta y, ante todo, el hombre que encarnó la nueva identidad del ciudadano del imperio, íntegramente y al mismo tiempo, romano y cristiano. Sus viajes, sus experiencias, su talento, su memoria y su indudable inteligencia, unidos a una cadena de fieles amigos dispersos por el orbe, le permitirán construir una visión particular del mundo romano en las postrimerías del poder Imperial.

### 1.1. Ruta vital de San Jerónimo a través de la geografía imperial

Jerónimo o Eusebius Hieronymus, en la versión latina de su nombre, nació<sup>8</sup> hacia el año 347<sup>9</sup>, cuando reinaban los hijos de Constantino, Constancio y Constante, en Oriente y

---

<sup>8</sup> No se conoce con exactitud la fecha de nacimiento de Jerónimo. Los diferentes biógrafos y comentaristas dan diferentes fechas basándose en la crítica textual de algunas de sus obras.

El primer escritor que señala una data precisa para el nacimiento de Jerónimo es Próspero de Aquitania, quien la fija en el año 331. Esta fecha, seguida por muchos en los siglos sucesivos, puede considerarse hoy como definitivamente abandonada por no estar acorde con múltiples indicaciones del mismo Jerónimo. Todos tienden a considerarle algunos años más joven. Uno de sus últimos biógrafos, por ejemplo, le asigna dieciséis años menos, haciéndole nacer en 347. Otros se contentan con fechas intermedias como 342, 346 o bien, de forma más genérica, los primeros años del decenio 340-350. Esta última data es sin duda, la más verosímil y también la más prudente por cuanto evita una precisión que solo muy vagamente justificarían las fuentes. Entre las distintas indicaciones dadas por Jerónimo, recuérdese que se dice “niño” (*puer*) a la muerte de Juliano el apóstata (junio 363) y pone la composición de *Adversus Helvidium* (383) en su “adolescencia” (*in adulescentia*). Por otra parte, se denomina “viejo”

Occidente respectivamente, en la ciudad dálmata de Estridón<sup>10</sup>. Sobre la infancia de Jerónimo no se tienen noticias de la época, pero suponemos que transcurriría entre juegos y risas bajo el cuidado atento de sus padres<sup>11</sup> y maestros, al igual que los demás niños acomodados de su tiempo. Desde temprana edad (entre los diez y los doce años<sup>12</sup>) hasta un poco más de los veinte<sup>13</sup> años, se encontrará en Roma<sup>14</sup> realizando estudios de

---

(*senex*) en 375-377 y habla de sus canas, refiriéndose al año 386. En fin, insiste en hacer constatar su ancianidad respecto a Agustín, a quien llama “hijo por el número de los años” (*aetate filii*). Penna, *San Jerónimo*, 9.

<sup>9</sup> Para el presente trabajo se siguió la fecha sugerida por Valero en *San Jerónimo Epistolario I*: “Con toda probabilidad Jerónimo nacería a mediados del siglo IV. De este punto se han ocupado los biógrafos modernos con especial ahínco, aunque pocos han corregido al gran biógrafo F. Cavallera, que propone como fecha de nacimiento el año 347”. Dos documentos más actuales sobre la fecha del nacimiento de Jerónimo son los estudios de Booth. *The Date of Jerome's Birth*, 346-352.

“Jerome was born at Stridon, in Dalmatia, almost certainly in the year 331. We have this date from Prosper of Aquitaine, lay theologian and chronicler, whose life (c. 390-c. 455) overlapped with his. Because of certain difficulties it has been thought to raise, most recent biographers have postulated a rather later date, usually in the middle forties of the fourth century”. Kelly, *Jerome His life, writings and controversies*, 1.

La anterior afirmación deja ver cómo el autor se aparta de estos estudios y vuelve a la clásica versión de Próspero de Aquitania, 1.

<sup>10</sup> Cavallera, *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, 3.

Otros autores siguieron a mediados del siglo XX el estado de la cuestión sobre la ciudad de Estridón.

“Más discutida aún es la identificación de Estridón, el *oppidum* que vio nacer a Jerónimo. Ningún geógrafo o historiador de la antigüedad habla de esta pequeña ciudad de la que no poseemos ninguna referencia arqueológica o toponímica... Si se examina la copiosa bibliografía sobre la materia, se puede emprender un viaje divertidísimo en busca de esta inasequible Estridón, que cambia de lugar a tenor de los distintos gustos, desde las cercanías de Aquilea o de Lubiana hasta las riveras del Sava (Murakoz), desde Istria (Sdrigna) hasta el estrecho de Sebenico o, más al interior, hasta Grahovopolje, junto a Glomoc. El problema tiene siempre como punto de partida la noticia autobiográfica de Jerónimo: *Hieronymus natus patre Eusebio, oppido Stridonis, quod, a Gothis eversum, Dalmatiae quondam Pannoniaeque confinium fuit (De viris 135)*”, Penna, *San Jerónimo*, 10.

Peña, *Actuaciones de San Jerónimo en la conciliación de las culturas pagana y cristiana*, vol. 7.

Kelly, *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 1-5.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 5-6 y Valero, *San Jerónimo Epistolario I*, 12.

<sup>12</sup> Kelly, considera el rango de los 6 a los 12 años la edad de los estudios elementales y la escuela, más que un tutor personal, el escenario de su educación:

“It was at Stridon, naturally, that he attended his elementary school (‘*ludus litterarius*’), the normal age for which was 6/7 to 11/12 years. Some have conjectured, without any solid grounds, that at this stage he must have been taught by a tutor at home, but this is on balance improbable. Private instruction of that kind was in the fourth century restricted to extremely rich, aristocratic families. In any case Jerome recalls having been dragged from his grandmother’s arms to his ‘enraged Orbilius[...]. In the western empire these elementary schools existed everywhere, in small places and big alike; they consisted generally of a modest room, often opening on the porticoes of the town forum and sheltered from the weather, the din of the streets, and prying eyes by a heavy curtain. Jerome’s curriculum must have consisted largely of reading and writing, with the memorising and recitation of short texts[...]”. *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 7-8.

<sup>13</sup> “La fecha de finalización de sus estudios la ignoramos, pero se puede fechar hacia el 370; para entonces había cumplido ciertamente los 20 años que estipulaba la ley de Valentiniano como límite de residencia de los estudiantes en la provincia de Roma (Cod. Theod. XIV, t. IX, del 12 de marzo del 370)”. Cavallera, *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, 17.

<sup>14</sup> No se sabe a ciencia cierta por qué fue enviado Jerónimo a Roma, teniendo más cerca importantes ciudades como Aquilea o Milán, en su momento sedes imperiales. La razón más plausible sería el gran talento del pequeño Jerónimo que animó a sus padres a enviarlo a las mejores escuelas del Imperio, las cuales, justamente se encontraban en Roma. Kelly, *Jerome: His Life, Writings and Controversies* 10-11.

gramática y retórica<sup>15</sup>, mientras de forma activa -escuela y lectura- y pasiva, - contacto social y contemplación de los valores patrios-, asume esa identidad tan típica del Imperio, denominada romanidad<sup>16</sup>, o sea mientras se hacía auténticamente romano<sup>17</sup> en virtud de sus estudios y de su experiencia personal. Los escritos posteriores de Jerónimo testimonian hasta qué punto aprovechó esta etapa de formación y la huella que dejaron sus maestros -profesores y autores clásicos- tanto en su vida como en su forma de comprender el mundo y su acontecer.

En Roma, el joven Jerónimo se deja impresionar por diferentes elementos de la fe cristiana y animado por un particular grupo de amigos con quienes acude a las basílicas y a las tumbas de los mártires<sup>18</sup>, recibe el bautismo<sup>19</sup> y se introduce en la comprensión de una fe en expansión que se enfrentaba todavía al reto de construir un aparato teórico plausible para los fieles nuevos y antiguos, que reclamaban a la Iglesia la explicación de los misterios que la rodeaban y que ella misma predicaba y celebraba.

Con una completa formación clásica y con una incipiente formación cristiana<sup>20</sup>, Jerónimo abandona Roma y se dirige con su amigo Bonoso a Tréveris<sup>21</sup>, sede de la corte

---

<sup>15</sup> Ibíd. 9-11, y Valero, *San Jerónimo Epistolario*, 12-13. Dedicó también unas interesantes páginas a las escuelas de gramática y retórica, 15-27.

<sup>16</sup> Al hablar de romanidad, Araya manifiesta que no se hace referencia al conjunto de valores, costumbres, ideas y usos de los romanos. Por su parte, romanización es el proceso mediante el cual las personas y las comunidades adquirían la romanidad, la cual se tomaba por nacimiento o por adopción, lo mismo que de manera libre u obligada. Aparentemente todas las personas romanizadas se sentían orgullosas de su romanidad, pero esto no es del todo seguro, sobre todo en el caso de los esclavos o de los pueblos que habían sido colonizados en confrontaciones bélicas de larga duración o con un excesivo número de víctimas. En todo caso, tanto para los romanos tradicionales como para las nuevas generaciones de romanos por adopción, los valores, los usos y las costumbres romanas serían fuente de orgullo e inspiración a la hora de defender su ideología. El advenimiento del imperio cristiano rompería algunos de los elementos básicos de la romanidad, como el paganismo. No obstante, no sería exacto pensar en una ruptura general; quizá, fue mucho mayor la continuidad. Asistimos a una cristianización de lo romano pero también a una romanización de los cristianos. Heather, *La caída del imperio romano*, 19-70.

Para su formación clásica, Jerónimo contó con dos maestros de renombre en su tiempo: el retórico Mario Victorino y el gramático Aelio Donato. Sobre este aspecto y en general sobre la educación de Jerónimo, Jaureguizar, en *San Jerónimo y los clásicos*, presenta suficiente información. Hornedo profundiza sobre los elementos ideológicos de la romanidad en Jerónimo y afirma: “En lo sucesivo, la voz ‘romano’, que había dejado de ser un epíteto geográfico, pasaba a designar una identidad cultural potencialmente accesible a todos” *Semblanza literaria de San Jerónimo*, 69.

<sup>17</sup> Valero, *San Jerónimo Epistolario* 27-30.

<sup>18</sup> Marcos, M. *Obras completas de San Jerónimo I. Obras homiléticas*.

<sup>19</sup> Steinmann, J. *Saint Jerome and His Times*, 30-33.

<sup>20</sup> “[...] no dudará en reconocerse a sí mismo como auténtico *homo romanus* [...]. La romanidad de Jerónimo es evidentemente una romanidad confesional [...] Jerónimo es “hombre romano” en su totalidad. Roma se convertiría para él en un puerto espiritual al que regresa continuamente. Hacia Roma convergen sus mejores recuerdos. En Roma se formó el humanista y en Roma se formó el cristiano” Valero, *San Jerónimo Epistolario*, 27.

<sup>21</sup> *Epistolario*. 3, 5.

de Valentiniano, al parecer en busca de un puesto de trabajo en la burocracia imperial<sup>22</sup>. Es probable que de esta época provenga el conocimiento que Jerónimo tiene de los pueblos bárbaros del limes renano danubiano, los cuales enumera con gran propiedad en varias de sus obras escritas en Belén, y de la política exterior del Imperio<sup>23</sup>.

El destino siguiente es Aquileya<sup>24</sup>, ciudad vecina de su natal Estridón. Corre el año 370 y Jerónimo dedica sus días y talento a afianzar sus conocimientos sobre la religión cristiana. En este tiempo, amplía su círculo de amigos y perfila su vocación religiosa. En Aquileya despierta la vena polemista de Jerónimo que nunca lo abandonaría y que al parecer, fue este rasgo de su personalidad unido al de su explosivo carácter, el que lo aleja de los círculos intelectuales de la ciudad y le obliga a emprender una especie de huida a Antioquía<sup>25</sup>.

---

Se hace una valoración de la ciudad desde el punto de vista de la ideología de Estado y del proyecto de expansión de la cultura romana: “[Roma, en el siglo IV], había dejado de ser un centro político administrativo de importancia. Se habían desarrollado nuevos centros de poder mucho más próximos a las principales fronteras del imperio, en especial a finales del siglo III y principios del IV. En el interior de Italia, Milán, situada al norte de Roma y a varios días de viaje de la metrópoli, había surgido como sede principal del gobierno imperial efectivo. En otros lugares, y en momentos diferentes, Tréveris, junto al Mosela, Sirmio, en la confluencia del Save y el Danubio, Nicomedia, en Asia Menor, y Antioquía, en las cercanías del frente persa, habían adquirido importancia, particularmente en tiempos de la tetrarquía de Diocleciano, ya que los cuatro emperadores gobernantes actuaban en esferas geográficas distintas”, . Heather, *La caída del Imperio Romano*, 46.

También, “En el siglo IV, las cosas se estabilizaron un poco: Milán y Tréveris en Occidente, junto con Antioquía y una nueva capital, Constantinopla, en Oriente, surgieron como centros administrativos y políticos predominantes en el imperio”. (Ibíd).

Siguiendo con su exposición acerca de la importancia que había adquirido Tréveris en la época, considera que “[...] Tréveris era una ciudad romana hasta la médula, y que lo llevaba siendo mucho tiempo”. 56. Y que “Tréveris y sus inmediaciones no eran, tal como las presentaba Simaco. Semibárbaras, sino un espacio de verdadera civilización romana”. 67.

<sup>22</sup> Valero, J. *Cartas* 2, 31.

<sup>23</sup> *Epist.* 46, 48, 49, 57, 59, 64, 65, 66, 69, 70, 72, 74, 77, 78, 79, 80, 81, 84, 97, 107, 123, 127, 128, 129, 139, 146 o 153

<sup>24</sup> Valero, *San Jerónimo Epistolario*, 33-36.

Kelly, J. *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 34.

Aquí sugiere que el destino que tenía en mente Jerónimo (y sus amigos Bonoso, Heliodoro, Rufino y Evagrijo) era Jerusalén: “Like many others of that generation, he resolved to go as a pilgrim for Christ to the east and to Jerusalem”, basado en *Eps.* 22, 30: “*Cum... propter caelorum me regna castrassem Hierosolymam militaturus pergerem[...]*”. Finalmente, el grupo se dispersó y “Rufinus sailed off to Egypt, Bonosus was to settle a hermit on a rocky island in the Adriatic, Heliodorus went on pilgrimage to Jerusalem quite separately, Evagrius accompanied by Innocentius returned home to Antioch” (Ibíd, 34-35).

<sup>25</sup> Cavallera, *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, 25; y Valero, *San Jerónimo Epistolario*, 36-39.

Basándose en la *Ep.* 3, 3 expone que Jerónimo veía el viaje a Antioquía como una escala que le llevaría a Jerusalén: “He was dedicating himself to the kingdom oh heaven, i. e. to the ascetic life, and his immediate plan (a plan to be fulfilled after many years) was to go to Jerusalem, which as well as being a mecca for devout pilgrims was beginning to attract monastic aspirants”. En el desierto de Calcis, Jerónimo abandonaría la idea de establecerse en Jerusalén: “Many prefer to place the episode –el famoso sueño jeronimiano, narrado en la *Ep.* 22, 30, ver nota 26- a year or two latter, when he had retired to the desert of Chalsis, but against this is this own statement that it occurred when he was still making his way to Jerusalem –a project he must have put off when he withdrew to the desert [...] For this abandonmet of

El viaje a Antioquía tiene un importante significado en la vida de Jerónimo. Por una parte, lo enfrenta a la experiencia de la muerte, encarnada en sus amigos Inocencio<sup>26</sup> e Hylas, quienes perecieron a causa de las penurias del viaje<sup>27</sup> y la enfermedad sufrida en carne propia. Por otro lado, afronta un problema que quizá lo atormenta desde hace muchos años: la lucha interna entre el paganismo<sup>28</sup> y el cristianismo, una situación existencial de disociación interior que pedía una solución urgente. El momento más álgido de este enfrentamiento interior ha llegado hasta nosotros a través del llamado “sueño jeronimiano”, tantas veces estudiado y representado en diversas obras de arte:

Ya se preparaban mis exequias, y en mi cuerpo helado el calor vital del alma sólo palpitaba en un rincón de mi pecho también tibio, cuando, arrebatado súbitamente en el espíritu, soy arrastrado hasta el tribunal del juez, donde había tanta luz y del resplandor de los asistentes salía tal fulgor que, derribado por tierra, no me atrevía a levantar los ojos. Interrogado acerca de mi condición, respondí que era cristiano. Pero el que estaba sentado me dijo: ‘Mientes; tú eres ciceroniano, tú no eres cristiano; pues donde está tu tesoro, allí está tu corazón’.

Enmudecí al punto, y entre los azotes -pues había el juez dado orden de que me azotaran- me atormentaba aún más el fuego de mi conciencia, considerando dentro de mí aquel versículo: Mas en el infierno, ¿quién te alabará? Pero empecé a gritar y a decir entre gemidos: Ten compasión de mí, Señor, ten compasión de mí. Este grito resonaba entre los azotes. Al fin, postrados a los pies del presidente, los asistentes le suplicaban que concediera perdón a mi mocedad y me permitiera hacer penitencia por mi error; que ya terminaría yo de cumplir el castigo si alguna vez en lo sucesivo leía los libros de las letras paganas. En cuanto a mí, puesto en un trance tan terrible, estaba dispuesto a hacer

---

the project see Letter 5, 1 (written from the desert), which speaks of his desire to go to Jerusalem as having been extinguished... At last, after his many vacillations and excuses, Jerome made up his mind and went off, not to Jerusalem, but to the Syrian desert.” 41-46.

<sup>26</sup>“*Vbi ego quicquid morborum esse poterat expertus e duobus oculis unum perdiidi; Innocentium enim, partem animae meae, repntinus febrim ardor abstraxit. Nunc uno et toto mihi limine Euagrio nostro furor, cui ego semper infirmus quidam ed laborem cumulus accessi. Erat nobiscum Hylas sanctae Melaniae famulus, qui puritate morum maculam seruitutis abluerat; et hic necdum obductam rescidit cicaticem*” *Epist.* 3,3.

<sup>27</sup>. Algunas enfermedades que afectaron al grupo: “*Fièvre typhoïde, malaria ou peste, l’épidémie fit deux victimes à Maronia: le pêtre Innocentius et Hylas, un petit esclave de Mélanie. Jérôme n’en réchappa que grâce aux soins attentifs d’Évagrios, et il est possible qu’il en ait gardé cette fragilité de santé qui durera toute sa vie*”. Steinmann, *Saint Jerome and His Times*, 51.

<sup>28</sup> Para ver hasta qué punto Jerónimo era un acérrimo lector pagano Peña y Jaurequizar, ofrecen bastante sustento. “Cicerón, Virgilio, Horacio, Terencio, Plauto, Juvenal, en fin, toda la riqueza literaria de la antigüedad clásica iba encerrada en aquellas cajas (*Ep.* 22, 30) por las que tan solícitamente miraba aquel joven, discípulo hasta no hace mucho de Donato, el célebre gramático romano, cuya fama, traspasando las barreras de la gran Urbe, capital del Imperio, le había hecho abandonar Estridón, su patria chica unos doce meses antes”. Peña, *Actuaciones de San Jerónimo en la conciliación de las culturas pagana y cristiana*, 20.

promesas aún mayores. Por eso empecé a jurar y, apelando a su mismo nombre, dije: ‘Señor, si alguna vez tengo libros seculares y los leo, es que he renegado de ti’. Liberado en virtud de este juramento, vuelvo a la tierra, y en medio de la sorpresa general, abro los ojos que estaban bañados con tal abundancia de lágrimas, que con el dolor expresado en ellos, convenció aun a los incrédulos. Aquello no había sido un simple sopor ni uno de esos sueños vacíos con los que somos frecuentemente burlados. Testigo es aquel tribunal ante el que estuve tendido, testigo el juicio que temí -nunca me ocurra que vuelva yo a caer en tal interrogatorio-, que salí con la espalda amoratada y sentí los golpes aun después del sueño y que, en adelante, leí con tanto ahínco los libros divinos cuanto no había puesto antes en la lectura de los profanos<sup>29</sup>.

El anterior texto hace parte de la Epístola 22, escrita por Jerónimo a su discípula Eustaquia, cuya finalidad era exaltar la castidad en la vida monástica y promover el ayuno, la oración y otras prácticas ascéticas en dichos ambientes. No obstante, fue el sueño jeronimiano el que alcanzó mayor celebridad, por mostrar la lucha interna del monje de Belén entre su amor por la cultura clásica y su fidelidad a la nueva cultura cristiana. Llama la atención el componente físico y psicológico que, al parecer, la lucha le significaba.

El sueño, puesto por escrito hacia el año 384, casi diez años después de haberse producido –supuestamente-, y con el objeto de ilustrar a Eustaquia, una joven virgen en el camino de la ascesis monástica, tiene como antecedente los largos años dedicados por Jerónimo al estudio de los clásicos y la dificultad que encontraba para leer a los profetas, a quienes consideraba autores toscos:

Desdichado de mí, ayunaba para leer luego a Tulio. Después de las largas vigili­as de la noche, después de las lágrimas que el recuerdo de mis pecados pasados me arrancaba de lo hondo de mis entrañas, tomaba en las manos a Plauto, y si alguna vez volviendo en mí mismo me ponía a leer un profeta, me repelía su estilo tosco, y no viendo la luz por tener ciegos los ojos, pensaba que la culpa no era de los ojos, sino del sol<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> *Ep.* 22, 30.

Adkin, *The Date of the Dream of Saint Jerome, 263-273; Jerome's Use of Scripture Before and After his Dream*, 183-190.

<sup>30</sup> *Ep.* 22, 30.

El desprecio, literario más que doctrinal, por los escritos proféticos, lo mismo que la asidua lectura y el gusto por los autores clásicos<sup>31</sup>, genera en Jerónimo, deseoso de entregarse con radicalidad a la práctica de la religión cristiana, una especie de culpa patológica. Esta incómoda situación psicológica, unida a los delirios febriles de su enfermedad coadyuva en la construcción de un sueño o una visión que resume su situación de división interior. La dicotomía presente en el sueño jeronimiano puede entenderse como la lucha entre autores clásicos y bíblicos<sup>32</sup> o entre cristianismo y paganismo. Sin embargo, el problema sería más profundo y radical: estaríamos haciendo referencia al enfrentamiento entre un mundo tradicional, el romano, que al parecer agonizaba o por lo menos se encontraba en crisis, y un mundo nuevo, el cristiano que descollaba como un orden aparentemente superior al tiempo que respondía a las necesidades y anhelos de los ciudadanos.

Es la dicotomía de la época presente, tal vez de forma tácita o explícita, en la mente colectiva y sintetizada en el sueño de uno solo de los romanos más ilustres. Al final, el problema queda aparentemente zanjado con una opción forzosa por el cristianismo y una renuncia a los autores clásicos que simbolizan el viejo paganismo romano. No obstante, en la práctica tanto Jerónimo como el resto de los romanos bajoimperiales, asisten paulatinamente a una síntesis de lo tradicional<sup>33</sup> -romano- con lo revolucionario -cristiano-, que va a configurar el nuevo orden social e ideológico del Imperio Romano cristiano. Del enfrentamiento entre lo viejo y lo nuevo surgiría un orden novísimo, una tercera vía, síntesis de los dos mundos enfrentados. A partir de entonces, la tarea de

---

<sup>31</sup> Según la Patrología III del Instituto Patristico Augustinianum de 1986, Jerónimo “pretende hacer creer que ha leído poetas y filósofos griegos, pero no logra engañar. Con la excepción de alguna obra de Porfirio encontrada en la biblioteca de Cesarea, Jerónimo cita de segunda mano, ayudándose de los clásicos latinos o de los padres griegos. Carencia que se advierte, sobre todo, si se compara con Eusebio de Cesarea y sus vastísimas lecturas”, 285.

El mismo Rufino, contemporáneo de Jerónimo, pone en duda el famoso sueño: “*Si Rufin m’incrimine au nom d’un songe, qu’il écoute l’enseignement des prophètes: on ne doit pas croire aux songes. Un adultère commis en rêve ne jette pas plus en enfer que le martyr en rêve ne conduit au ciel. Que de fois n’ai-je pas moi-même songé que j’étais mort et enseveli! Que de fois ne me suis-je pas vu volant dans les airs et franchissant terre et mer monts et par vau.*” *Jerónimo, Apología contra Rufino I*, 30.

También ha dudado de la veracidad del famoso sueño jeronimiano. Kelly, *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 42-50.

<sup>32</sup> Steinman, propone como significado del sueño una crisis vocacional entre el rétor y el biblista que convivían interiormente en Jerónimo: “La vérité était entre ces deux interprétations extrêmes: ni extase, ni vain délire, mais imagerie fiévreuse, révélatrice du conflit intérieur qui déchirait inconsciemment Jérôme: le choix nécessaire entre deux vocations, celle de rhétoricien et celle d’exégète de la Bible”. *Saint Jerome and His Times*, 54.

<sup>33</sup> Interpretación del sueño de Jerónimo con tintes psicológicos, pero también abordando el problema de la relación de Jerónimo y de los cristianos con los clásicos y el paganismo. Jaureguizar, *San Jerónimo y los clásicos*, 27-38.

Jerónimo y de otros intelectuales de la época como Ambrosio, Agustín o Paulino de Nola, sería hacer compatibles y comprensibles dos formas diferentes de pensar, de sentir y de actuar.

La consolidación de su fe en este dramático ambiente, junto con el ánimo impulsivo de Jerónimo, lo llevan al siguiente paso de su itinerario<sup>34</sup> en el desierto de Calcis<sup>35</sup>, localidad ubicada al sudeste de Antioquía a una distancia de más o menos cincuenta millas, donde lo encontramos entre los años 375 y 377, sometido a la dureza de la vida anacoreta y a las tentaciones de la soledad:

¡Oh, cuántas veces, estando yo en el desierto y en aquella inmensa soledad que, abrasada de los ardores del sol, ofrece horrible asilo a los monjes, me imaginaba hallarme en medio de los deleites de Roma! Me sentaba solitario, porque estaba rebosante de amargura. Así, pues, yo, que por miedo al infierno me había encerrado en aquella cárcel, compañero únicamente de escorpiones y fieras, me hallaba a menudo metido entre las danzas de las muchachas. Mi rostro estaba pálido por los ayunos; pero mi alma ardía de deseos dentro de un cuerpo helado, y muerta mi carne antes de morir yo mismo, sólo hervían los incendios de los apetitos<sup>36</sup>.

Para paliar la crisis surgida de la amarga experiencia que estaba significando su estancia en el desierto, Jerónimo busca abrigo en una intensa vida espiritual, en la penitencia corporal y en el estudio de las santas escrituras y de la lengua hebrea<sup>37</sup>:

Cuando yo era joven y estaba encerrado en la soledad del desierto, no podía soportar los incentivos de mis vicios ni el ardor de mi naturaleza. Y aunque trataba de mortificarlos con frecuentes ayunos, mi imaginación hervía de pensamientos. Para domarla, me sometí a la disciplina de un hermano convertido del judaísmo; de modo que después de las agudezas de Quintiliano, de la exuberancia de Cicerón, la gravedad de Frontón y la suavidad de Plinio, me propuse aprender el alfabeto hebreo<sup>38</sup>.

En el desierto, Jerónimo toma parte en las disputas religiosas que de Oriente a Occidente recorren todo el mundo cristiano. Estas disputas doctrinales y disciplinares, aparentemente de interés solo religioso, trascienden el ámbito eclesial para afectar el orden social, político, cultural e ideológico del Imperio, a la vez que son la

---

<sup>34</sup> Semblanza del joven Jerónimo durante esta etapa de su vida de tránsito entre el estudiante y el anacoreta. *Ibíd*, 25.

Valero, *San Jerónimo, Epistolario*, 39-45.

<sup>36</sup> *Ep.* 22,7

<sup>37</sup> Kelly, *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 60-151.

<sup>38</sup> *Ep.* 125, 12.

manifestación externa de la acomodación paulatina que hubieron de hacer los romanos a los nuevos tiempos.

El genio y el carácter de Jerónimo no parecen ser compatibles con el desierto<sup>39</sup> y su experiencia de anacoreta termina al cabo de dos años. Hacia el año 377 Jerónimo regresa a Antioquía<sup>40</sup> donde pasa una breve temporada<sup>41</sup> para dirigirse luego a Constantinopla, la nueva Roma construida por Constantino y llevada a su máximo esplendor por Teodosio I, donde entra en relación con la alta jerarquía eclesiástica y con los delicados asuntos doctrinales y políticos de la Iglesia. Descubierta su talento y su valía en el año 382, los obispos Paulino y Epifanio le piden que asista como traductor al concilio que se realizaría en Roma<sup>42</sup>. El concilio había sido convocado por el papa Dámaso<sup>43</sup> con el fin de definir las disputas de Oriente que amenazaban con crear un cisma en toda la Iglesia. Aparentemente el buen desempeño de Jerónimo en el concilio le granjeó el favor del papa, quien lo nombró su colaborador en un incierto cargo que normalmente se ha identificado con un secretario o asistente personal. En esta época y a solicitud del pontífice, Jerónimo revisa la versión latina de los evangelios, iniciando de esta forma su labor como traductor<sup>44</sup> y exegeta, actividad a la que se dedicaría hasta el final de su vida y por la cual se haría célebre tanto en el ámbito eclesial como en el filológico y hermenéutico.

Jerónimo alterna sus labores oficiales en la sede apostólica con la enseñanza y la dirección espiritual a diferentes grupos cristianos, principalmente de mujeres a quienes instruye en la interpretación bíblica y con quienes funda una escuela ascética alabada y

---

<sup>39</sup> En muchas de las cartas de Jerónimo se puede apreciar su carácter especialmente fuerte y su habitual posición defensiva, a manera de ejemplo se pueden. *Epístolas*. 15, 4; 16, 2 y 17, 2-3.

<sup>40</sup> En Antioquía se pone en manos de Apolinar de Laodicea quien contribuyó a su formación en la ciencia exegética, de forma particular en cuanto a método, ya que las ideas cristológicas defendidas por Apolinar iban en contravía con la ortodoxia católica: “*Dum essen iuuenis, miro descendi ferebar ardore, nec iuxta quorundam praesumptionem ipse me docui. Apollinarem Laodicenum audiui Antiochiate frequenter, et colui; et cum me in sanctis scripturis erudiret, nunquam illus contentiosum super sensu dogma suscepit*” *Epist.* 84, 3.

También en Antioquía recibe la ordenación sacerdotal. Steinman, *Saint Jerome and His Times*, 84.

<sup>41</sup> Cross y Livingstone, eds. *The Oxford Dictionary of the Christian Church*, 731.

<sup>42</sup> Valero, *Jerónimo, Epistolario*, 45-49 y 55-61; *Eps.* 15, 16 y 17, donde el monje de Belén deja entrever las razones que lo llevaron a abandonar el desierto, tan deseado solo dos años antes.

<sup>43</sup> El papa Dámaso se benefició enormemente de la labor intelectual de Jerónimo, pero a la vez fue la autoridad que le impuso el ritmo de trabajo necesario para que realizara su obra. Kelly, *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 14.

<sup>44</sup> Jerónimo tuvo una especial predisposición para el aprendizaje de las lenguas, que junto con el genio interpretativo y su amplia cultura bíblica le permitieron ser uno de los más importantes traductores y comentaristas bíblicos de todos los tiempos. *Ibid*, 86-87.

criticada por igual en diversos círculos paganos y cristianos. Esto, debido a la radicalidad de su práctica y a la valoración que daba tanto al celibato como a la virginidad en detrimento de la institución matrimonial. El futuro monje de Belén defendió e impulsó la vida ascética<sup>45</sup> y la consagración de las vírgenes y de las viudas, al tiempo que criticó con ahínco a la sociedad romana y sus costumbres. A la vida ostentosa, sensual y mundana de los romanos<sup>46</sup>, Jerónimo contrapuso la modestia, la sencillez y el recato de los cristianos representados en muchos de sus seguidores, quienes renunciando a todos sus bienes, abrazaron la vida cristiana de forma radical; unos a través de la consagración religiosa que los alejaba del ámbito público y otros mediante el servicio a los miles de pobres y desposeídos que formaban una parte ignominiosa del paisaje urbano romano.

Nuevamente su carácter y radicalidad generaron animadversión hacia su persona<sup>47</sup>, principalmente entre el clero y en la corte del papa Dámaso. Además, en muchos círculos hicieron carrera las murmuraciones respecto a las supuestas oscuras relaciones que Jerónimo mantenía con sus discípulas, principalmente con Paula, rica matrona viuda, asidua a sus enseñanzas y al estudio de la Biblia, así como a las prácticas ascéticas tachadas de inhumanas que promovía entre sus seguidoras. Con la muerte de su protector, el papa Dámaso en el año 384<sup>48</sup>, el acoso hacia su persona y las calumnias,

---

<sup>45</sup> Serrato, *Ascetismo femenino en Roma*; Teja, y Marcos *Modelos de ascetismo femenino aristocrático en la época de Juan Crisóstomo: Constantinopla y Palestina*; Marcos, *El monacato cristiano*, y Fernández, J. (eds.), *Historia del Cristianismo, I. El Mundo Antiguo*, 659-684. Aunque se dedicarán varias páginas del próximo capítulo al estudio de este fenómeno, típico de la Antigüedad tardía.

<sup>46</sup> *Ep.* 22,32; 38,4; 54,7-15; 107, 5; 117,8; 138, 18; *Comm. in Oseam*, 5; *Quest. in Genesim*, 1; *Comm. in Habbauc*, 645; *Comm. in Sophoniam*, 658.

<sup>47</sup> Sobre los diferentes conflictos que llevaron a Jerónimo a abandonar Roma y el ámbito eclesial de Roma. Kelly, *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 106-140.

<sup>48</sup> El papa Dámaso mereció un puesto en el *De Viris Inlustribus (III, 103)*, de Jerónimo: “Imperando Teodosio, muere, casi octogenario, Dámaso, obispo de la ciudad de Roma; dotado de un elegante ingenio para componer versos, dejó muchas composiciones menores en metro heroico” San Jerónimo. *Obras completas I, Obras Homiléticas*, edición bilingüe promovida por la Orden de San Jerónimo, BAC, Madrid, 1999. Pág. 60. Sin embargo, la figura del papa Dámaso es contradictoria y refleja, de alguna forma, el carácter político que había asumido la sede romana en particular y la institución episcopal en general, como nos lo hace ver Amiano Marcelino (XXVII, 3,11-15) en su versión de la elección del carismático papa Dámaso, amigo personal de Jerónimo: “Dámaso y Ursino, deseosos por encima de cualquier límite humano de apoderarse de la sede episcopal, se enfrentaban de manera violentísima a sus aspiraciones opuestas. Como los partidarios de uno y otro habían llegado a enfrentamientos que provocaban heridos y muertos, Vivencio, que se veía incapaz de frenar o mitigar este proceso, se retiró a una residencia fuera de la ciudad obligado por la violencia. En el enfrentamiento resultó vencedor Dámaso por la fuerza del partido que le apoyaba [...] Y no niego yo, teniendo en cuenta el fasto de la vida de la Urbe, que cuantos aspiran a disfrutarlo tengan que luchar con todas sus fuerzas para alcanzar lo que desean, puesto que una vez que hayan logrado su objetivo, vivirán tan libres de preocupaciones que podrán enriquecerse gracias a las ofrendas de las matronas, podrán presentarse en público sentados en carruajes y ricamente vestidos y podrán organizar banquetes más fastuosos que los de los reyes”. Esta versión se corrobora y complementa con el testimonio consignado en las *Gesta inter Liberium et Felices*

llegan a tal extremo que en el colmo de la indignación decide abandonar Roma para buscar algún lugar de retiro en Oriente, concretamente en Palestina, escenario de los hechos bíblicos hacia donde se sentía fuertemente inclinado desde que se inició en la exégesis bíblica.

Es presumible que Jerónimo llevara varios años preparando este viaje y para ello hubiera estudiado las lenguas de la región, principalmente el hebreo y el arameo que se sumaban al latín y al griego, que, como romano culto, manejaba con total solvencia; es probable que dentro de sus planes estuviera dedicarse de lleno al trabajo bíblico. De todas formas, los últimos meses de la segunda y última etapa de su vida en Roma, estuvieron marcados por la decepción y la frustración vividas en un entorno de calumnia y de confrontación violenta que llegó a minar el ánimo del combativo Jerónimo.

Este es el contexto que sirve de marco al viaje sin regreso de Jerónimo desde Roma hacia Tierra Santa<sup>49</sup>, desde Occidente hacia Oriente durante el año 385. Después de varios días de viaje, el futuro monje llega a Antioquía en donde se le unen las piadosas y fieles mujeres que habían seguido sus enseñanzas y que se habían comprometido a acompañarlo en su nueva aventura religiosa, entre ellas se encontraba la noble Paula, cuya fortuna iba a permitir la empresa de fundar un monasterio para hombres, otro para mujeres y una hospedería en la ciudad de Belén<sup>50</sup>. Este viaje constituyó una verdadera

---

(Collect. Avellana 1C.S.E.L XXV): “Cuando Dámaso, que siempre había ambicionado el episcopado, se enteró de esto [de la consagración episcopal de Pablo, en Tívoli] reúne a sueldo a todos los cocheros de cuadrigas y a la gente inculta y armado con bastones irrumpe en la basílica de Julio y durante tres días se entrega a una desenfadada matanza de fieles. Siete días después, acompañado de todos los perjuros y de gladiadores que había comprado con grandes sumas de dinero, ocupó la basílica de Letrán y fue ordenado allí obispo. Sobornando al juez de la Urbe, Vivencio, y al prefecto de la Annona Juliano, logró que Ursino, varón venerable, que había sido ordenado obispo con antelación, fuese enviado al exilio junto con Amancio y Lupo. Después de esto, comenzó Dámaso a reducir con bastonazos y matanzas de todo tipo a la plebe romana que no quería entregarse. Se esfuerza también por expulsar de la Urbe a siete presbíteros que habían sido detenidos por la autoridad”. San Jerónimo. *Obras completas I, Obras Homiléticas*, edición bilingüe promovida por la Orden de San Jerónimo, BAC, Madrid, 1999. Pág. 60.

<sup>49</sup> Jerónimo se retira de Roma, pero deja un cuartel de seguidores que van a ser sus propagandistas en informantes: “Domnión, Océano y Rogaciano... junto con Marcela, estos hombres van a ser los propagandistas en Roma y en Occidente, de las obras de Jerónimo. Con ellos estará en contacto interrumpido desde Belén, y ellos le tendrán informado de los vientos que soplan en el mundo teológico romano y de los ecos que suscitan los escritos que él les envía desde el taller de Tierra Santa”. Valero, *San Jerónimo, Epistolario*, 59.

<sup>50</sup> *Ibid*, 61-72.

Kelly sugiere varias razones por las cuales Jerónimo no se estableció en Jerusalén, sino en Belén, unas de ellas se han expuesto en las notas 21 y 22, las otras las presenta en la página 128: “There may be some truth in the guesses that, whether they admitted it to themselves or not, Jerome had no wish to be a

peregrinación que condujo al grupo de nuevos monjes a conocer los diferentes lugares de la tradición bíblica, así como las remotas regiones de África y Oriente que vieron nacer la vida monástica.

Desde Belén, Jerónimo continuó en una frenética y continua actividad: su labor de polemista y propagandista de la ortodoxia cristiana, al tiempo que dedicaba su vida y su inteligencia al estudio<sup>51</sup>, a la traducción<sup>52</sup> y producción de escritos exegéticos<sup>53</sup>, doctrinales y teológicos de gran importancia para la configuración del aparato doctrinal de la Iglesia. La obra más celebrada del trabajo de Jerónimo es la versión de la Biblia conocida como la Vulgata, en cuya elaboración invirtió más de dos décadas haciendo gala de profundo conocimiento y gran genialidad. Otra labor a la que Jerónimo dedicó gran parte de su tiempo y talento fue a la de apologista de sí mismo. En efecto, no solo hubo de defender su obra, sino también su persona y virtudes, al tiempo que autoexcusaba sus defectos<sup>54</sup>.

---

disciple, overshadowed by a much more experienced pionner like Rufinus, while Paula instinctively felt the wisdom of placing a certain distance between herself and the devout but imperious Melania. The decisive factor, however, was probably Bethlehem itself. Far removed from bustle and corruption, it was more suitable for monks than Jerusalem. Above all, Bethlehem had the grotto of the Nativity, and this had a special fascination for them both. Here they were to dwell, not in tranquillity (Jerome was not born for that), but in relative contentment, for the long remaining years of both their lives". *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 128.

No obstante, Jerónimo mantuvo permanente contacto con Jerusalén: "His constacts with nearby Jerusalem must have been vastly more frequent, in the early years indeed regular. The liturgical ties between Jerusalem and Bethlehem, each the setting of signal events in Christ's career, were inevitably close, and for certain festivals the bishop of Jerusalem, escorted by his clergy and crowds of the faithful, went out to bethlehem to take part in the ceremonies. Some of Jerome sermons, too, leave the impression of having been preached in Jerusalem. Kelly, *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 135. Sobre los sermones a los que se refiere Kelly, ver *Tract. in psalmos*, 119 y *Tract. in Marci*. II, 15-17.

<sup>51</sup> *Prol. in Danihelis*, 317.

<sup>52</sup> "El caso es que conviene saber que, en parte, he recurrido a mi oficio de traductor y escritor, porque no sólo me he atenido con mucha fidelidad a los datos griegos, sino que también he añadido algunos que me parecía que se habían omitido, sobre todo en la historia romana, que Eusebio, el verdadero autor de este libro, me parece no tanto que la ignorase, sino que, al escribir en griego, la había abreviado como poco necesaria para los suyos" *Praef. in Eusebii Caesariensis Chronicon*, 332.

<sup>53</sup> *Comm. in Mathaeum Liber I*, 5: "Pero tú (Eusebio de Cremona), cuando la Pascua está ya cercana y soplan los vientos, me obligas a estar dictando dos semanas, de suerte que ora tomen nota los taquígrafos, ora se escriban los borradores, ora se corrijan para, con tiempo, redactarlos en limpio; y hacer esto, sobre todo, cuando sabes que he estado enfermo tres meses de suerte que apenas comienzo a andar ahora y no puedo compensar la magnitud del trabajo con la brevedad del tiempo", y *Prol. in libros Salomonis de Hebraeo Translatos*, 311: "En todo caso, quebrantado por una larga enfermedad, para no estar callado por completo este año y mudo para vosotros, me juramenté para dedicar a vuestro nombre una tarea mía, a saber: la traducción de los tres volúmenes de Salomón".

<sup>54</sup> Para la auto apología de su obra, ver: *Prologus, qui dicitur Galeatus, Hieronymi presbyteri in divinos libros de Hebraea lingua in Latinam Translatos*, 287; *Prologus Sancti Hieronymi presbyteri in Pentateuchum Moysi*, 288; *Prologus Sancti Hieronymi presbyteri in librum Ezrae et Nehemiae*, 297; *Prologus Sancti Hieronymi presbyteri in librum Iob de Hebraeo Translatum*, 304 y 306.

En cuanto a la apología de sí mismo y de su capacidad como traductor e intérprete, ver: *Prologus, qui dicitur Galeatus, Hieronymi presbyteri in divinos libros de Hebraea lingua in Latinam translatos*, 287;

La normal cadencia de la vida de Jerónimo en su retiro de Belén, transcurrida entre la oración, el trabajo y la participación en las polémicas religiosas de su tiempo, se ve trastornada de repente por la progresiva y en muchos casos, violenta penetración de los pueblos bárbaros<sup>55</sup> al Imperio, fenómeno que trajo consigo una serie de consecuencias de orden político, económico y social, tanto para Occidente como para Oriente, los cuales, serían el preludio del advenimiento de un nuevo orden en el mundo romano.

Jerónimo ve apagar su vida en medio de tres acontecimientos que le infligen pena y frustración<sup>56</sup>: el azote de los pueblos bárbaros a las ciudades del Imperio, la destrucción de sus monasterios a manos de los pelagianos y la muerte de sus más cercanos y fieles amigos y seguidores. Aunque no se sabe con certeza la fecha del deceso del monje de Belén, este ocurriría finalizando la segunda década del siglo V<sup>57</sup>.

## 1.2 Ruta de las cartas de San Jerónimo

No solo los viajes pusieron a Jerónimo en contacto con las ciudades y regiones del Imperio, también sus cartas lo llevaron de un lugar a otro permitiéndole llegar a espacios remotos que jamás pisó (ver anexo 1) y entrar en contacto con personas que jamás vio cara a cara. Para Jerónimo, las cartas se convirtieron en una verdadera pasión ya que a través de ellas podía seguir vigente en Roma y en otras partes del Imperio. Sus cartas lo mantenían presente en el mundo y las de sus corresponsales traían el mundo a su monasterio, como lo manifiesta a Florentino, corresponsal de Jerusalén, a quien escribe desde el desierto de Calcis hacia el año 376:

Así, pues, haré lo que puedo: te mando esta carta que me representará ante ti. Ausente con el cuerpo, me hago presente por el amor y en espíritu, para pedirte encarecidamente que ni el tiempo ni la lejanía de los lugares rompan esta naciente amistad, que ha sido consolidada con el vínculo de Cristo. Confirmémosla más bien con cartas recíprocas que corran del uno al otro, se crucen por el camino y hablen con nosotros. No perderá mucho nuestra amistad si conversa consigo misma con este lenguaje<sup>58</sup>.

---

*Prologus Sancti Hieronymi presbyteri in librum Paralipomenon de Hebraeo translatum, 296; Prologus Sancti Hieronymi presbyteri in librum Hester, 302; Prologus Sancti Hieronymi presbyteri in librum Isaiae Prophetiae de Hebraeo translatum, 314.*

<sup>55</sup> Valero, *San Jerónimo, Epistolario*, 52-58.

<sup>56</sup> *Ep.* 127, 11-14.

<sup>57</sup> Es Próspero de Aquitania quien propone como fecha para la muerte de Jerónimo el 30 de septiembre del año 420. Valero, *San Jerónimo, Epistolario*, 10.

<sup>58</sup> *Ep.* 5, 1.

La comunicación epistolar pudo haber iniciado a partir de la necesidad de Jerónimo de compartir su experiencia religiosa o a causa del temor de hallarse en un lugar tan alejado, solitario e inhóspito como el desierto, sin la presencia de sus amigos o de algún interlocutor de su talla.

A lo largo de los años y en los diferentes escenarios donde transcurrió la vida de Jerónimo, corresponsales de todo el mundo romano le hacían consultas, le planteaban inquietudes o le formulaban críticas respecto a alguno de sus trabajos u opiniones. Al mismo tiempo, suponemos que le hacían llegar las últimas noticias sobre lo que acontecía en los confines del Imperio. Los temas son muy variados y abarcan desde asuntos puramente domésticos, como la economía del monasterio y la moda, hasta místicos y ascéticos como los dirigidos a las viudas y vírgenes de los círculos ascéticos de Roma. Ninguna carta posee explícitamente un fin histórico, social o político<sup>59</sup>, pero en muchas de ellas, unas veces pletóricos de sentido y otras sin un contexto preciso, aparece según las circunstancias del remitente o del entorno, múltiple y valiosa información agregada sobre la vida del Imperio, así como tímidos o intrépidos esbozos de interpretación.

La correspondencia de Jerónimo que ha llegado hasta nosotros, comienza probablemente en los días previos a su retiro al desierto, a finales del 374 o comienzos del 375, y termina hacia el año 419<sup>60</sup>, considerado por algunos biógrafos como el año de su muerte<sup>61</sup>. Las primeras cartas provienen de Antioquía, ciudad donde él estuvo de paso en dos ocasiones. Luego encontramos la correspondencia proveniente del desierto, que considerando la enorme distancia que lo separaba de Roma más las deficientes comunicaciones de la región, se puede decir que fue abundante. De Constantinopla se

---

<sup>59</sup> No puede decirse lo mismo de otras de sus obras, (prólogos, comentarios, libros, tratados). Jerónimo muestra su vena de historiador intentando unas cronologías que, aunque pueden no corresponder con la cronología real de la historia como la conocemos hoy, constituye un verdadero esfuerzo por darle entidad científica a sus argumentos teológicos. Lo que es indudable es su conocimiento y erudición sobre el acontecer de la región (Oriente y Occidente) en la época bíblica y en la que le tocó vivir. En general toda esta obra es muy erudita en contenidos históricos. *Commentarius in Danielelem*, 880-903.

<sup>60</sup> El *Epistolario de Jerónimo* consta de 154 *Eps*, de las cuales 29 no fueron escritas por él, pero se han incluido bien por su importancia para la comprensión de la obra en general (como las de San Agustín), o bien porque en algún momento se pensó que fueran suyas.

<sup>61</sup> “El epistolario de Jerónimo podría muy bien repartirse en tres capítulos, que tendrían la desigualdad y la discontinuidad misma de su vida: ‘las epístolas del desierto’, ‘las epístolas de Roma’ y ‘las epístolas de Belén’ “[...] se diría que Jerónimo quiso salvar celosamente las tres etapas a su juicio más importantes de su vida: la experiencia del desierto, el paso por Roma al servicio de la Iglesia en la persona del pontífice Dámaso, y el período definitivo de la madurez, es decir, su larga estancia en Belén hasta el final de sus días”. Valero, *San Jerónimo Epistolario*, 3-4.

conserva un par de misivas dirigidas al papa Dámaso y finalmente, de Roma y de Belén parten más de ocho decenas de cartas con destino a varios y remotos puntos de la geografía imperial (ver tabla 1).

Así como la visión del juicio final descrita en el sueño jeronimiano no logró apartar a Jerónimo de los clásicos, el retiro a su celda de Belén tampoco triunfó en el intento de alejarlo de los deleites<sup>62</sup> (*deliciis*) de Roma, a juzgar por el gran número de cartas que escribió con este destino, en muchas de las cuales el tema central es la ciudad misma, su presente y su destino.

Sus corresponsales más fieles fueron sus discípulos romanos, principalmente Panmaquio, Océano, Marcela y Fabiola, quienes a su vez, como si se tratara de una oficina de prensa y relaciones públicas, se encargaban de dar a conocer las obras y la doctrina del monje de Belén y de conservar, archivar y organizar tanto las cartas como todas las demás obras que sin cesar brotaban de la pluma de Jerónimo. Gracias a ellos y al deseo expreso del monje de Belén, su obra llegó sin modificaciones a los cristianos de la época.

Origen	Destino	Número
Antioquía	¿Roma?	1
	¿Calcis?	2
	¿Egipto?	3
	Belén	4
Calcis	Belén	5
	Aquileya	6, 7, 8, 9
	Concordia	10
	Hemona	11, 12
	¿Estridón?	13
	Altino (Italia)	14
	Roma	15, 16
	Calcis	17
Constantinopla	Roma	18 A, 18 B
Belén	Roma	46, ¿47?, 48, 49, ¿50?, 54, ¿55?, 57, 59, 64, 65, 66, 69, 70, 72, 74, 77, 78, 79, 80, 81, 84, 97, 107, 123, 127, 128, 129, 139, 146, 153, ¿154?
	Tolosa	109, 138, 151, 152.
	Barcelona	53, 58, 85.
	Hipona	102, 103, 105, 112, 115, 134, 141, 142, 143.
	Altino	60
	Panonia	68

<sup>62</sup> Ep. 22, 7.

	Bética	71
	España (sin precisar)	75, 76.
	Alejandro	63, 82, 86, 88, 99, 114.
	Constantinopla	106, ¿124?
	Cartago	130
	Galia	120, 121, 122, 125
	África (sin precisar)	126
Roma	Roma	20-34, 36-45

Tabla 1. Origen y destino de las cartas de Jerónimo<sup>63</sup>.

### 1.3 La mente de San Jerónimo: ¿Una tercera ruta?

La consagración monástica exige de los monjes la ascesis de la estabilidad, esto significa, el compromiso de vivir perpetuamente en el mismo monasterio<sup>64</sup> y con la misma comunidad hasta su muerte, con el fin de orientar la mente hacia el alcance de los fines espirituales, lejos de los deseos de cambios o distinciones que vayan más allá de los muros del claustro. Jerónimo, al abrazar la vida monástica en Belén, asumió este compromiso al que fue fiel hasta el día de su muerte. Sin embargo, su mente estuvo fuera del monasterio en diferentes ciudades del Imperio, concretamente en Roma. Se considera que hacia allí fue dirigida más de la mitad de sus cartas y que sobre esta ciudad se refiere por lo menos medio centenar de veces<sup>65</sup> en sus diferentes obras, en las que manifiesta una gran preocupación por su presente y su futuro.

Jerónimo conservó durante su vida la imagen de la vieja Roma altiva y victoriosa<sup>66</sup>, además, se mantuvo orgulloso de su pasado glorioso sin que esto le impidiera dirigir hacia ella las peores críticas. Jerónimo establece con Roma una profunda y ambigua relación que va permanentemente de la alabanza al reproche, de la añoranza al rechazo, del amor al desprecio. Pero también el monje de Belén elaboró la imagen de una nueva Roma, la Roma cristiana, una ciudad viva que, en su proceso de desarrollo, como si se tratara de un ser humano, experimenta la realidad del pecado y de la gracia. Cuando Roma cae, Jerónimo se lamenta y sufre, pero no solo por una ciudad sino por dos: la

<sup>63</sup> Las Epístolas 19, 35, 56, 67, 83, 87, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 98, 100, 101, 104, 110, 111, 113, 116, 131, 132, 135, 136, 137, 144, 149 y 150, incluidas en el *Epistolario de Jerónimo* no son de su autoría. La mayoría de estas, tienen a Jerónimo como destinatario, otras fueron incluidas erróneamente adjudicándose en un principio al monje de Belén.

<sup>64</sup> Antin, *Le monachisme selon saint Jérôme*.

<sup>65</sup> *Ep* 3, 5; 7, 1; 15, 2; 22, 7. 13. 28; 43, 3; 60, 4. 16. 17.; 71, 11; 77, 8. 10.; 107, 1. 2. 13.; 108, 1. 6; 109, 34; 112, 22; 123, 9; 125, 15; 126, 2; 127, 12; 128, 5; 130, 6; 146; 2; *Comm. in Ecclesiastem*, 371; *Comm. in Nahum*, 572; *Comm. in Michaeam*, 469-470; *Comm. in Oseam*, 44; *Comm. in Ezechielem*, Prólogo, 3, 91, 307.

<sup>66</sup> “Jerónimo es «hombre romano» en su totalidad. Roma se convertiría para él en un puerto espiritual al que regresa continuamente. Hacia Roma convergen sus mejores recuerdos. En Roma se formó el humanista y en Roma se formó el cristiano”. Valero, *San Jerónimo, Epistolario*, 28.

clásica y la cristiana, mientras que en él despierta la esperanza de una nueva ciudad, síntesis de las anteriores.

Para concluir, los tres itinerarios en la vida de Jerónimo -sus viajes, sus cartas, su mente- quedan en evidencia en su extensa obra que incluye no solamente el conocido *Epistolario*, sino más de una centena de comentarios bíblicos y apologéticos en los cuales entrevera datos valiosos para el conocimiento de las ciudades romanas, su estructura e ideología, como se presentará en el siguiente capítulo.

## 2. La ciudad y el campo en el tránsito del imperio romano al imperio romano-cristiano

¿Cómo era la vida en una ciudad romana? ¿Cómo era la vida en los entornos rurales? Estas, son preguntas importantes para comprender la transformación de las ciudades clásicas en ciudades cristianas, ya que no se dio de la misma manera ni al mismo ritmo en todo el Imperio. La cristianización del territorio romano trajo consigo la transformación de estructuras e infraestructuras preexistentes, así como la creación de nuevos elementos que reflejaban externamente el ideal de la nueva religión. En el presente capítulo se describirán los elementos típicos de los entornos rurales y urbanos de la ciudad clásica, los principales usos y costumbres del romano tardoantiguo, y el juicio que de ellos hace san Jerónimo .

A lo largo de su vida, Jerónimo visitó diferentes puntos de la geografía imperial. Ciudades como Roma o Tréveris en Occidente y Antioquía o Constantinopla en Oriente, fueron las grandes urbes que en diferentes épocas le sirvieron como escenario de vida, al igual que pequeñas ciudades y pueblos como su natal Estridón, su vecina Aquileya y por supuesto, Belén. Lo que se podría llamar «geografía jeronimiana» en la vida y la obra de Jerónimo, es algo extensa, variada y compleja, así que recorrerla significaría acercarse al mundo romano de los siglos IV y V, a sus avatares y transformaciones, a la compleja coyuntura que significó el advenimiento a una singular época caracterizada por la cristianización del imperio y la romanización de la Iglesia.

En sus obras, Jerónimo ofrece copiosos datos descriptivos de diferentes ciudades y pueblos a través de los cuales es posible conocer, aunque no de forma detallada, algunas de sus características de infraestructura, gobierno o costumbres más las problemáticas sociales y políticas asociadas. La mayoría de datos, sin embargo, corresponden a hábitos y costumbres de los ciudadanos, acompañados, en general, de duros juicios de tipo moral, normalmente negativos para las ciudades y positivos<sup>67</sup> para los entornos

---

<sup>67</sup> La Epístola 43, dirigida a Marcela, es todo un elogio a la vida del campo, a la vida alejada de las ciudades. Al mismo tiempo, contiene elementos críticos a la forma de vida de las ciudades. Sin embargo, el “campo” es realmente un monasterio, ya que el campo no ofrece *per se* el ambiente de calma y de silencio que describe Jerónimo.

rurales<sup>68</sup>. Campo y ciudad aparecen como dos realidades diferentes, dos escenarios de vida opuestos entre sí, dos entornos que sobrepasan la esfera geográfica y se instalan en el campo de lo moral y lo ideológico. La ciudad suele ser la sede del pecado y de las malas costumbres, mientras que el campo es el lugar de la paz, la tranquilidad y la introspección que hacen posible la virtud. En ocasiones, el campo no es sinónimo de un entorno rural y agrario, sino de un espacio solitario y apacible, apto para la oración y el encuentro con Dios; el campo se convierte así en monasterio<sup>69</sup>. En Jerónimo, campo, desierto y monasterio son términos que se confunden y llegan a ser sinónimos.

Entendido de esta manera, el campo valorado y estimado, es propuesto por Jerónimo como ideal de vida, como verdadero espacio vital para el auténtico cristiano, como lugar para la práctica de la ascesis a la que por el bautismo están llamados los seguidores de Cristo. Dado que el campo es el lugar propicio para el cultivo del espíritu, Jerónimo recomienda a sus corresponsales y amigos que abandonen la ciudad y sus costumbres para que se integren a una comunidad monástica. A quienes por su trabajo o por otras razones no lo pueden hacer, les pide que se aparten de los hábitos y la mentalidad urbana, en una especie de *fuga mundi* dentro del mismo entorno de la ciudad.

La huida al campo -al monasterio- y el abandono de la mentalidad urbana -cuando no es posible abandonar la ciudad- son dos opciones cuya única finalidad es abrazar radicalmente la fe cristiana. De las dos, la mejor y la más excelsa, es la primera tal como

---

<sup>68</sup> Fue común entre los romanos establecer una dicotomía entre la vida de la ciudad y la vida del campo. Por lo general, se vio el campo como el lugar idílico del reposo y de la vida contemplativa. Los ricos solían tener una casa de campo con todas las comodidades posibles a donde se retiraban por temporadas, pero sin perder de mira la ciudad donde se realizaban los negocios y donde se obtenía información sobre la vida social y política del Imperio, máxime si había de por medio un cargo en la burocracia. Hubo siempre un movimiento pendular entre el campo y la ciudad y viceversa, como nos lo muestra Símaco en su Ep. a Agorio Pretextato (*Ep* I, 51) “Yo había decidido permanecer más tiempo en el campo. Pero, al enterarme de las pruebas que sacuden a la patria, he cambiado mis proyectos: las desgracias públicas debilitan, me parece, mi tranquilidad. Y luego, la administración pontifical exige mis cuidados, en un mes cuando vuelva a mi servicio... Y respecto a vos, ¿cuánto tiempo os retendrá Etruria? Comenzamos a quejarnos al ver que descuidáis tanto tiempo a nuestros ciudadanos. Sin duda la vida en el campo es más dulce: pero uno no puede disfrutar del reposo cuando teme por los suyos, lejos de ellos”; a su hijos los Nicómacos (VI, 58) “Nosotros, tras la marcha de los legados hemos llegado al campo del Vaticano contiguo a vuestra propiedad y, si nada perturba nuestros planes, disfrutaremos de la quietud de la villa hasta las calendas de abril”, (VI, 62) “A menudo alternamos nuestra estancia en la Urbe con otras en el campo más cercano”; (VII, 21) “En la medida en que es posible, me aparto de las muchedumbres de la Urbe, yendo al campo del Vaticano y no obstante, si alguna vez somos convocados a alguna reunión, doy la vuelta para servir al consejo público”.

<sup>69</sup> El origen del movimiento monástico es complejo y esconde causas de tipo social y económico. Brown ofrece una explicación plausible al surgimiento de un movimiento que llevó a tantas personas a formar una verdadera anticultura romana, con un éxito sin precedentes.

quiso demostrarlo Jerónimo con su huida al desierto de Calcis y posteriormente, con su instalación definitiva en Belén. A sus amigos y amigos que han hecho algún adelanto en la virtud, no duda en instarlos a que abandonen cuanto antes la ciudad y su trepidante acción y se refugien en la soledad de los espacios rurales, sobre los cuales hace permanentes elogios, cargados de un simbolismo que remite a sus interlocutores a una suerte de Edén, escenario primigenio de la unión de la criatura con su creador.

A medida que transcurre su vida y que recorre los escenarios de la geografía imperial, Jerónimo va dejando algunos datos sobre las ciudades las cuales constituyen la base de su comprensión sobre la realidad urbana del orbe romano. Los datos no pretenden ser de ninguna manera un tratado de urbanismo o de sociología urbana, sino que simplemente son el enunciado de una realidad que se impone ante sus sentidos, le causa un impacto particular y le genera una reacción estética y en algunos casos, moral. Esto lo impulsa a hacer consideraciones y críticas bajo el omnipresente prisma de la fe cristiana que opera en él. Un análisis de los elementos y características de las ciudades romanas permite acercarse a las razones de la valoración que Jerónimo hace de la ciudad y del campo.

## **2.1 Equipamiento e identidad social de la ciudad romana del siglo V**

El vasto territorio imperial estaba tachonado de conglomerados humanos<sup>70</sup>, algunos cercanos entre sí, mientras que otros se encontraban aislados, unidos por las célebres calzadas romanas o en ausencia de estas, por vías secundarias o por simples caminos abiertos por el uso de las personas, de los carros o de los animales de carga. Algunos asentamientos correspondían a pequeños poblados y caseríos, mientras que otros eran verdaderas ciudades caracterizadas por su gran extensión geográfica, su alto índice de población y la presencia de las infraestructuras básicas que permitían el abastecimiento

---

<sup>70</sup> No todos los espacios nombrados por Jerónimo en sus obras pueden considerarse propiamente ciudades. González describe los elementos propios de una ciudad y los de las llamadas “no ciudades”, que incluyen “las formas de hábitat ajenas al modelo de la *civitas*; también la propia organización territorial o militar y la forma de explotación de los recursos económicos presentes en amplios territorios anexionados y organizados como provincias” *Economía y sociedad en el Bajo Imperio, según S. Juan Crisóstomo*, 28-32.

También surgieron en Roma otro tipo de asentamientos que no correspondían a ciudades a pesar de su extensión y de la importancia estratégica que tenían, tales como los campamentos militares a cuyo alrededor se construían diversos tipos de negocios para cubrir sus necesidades, o las estaciones que crecían a lo largo de las vías romanas, o las mansiones, etc. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que a comienzos del siglo III, cuando el emperador Caracalla extiende la ciudadanía a todos los habitantes del Imperio (Constitutio Antoniniana –c. 212-), comienza a utilizarse el apelativo de ciudad para designar a la gran mayoría de asentamientos humanos ubicados dentro del territorio imperial, con el fin de mostrar una conexión entre la realidad material de las ciudades y la realidad social.

y daban respuesta a las demandas mínimas de los habitantes<sup>71</sup>. Los pueblos, las ciudades y las demás modalidades de asentamientos tenían en común diversos elementos físicos e ideológicos<sup>72</sup> que cumplían la doble función de materializar el Imperio, de hacerlo vivo, real y presente aun en las zonas más alejadas de las metrópolis y de expresar los valores sociales, culturales y religiosos que hacían posible la cohesión social<sup>73</sup> y la integración de las partes -las ciudades- en el todo -el Imperio-<sup>74</sup>.

Pero no fue siempre así. Algunas ciudades se formaron a partir de un sustrato original indígena que conservaba sus propias características políticas, culturales y de infraestructura, sobre el cual se imponía la autoridad romana en virtud de acuerdos o tratados (*foedus*), que dejaban un relativo margen de autonomía según se tratara de ciudades libres (*liberae et immunes*) o contributivas (*stipendariae*). Rápidamente, las ciudades indígenas (*municipum*) así constituidas, tendieron a configurarse según el modelo de las colonias romanas (*civitates*) y a copiar sus instituciones, de tal forma que en el Imperio todas las ciudades poseían su senado (orden de los decuriones), su cuerpo electoral popular y unos magistrados agrupados en colegios que correspondían a los cónsules y ediles de Roma.

Poco a poco, las provincias adquirieron la forma de una especie de mosaico de ciudades convertidas en verdaderas células políticas del Imperio en las cuales se reproducía en

---

<sup>71</sup> No tenemos un catálogo exhaustivo y preciso que nos dé cuenta del número de ciudades que pertenecían al Imperio. González, menciona algunas fuentes de diferentes épocas que nos dan alguna idea de orden cuantitativo de los centros urbanos imperiales: “El *Orbis Pictus*, que se encontraba expuesto en el pórtico de Vipsania, la *Geografía* que Estrabón realizara en época augustea, la *Naturalis Historia* que Plinio el Viejo dedica al emperador Tito... el catálogo que Claudio Ptolomeo realiza en el siglo II”. p. 12. Posteriormente agrega: “el desarrollo de prospecciones y excavaciones arqueológicas y, especialmente, la documentación epigráfica enriquece progresivamente el número de ciudades hasta el punto de que la estimación moderna eleva la posible cifra de las existentes en la totalidad de las provincias del Imperio hasta aproximarse a los dos millares”. *Ibidem*, 13.

<sup>72</sup> Para los romanos los elementos materiales de la ciudad (monumentos, edificios, etc.) no la definían en su totalidad; la verdadera esencia de la ciudad la constituían sus ciudadanos.

En Pausanias (10, 4,1), autor del siglo II d. C., encontramos una oposición a considerar un poblado en ciudad, cuando “no hay edificios de gobierno, ni teatro, ni ágora, ni agua conducida a una fuente; y el pueblo vive en cobertizos, como cabañas en los flancos de una quebrada”.

Desde una perspectiva más amplia analiza los diversos significados de las ciudades. Kolb, *La ciudad en la Antigüedad*.

<sup>73</sup> González, *Biblia y polémica antijudía en Jerónimo*, 77-80.

<sup>74</sup> Sobre la combinación de los elementos económicos, culturales y simbólicos de la ciudad romana. Keay, presenta un interesante estado de la cuestión en el que resalta los variados significados de la realidad urbana, vistos desde la óptica de los ciudadanos actuales y de los de entonces. Keay, “Township in the Roman World: Economic centres or cultural symbols”, en *La ciudad y el mundo roma no. Pre-actas XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica*, 5-11.

versión reducida el esquema de gobierno del mismo. El mosaico era heterogéneo y homogéneo a la vez. Heterogéneo porque reunía e intentaba integrar, aunque este ideal nunca se llevó a cabo totalmente, a pueblos de la más diversa procedencia y con diferentes acervos históricos y culturales. Por otro lado, era homogéneo porque cada nuevo pueblo contenía los elementos básicos constitutivos de la cultura romana. Al final, el sello de identidad del Imperio lo conformaba precisamente su diversidad, englobada en una especie de áurea abstracta: la romanidad.

Sería erróneo pensar sin más, que, por ejemplo, los romanos del Ponto fueran iguales a los de la Lucitania o los de Britania a los de la Luguria, aunque en una misma provincia hubiese pueblos de muy diversa procedencia. Las representaciones teatrales y el cine de romanos han transmitido la falsa imagen de una total homogeneidad en el Imperio que no existió. Sin embargo, a los ciudadanos de las provincias podría resultarles atractivo o por lo menos conveniente, sentir y pensar que eran romanos idénticos a los de la Urbe.

Cada urbe tenía como núcleo una ciudad (*civitas*), en torno a la cual se desarrollaba un territorio bastante amplio que le estaba sometido. La ciudad ejercía una primacía sobre el campo, como Roma sobre las demás provincias. La ciudad era más que un concepto técnico, un elemento ideológico que hacía presente al Imperio en los rincones más alejados de su geografía, esto significa que las ciudades cumplían la función de dar cuerpo material a esta realidad esencialmente abstracta que era el Imperio.

Para que un territorio adquiriera el estatus de ciudad era necesario llenar una serie de condiciones de orden físico (infraestructura), social (comunidad dividida en clases), político-administrativo (funcionariado) e ideológico (conceptos de romanidad-*romanitas*). Este conjunto de elementos se denomina equipamiento urbano, el cual aseguraba la romanización de los territorios conquistados y servía como instrumento político, ya que la ciudad no solamente representaba cierto número de comodidades materiales, sino que era el símbolo omnipresente de un sistema religioso, social y político que constituía el armazón de la romanidad<sup>75</sup>.

En efecto, un romano solo estaba dispuesto a considerar que un conglomerado humano era una ciudad cuando sus habitantes conseguían crear los instrumentos de una vida

---

<sup>75</sup> Heather, *La caída del Imperio Romano*, 59.

colectiva: santuarios, lugares de reunión, edificios públicos y fuentes. Finalmente, cuando el mismo suelo se consagraba a los dioses, el espacio se convertía en un lugar sagrado, insustituible e inmutable. Los asentamientos humanos que carecían de alguno de estos elementos recibían la categoría de pueblos o aldeas, pero nunca de ciudades.

El modelo perfecto de ciudad era Roma por supuesto, y cuando las ciudades eran directamente concebidas y edificadas por romanos (civiles o militares), seguían fielmente este modelo y hacia ellas se trasladaban comunidades de ciudadanos de la Urbe, constituyéndose de esta forma las llamadas colonias romanas<sup>76</sup> (*coloniae*), las cuales emularon las instituciones<sup>77</sup>, los monumentos y los cultos de la Ciudad Eterna en los lugares más remotos y diversos del mapa imperial<sup>78</sup>, contribuyendo de esta forma a preservar la unidad política, social y cultural del Imperio.

El equipamiento social de las ciudades, su mantenimiento y su defensa se lograba gracias a la intervención de una enorme burocracia<sup>79</sup> y a la contratación particular de obras. El dinero procedía de los contribuyentes que debían pagar altos impuestos a la renta y al patrimonio<sup>80</sup>. Mientras el dinero de las ciudades se reinvertió en ellas mismas,

---

<sup>76</sup> Las ciudades se definen como “*quasi efigies parvae simulacraque populi Romani*”. No obstante, sería un error considerar la colonia romana como una realidad estática, por el contrario, “manteniendo su carácter esencial de imagen reducida de la *urbs*, sufre una serie de modificaciones que afectan a diversos elementos de su contextualización histórica en clara relación con las transformaciones cualitativas que Roma sufre durante la República y el Alto Imperio”. *Noches Áticas* Aulo Gelio (s. II d. C.) (XVI, 13, 9), 19.

Las ciudades que conoció Jerónimo conservaban su esencia romana, pero habían evolucionado mucho desde la época de su fundación.

<sup>77</sup> “Su organización administrativa también reproduce los principios y elementos fundamentales que informan la constitución romana con la presencia de una asamblea (*comitia*), un senado local (*decurionum ordo*), dos magistrados supremos colegiados (*duumviri*) y los correspondientes colegios sacerdotales (*pontifices y flamines*) También, la reproducción se efectúa a escala en la realidad material del núcleo urbano, en su ordenación urbanística y en sus construcciones monumentales, y en el territorio adscrito que es objeto de distribución entre los colonos que participan en la fundación”. 17.

<sup>78</sup> Esta transformación [de ciudades indígenas en ciudades romanas] no se había producido sólo en Tréveris. Por todo el norte de la Galia, las ciudades romanas tachonaban el mapa. También podían hallarse en Britania, Hispania, el norte de África, los Balcanes, el Asia Menor y el Creciente Fértil” Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 57.

<sup>79</sup> Entre finales del siglo IV y comienzos del siglo V, la burocracia imperial creció, con relación al siglo III, más del 2400%, al pasar de 250 altos funcionarios en el año 249, a 6000 en el año 400. *Ibíd*, 49.

<sup>80</sup> A lo largo de todo el período bajo imperial se mantuvieron o crearon impuestos para el sostenimiento de las ciudades, el Estado y el ejército, tales como el del Oro Senatorial (CTh XII 1.138); el Oro de los Comerciantes (CTh XIII 1.6); la Tasa del Caballo (CTh VII 23.1; 10.2; 26.3; 9.1); la Capitación (CTh XIII 10.4; 20.6); la Pretura (CTh VI 4, 13 y 25); la Anona (CTh XI 2.4).

También habían impuestos que se pagaban a través de trabajo físico, se trata de los Servicios Obligatorios. “Los trabajos más apremiantes, necesarios para el Imperio, corrían a cargo de la población. Sólo los privilegiados se libraban de esta carga. La parte más importante... eran las obras públicas, como el mantenimiento de edificios. Los otros trabajos importantes eran el suministro de pan a la población y

los impuestos no parecen haber generado mayores conflictos entre los contribuyentes<sup>81</sup>, pero cuando el Estado se apropió de las rentas urbanas<sup>82</sup> y fueron a parar a las arcas de los burócratas corruptos<sup>83</sup>, se generaron diferentes tipos de problemas como la disminución de la población urbana<sup>84</sup> y el aumento de las desigualdades sociales<sup>85</sup>. Más allá del espacio urbano (*urbs*) propiamente dicho, se encontraba el territorio (*ager*), “que se le adscribe en el mismo acto fundacional”<sup>86</sup> a la ciudad de la cual depende. Aunque el *ager* era considerado propiedad del pueblo romano y del senado (*ager publicus*) fue allí donde muchas veces se ubicaron las posesiones suburbanas de los ricos y acomodados, tales como villas<sup>87</sup> particulares y zonas de explotación agrícola. La magnitud de las posesiones suburbanas<sup>88</sup>, en ocasiones sobrepasaba límites imaginables, como lo atestigua Olimpiodoro, un autor de comienzos del siglo V, impresionado por las riquezas que ostentaban algunos:

Cada una de estas mansiones de Roma comprendía todo lo que podía tener una ciudad de mediana importancia: un hipódromo, foros, templos, fuentes, diversos baños. Una sola casa era una ciudad [...]. Muchas casas romanas recibían de sus haciendas unos ingresos anuales que ascendían a 4.000 libras de oro, sin contar el trigo, el vino y demás productos que, una vez vendidos, constituían un tercio del rendimiento en oro. Las casas de Roma que después de las primeras ocupaban el segundo rango gozaban de unos ingresos de 1.500 a 1.000 libras de oro<sup>89</sup>.

---

los transportes Siempre hubo una importante falta de mano de obra, sin duda relacionada con la desaparición de la esclavitud”. Depeyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 27.

<sup>81</sup> Sin embargo, la evasión de impuestos fue práctica habitual durante el Bajo Imperio, como puede concluirse de la obra de Depeyrot.

<sup>82</sup> Fenómeno que parece haberse dado con Constantino. Posteriormente, Juliano restableció las posesiones de las ciudades, como consta en el Código Teodosiano (CTh X 3,1) “Ordenamos que las propiedades públicas pasen a las ciudades, para que puedan alquilarlas a una cuota normal y que estas provisiones sirvan para reparar los monumentos”.

<sup>83</sup> “La corrupción en el sistema romano era “un simple reflejo normal entre poder y lucro”. Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 140.

<sup>84</sup> Zósimo, II, 38, 2-4.

<sup>85</sup> Depeyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 106-121.

<sup>86</sup> González, *Roma y la urbanización de Occidente*, 73.

<sup>87</sup> *Ep.* 58, 5.

“[...] la ciudad romana era algo más que un núcleo urbano: también poseía, y administraba, un territorio rural que dependía de ella” y p. 69, “... la fundación de una ciudad romana no consistía simplemente en levantar una réplica idéntica de los edificios romanos, sino también en reformar la vida política local siguiendo unas directrices muy concretas y romanas” (p. 62) y “Una vez que se hubieron establecido por sí solos, y de manera más o menos uniforme, en una misma cultura política, un mismo estilo de vida y un mismo sistema de valores desde el Muro de Adriano hasta el río Éufrates, todos los habitantes de este enorme espacio pasaron legítimamente a convertirse en romanos”. Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 57.

<sup>88</sup> “*Si quando ad suburbana pergis, domi filiam non relinquis*”. *Ep.* 107, 11.

<sup>89</sup> Olimpiodoro, *Fragmentos*, 43-44.

También en la precisa y detallada descripción de su propiedad, Ausonio (310-391) deja un testimonio de las dimensiones que podían alcanzar los bienes inmuebles de los ricos romanos:

Salve, pequeña herencia, dominio de mis mayores, que cultivaron mi bisabuelo, mi abuelo, mi padre y que éste me dejó a mí anciano en el momento de su muerte prematura. ¡Ay! Yo no quería disfrutar tan pronto de ella [...]. Pequeña heredad, lo confieso, pero nunca nada fue pequeño para quien tiene el alma igual, mejor: el mismo espíritu. Pero este dominio mío, ¿qué extensión tiene? Date cuenta de ello para conocerme y conocerte a ti mismo, si eres capaz, al mismo tiempo. Cultivo 200 yugadas de tierra (= 50 ha), cien yugadas (= 25 ha) de viñedo y la mitad (= 12 ha) de prados; los bosques se extienden algo más del doble de los prados, viñas y tierra cultivable (165 ha). Mis agricultores ni son muchos ni falta. Allí cerca, una fuente, un pozo pequeño y un río de aguas cristalinas, navegable, sometido a los vaivenes del oleaje que me lleva y me trae. Almaceno siempre las cosechas para dos años, pues quien no tiene grandes reservas, pronto es víctima del hambre. Mi campo no está situado ni cerca ni lejos de la ciudad: de ese modo me libero de la gente y disfruto de mis bienes. Y cuando los inconvenientes me obligan a cambiar de lugar, paso alternativamente del gozo del campo al de la ciudad<sup>90</sup>.

Con todo, Ausonio se atreve a llamar a su propiedad “pequeña herencia”, “pequeña heredad”, debido quizás, a una comparación que establece con otras haciendas de gran tamaño dedicadas a la explotación agrícola. Estos ricos propietarios eran también beneficiarios del equipamiento de las ciudades, gracias a que su vida transcurría entre los espacios urbanos y los rurales, según sus necesidades o caprichos.

En el extremo opuesto a esta gran propiedad (*latifundium*) se encuentran, por una parte, los pequeños propietarios cuyas tierras estaban dedicadas a minicultivos para el propio consumo, por otra, los desposeídos campesinos que subsistían en formas indígenas de organización, al margen del mundo ‘civilizado’<sup>91</sup>, y los colonos más los agricultores libres y esclavos que constituían la enorme clase inferior de la sociedad romana. Los pobres campesinos y colonos no solían acceder a los beneficios del equipamiento de las ciudades, debido en parte, a las distancias que los separaban de los centros urbanos y, sobre todo, a la ignorancia que tenían respecto a sus derechos como ciudadanos romanos, cuando llegaron a serlo. Tanto en el campo como en la ciudad, las contradicciones sociales evidencian:

---

<sup>90</sup> Ausonio. *Piezas personales* [XII], 2.

<sup>91</sup> González, *Biblia y polémica antijudía en Jerónimo*, 76.

un contraste monstruoso [en las ciudades] entre la existencia fastuosa de los privilegiados [honestiores] y la pobreza o la miseria de los demás, y en los campos la dependencia creciente de los humildes [humiliores] respecto de los poderosos patronos. A esto hay que añadir la barbarie de los campos despoblados<sup>92</sup>.

De tal forma que la diversidad de la cual ya se ha hablado, se refería no solo a las pautas culturales o a la tradición de los pueblos, sino también a la enorme brecha que diferenciaba y separaba a los distintos estratos de la sociedad romana.

### 2.1.1 Significado del equipamiento urbano en las obras de San Jerónimo

Aunque Jerónimo no diferencia las tipologías de los asentamientos e indistintamente da el nombre de ciudad a pueblos y aldeas o viceversa<sup>93</sup>, en sus escritos se encuentran los elementos básicos que constituyen el equipamiento social de las ciudades de su tiempo. De manera general y sirviendo a los objetivos de sus escritos más que a una descripción minuciosa del entorno urbano, Jerónimo deja entrever algunos elementos infraestructurales<sup>94</sup> de las ciudades del Imperio y su finalidad (Ver tabla 2).

#### 2.1.1.1 El lujo y la sencillez

Para persuadir a Marcela, -joven viuda líder del círculo ascético bíblico del Aventino-, de retirarse a Tierra Santa donde ya se encuentran Jerónimo y su grupo, Paula y Eustoquia le escriben una carta cuyo contenido y estilo deja notar la mano del monje de

---

<sup>92</sup> Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 593.

<sup>93</sup> La muerte de Constancio, por ejemplo, dice Jerónimo, sucede en un pequeño *pueblecito* (*Ep.* 60, 15) de la región de Mopso [*in Mopsi uiculo moriens magno dolori hosti reliquit imperium*]; Paulino es obispo de la *ciudad* de Antioquia (*Ep.* 108, 6) [*Paulinum Antiochenae urbis episcopum*]; y, finalmente, hablando de la consagración de la virgen Demetria, Jerónimo asegura que en *ciudades, pueblos y aldeas* las personas se alegran por el acontecimiento (*Ep.* 130, 6) [*Non solum ad urbes, oppida uiculosque, sed ad ipsa quoque mappalia celebris fama penetrauit*]. No es posible establecer los criterios que utilizó Jerónimo para denominar a un poblado de una u otra forma.

<sup>94</sup> Una descripción simple de una ciudad romana pone en evidencia los elementos que Jerónimo no nombra en sus obras. En el centro, el *forum*, que es la plaza pública con sus anexos; el *Capitolio*, centro de la religión oficial; la *curia*, donde tenía lugar la asamblea de los decuriones; y la *basílica*, lugar de la vida judicial. Luego, un teatro o un anfiteatro (en algunos casos los dos), para los espectáculos y los juegos; santuarios erigidos a las diferentes divinidades; termas, amplios establecimientos de baños que jugaban un gran papel en la vida social; acueductos, fuentes y todas las instalaciones sanitarias indispensables para una agrupación humana grande. Finalmente, las construcciones de prestigio, arcos de triunfo, columnas votivas, estatuas, donde el espíritu cívico encontraba su expresión, como objetos de la ambición y de las emulaciones comunes. A menudo, las ciudades estaban rodeadas de murallas, las cuales adquirieron mayor interés y se multiplicaron cuando las invasiones bárbaras trajeron inseguridad al imperio.

Belén<sup>95</sup>. Sea cual fuere el verdadero autor de la misiva, el caso es que para convencer a la destinataria de la dignidad de la ciudad de Belén y la conveniencia de vivir en ella, se presenta una comparación entre dos ciudades, una es la pobre y humilde Belén; y la otra, aunque no aparece su nombre, se puede pensar que se trata de Roma. De esta comparación se extraen algunos elementos de la infraestructura de las ciudades romanas:

Hay en la ciudad misma tantos lugares de oración que no basta el día para recorrerlos todos. Pero viniendo al pueblecillo de Cristo y a la posada de María, pues al fin y al cabo cada cual alaba mejor lo que posee, ¿con qué palabras, con qué expresiones podremos describirte la cueva del Salvador? ¿Y aquel pesebre en que de pequeño dio sus vagidos? Mejor será venerarlo en el silencio que ensalzarlo con pobre discurso. ¿Dónde están aquí los espaciosos pórticos? ¿Dónde están los artesonados de oro? ¿Dónde las casas embellecidas a costa de los castigos de los miserables y el trabajo de los condenados? ¿Dónde están las basílicas construidas a manera de palacios con las riquezas de los particulares, para que este vil cuerpo humano pasee con mayor suntuosidad? Como si hubiera algo más bello que el universo, prefieren contemplar sus propios techos antes que el cielo. Aquí, en este pequeño agujero de la tierra, nació el Creador de los cielos. Aquí fue envuelto en pañales, aquí fue contemplado por los pastores, aquí lo señaló la estrella, aquí fue adorado por los magos. Este lugar, creo yo, es más sagrado que la roca Tarpeya, la cual, fulminada muchas veces desde el cielo, da bien a entender cuánto haya disgustado al Señor<sup>96</sup>.

El texto tiene dos partes. En la primera se alaba el “pueblecillo de Cristo” y se enumeran los lugares humildes y sencillos del nacimiento de Jesús<sup>97</sup> donde se habían ubicado centros de piedad cristiana, mientras que, en la segunda parte por contraste, aparecen en forma de pregunta algunos elementos de finalidad decorativa característicos de las propiedades de lujo de las grandes ciudades: “espaciosos pórticos, artesonados de oro y casas embellecidas”, más un elemento de función pública y religiosa, “la basílica”.

---

<sup>95</sup> Uno de los argumentos para creer que esta *Ep.* fue escrita por Jerónimo lo encontramos en el célebre elogio fúnebre a Paula, donde, usando casi las mismas palabras que encontramos en la *Ep.* 46, Jerónimo vuelve a resaltar las diferencias entre las dos ciudades: “Prefirió (Paula) Belén a Roma y cambió los artesonados fulgentes de oro por la vileza del barro toscó”.

<sup>96</sup> *Ep.* 46, 11.

<sup>97</sup> La expresión de Jerónimo “Aquí, en este pequeño agujero de la tierra, nació el Creador de los cielos” (*ecce in hoc paruo terrae foramine caelorum conditor natus est*), parece ser una reminiscencia del texto de Hch 26, 26: “Bien enterado está de estas cosas el rey, ante quien hablo con confianza; no creo que se le oculte nada, pues no han pasado en un rincón”. Estas palabras solo quieren dar a entender que, aunque el lugar geográfico –Belén– sea insignificante, los hechos allí acaecidos son grandes y conocidos por todo el mundo. Resaltando la pequeñez del lugar, alcanza mayor realce lo acaecido.

Jerónimo quiere contraponer dos conceptos: lujo y sencillez, encarnados en las ciudades grandes y en las pequeñas -pueblecillos- respectivamente. Cabe anotar que la infraestructura difiere, primando en las últimas, los elementos cristianos, mientras que en las primeras se ponen de relieve los civiles. La pequeña ciudad de Belén se abre al cielo mientras que los lujos de las grandes ciudades, representados en sus techos, encierran a sus habitantes como si se tratara de una cárcel.

### 2.1.1.2 La locuacidad y la apariencia

Entre los años 389-392 Jerónimo escribe sus *Cuestiones Hebreas sobre el Génesis*, en cuyo prefacio hace una defensa de sí mismo contra un tal Luscio, que probablemente lo había acusado de plagio. Para justificarse, después de haber insultado a su adversario, describe dónde y cómo muestran su sabiduría los “pobres hombrecillos” y los “doctísimos varones”:

Pero esto les sucede a ellos con razón: su elocuencia resonaba desde las tribunas, en los teatros, la curia, la asamblea: el valor en público encuentra siempre rivales, y los rayos hieren los montes más altos; sin embargo, a mí lejos de las ciudades, el foro, los litigios, separado de la multitud, aun así (como dice Quintiliano) encuentra la envidia al que se oculta<sup>98</sup>.

El texto presenta algunos elementos emblemáticos de la infraestructura urbana imperial: los teatros, históricamente destinados a la cultura, pero en época bajoimperial con una finalidad recreativa (mimos e histriones); la curia, sede del consejo ciudadano; y el foro, en cuyos flancos se encontraban los edificios de la administración y donde solía reunirse la gente para discutir, murmurar o negociar.

La Carta 52 dirigida al presbítero Nepociano permite agregar algunos componentes a este retrato de los espacios públicos de las ciudades, a la luz de la comparación que hace Jerónimo de los lugares donde transcurre la vida de su corresponsal y de un “clérigo negociante que de pobre que era se ha hecho rico, y de plebeyo, fanfarrón<sup>99</sup>”: “Tú desprecias el oro, el otro lo ama; tú pisoteas las riquezas, él las acapara; tú llevas en el

---

<sup>98</sup> *Cuestiones Hebreas sobre el Génesis*, 1.

<sup>99</sup> *Ep. 52, 5*: “*negotiatorum clericum, et ex inope diuitem et ex ignobili gloriosum, quasi quandam pestem fuge*”.

corazón el silencio, él el descaro, los foros y las plazas públicas y los consultorios de los médicos”<sup>100</sup>.

Aparecen dos nuevos escenarios de la vida pública urbana: las plazas que intencionalmente nombra Jerónimo, aparte del foro para indicarnos que no era este el único espacio abierto donde se reunían las personas para presumir de su locuacidad o para tratar otros asuntos de diversa índole, y los consultorios de los médicos donde se daban cita las clases acomodadas para saber de su salud y para indagar por la de los demás.

### **2.1.1.3 Justicia, defensa y diversión**

La Carta a Paulino<sup>101</sup> presenta nuevos elementos pertenecientes a la infraestructura urbana bajoimperial y revela algunas ocupaciones características de los romanos de la época:

Si los emplazamientos de la cruz y de la resurrección no estuvieran en una ciudad tan populosa, en la que hay un pretorio, un cuartel, hay cortesanas, mimos, bufones y todo lo que suele haber en otras ciudades, si Jerusalén sólo fuera visitada por multitudes de monjes, entonces un lugar así sería buscado por los monjes para vivir allí<sup>102</sup>.

Refiriéndose a Jerusalén, Jerónimo nombra dos elementos básicos de su equipamiento: el pretorio y el cuartel, destinados a la administración de la justicia y a la defensa respectivamente. Estos dos edificios asociados a su función, estarían presentes en ciudades de considerable tamaño o de alguna importancia estratégica para el Imperio. Enseguida, el texto presenta tres personajes típicos de la vida urbana: las cortesanas, los mimos y los bufones, que sugieren la existencia de burdeles, teatros y otros centros de diversión. Aunque nombrados casi de soslayo, estos tres elementos se pueden considerar factores neurálgicos en el funcionamiento de las ciudades. En efecto, para un ciudadano romano la ventaja de pertenecer al Imperio radicaba en la certeza de sentirse protegido de las agresiones internas y externas y en la posibilidad de disfrutar de sus bienes en espacios de ocio y entretenimiento, y el Imperio se esforzaba por dar la imagen de ofrecer a sus ciudadanos justamente lo que deseaban.

---

<sup>100</sup> *Ep.* 52, 5.

<sup>101</sup> *Ep.* 53.

<sup>102</sup> *Ep.* 58, 4.

#### 2.1.1.4 Atención a los miserables

En el año 400 aproximadamente, Jerónimo escribe una carta a su amigo Océano, en la cual hace el elogio fúnebre de Fabiola, mujer virtuosa y rica que destinó su fortuna a socorrer a las personas pobres, principalmente a los enfermos quienes abandonados en lugares públicos, se exponían a una muerte ignominiosa:

Ella fue la primera que fundó un hospital para recoger a los enfermos de las plazas públicas y restablecer los cuerpos de los miserables consumidos de dolencias y de hambre. ¿Tendré que describir aquí las diversas calamidades de estos hombres: narices mutiladas, ojos vacíos, pies medio quemados, manos entumecidas, vientres hinchados, caderas atrofiadas, piernas inflamadas y hervideros de gusanos que salían de carnes carcomidas y pútridas? ¡Cuántas veces no cargó sobre sus hombros a enfermos invadidos por la ictericia o la gangrena! ¡Cuántas no lavó la materia purulenta de las llagas, que otros ni se hubieran atrevido a mirar! Servía las comidas por su propia mano, y con infusiones medicinales aliviaba a aquellos cadáveres vivientes<sup>103</sup>.

El texto muestra dos personajes propios de la ciudad bajoimperial: los pobres y las mujeres cristianas dedicadas a la práctica de la caridad, más un nuevo elemento del equipamiento social dedicado ahora a la atención de los desgraciados: el hospital. Más que un edificio, el hospital era una verdadera institución en la cual se atendían las personas no solo en aspectos de salud, sino también de nutrición y de justicia.

Como Fabiola, Panmaquio -entrañable amigo de Jerónimo-, dedicó también parte de su fortuna a la atención de los pobres, en este caso en un albergue que ofrecía a los hambrientos peregrinos hospedaje y comida<sup>104</sup>. La Carta a Panmaquio, además habla de los “tugurios”, la vivienda propia de los pobres y desheredados<sup>105</sup>. Aunque ausentes en la mayoría de estudios arqueológicos, la vivienda mayoritaria de los romanos era el tugurio, la casa miserable, hogar de la mayoría de romanos empobrecidos, a los cuales se hará referencia más adelante.

En síntesis, el equipamiento de las ciudades bajoimperiales desde la óptica de Jerónimo<sup>106</sup>, estaría constituido por los siguientes elementos:

---

<sup>103</sup> *Ep.* 77, 6.

<sup>104</sup> *Ep.* 66, 11.

<sup>105</sup> *Ep.* 66, 13.

<sup>106</sup> Se da la cuestión de si las ciudades romanas son centros económicos o símbolos culturales: “Much has been written about their economic role with the assumption that all towns in the Roman Empire, to

a) Elementos de finalidad religiosa: Aparecen en diferentes ciudades, pueblos y aldeas, están destinados principalmente al culto cristiano, aunque en algunos podría pervivir el culto pagano. Entre ellos se encontraban oratorios<sup>107</sup>, monasterios<sup>108</sup>, santuarios<sup>109</sup>, basílicas<sup>110</sup> y cementerios<sup>111</sup>.

b) Elementos de finalidad decorativa<sup>112</sup>: Se encontraban en las ciudades y también en las casas campestres de los ricos hacendados. Entre ellos se hallaban estatuas<sup>113</sup>, pórticos, artesonados de oro y casas embellecidas<sup>114</sup>.

c) Elementos de finalidad administrativa<sup>115</sup>: Estaban destinados a la administración de la justicia, la atención a los ciudadanos y el ejercicio de la política. Algunos de ellos son: tribunas<sup>116</sup>, curia<sup>117</sup>, asamblea, foro<sup>118</sup> y pretorio<sup>119</sup>.

---

greater or lesser degree, conformed to the Greco-Roman model. That is to say that they were the single political focus of an otherwise undifferentiated urban and rural population within a defined territory". Key, *Towns in the Roman World: Economic centres or cultural symbols*, 127.

Las ciudades pudieron producir bienes "on a large scale and trading in volume extensively", según algunos autores, mientras que otros afirman que la producción fue "only manufactured and trade on a limited scale". Estos puntos de vista divergentes ponen de manifiesto el actual debate acerca del carácter y la escala de la economía romana (Ibid.)

"El paisaje era casi enteramente romano, y sus ciudades constituían la roca firme sobre la que se asentaba la administración del imperio". Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 57.

<sup>107</sup> Ep. 46, 11.

<sup>108</sup> *Comentario a Oseas*, 5, Eps. 60, 15; 112, 22; 119, 1.

<sup>109</sup> Ep. 107, 1.

<sup>110</sup> Ep. 46, 11.

Originariamente la basílica tenía finalidad civil, y se destinaba a actividades judiciales o a las reuniones de los mercaderes. Sin embargo, tanto su planta como su nombre se han hecho famosos porque los primitivos cristianos adoptaron este tipo de edificación como templo, de modo que los lugares de culto derivaron de la basílica y no de los templos antiguos, por ser más adecuado a la función religiosa que exige el cristianismo. Las basílicas romanas podían ser de planta rectangular alargada, con el muro del fondo recto, o bien cerrando en ábside. En el primer caso, una hilada de columnas daba la vuelta completa al edificio, mientras que cuando había ábside se dejaba libre de columnas la cabecera. De todas maneras, en ambos casos siempre quedaba el interior dividido en tres naves, separadas por las filas de columnas, aunque existen basílicas de un mayor número de naves. *San Jerónimo. Obras completas Tomo I*.

<sup>111</sup> Ep. 107, 1.

<sup>112</sup> Ep. 46, 11.

<sup>113</sup> Ep. 58, 3-4.

<sup>114</sup> Ep. 46, 11.

<sup>115</sup> Ep. 46, 11; 58, 4; *Cuestiones Hebreas sobre el Génesis*, 1.

<sup>116</sup> *Cuestiones relativas al Antiguo Testamento*, 1.

<sup>117</sup> El término curia se utiliza para designar al consejo dirigente de la ciudad, llamado de los decuriones y también al edificio donde se reunía. Consistía en un edificio, por lo general de planta rectangular, de relativamente pequeñas dimensiones y la mayoría de veces con un pórtico por el que se penetraba a la sala presidida por un estrado. *Cuestiones Hebreas sobre el Génesis*, 1.

<sup>118</sup> Ep. 52, 5.

<sup>119</sup> Ep. 58, 4.

d) Elementos de finalidad defensiva<sup>120</sup>: Destinados a la protección de las ciudades y de las fronteras. A este grupo pertenecen los cuarteles<sup>121</sup> y las murallas<sup>122</sup>.

e) Elementos destinados al ocio<sup>123</sup>: Cumplían la función de congregar a los ciudadanos en su tiempo libre para ofrecerles diversión y entretenimiento. Entre ellos se encuentran el teatro<sup>124</sup>, el anfiteatro<sup>125</sup> y el circo<sup>126</sup>.

f) Elementos de finalidad social y caritativa: Creados por ciudadanos cristianos, cumplían la función de atender a las personas pobres o necesitadas. Algunos de ellos son los hospitales<sup>127</sup> y los albergues<sup>128</sup> que más que edificios, eran verdaderas instituciones de servicios sociales.

Finalidad	Elemento
Religiosa	Lugares de oración (oratorios) Monasterios Santuarios Basilicas Cementerios
Decorativa	Estatuas Espaciosos pórticos Artesonados de oro Casas embellecidas
Administrativa	Tribunas Curia Asamblea Foro Pretorio

<sup>120</sup> *Eps.* 58, 4; 114, 2.

<sup>121</sup> *Ep.* 58, 4.

<sup>122</sup> *Ep.* 77, 8.

<sup>123</sup> *Cuestiones Hebreas sobre el Génesis, 1.*

<sup>124</sup> En la sociedad romana tuvieron especial importancia tres tipos de espectáculos públicos, cada uno de los cuales dispuso de su edificio propio: el teatro, el circo para carreras de carros ligeros y el anfiteatro dedicado a las luchas sangrientas de gladiadores o de hombres con fieras. De los tres espectáculos, solamente el teatro tenía ya una gran tradición en la vida de los griegos y por tanto, estaba fijado su tipo de edificio. Los romanos copiaron esta construcción, adaptándola a las necesidades de sus representaciones, en la cuales, contra lo que suele creerse, la tragedia y la comedia tuvieron un papel muy secundario frente a la pantomima y el mimo, menos intelectuales y más espectaculares. *Cuestiones Hebreas sobre el Génesis, 1.*

<sup>125</sup> *Ep.* 69, 9.

<sup>126</sup> *Eps.* 43, 3; 69, 9.

Los circos estaban destinados a las carreras de carros ligeros. Presentan menos interés desde el punto de vista constructivo y son muy escasos los conservados en buenas condiciones. Formados por un espacio rectangular alargado, tienen los extremos rodeados con una arena en el centro dividida longitudinalmente por las graderías en torno.

<sup>127</sup> *Ep.* 77, 6.

<sup>128</sup> *Eps.* 66, 11; 77.

Defensiva	Cuartel Muralla
Ocio	Teatro Circo
Social y caritativa	Hospitales Albergues

Tabla 2. Equipamiento urbano según Jerónimo.

### 2.1.2 La ciudad romano-cristiana: infraestructura y mentalidad

Con el advenimiento del cristianismo, la ciudad clásica incorporó nuevos elementos a su equipamiento social, a través de la construcción de nuevos edificios como los templos dedicados al culto de las reliquias de los santos, o mediante el cambio de función de algunos de los existentes, como las basílicas<sup>129</sup>:

La corte celeste está abierta lo mismo si se mira desde Jerusalén como si se mira desde Bretaña, pues el reino de Dios está dentro de nosotros. Antonio y todos los enjambres de monjes de Egipto y Mesopotamia, del Ponto, Capadocia y Armenia jamás vieron Jerusalén, y sin necesidad de esta ciudad les está abierta la puerta del paraíso. El bienaventurado Hilarión, que era palestinese y vivía en Palestina, sólo un día vio Jerusalén, para no dar la impresión de que despreciaba los santos lugares, dada su cercanía, ni tampoco se encerraba en un Dios concreto. Desde los tiempos de Adriano hasta el impero de Constantino, por espacio de unos ciento ochenta años, en el lugar de la resurrección se adoraba una estatua de Júpiter, y en la peña de la cruz una estatua en mármol de Venus, puesta allí por los paganos; pues pensaban los promotores de la persecución que, si profanaban los santos lugares con ídolos, nos quitarían la fe en la resurrección y en la cruz. Belén, ahora nuestra, el lugar más augusto del orbe, aquel del que dijo el salmista: *la verdad nació de la tierra*, estuvo bajo la sombra de un bosque de Thamuz, o sea de Adonis, y en la cueva donde en otro tiempo Cristo niño dio sus vagidos se lloraba al amado de Venus<sup>130</sup>.

<sup>129</sup> Brown, explica el significado de la palabra basílica y expone algunas de sus características. El autor cita el impacto que en Egeria (peregrina procedente de Hispania que llegó a Tierra Santa en el siglo V, autora de la famosa *Peregrinatio Egeriae*) causó la basílica del Gólgota: “La decoración es tan maravillosa que realmente no existen palabras para describirla. Por doquiera se ve oro, joyas y seda[...] No puedes ni siquiera imaginar el número y el peso de los cirios, velas, lámparas y de todos los demás adminículos empleados en las ceremonias [...] Se hallan por encima de toda ponderación, lo mismo que la magnificencia del edificio propiamente dicho. Fue construido por Constantino y decorado con oro, mosaicos, mármoles preciosos, y tantos materiales como puedo hallar en su imperio”. *Religion and Society in the Age of St. Agustin*, 43. Marrou, *¿Decadencia romana o antigüedad tardía?* 109-116.

<sup>130</sup> La *Ep.* 58, 3 testimonia el triunfo del cristianismo sobre el paganismo y muestra cómo a lo largo de los años, los monumentos y edificaciones religiosos estuvieron dedicados a diferentes cultos.

Estos cambios, unidos a la nueva mentalidad del ciudadano romano dieron paso a un nuevo modelo de ciudad<sup>131</sup> que reunía los emblemáticos elementos de la ciudad clásica, símbolos de la romanidad con los típicamente cristianos. En la mente de los ciudadanos había calado la importancia de la conversión de fe al cristianismo, o al menos de confesarse cristiano conociendo o no el significado de la nueva religión. A medida que fue avanzando el siglo IV, los romanos percibieron claramente que “los requisitos previos para la obtención del éxito comenzaron a pasar, cada vez más, por ser «cristiano y romano» en vez de por poseer «una villa en el campo y una residencia en la ciudad»<sup>132</sup>, sin dejar claro está, de tener este tipo de posesiones o de desearlas.

Los aristócratas de siempre, ahora cristianos en su mayoría, son los encargados de dar vida a la nueva infraestructura de la ciudad romano-cristiana, a través de grandes inversiones en la construcción de edificios destinados al culto de los mártires locales. Este tipo de edificios aparece en diferentes partes del Imperio, algunas de ellas distantes de las metrópolis, en los lugares donde se suponía que habían perecido los mártires o donde algún rico devoto había logrado trasladar algunas reliquias. De esta forma aparece y se extiende la costumbre de visitar las tumbas de los mártires o los lugares donde se les rinde culto.

La visita dominical a las basílicas y a los sepulcros de los apóstoles y de los mártires se convirtió en una práctica habitual de la iglesia popular romana. Jerónimo admiraba la afición de los romanos por esta práctica, que tenía mucho de piedad instintiva y no poco de creación popular, pero que contribuía a unir a la sociedad<sup>133</sup> en torno a manifestaciones de tipo religioso típicamente cristiano, como en su tiempo lo hizo el paganismo.

Los nuevos elementos de la infraestructura de las ciudades, unidos a los patrones de la ideología cristiana que habían ganado un importante espacio dentro de la mentalidad

---

<sup>131</sup> Sobre el fenómeno de la transformación de la ciudad romana en ciudad cristiana, Le Glay afirma: “Mientras que la cristianización alcanzaba la sociedad de Roma, desde la primera mitad del siglo IV la Iglesia comenzaba a ocupar el espacio geográfico de la ciudad con las iglesias, ente las cuales estaba la basílica constantiniana de Letrán –ocho iglesias hacia 350- y con sus necrópolis que comprendían unas basílicas martiriales, entre las que se encontraban la primera basílica de San Pablo Extramuros, Santa Inés y San Pedro del Vaticano, comenzada antes de 333 y acabada después de 354. Cuando Roma perdió su función y su actividad de capital política del mundo, está a punto de convertirse en la capital del mundo cristiano, la *Roma christiana*”. Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 507.

<sup>132</sup> Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 171.

<sup>133</sup> San Jerónimo. *Obras completas I*, 29.

romana, al culto y la nueva moral, dan paso al advenimiento de lo que se podría denominar cristianización, siguiendo la línea argumental de lo que se llamó anteriormente romanización. Las antiguas ciudades, incorporan los nuevos elementos cristianos, de forma que el orbe romano se convierte también en cristiano, como se puede verificar en palabras de Jerónimo por el año 386, cuando declara la expansión del cristianismo no solo en los confines del Imperio, sino también más allá, o sea, en los lugares donde habitan los pueblos bárbaros:

¿Qué hace el obispo que no pueda hacer el presbítero? Igual que tampoco hay que imaginarse a la Iglesia de Roma como distinta a la de todo el orbe. Las Galias, Bretaña, África, Persia, el Oriente, la India y todas las naciones bárbaras adoran al mismo Cristo y observan una misma regla de la verdad<sup>134</sup>.

Sin embargo, no se puede hablar de un salto cualitativo que hubiese producido la transformación de la ciudad romana en ciudad cristiana, sino de la convivencia de los dos modelos, en una dialéctica permanente que permitió cristianizar los elementos romanos y romanizar los elementos cristianos. El funcionariado de las ciudades, por ejemplo, se cristianizó y al mismo tiempo, las autoridades religiosas a cuya cabeza se encontraba el obispo, incorporaron a su actuar la forma de ser y de obrar de la burocracia romana. Los jefes de la Iglesia se convirtieron en importantes figuras de la vida religiosa, social y política del Imperio y su autoridad fue indiscutible tanto en Oriente como en Occidente<sup>135</sup>. Cada obispo<sup>136</sup> ejercía su poder dentro de una unidad territorial llamada diócesis, haciendo uso de la división imperial impuesta décadas atrás por Diocleciano. La disyunción<sup>137</sup> que según el esquema planteado en el sueño jeronimiano separaba el mundo clásico grecorromano del mundo cristiano, se convierte en conjunción de estas dos realidades para dar vida a un nuevo orden que de manera alguna sería extraña a los romanos de la época.

De no haber sobrevivido los elementos de la romanidad clásica en el modelo cristiano de ciudad, es poco probable que las altas élites imperiales, guardianas de las costumbres y las tradiciones, hubieran permitido el advenimiento de un orden nuevo opuesto a los valores romanos de siempre. La genialidad del cristianismo en esta etapa de su

---

<sup>134</sup> *Ep.* 146, 1.

<sup>135</sup> En la *Ep.* 16 (1), Jerónimo le habla al papa Dámaso en estos términos: “*uidelicet ut paruum magnus aspicias, ut diues pastor morbidam non contemnas ouem*”.

<sup>136</sup> Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 507-516.

<sup>137</sup> *Ep.* 22, 30.

expansión fue precisamente, haber permitido su romanización, de tal forma que la cristianización del imperio no pareciese una invasión igual o peor que la de los pueblos bárbaros, sino la paulatina penetración de una realidad en apariencia idéntica a la existente. El cristianismo, como si se tratase de un líquido, entró en al Imperio y se acomodó a la forma de su recipiente pero impregnando sus paredes, de modo que recipiente y contenido se convirtieron en parte de una misma realidad.

### 2.1.3 La ciudad romano-cristiana: costumbres y valores

Hasta ahora se han descrito y explicado los diferentes elementos infraestructurales e ideológicos de la ciudad romano-cristina de finales del siglo IV y comienzos del V. En este momento, corresponde resaltar un elemento no menos importante que los anteriores, que manifiesta en la cotidianeidad el éxito o el fracaso de la implementación del cristianismo en el Imperio: las costumbres; es decir, las formas de ser y de actuar típicos de la ciudad bajoimperial. Jerónimo es un crítico agudo del actuar de sus conciudadanos, al punto que pareciese no estar satisfecho con el obrar de ninguna persona del Imperio diferente de su pequeño círculo de amigos y de algunos pocos corresponsales.

Jerónimo, al criticar las costumbres<sup>138</sup> ciudadanas, lleva al lector a un acercamiento de la vida cotidiana de los romanos y sobre todo, de las mujeres romanas de su época. Temas tan prosaicos como el vestido, el maquillaje, el calzado o el glamour<sup>139</sup>, sirven al monje de Belén para desarrollar una verdadera axiología cristiana<sup>140</sup>, que posteriormente contribuirá a configurar todo el aparato moral de la Iglesia y a sentar las bases de la disciplina de la vida religiosa, principalmente la femenina que se implantaría en todo el mundo cristiano.

---

<sup>138</sup> La comprensión de Jerónimo acerca de las costumbres públicas de los cristianos, la describe en De Pozo.

El monje de Belén describe el comportamiento público de los cristianos en las ciudades y al mismo tiempo enuncia un deber ser, en un esfuerzo por crear un sistema urbano típicamente cristiano: “*L’œuvre de Jérôme, et en particulier ses épîtres, est un bon exemple des premiers efforts systématiques visant à asseoir un comportement social spécifiquement chrétien, et d’abord chez les vierges, veuves, moines et cleros qui appartenaient à l’élite de la société; mais un comportement appelé à s’étendre, sous certains aspects, à l’ensemble des croyants. En outre, grâce à sa veine satirique, Jérôme portait un regard aiguisé sur les mœurs mondaines. En dépit des quelques 34 ans qu’il passa dans le bourg de Bethléem, c’était un connaisseur privilégié des plus grandes villes du temps, Trèves, Constantinople, Antioche, Alexandrie et Jérusalem*”. 317.

<sup>139</sup> Ibid, 320-323.

<sup>140</sup> Ibid, 323.

La moral jeronimiana opone a las extravagantes costumbres de la sociedad romana, tan proclive a la fiesta y el desenfreno, la modestia y humildad propias del cristiano<sup>141</sup> arquetípico que pretende presentar como modelo. Este arquetipo corresponde al monje, que teniendo como morada la desierta y silenciosa campiña, se dedica de lleno a la contemplación de las verdades divinas. El polo opuesto al romano pecador sería entonces, el modesto monje. La sociedad que propone Jerónimo, está compuesta por monjes y monjas que viven la fe cristiana en pequeñas comunidades alejadas de los centros urbanos. Dicha moral, dirigida a los cristianos, principalmente a los consagrados o a los que están en vía de serlo, está formulada por vía negativa, a través de la presentación de costumbres, actitudes o hábitos que corresponden a acciones pecaminosas o que pueden llevar a ellas.

Jerónimo quiere mostrar quizás, que a una vivencia interior y personal de la fe corresponde una conducta exterior, un modo de vida que informa todos los aspectos del ser personal y social<sup>142</sup>. El sistema moral del monje de Belén se ajusta más a su propia forma de pensar y de ser, en ocasiones apasionada y extremista, que a una norma de la disciplina oficial de la Iglesia. No obstante, su pensamiento y su praxis en este campo contribuyeron enormemente a la configuración de la moral de la Iglesia propuesta a los ciudadanos del Imperio.

La tabla 3 presenta una serie de costumbres de hombres y de mujeres romanos que el monje de Belén se permite prohibir expresamente por no corresponder a la expectativa que se tiene de un miembro de la Iglesia. Esta prohibición obedece a la necesidad que tiene el cristianismo de mostrar externamente la fe que profesa de palabra, de tal forma que el testimonio sirva de propaganda eclesiástica dentro de la misma sociedad romana.

Costumbres	Prohibiciones	
	Hombres	Mujeres
Tener armarios repletos de vestidos.		✓
Cambiarse de túnica todos los días.	✓	✓
Ocultar el oro y andar en andrajos.		✓
Escribir textos sagrados en pergaminos finos, con letras de oro.	✓	✓
Hacer ostentación de sus acciones caritativas.		✓
Fingir actitudes piadosas		✓
Maltratar a los pobres		✓
Exceso de comida.	✓	✓

<sup>141</sup> *Eps.* 1, 22, 43, 54, 107 y 138.

<sup>142</sup> La doctrina jeronimiana pretende tocar elementos de la vida pública y de la vida privada, como lo enuncia Del Pozo: “*Nous avons vu que bien des conseils que Jérôme prodigue à ses correspondants sont aussi valables pour la vie privée*”. 322.

Hacer y recibir visitas.	✓	✓
Criticar a las personas que no están presentes en una reunión.	✓	✓
Usar vestidos finos, caros, llamativos y aparatosos <sup>143</sup> .		✓
Usar maquillaje y tintura para el pelo.	✓	✓

Tabla 3. Costumbres romanas y prohibiciones en la obra de Jerónimo.

Jerónimo es muy crítico respecto a la moral de su tiempo, razón por la cual censura las costumbres de los hombres y de las mujeres<sup>144</sup>. A estas últimas (tabla 4), en particular a las que han abrazado la vida religiosa o piensan hacerlo, a las solteras y a las viudas, dirige la mayoría de las recomendaciones y prohibiciones.

El pensamiento de Jerónimo sobre las costumbres de los ciudadanos romanos parecía apuntar hacia el establecimiento de una moral intervencionista que buscaba lograr el control de los actos y los pensamientos de los fieles, penetrando en lo más profundo e íntimo de la vida privada como en lo más prosaico y nimio. Si la moral del Imperio no fue exactamente la propuesta por Jerónimo, el cristianismo sí ganó un importante terreno en la imposición de nuevas costumbres y valores que empezaron a formar parte de la vida privada y pública de los romanos tanto en la ciudad como en el campo. También la moral propuesta por el monje de Belén logró hacerse un importante espacio en la disciplina de las congregaciones religiosas, principalmente las femeninas, que vieron en la disciplina jeronimiana una forma de vivir radicalmente el evangelio y de crecer en la virtud.

Sin embargo, esta forma de pensar acompañada de un beligerante intento de imponer su criterio moral, reportó a Jerónimo no pocos conflictos, ora con sus detractores, ora con algunos de sus amigos y colaboradores. Es probable que las enemistades que se granjeó durante el segundo período romano, a la sombra del papa Dámaso, hayan estado relacionadas entre otras cosas, con su carácter radical y su propuesta de una moral estricta que pretendía eliminar de tajo algunas costumbres y tendencias muy arraigadas entre los romanos, como su natural festivo y su tendencia a participar en actos y espectáculos públicos, así como cierta laxitud en el establecimiento o ruptura de alianzas matrimoniales.

<sup>143</sup> Ep. 54, 7.

Marrou, *¿Decadencia romana o antigüedad tardía?* 17-22. Del Pozo, *Les chrétiens et leur conduit dans la rue selon Saint Jérôme*, 318. Este último relaciona el tema con la moral cristiana preconizada por Jerónimo.

<sup>144</sup> Candau, *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, 213-215.

<b>Prohibiciones para las mujeres</b>
Llamar la atención con el uso de prendas ajustadas y maquillaje <sup>145</sup> .
Permitir la entrada en casa a hombres bien peinados, arreglados o lascivos <sup>146</sup> .
Recibir músicos en la casa <sup>147</sup> .
Viajar en litera en compañía de eunucos <sup>148</sup> .
Dejar que se acerquen los hombres a las mujeres <sup>149</sup> .
Perforarse las orejas <sup>150</sup> .
Usar Joyas <sup>151</sup> .
Teñirse el pelo <sup>152</sup> .
Dejar al descubierto alguna parte del cuerpo <sup>153</sup> .

Tabla 4. Prohibiciones hechas por Jerónimo a las mujeres.

### 2.1.3.1 Juicio a las ciudades

El contacto de Jerónimo con las grandes ciudades del Imperio, los desencantos vividos en Tréveris y en Roma y, sobre todo, su temprana vocación eremítica, primero, y cenobítica, después, lograron que su visión acerca de la vida urbana se decantara por un juicio negativo y un rechazo hacia este escenario de vida en el que no es posible encarnar el ideal de vida cristiana. No obstante, cuando Jerónimo se refiere a ciudades particulares como Roma, Jerusalén o Belén, ofrece además de los duros juicios hacia sus valores y costumbres, una positiva valoración de su historia y de su significado en la configuración del Imperio, como en el desierto de Calcis cuando extraña los deleites de la urbe<sup>154</sup>, o en otra ocasión, cuando reconoce su grandeza y su poder<sup>155</sup>. En Tierra Santa valora en las ciudades de Jerusalén y Belén sus centros de peregrinación y sus santuarios donde se venera a los apóstoles y los mártires<sup>156</sup>. No resulta sorprendente entonces, que ante las incursiones bárbaras de su tiempo se desgarrase en lamentos sobre las ciudades arrasadas<sup>157</sup> que le resultaban tan criticables, pero al mismo tiempo tan amadas. Otras ciudades que fueron objeto de algún elogio o que simplemente se

<sup>145</sup> *Ep.* 54, 7.

<sup>146</sup> *Ep.* 138, 18.

<sup>147</sup> *Ep.* 54, 13.

<sup>148</sup> *Ep.* 22, 32.

<sup>149</sup> *Ep.* 54, 13.

<sup>150</sup> *Ep.* 107, 5.

<sup>151</sup> *Ep.* 107, 5.

<sup>152</sup> *Ep.* 107, 5.

<sup>153</sup> *Ep.* 138, 18.

<sup>154</sup> *Ep.* 22, 7.

<sup>155</sup> *Ep.* 45, 4.

<sup>156</sup> *Ep.* 46, 12.

<sup>157</sup> Véanse a manera de ejemplo, las *Eps.* 60 y 77.

liberaron de las críticas del monje de Belén, fueron aquellas que formaron parte de la peregrinación de Jerónimo y su grupo a Tierra Santa, seguramente por pertenecer a la tradición bíblica o monástica<sup>158</sup>.

### 2.1.3.2 Condena a las costumbres urbanas

El complejo escenario urbano posee un equipamiento físico, social, político-administrativo e ideológico (ver supra), apto para satisfacer las necesidades de los ciudadanos y para hacer realidad los principios, valores y actitudes que forman parte del aparato axiológico de la ciudad romano-cristiana. Sin embargo, Jerónimo percibe una contradicción entre los fines de ese equipamiento y su verdadero uso, contradicción que lo lleva a formular una crítica y una condena de los diferentes escenarios de la vida urbana (Tabla 5), de las costumbres<sup>159</sup> y de los ciudadanos<sup>160</sup>. La crítica parece dirigida solo al reducto de ciudad romano-pagana que aún puede quedar vigente en el Imperio, pero deja también constancia de la perversión de las costumbres cristianas que en época tan temprana para la Iglesia ya es evidente. Si bien es cierto que la ciudad clásica no encarna los valores cristianos, también lo es que la síntesis de los elementos romanos y cristianos tampoco está siendo suficientemente exitosa, hecho que parece contribuir a la toma y destrucción<sup>161</sup> que hacen los bárbaros de diferentes y múltiples ciudades en todo el espacio imperial.

Para hacer más claro y gráfico el juicio negativo a las ciudades, Jerónimo utiliza la imagen de Sodoma, ciudad que encarna por antonomasia el pecado y la perversión y es prototipo de la infidelidad<sup>162</sup> al Dios judeocristiano:

Así, pues, te ruego y te aconsejo con afecto de padre: ya que has dejado Sodoma para caminar presuroso hacia los montes, no mires a tu espalda, no sueltes la mancuera del arado, ni el borde del vestido del Salvador, ni sus cabellos húmedos con el rocío de la

---

<sup>158</sup> *Ep.* 108.

<sup>159</sup> Innumerables escritos jeronimianos corresponden a juicios negativos sobre las ciudades, a manera de ilustración pueden verse las *Eps.* 24, 43, 45, 46, 53, 54, 58, 60, 71, 107, 122, 125 y 138, así como el *Comentario a Habacuc* (645) y las *Cuestiones Hebreas sobre el Génesis*, 1.

<sup>160</sup> Jerónimo propone como causa de la decadencia y postrera destrucción de las ciudades romanas la impiedad de las personas y de los gobernantes. *Comentario a Sofonías* 658 y *Ep.* 60, 15.

En este sentido, sigue la línea argumental del autor bíblico del libro de los Reyes, cuando juzga la decadencia o la prosperidad de los reinos, según el comportamiento de los reyes de Israel y de Judá (IR 12 - IIR 17). Del comportamiento de los reyes y de sus súbditos iba a depender la permanencia de los reinos que al final, acabaron pereciendo a manos de naciones extranjeras.

<sup>161</sup> *Comentario a Sofonías*, 658.

<sup>162</sup> Gn 18, 16-19, 29. Este relato será evocado con frecuencia en la Biblia para hacer referencia a la decadencia y perversión de los pueblos. Dt 29, 2; Is 1, 9; Jr 49, 18; Am 4, 11; Sb 10, 6-7; Mt 10, 15; Lc 17, 28 y ss; 2P 2.

noche; nada en fin, de lo que has logrado asir permitas que se te escape, ni bajas tampoco del tejado de las virtudes a buscar los vestidos antiguos, no te vuelvas del campo a la ciudad, no ames como Lot los parajes llanos y amenos, que no son regados por el cielo, como la tierra santa, sino por el turbulento río Jordán después de haber perdido la dulzura de sus aguas mezclándose con el mar muerto<sup>163</sup>.

La carta 71, escrita en el año 398, está dirigida a Lucinio, un personaje de la Bética que se encuentra haciendo vida monástica en su propia casa con su esposa Teodora. La finalidad de la misiva es exhortar a la pareja a hacer una peregrinación a Tierra Santa. Después de hacer una exposición sobre los viajes de San Pablo, reconoce el valor que tuvo Lucinio al decidir dejar sus riquezas, “las olas amargas, los remolinos salados, las brechas de los montes, y al Leviatán que reina en las aguas”<sup>164</sup>, como figura de su posición privilegiada, para abrazar la vida consagrada, dejando atrás la gran ciudad a la cual llama Sodoma, para simbolizar los vicios y pecados propios de las urbes romanas. Esta forma de condena no podía ser más clara y dicente para quienes conocían la tradición bíblica y entendían claramente el significado de Sodoma, sede de los vicios y las perversiones que los cristianos debían evitar a toda costa.

<b>Condena</b>		
Costumbres	Moda Reuniones Comidas Visitas Paseos Fiesta	Lujo Búsqueda del placer Alabanzas mutuas Litigios Muchedumbres
Lugares	Foro Teatro Plazas públicas	Consultorios médicos Circo Balnearios
Valores y Actitudes	Acaparamiento Locuacidad Descaro Afán de lucro Rivalidades Deseo de poseer Falsa religiosidad	Falsa caridad Amor a la riqueza Discordia Hipocresía Lujuria Libertinaje Poder Sensualidad
Personas	Muchedumbre Músicos	Cantantes

Tabla 5: Elementos de condena de las ciudades.

<sup>163</sup> *Ep.* 71, 1

<sup>164</sup> *Ibíd.*

Además de Sodoma como prototipo de decadencia y perversión, Jerónimo propone a Babilonia. Roma es la nueva Babilonia por su orgullo y depravación:

Cuando yo habitaba en Babilonia y era colono de la meretriz con vestido de púrpura y eso que vivía con el pleno derecho de la ciudadanía romana quise garlar algo sobre el Espíritu Santo y dedicar la obrita comenzada al pontífice de esa misma urbe (el papa San Dámaso); y mira por donde, empezó a arder aquella olla que, en Jeremías (1,11-13), se ve detrás del cayado por la cara del aquilón; y el senado de los fariseos gritó y no un solo escriba real o fingido, sino que, como si hubiera sido declarada una guerra doctrinal contra él, se conjuró contra mí todo el partido de la ignorancia. Al instante, yo regresé a Jerusalén como por el derecho de retorno. Y después de haber visto la cabaña de Rómulo y la ruta de los juegos lupercales, pude admirar la posada de María y la cueva del Salvador<sup>165</sup>.

La condena de las ciudades deja el terreno preparado para que Jerónimo plantee a sus seguidores y a sus lectores la necesidad de huir (ver tabla 6) a un escenario de real posibilidad de vivir los valores y actitudes del nuevo orden cristiano. Ese escenario es el campo, que como se ha planteado al comienzo del presente capítulo, se identifica con el desierto y con el monasterio.

<b>Busca</b>		<b>Propone</b>
Actitudes cristianas	Despreciar la riqueza Silencio Mansedumbre Discreción Concordia	Huida Dejar el mundo Dejar la patria Abandonar las ciudades Hacer profesión de monje

Tabla 6. Valores y escenario para su vivencia.

El cristiano, según Jerónimo, debe buscar lo que la ciudad no le ofrece, es decir, el silencio, la pobreza, la discreción, la modestia<sup>166</sup> y la concordia, para lo cual es imperativo emprender la huida, dejar el mundo, la patria, las ciudades y hacer profesión

<sup>165</sup> *Praefatio in Libro Didymi Alexandrini de Spiritu Sancto*, 334

<sup>166</sup> La vida en el desierto produce una suerte de olvido de todo lo mundano y una nueva vivencia del tiempo y el espacio, como lo muestra este diálogo entre Pablo y Antonio, creado por Jerónimo en la *Vita Sancti Pauli*, 378-379: [Pablo habla con Antonio. Pablo buscaba un monje más santo y más observante que él] “Pablo le franqueó la entrada. Una vez abierta ésta, mientras se fundían en recíprocos abrazos, se saludaron llamándose por sus propios nombres: dan a la vez gracias al Señor. Y después del ósculo santo, calmándose Pablo, comenzó a hablar así con Antonio: «Aquí tienes a quien con tanto esfuerzo has buscado: la descuidada canicie oculta unos miembros consumidos por la vejez. Aquí ves un hombre que pronto será polvo. Pero, porque "el amor lo soporta todo" (1 Cor 13,7), cuéntame, por favor, en qué situación se encuentra el género humano: si en las ciudades antiguas se levantan nuevas casas, por qué emperador es regido el mundo, si aún quedan algunos que son arrebatados por el error de los demonios».

de monje. Jerónimo, en efecto, no ve en las ciudades una posibilidad real de realización cristiana.

## 2.2 El campo

Las ciudades como ya se ha señalado, eran de enorme importancia para los romanos, aunque gran parte del vasto territorio imperial correspondía a zonas rurales y la población era mayoritariamente campesina<sup>167</sup>. Indudablemente había una dependencia mutua entre el campo y la ciudad, ya que aquel ofrecía una parte importante de los productos que esta consumía, y en sentido inverso, la ciudad producía los elementos manufacturados e industriales que requería el campo no solo para el consumo del campesinado -el menor-, sino para satisfacer las necesidades de los grandes terratenientes o los ricos hacendados que desarrollaban su vida yendo del campo a la ciudad y viceversa y que habían ideado la forma de llevar al campo el confort de las ciudades.

En muchos sentidos la vida del campo era diferente a la vida en la ciudad. Los campesinos tenían formas de ser, de vivir y de pensar radicalmente diferentes a los habitantes de la ciudad. En el campo, la mayoría de la población era analfabeta y su ocupación principal era la explotación de la tierra y las labores anejas a este trabajo; su participación en la vida pública era mínima o nula, y se puede pensar que muchos no tenían la menor idea de los elementos fundamentales relacionados con los asuntos económicos, sociales y políticos del Imperio. Los campesinos se encontraban simplemente en la base de la pirámide social romana, en cuyo vértice se encontraban los *honestiores y potentes*; eran los *humiliores*, los pobres (*pauperes, tenuiores*), los desposeídos. Aun cuando en el siglo IV, algunos campesinos pasaron a ser propietarios de pequeñas parcelas, empleados o colonos, su situación económica y social era la de personas marginales. No obstante, eran ellos quienes mantenían la campiña en estado próspero<sup>168</sup> y aseguraban el abastecimiento y la alta calidad de vida de ciudades como Roma, Tréveris, Milán o Constantinopla.

Además de su ya deplorable, endémica y perpetua situación desfavorable, los campesinos del siglo IV se vieron avocados a un desmejoramiento de su condición

---

<sup>167</sup> El campesinado romano tuvo que haber representado un porcentaje de población no inferior al 85%. Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 179.

<sup>168</sup> *Ibid*, 155.

debido a las políticas fiscales de los emperadores, quienes para sostener la guerra con los pueblos invasores o con los usurpadores, impusieron cargas fiscales a la tierra y a la producción agraria. Muchas tierras fueron abandonadas<sup>169</sup> (*agri deserti*), cedidas o repartidas con nefastas consecuencias para los campesinos que pasaron de la pobreza a la miseria y en ocasiones, tuvieron que cambiar su recién estrenada libertad por una ignominiosa esclavitud<sup>170</sup>.

Los terratenientes y los ricos (*potentes*) que explotando o no la tierra, poseían espléndidas villas, gozaban de todas las comodidades de la ciudad, pero alejados del bullicio y de las habituales obligaciones de los patricios en la ciudad, tales como hacer o recibir visitas, pronunciar discursos o participar en interminables debates políticos o filosóficos. Muchas familias ricas hacían uso de sus propiedades campestres para realizar grandes fiestas o convites, donde hacían gala de hospitalidad pero también donde podían presumir de su riqueza, refinamiento y buen gusto<sup>171</sup>. Por otra parte, las casas de campo servían también para el descanso, la lectura, la meditación y el alejamiento del frenético ritmo de vida de la ciudad. Para algunos cristianos o neoconvertos, sus posesiones campestres fueron el lugar de retiro espiritual por excelencia, al modo de los filósofos paganos que hicieron de la bucólica campiña un lugar de refugio destinado a la reflexión.

Muchos habitantes de las ciudades solían manifestar nostalgia por la vida del campo, la cual asimilaban a un estado de armonía y sintonía con la naturaleza más propio de los sueños que de la realidad. Quienes así pensaban, por lo general no conocían el espacio rural más que de vista o a través de lecturas o descripciones hechas por otras personas que a su vez, no habían tenido contacto con el campo. Quienes gozaban de propiedades campestres conocían las ventajas y desventajas de la vida en la campiña y quienes no las tenían, querían imaginar que más allá de las ciudades había un paraíso donde era posible un estado cósmico de felicidad y paz. No obstante, nunca se produjo una masiva huida hacia el campo, realizada por los soñadores que así pensaban, ya que la ciudad era

---

<sup>169</sup> En el siglo IV se habla de *agri deserti* para designar zonas de la campiña sin cultivar. El término no se aplica de forma exclusiva a tierras antes cultivadas y luego abandonadas (*loca inculta*), que al parecer, solo se trató de casos aislados, sino también a tierras que nunca o muy poco se cultivaron debido a su bajo rendimiento agrícola. Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 155.

<sup>170</sup> *Ep.* 125, 20. Aunque Jerónimo hace algunas alusiones a los problemas sociales de la época, no fue este un asunto que le preocupara de manera especial, o por lo menos no deja demasiada constancia de ello en sus obras.

<sup>171</sup> Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 184.

demasiado atractiva y ofrecía demasiados placeres difíciles de despreciar. Quienes añoraban el campo, obviamente no añoraban la dura vida del campesino pobre, trabajador y relegado al último peldaño de la escala social, sino la tranquila y holgada vida del rico hacendado. Pocas personas deseaban el trabajo del campo, al contrario, buscaban el descanso y el ocio que suponían apto para la contemplación.

La mística de la época vio en el campo el lugar de retiro, de silencio y de soledad necesarios para alcanzar sus ideales cristianos de unión con el Absoluto. El campo, más que un lugar geográfico pasó a ser un escenario donde era posible vivir los valores cristianos y meditar en los contenidos de la nueva fe. Cuando Jerónimo recomienda la huida al campo, está queriendo dar a entender la necesidad de retirarse a un lugar donde en medio de la soledad y sin distracciones, la persona, hombre o mujer, pueda entregarse por entero a la vida de fe, que implica unos conocimientos teóricos, una forma de celebración y una moral concreta.

Para el monje de Belén, la soledad se encuentra en su estado más perfecto en el campo y en el monasterio, términos que llegan a ser sinónimos, de tal forma que cuando recomienda a sus amigos o correspondientes retirarse a la campiña<sup>172</sup>, les está realmente insinuando que abracen la vida monástica. Jerónimo apenas se refiere en sus obras a la agricultura o la ganadería, actividades propias del campo, ya que para él este espacio no es un lugar de trabajo lucrativo ni productivo *per se*, sino el escenario prácticamente único y exclusivo, donde es posible vivir de acuerdo con los postulados evangélicos.

La imagen del campo que presenta Jerónimo es totalmente idílica, alejada de la realidad y cercana al paraíso terrenal bíblico, por tanto, radicalmente distante de la ciudad, como lo expone en la Carta 43, dirigida a Marcela en la cual hace un elogio de la soledad de la campiña:

Adentrémonos cuanto antes, como a puerto seguro, en lo más recóndito del campo. Allí el pan vulgar, las hortalizas regadas por nuestras manos, la leche, delicias de la campiña, nos proporcionarán alimentos baratos, pero sanos. Viviendo así, ni el sueño nos apartará de la oración, ni la saciedad de la lectura. Si es verano, la sombra de un árbol nos ofrecerá sitio escondido; si otoño, la misma templanza del aire y la alfombra de las hojas caídas nos señalarán el lugar de descanso. En primavera el campo se colorea de flores, y entre el gorjeo quejumbroso de las aves los salmos sonarán suavemente. Si hace frío y cae la

---

<sup>172</sup> *Commentarii in Mathaeum Liber III*, 159.

nieve invernal, no tendré que comprar leña: vigilaré al calor o me dormiré; y ciertamente, a lo que entiendo, nunca aprendería a soportar el frío de modo más barato.

Quédese Roma con sus tumultos, que la arena se encrespe, sigan las locuras de su circo, sus teatros fomenten la lujuria y, como hay que decir también algo de los nuestros, que el senado de las matronas siga siendo diariamente visitado<sup>173</sup>.

El campo no es un lugar geográfico como cualquier otro, es realmente un estado cósmico de armonía e integración con la naturaleza, contrario a la desarmonía y la dispersión de la vida urbana. El campo es paz y sosiego, la ciudad es tumulto, locura, lujuria, pecado. El campo es puerto seguro en donde anclar después de haber recorrido una vida agitada:

Por eso, puesto que ya hemos recorrido fluctuando un buen trecho de nuestra vida, y nuestra nave unas veces ha sido agitada por el torbellino de las tormentas y otras perforada en sus choques con los escollos, adentrémonos cuanto antes, como a puerto seguro, en lo más recóndito del campo<sup>174</sup>.

Si campo y monasterio son una misma realidad, igualmente parecen serlo el campesino y el monje. De la misma forma que al alabar la vida campestre Jerónimo acude a la alegoría, lo hace ahora al referirse al campesino cuyo trabajo no parece ser la dura labor de un jornalero que desde tempranas horas de la mañana extrae el fruto de la tierra, sino la actividad de un monje que se dedica a cantar himnos a su Dios mientras recoge lo que este le proporciona:

En este pueblecillo de Cristo, como ya hemos dicho, todo es rusticidad, y fuera de los salmos todo es silencio. Vayas a donde vayas, el labrador, esteva en mano, canta el aleluya, el segador, chorreando de sudor, se recrea con los salmos, y el viñador, mientras poda las vides con su corva hoz, entona algún poema davídico. Tales son las cantinelas de esta tierra; estas son, como se dice vulgarmente, las canciones amatorias, esto silba el pastor, éstas son las herramientas de cultivo<sup>175</sup>.

El abandono de las ciudades para dedicarse a la vida contemplativa en un ambiente de soledad y silencio, es la solución definitiva (ver esquema 1) a la condenable forma de vida de las ciudades y el encuentro con los valores y las actitudes propuestas por la religión cristiana. La ciudad es en definitiva, una cárcel donde la persona es cautiva de

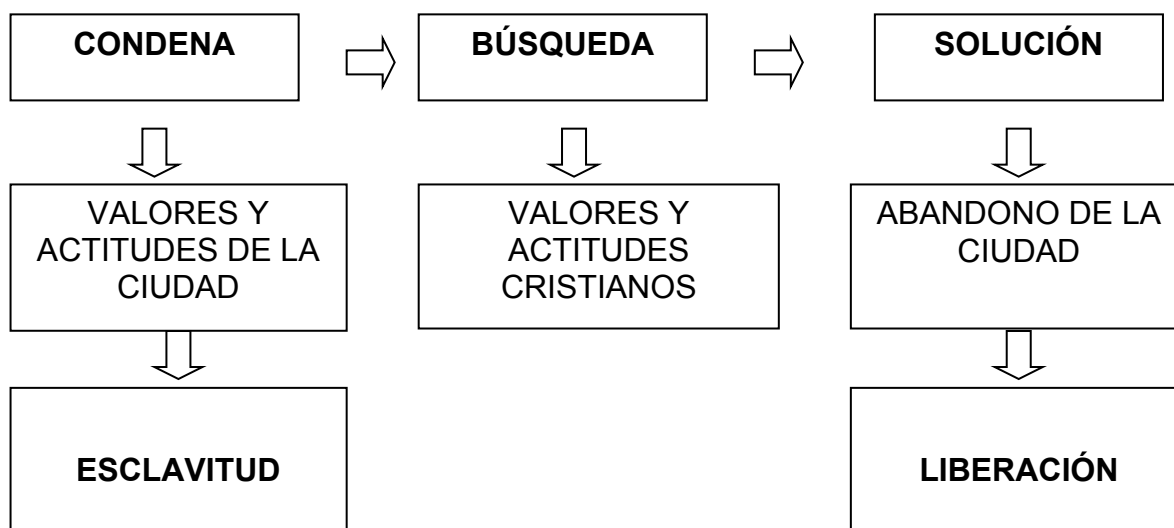
---

<sup>173</sup> *Ep.* 43, 3.

<sup>174</sup> *Ibid.*

<sup>175</sup> *Ep.* 46, 12.

las ocupaciones y del irracional ritmo de vida; el abandono de la ciudad es, por tanto, sinónimo de liberación<sup>176</sup>.



Esquema 1. Esclavitud en las ciudades y liberación en el campo

La implantación del cristianismo hubo de superar varios escollos como fueron el arraigo del paganismo y de los usos y las costumbres centenarios de las sociedades grecorromanas. La paulatina conversión de los distintos grupos humanos imperiales, empezando por el patriciado y siguiendo con el funcionariado y los humildes permitió que el cristianismo penetrara en células de la vida cotidiana tan importantes como la familia y la educación. El siguiente capítulo ahondará en cómo los valores cristianos fueron impregnando la vida del ciudadano romano y también cómo los cristianos más radicales tenían mayores expectativas en cuanto al comportamiento y el testimonio que debía darse dentro de la sociedad imperial.

<sup>176</sup> Ep. 125, 8.

### 3. La sociedad romano cristiana en época bajoimperial

San Jerónimo, a través de descripciones o por medio de fuertes críticas, nos introduce en la vida cotidiana de las personas que transitan hacia el cristianismo. Entrados en el siglo IV e iniciando el siglo V, hay en efecto, un gran porcentaje de cristianos en el Imperio, tanto en Oriente como en Occidente. Pero, ¿cómo viven el cristianismo?, ¿Responden a los altos estándares de Jerónimo? El presente capítulo muestra el proceso a través del cual el cristianismo logra implantarse en el territorio romano, enfrentando restos tales como el paganismo, la herejía o las arraigadas costumbres grecorromanas. Por otra parte, se desarrollarán temas de la vida cotidiana, como son la pobreza, el poder y la vida de la mujer cristiana.

#### 3.1 Implantación del cristianismo

La implantación del cristianismo en el Imperio Romano fue un proceso arduo y complejo que encontró obstáculos desde su inicio, debido al fuerte arraigo que el paganismo<sup>177</sup> tenía entre los ciudadanos. Durante siglos los romanos integraron sus dioses a la vida cotidiana, les dotaron además de sus poderes trascendentes, de la capacidad de influir tanto en ámbito privado como en el público, haciéndolos protectores de la familia, de la ciudad y del Estado. El culto público y privado a los dioses, fue una práctica habitual entre los ciudadanos de todas las condiciones sociales y económicas, mientras que los lugares sagrados se convirtieron en centros de la vida social y cultural del Imperio.

No obstante, con el paso de los siglos el paganismo mostraba signos de decadencia y sus diferentes prácticas habían adquirido el carácter de un culto externo, al extremo que en el siglo IV aunque el culto seguía vigente y en ocasiones conservaba el carácter apoteósico de sus inicios, muchos fieles no creían en absoluto en los poderes inmanentes de los dioses ni en el carácter sagrado de su emperador<sup>178</sup>. Aun así, el paganismo estaba fuertemente arraigado en la mentalidad de los romanos, situación que hacía difícil la implantación de una nueva religión y menos aún, una que, como la cristiana, pretendía ser única y verdadera, basada en la creencia en un solo Dios absoluto y trascendente que no participaba en los avatares de la historia humana, como

---

<sup>177</sup> Sobre el significado y la evolución del término “pagano”. Brown, *Religion and Society in the Age of St. Agustin*, 41.

<sup>178</sup> Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 42-51 y 162-172.

sí lo hacían los dioses del panteón romano. No obstante, a pesar del oscuro panorama, la Iglesia logró introducirse en el Imperio en un tiempo relativamente corto y en el siglo IV, incidía prácticamente en la totalidad de los asuntos del Imperio, no sin antes haber superado grandes escollos.

En efecto, en los siglos I y II los cristianos fueron vistos como una secta minoritaria<sup>179</sup> de prácticas extrañas que ofrecía una visión utópica del mundo. A partir del siglo III pasaron a ser considerados unos rebeldes, conspiradores e incluso ateos por negarse a obedecer las leyes que exigían de todos los ciudadanos, incluso del emperador, el sacrificio público como expresión externa (*pietas*) del vínculo existente entre los romanos, sus ancestros y los dioses de ambos. Estas tradiciones, sin embargo, evolucionaron y, a partir de Constantino (312), se fueron desmontando prácticas como por ejemplo, la que obligaba al emperador a hacer sacrificio público después de una victoria o la de ostentar el título de *pontifex maximus*. Sin embargo, antes de manifestarse estos claros signos de transformación religiosa en el Imperio, la negativa cristiana a realizar sacrificios fue interpretada como un acto de rebeldía, por cuanto ponía en entredicho la soberanía incuestionable del emperador.

Los conflictos religiosos que enfrentaban al paganismo y al cristianismo alcanzaron su cota más alta a partir del siglo III, cuando este había logrado una considerable expansión, mientras aquel vivía una profunda crisis que había llevado a la sociedad romana a buscar un nuevo modelo religioso y moral en sustitución del heredado del mundo grecorromano. Con frecuencia, a lo largo de los siglos, los romanos asimilaban nuevos cultos y asociaron las divinidades extranjeras a las de su propio panteón, lo que dio como resultado la configuración de un culto politeísta y sincrético fuertemente arraigado en algunas comunidades, además de ser defendido y promovido por el Estado. La comunidad cristiana, por su parte, era diferente y el pueblo romano se daba cuenta de ello. La fe que profesaban los cristianos defendía la creencia en un Dios supremo y único, salvador y benéfico, todopoderoso y humilde a la vez que prometía la vida eterna a quienes le fueran fieles. Frente a la crisis de los antiguos cultos cívicos de carácter local, regional o provincial, el cristianismo se presentaba como una doctrina universalista capaz de dar respuesta a algunos de los problemas sociales afrontados por

---

<sup>179</sup>El autor señala la profunda transformación de la Iglesia que “pasa de ser una secta orientada contra o la margen de la civilización romana” a ser “una institución preparada para asimilar a toda la sociedad”. Brown, *Religion and Society in the Age of St. Agustin*, 100 y 101.

el pueblo llano, que no veía resueltas sus necesidades ni a través de su aparato político ni por medio de su sistema religioso.

En el siglo IV, el cristianismo era llamativo por el elevado y creciente número de fieles, por sus actos de rebeldía, por su sólida organización y por la clara disposición a presentarse ante todos como una auténtica alternativa al modelo tradicional de sociedad y de Estado. La nueva religión se mostraba unificada, mientras que los numerosos grupos del viejo paganismo no lograban cohesionarse a pesar de los esfuerzos de grandes pensadores de la época, como Jámblico o Porfirio. En estas circunstancias era natural que para el poder imperial fuera preocupante el creciente poder de la Iglesia que se había infiltrado ya en todos los estamentos del Imperio, incluida la corte y el ejército. Sin embargo, el cristianismo también podía servir a la cohesión del Estado, lo cual era políticamente conveniente. Cada uno de estos polos, peligrosidad y conveniencia, lleva al Imperio durante los siglos III y IV, a generar políticas ambiguas hacia el cristianismo, en las cuales se suceden intermitentemente edictos de tolerancia, de persecución o de limitación del poder de los cristianos.

El triunfo definitivo del cristianismo sobre el paganismo llegó en primer lugar a partir del edicto de Nicomedia promulgado por el emperador Galerio en el año 311, mediante el cual se permitía el culto cristiano, posteriormente ratificado en el llamado Edicto de Milán de Constantino y Licinio en el año 313, cuyo texto y espíritu marcan un antes y un después en la historia del cristianismo y de la relación Iglesia-Estado. Lactancio<sup>180</sup> reproduce el que parece ser el texto del Edicto que Licinio publicó en Nicomedia:

*Cum feliciter tam ego Constantinus Augustus quam etiam ego Licinius Augustus apud mediolanum convenissemus atque universa quae ad commoda et securitatem publicam pertinerent, in tractatu haberemus, haec inter cetera quae videbamus pluribus hominibus profutura, vel in primis ordinanda esse credidimus, quibus divinitatis reverentia continebatur, ut daremus et christianis et ómnibus liberam potestatem sequendi religiones quam quisque voluisset, quod quidquid <est> divinitatis in sedecaelesti, nobis atque qui sub potestate nostra sunt constituti, placatum ac propitium possit existere. Itaque hoc consilium salubri ac rectissima ratione ineudum credidimus, ut nulli omnino facultatem abnegandam putaremus qui, vel observationi christianorum vel ei religioni mentem suam dederat quam ipsi sibi aptissimam esse sentirte, ut possit nobis summa divinitas, cuius religini liberis mentibus absequimur, in omnibus solitum favorem suum*

---

<sup>180</sup> De mort. Persec. 48.

*benevolentiamque praestare. Quare scire dicationem team convenit placuisse nobis, ut amotis omnibus omnino conditionibus, quae prius criptis ad officium tuum datis super christianorum nomine <continebantur et quae prorsus sinistra et a nostra clementia aliena esse> videbantur, <ea removeantur et> nunc libere ac simpliciter unusquisque eorum, qui eandem observandae religionis christianorum gerunt voluntatem, citra ullam inquietudinem ac mlestiam sui id ipsum observare contendant”*<sup>181</sup>.

El Edicto de Milán, además de haber sido el documento oficial del fin de las persecuciones y de la recuperación definitiva de la libertad de cultos en el Imperio, fue el reconocimiento del Estado a un Dios específico, el de los cristianos. A partir de ese momento, los emperadores en teoría cristianos, salvo Juliano, arremeterán contra los paganos hasta lograr hacer del cristianismo la religión oficial del Imperio, hecho que llegaría inexorablemente con Teodosio en el año 380<sup>182</sup>.

La lucha subsiguiente del cristianismo contra el paganismo no fue fácil, a pesar de contar con el respaldo imperial, con el alto poder de la jerarquía eclesiástica y con la progresiva conversión de los aristócratas (imperiales, provinciales, municipales). Para lograr el triunfo definitivo del cristianismo, los emperadores legislaron a favor de la Iglesia y en contra del paganismo con todas sus manifestaciones. Con el favor del Estado, la Iglesia se vio beneficiada con una legislación que le daba evidentes ventajas económicas<sup>183</sup>, políticas y fiscales sobre los reductos del paganismo clásico. En este contexto se comprenden prácticas extremas como la de Constante, quien en el año 341 promulgó un decreto en el que se prohibieron los sacrificios paganos. O la de Constancio II en 356, que ordenaba el cierre de los templos paganos y posteriormente mandaba a retirar la estatua de la Victoria que presidía el altar de la Curia, donde se reunía el Senado romano occidental, todavía mayoritariamente pagano. El propio emperador había constituido un Senado paralelo en Constantinopla a semejanza del de Roma, pero integrado en su mayoría por miembros cristianos.

---

<sup>181</sup> En principio el Edicto proclamaba la libertad religiosa (“*liberam potestatem sequendi religiones quam quisque voluisset*”), con el fin de darle carta de ciudadanía al cristianismo. No obstante, desde la publicación del Edicto, la nueva religión y sus representantes –el clero– gozaron de privilegios que fueron en aumento, hasta que, a partir del 323, con Constantino como único emperador, fue evidente el favor imperial hacia ella. Llorca, *Historia de la Iglesia Católica I*, 368.

<sup>182</sup> La prohibición definitiva de todos los cultos paganos por Teodosio el Grande tuvo lugar el 391. Teodosio es el fundador del Imperio Romano Cristiano, junto con Constantino, su iniciador.

<sup>183</sup>, “La privilegiada posición de la Iglesia en la vida económica, y luego en la política, fue sin duda uno de los principales cambios del Bajo Imperio. En el transcurso de varios años del siglo IV, la Iglesia adquirió un patrimonio y una riqueza que le permitieron desempeñar un papel político muy notable a partir del siglo V”. Depeyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 54.

El triunfo del cristianismo y la oficialización de su práctica, dejó a la aristocracia senatorial de Occidente sin los medios políticos y financieros para la supervivencia del paganismo. La esperanza de la clase senatorial por ver restaurado el paganismo, quedó desecha una vez que Teodosio declarara al cristianismo como religión oficial del Imperio, con el Edicto de Tesalónica en el año 380, así como con otras acciones beligerantes, tales como: la prohibición de los sacrificios de sangre en el año 391 y la destrucción de lugares paganos como el Serapeum de Alejandría, en el 390.

Una forma de paganismo no oficial siguió activo entre algunos círculos de la sociedad romana, aunque sin tanta fuerza y sin ninguna posibilidad real de ser restablecido. La debilidad de la vieja religión romana, permitió a los cristianos asumir un problema interno no menos grave ni complejo que el del paganismo: la herejía, de la cual nos ocuparemos más adelante.

### **3.2 Conflictos religiosos bajoimperiales**

Al igual que la política, el arte o los espectáculos, la religión estaba íntimamente ligada a la vida pública y privada de los romanos. Los conflictos religiosos bajoimperiales fueron parte de un *cotinuum* de enfrentamientos entre diversas formas de entender el mundo, el hombre, los dioses y el destino cósmico. El cristianismo, con su pretensión de religión aglutinante y totalizante, supuestamente llamada a reunir a los pueblos de “de toda lengua, raza y nación”<sup>184</sup>, fue un ingrediente más del conflicto, pero actuó como un detonante de gran poder cuya onda explosiva afectó y transformó para siempre la vida del Imperio y la mentalidad de sus ciudadanos, no siempre utilizando los mejores ni los más santos instrumentos, pero sí haciendo gala de una gran eficacia.

#### **3.2.1 El paganismo**

El enorme conocimiento que tiene Jerónimo de la literatura, las costumbres y los símbolos del paganismo, proviene de su educación y del contacto con la realidad de su tiempo. La educación romana tenía un marcado sesgo pagano ya que era impartida por profesores paganos y a partir de textos de autores también paganos que los jóvenes estudiantes aprendían de memoria y sobre los cuales reflexionaban y discurrían imitándolos de la forma más precisa posible. Al no contar con maestros cristianos

---

<sup>184</sup> Apocalipsis 5, 9.

debidamente preparados, las familias cristianas se veían en la obligación de encomendar la formación de sus hijos a ilustres maestros versados en las clásicas letras paganas. Jerónimo no fue la excepción, al contrario, su educación fue encomendada a profesores paganos entre los cuales sobresale Elio Donato<sup>185</sup>, a quien otorgó el título de “preceptor meus” y de quien adquirió afición por autores como Virgilio, Cicerón, Salustio y Terencio, entre otros, citados numerosas veces por el monje de Belén en sus obras.

Con la educación y los intelectuales de su lado, el paganismo constituía un enemigo difícil de erradicar debido a su fuerte arraigo en la conciencia de los ciudadanos. No obstante, la irrupción de las religiones orientales en Roma, entre ellas el cristianismo, coadyuvó en el debilitamiento y la postrera desaparición del paganismo, aunque sus rescoldos pervivieron aun durante varias décadas; abandonar los dioses de los padres y los míticos próceres de la cultura clásica no fue fácil para los romanos y no fueron pocos los intentos de revivirlos.

El último intento importante de restaurar el paganismo lo realizó el emperador Juliano en la segunda mitad del siglo IV, con un relativo éxito interrumpido a causa de su temprana muerte. Juliano, por su puesto, mereció de los cristianos un duro juicio tanto en vida como después de su muerte. Jerónimo<sup>186</sup> se atreve a llamarlo impiísimo<sup>187</sup>, perseguidor<sup>188</sup>, hereje<sup>189</sup>, asesino de su propia alma y verdugo del ejército cristiano<sup>190</sup>; hasta la muerte del llamado Apóstata fue motivo de júbilo y fue presentada en su tiempo con cierto humor:

Quando todavía era niño me ejercitaba en la escuela del gramático y todas las ciudades quedaban manchadas por la sangre de las víctimas e inesperadamente, en medio del ardor de la persecución, fue anunciada la muerte de Juliano, uno de los gentiles dijo muy acertadamente: “¿Cómo dicen los cristianos que su Dios es paciente y resignado? No hay nada más irascible, nada más repentino que este furor, que no pudo aplazar su cólera ni siquiera un momento”. Así habló aquel en bromas<sup>191</sup>.

---

<sup>185</sup> Jerónimo, *Epistolario Tomo I*, 7.

<sup>186</sup> *Ep.* 60, 15; *Ep.* 109, 1; *Comentario a Oseas*, 121; *Comentario a Zacarías*, 879; y *Comentario a Habacuc*.

Ibid, nota 81.

<sup>187</sup> *Sobre los salmos*, 266.

<sup>188</sup> *Sobre los salmos*, 48-49.

<sup>189</sup> *Comentario a Habacuc*, 645.

<sup>190</sup> *Ep.* 60, 15.

<sup>191</sup> *Comentario a Habacuc*, 645.

Abortado el intento de restauración, el paganismo siguió operante e influyente, ya que además de encarnar elementos de tipo religioso, permeaba otros asuntos de la vida del Imperio, tales como el arte, la filosofía o la educación, que la poderosa Iglesia bajoimperial quería conquistar, a través de una enconada lucha que iba a prolongarse por décadas aun después del reinado de Teodosio. Los intelectuales y en general la vieja aristocracia, en secreto o públicamente, defendieron y promovieron el viejo paganismo como elemento esencial de la identidad romana.

Al parecer, pasada la fase aguda de la disputa entre el paganismo<sup>192</sup> y el cristianismo, la Iglesia reconoció la importancia de llevar a su terreno el legado pagano y otorgó cierta autonomía al pensamiento y a las letras clásicas, cuyos autores pasaron a tener un valor intrínseco como autoridades (*auctoritas*) en sus respectivas áreas. Jerónimo hace eco de esta actitud eclesial:

Pero si deseas ser lo que te llamas, es decir, monje, o solitario, ¿qué haces entonces en las ciudades, que no son precisamente la morada de los solitarios, sino de las multitudes? Cada profesión tiene sus modelos. Los caudillos romanos, que emulen a los Camilos, a los Fabricios, a los Régulos, a los Escipiones; los filósofos, que se propongan como guía a Pitágoras, a Sócrates, a Platón, a Aristóteles; los poetas que imiten a Homero, a Virgilio, a Menandro, a Terencio; los historiadores, a Tucídides, Salustio, Herodoto y Livio; los oradores, a Lisias, los Gracos, Demóstenes y Tulio. Y, viniendo a lo nuestro, los obispos y los presbíteros, que se propongan como ejemplo a los apóstoles y a los varones apostólicos, y ya que poseen su honor, que se esfuercen por tener su mérito<sup>193</sup>.

La carta citada, escrita hacia el año 395, está dirigida al presbítero Paulino, quien ha confiado a Jerónimo su deseo secreto de abrazar la vida monástica junto con su esposa Terasia. En respuesta, el monje de Belén escribe un breve tratado sobre los fundamentos

---

<sup>192</sup> El cristianismo no solamente hubo de enfrentarse con el paganismo, también con otras corrientes cristianas que en general recibieron el apelativo de herejía. Jerónimo lo deja señalado en varios de sus escritos. Como ejemplos tenemos la Ep. 88, 8 “Yo, por mi parte, antes de que tú [el obispo Teófilo] me escribieras, ya había mandado epístolas a Occidente sobre este asunto para informar a los hombres de mi lengua sobre algunas de las falacias de estos herejes”. La Ep. 112, 13 “¿Qué diré de los Ebionitas, que fingen ser cristianos? Hasta el día de hoy, en todas las sinagogas de Oriente, existe entre los judíos una secta que se llama de los Minim, que es rechazada hasta por los fariseos. Se les denomina vulgarmente Nazareos. Creen en Cristo, Hijo de Dios, nacido de la Virgen María, y dicen que es el mismo que padeció bajo Poncio Pilato y resucitó, el mismo en quien nosotros creemos. Pero queriendo ser judíos y cristianos, no son ni judíos ni cristianos”; y *el Comentario Sobre los salmos* “Hace quince o veinte años los herejes eran dueños de todos los edificios eclesiásticos. Veinte años atrás todas esas iglesias estaban en poder de los herejes”.

<sup>193</sup> Ep. 58, 5.

de la vida monástica y la ascesis que exige a quienes optan por este género de vida. Para hacer más claras y gráficas sus ideas, Jerónimo enumera una serie de actividades o disciplinas, a las que da el nombre de profesiones (*propositum*) y propone para cada una de ellas unos representantes modelo a quienes les da estatus de autoridades (*principes*). Así, las autoridades de los caudillos son antiguos y célebres próceres y aristócratas de la República; las de los filósofos y los historiadores son reconocidos autores paganos; finalmente, las de los religiosos son los apóstoles y los padres de la Iglesia.

Esta reflexión sobre las autoridades de las diferentes profesiones pone de relieve la independencia que se le podría estar otorgando a la fe y a la razón, aunque no es claro si corresponde al pensamiento personal de Jerónimo, lo que constituiría un gran cambio de mentalidad si consideramos el contenido y el significado del sueño jeronimiano, o a la nueva forma de pensar de la Iglesia. Ahora bien, esta independencia de haberse dado o proclamado, es más teórica que real, ya que en la práctica las disputas entre paganismo y cristianismo se seguirían dando de manera explícita o velada hasta prácticamente la caída del Occidente romano.

En todo caso, los símbolos externos del paganismo -templos, monumentos, santuarios- que durante un tiempo convivieron con los cristianos<sup>194</sup> (ver tabla 7), tuvieron diferentes destinos. Unos dejaron de ser frecuentados<sup>195</sup> por los fieles y prácticamente desaparecieron, mientras que otros pasaron a formar parte de la infraestructura civil o a engrosar la lista de bienes pertenecientes a la nueva religión. Por toda la geografía imperial se iban imponiendo los signos propuestos por la Iglesia<sup>196</sup> -lugares donde transcurrió la vida de Jesús, templos de los mártires, cementerios, decorados, iconografía- que cumplían dos finalidades complementarias: hacer más concretos y asequibles los contenidos dogmáticos de la fe<sup>197</sup> para una población de fieles esencialmente ignorante -aun si se trataba de ricos patricios que desconocían las sutilezas de la teología cristiana- y servir de propaganda del cristianismo en medio de las ciudades (tabla 8) y en el campo.

---

<sup>194</sup> *Ep.* 58, 3.

<sup>195</sup> *Ep.* 107, 2.

<sup>196</sup> *Sobre los salmos*, 254.

<sup>197</sup> *Ep.* 107, 2.

<b>Símbolo pagano</b>	<b>Símbolo Cristiano</b>
Estatua Júpiter	Lugar de la resurrección
Estatua de mármol de Venus	Peña de la cruz
Bosque de Adonis	Cueva del nacimiento de Jesús

Tabla 7: Convivencia de elementos paganos y cristianos en Palestina, de Adriano a Constantino<sup>198</sup>.

Las prácticas paganas, sin embargo, no fueron abolidas del todo como lo manifiesta Jerónimo en la carta a Leta en una fecha tan tardía como el año 402. El monje de Belén se burla de los ayunos ficticios de los devotos de Isis y de Cibeles y habla de ellos en tiempo presente, como si se tratara de una práctica corriente de aquella época: “Eso que lo hagan los devotos de Isis y Cibeles, quienes en su abstinencia glotona devoran faisanes y tórtolas de olor delicado para no contaminar los dones de Ceres”<sup>199</sup>.

<b>Grupos y lugares</b>	<b>Signos de su conversión</b>
Soldados	Portan los emblemas de la cruz.
Reyes	Adornan sus coronas con la imagen del patíbulo del salvador.
Sérapis egipcio	Se ha hecho cristiano.
Marna	Llora la destrucción de su templo.
India, Persia y Etiopía (es decir, Asia, Medio Oriente y África)	Abrazan la vida monástica.
Armenios	Dejan la guerra.
Hunos	Aprenden el salterio.
Escitas	Abrazan la fe.
Godos	Portan tiendas que usan como iglesias.

Tabla 8: Manifestaciones del proceso de cristianización<sup>200</sup>.

La paulatina<sup>201</sup> desaparición de los lugares dedicados al culto pagano y el cambio de mentalidad de los romanos en torno a los temas religiosos y a sus prácticas son sin duda, el testimonio de la transformación de la ciudad clásica en la ciudad cristiana de la época bajoimperial.

### 3.2.2 La herejía

Aunque diferentes facciones del cristianismo se encontraban desde antiguo en franca lid

<sup>198</sup> *Ep.* 58, 3.

<sup>199</sup> *Ep.* 107, 10.

<sup>200</sup> *Ep.* 107, 2. Este texto es de especial interés puesto que en él Jerónimo alude a la destrucción del Serapeum de Alejandría y la de una cueva mitraica de Roma, esta última por acción de Furio Graco, pariente de Leta y prefecto de Roma en 376, quien se adelantó a la legislación de Teodosio del 394, que condenaba a la destrucción todos los lugares de culto al dios Mitra.

<sup>201</sup> Un ejemplo de cómo convivieron los cultos paganos con los cristianos y los métodos para erradicar aquellos, a favor de estos, lo tenemos en *Vita Sancti Hilarionis*, 355-356.

con el fin de hacer prevalecer sus ideas dogmáticas<sup>202</sup> o sus prácticas litúrgicas particulares, es en la época bajoimperial y después de haber debilitado al paganismo, gracias a la eficaz acción de los emperadores cristianos, cuando el conflicto religioso interno adquiere verdaderos tientes de confrontación y lucha. Los grupos extremos enfrentados corresponden a las Iglesias de Occidente y de Oriente, aunque también se presentaron algunos conflictos locales al interior de cada región del Imperio.

Los conflictos locales se generaban entre distintas iglesias provinciales debido a desacuerdos de tipo doctrinal, normalmente encarnados en personajes carismáticos y promovidos por ellos, como es el caso del donatismo<sup>203</sup> y el priscilianismo<sup>204</sup>. Para zanjar estas tensiones se celebraban sínodos locales en los cuales participaban los altos jerarcas de la Iglesia más los gobiernos provinciales, y si la gravedad de la situación lo exigía, se hacía presente cuando no lo convocaba el mismo emperador. En determinadas ocasiones, el problema en apariencia solamente religioso, involucraba en sus causas o en sus consecuencias, otras motivaciones o desencadenaba otros procesos.

Es el caso del donatismo, herejía promovida por una facción de la Iglesia africana que rechazaba a los sacerdotes cuyo comportamiento no se correspondía con la moral cristiana e invalidaba los sacramentos por ellos administrados. Dicha herejía trajo al Imperio dos tipos de consecuencias; una de orden religioso, que consistió en la adjudicación de enormes privilegios a los obispos ortodoxos; y otro de orden social, que fue la construcción de la base ideológica para las revueltas campesinas de los *circumcelliones* de la segunda mitad del siglo IV.

Los conflictos de carácter general, de mayor gravedad y trascendencia, que enfrentaron a las Iglesias de Oriente y Occidente, estaban relacionados con el dogma, la liturgia y la disciplina interna de la Iglesia. La resolución de estas querellas, innumerables y casi permanentes por cierto, pasaba por lo general, por la celebración de concilios en las principales sedes episcopales, los cuales se pueden contar en un número de hasta treinta entre el año 306 (Concilio de Elvira) y el 411 (Concilio de Cartago). Estas disputas

---

<sup>202</sup> Sobre el estado de la cuestión acerca de los conflictos dogmáticos y los tratados polémicos de Jerónimo. Hritz, *Jerome, Dogmatic and Polemical Works*, 410.

<sup>203</sup> S. Optato, *Sancti Optati Milevitani Libri VII*; S. Agustín, *Escritos antidonatistas*; Soden, *Urkunden zur Entstehungsgeschichte des Donatismus*; Sotomayor y Muro, *Historia de la Iglesia en España*, 193-195.

<sup>204</sup> Para una comprensión global del priscilianismo y el impacto que este movimiento tuvo en la Iglesia y en la sociedad romana, puede consultarse: Simonetti, *Prisciliano - Priscilianismo*, 159-165; Girardet, *Der Prozess gegen die Priszillianer*, 574, Hernandez, *Prisciliano y el Priscilianismo, historiografía y realidad*, 44-85.

significaron el enfrentamiento y la división de las iglesias de las dos partes del Imperio y la configuración de dos líneas teológicas y litúrgicas diferentes. Las dos facciones enfrentadas habían asumido un posicionamiento claro respecto al dogma y a la disciplina impuesta en el Concilio de Nicea<sup>205</sup> del año 325. A partir de ese momento, los obispos que adoptaron la línea nicena merecieron el apelativo de ortodoxos, mientras que los que siguieron la línea arriana<sup>206</sup>, fueron llamados herejes<sup>207</sup> (*haeretici*).

Los enfrentamientos de las iglesias de Oriente y Occidente, cuyos efectos se hicieron sentir tanto en el plano religioso como en el político, hicieron necesaria la intervención de los emperadores, como es el caso de Constancio II, quien a través de los concilios de Seleucia (358) y de Armio (359) declaró ortodoxos a los arrianos y herejes a los nicenos en un temporal triunfo de la Iglesia oriental. No obstante, más tarde en el año 380, Teodosio se encargaría de volver a la línea nicena, previa condena del arrianismo, pero no a través de la convocatoria de un concilio, sino mediante un edicto imperial, el de

---

<sup>205</sup> “El Concilio de Nicea representa una fecha capital en la historia de la Iglesia. Es el primer concilio ‘mundial’, ecuménico, ‘sínodo de toda la tierra habitada’. Es importante por dos motivos. En primer lugar, por los problemas planteados: no se trata de otra cosa que pronunciarse sobre el dogma de la Trinidad, de formular, en consecuencia, la definición doctrinal de la fe cristiana, sin precisar hasta entonces. En segundo lugar, por su carácter imperial: querido y convocado por Constantino, es obra del emperador que presidió la sesión inaugural delante de 300 obispos y pronunció un discurso. El obispo de Roma, Silvestre, envió dos legados, él era demasiado mayor para viajar”. Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 497.

Danielou y Marrou, analizan en profundidad el hecho y su significado para la historia de la Iglesia y para la historia civil, 290-309.

<sup>206</sup> “Arrio ponderaba la unidad absoluta de Dios eterno, increado e incommunicable. Fuera de Él, todo lo demás que existe son meras criaturas suyas. De este principio se deriva la afirmación fundamental de que el Verbo o Cristo no es eterno y ha sido creado de la nada, más no por necesidad sino por la libérrima voluntad y para que sirviera a la Padre celestial de instrumento para crear el mundo. Por consiguiente, el Verbo no es de la misma naturaleza que el Padre; es diverso de la divina esencia; por su propia naturaleza, mudable y susceptible de pecado”. Llorca, 1990,

<sup>207</sup> Desde la antigüedad, ha sido difícil encontrar un significado unívoco al término herejía. Candau (y Eds), hacen un acercamiento al término con el fin de comprender mejor el fenómeno, presente desde los albores del cristianismo, pero en eferescencia en el siglo IV: “reducir a una unidad significativa la noción “herejía”. Las tentativas de aproximación desde la determinación de los valores asumidos por el vocablo en el latín de los cristianos, la indagación de las definiciones del fenómeno y el análisis de los catálogos heresiológicos del siglo IV imponen como resultados la falta de univocidad del primero, frecuentemente utilizado en asociación con *schisma*. Sin que obsten la imprecisión y ausencia de unanimidad, puede afirmarse que *haeresis*, desde Tertuliano, designa una divergencia doctrinal, una innovación arbitraria que Jerónimo concreta en la disensión respecto de las explicaciones escriturarias (Hier. Gal. 5, 20: *dissensio in expositionibus scripturarum*. Vid. H. Petre, *Haeresis, Schisma et leur synonymes latins*, 1937, 318.) En la misma línea, la incertidumbre signa la respuesta en la pregunta de *quid faciat haereticum* como hace evidente la correspondencia entre el diácono de *Quodvultdeus* y Agustín a comienzos del siglo V (Ibíd, 427). De la petición del primero -requería de Agustín la confección de un tratado completo sobre las herejías para uso del clero- puede inferirse los componentes fundamentales de la noción: error, apartamiento de la doctrina *ecclesia catholica* en cuestiones de *fide*, de *Trinitate*, de *baptismo*, de *poenitentia*, de *homine Christo*, de *resurrectione*, de *nouo et uetero Testamento et omnia omnino a ueritate dissentium*, y algunas prácticas como la de repetir el bautismo” Ibíd, 151.

Tesalónica que en la práctica fue el sello definitivo del triunfo del cristianismo niceno en el Imperio, pero que también tenía intrínseco el triunfo del orden temporal sobre el eclesial.

Jerónimo se mantuvo especialmente activo y entusiasta en la lucha contra la herejía y contra los herejes. Los arrianos<sup>208</sup>, maniqueos<sup>209</sup>, priscilianistas<sup>210</sup>, origenistas<sup>211</sup>, ebionitas, nazareos<sup>212</sup>, pelagianos<sup>213</sup>, entre otros, serían víctimas de su pluma, a través de la cual el monje de Belén se integraba a la ingente labor eclesial orientada a erradicar concepciones teológicas diferentes a los de la Iglesia romana.

La lucha contra la herejía no contó solo con el arma de la palabra sino que, en muchos casos, implicó verdaderos enfrentamientos violentos, algunos de los cuales acabaron en tragedia. Es el caso de la lucha contra el pelagianismo, en la cual se había enfrascado Jerónimo, animado por Agustín, obispo de Hipona. La disputa se saldó con la muerte de un diácono y el incendio de los dos edificios que formaban parte del monasterio de Jerónimo, en un hecho de extrema violencia perpetrado por los partidarios de Pelagio. Este grave suceso ocurría hacia el otoño del año 416 y quedaría

---

<sup>208</sup> *Ep.* 60, 15; *Comentario a Zacarías*, 759.

<sup>209</sup> “Los datos proporcionados por las constituciones imperiales en orden a la caracterización de los maniqueos coinciden con los aportados por los autores cristianos en atribuirles comportamientos inmorales y diabólicos. Filastrio llega a compararlos con bandidos y Jerónimo se permite, incluso, identificarlos por la apariencia pálida y oscura (Hier. *Ep.* 22, 13, 3 Cfr. *Adv. Iovinianum* 2,36 donde se contradice) Candau (y Eds), *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, 256.

<sup>210</sup> Jerónimo forma parte de los pensadores cristianos que dio a este grupo el apelativo de heréticos: “El análisis de las fuentes ajenas al grupo y próximas en su elaboración a los hechos pone de manifiesto la unanimidad en la consideración de los priscilianistas como heréticos, mientras que una parte específica su condición maniquea y/o gnóstica. Superstitio, error, secta, factio, haeresis, haeretici, deuios liceo at fide son las expresiones que los designan, acompañadas del predicado expreso de maniqueos en el caso de Sulpicio Severo, y del dístico gnósticos-maniqueos en Filastrio de Brescia y Jerónimo (Hier. *Ep.* 120, 10; 133, 3-5; 75, 3; *Comm. in Isaiam* 17, 64, 4-5; *Contra Vig.* 6)” Candau, *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, 161.

<sup>211</sup> Toda la *Ep.* 88, dirigida al papa Teófilo revela el especial entusiasmo que el problema origenista despertó en Jerónimo y la forma como fue captando adeptos para su causa. La respuesta del papa (*Ep.* 89) muestra la especial pasión con la cual la Iglesia de Occidente enfrentaba el problema. Jerónimo simpatizó durante mucho tiempo con la obra y la figura de Orígenes, como lo confiesa en *Commentarii in Mathaeum*, 4 y 5: “Confieso haberme leído durante muchísimos años los veinticinco libros de Orígenes sobre Mateo, otras muchas homilias suyas y este tipo de explicación versículo a versículo”.

<sup>212</sup> *Ep.* 112, 13.

<sup>213</sup> Las *Eps.* 50, 130, 133, 137, y 152 reflejan la combativa posición de Jerónimo frente al pelagianismo, que fue la última batalla contra la herejía que emprendió y la que peores consecuencias trajo tanto para él, como para sus compañeros y compañeras de vida monástica. El pelagianismo niega el pecado original y afirma la capacidad humana, sin necesidad de la intervención directa de Dios –la gracia-, para la salvación. Llorca, *Historia de la Iglesia Católica I*, 510.

También se ha publicado un excelente estudio sobre la disputa pelagianista de Jerónimo y Rufino, donde expone las razones que llevaron a uno y a otro a defender o a atacar la doctrina de Pelagio y las actitudes que finalmente llevaron al rompimiento de la profunda amistad que unía a los dos polemistas. Laytonha, 489-522.

registrado en una serie de cartas en las cuales intervienen, además de Jerónimo y sus amigos Ripario (Ep. 138) y Apronio (Ep. 139), el papa Inocencio (Eps. 135 y 137), El obispo de Cartago, Aurelio (Ep. 135) y el obispo de Jerusalén, Juan (Ep. 137). Valero (1995) resume así lo sucedido:

La campaña declarada por Jerónimo contra los pelagianos de Palestina le iba a costar cara. En otoño del año 416 un grupo de monjes pelagianos asalta los monasterios de Belén. Sus habitantes se salvaron a duras penas, refugiándose en las torres construidas para defenderse de las incursiones de los beduinos. Un diácono fue asesinado, y los edificios fueron incendiados. Jerónimo y los suyos tendrían que hospedarse por algún tiempo en viviendas provisionales. La noticia llegó a Occidente y causó consternación. Aurelio de Cartago informó del percance al papa Inocencio, como parece que también lo había hecho Eustaquia; pero ninguno de los dos dio detalle de lo ocurrido. Inocencio quisiera tomar medidas; al no poder, por falta de datos, quiere al menos decir una palabra sobre los desmanes<sup>214</sup>.

Estos incidentes ocasionaron el enfrentamiento entre el papa y el obispo de Jerusalén, supuesto responsable de los hechos como queda de manifiesto en la dura carta en la cual aquél culpa a este de “negligencia y falta de previsión en un hecho tan grave como el ocurrido en Belén, Iglesia que jurisdiccionalmente depende de él”<sup>215</sup>:

Saqueos, muertes, incendios y todos los crímenes que inspira la locura, eso es lo que deploran las nobilísimas y santas vírgenes Eustaquia y Paula como cometidos en las dependencias de su iglesia por el diablo. Es verdad que se callan el nombre y los móviles del causante. Pero como nadie duda de quién ha cometido tales cosas, tu fraternidad debió de ser más solícito en la protección de aquella grey para que no ocurriera nada de eso, que ha sido un peligro para otros y a la vez delata tu negligencia. ¿Es que la piedad de tu sacerdocio no se conmueve ante los atropellos del diablo, consentidos por ti, contra ti mismo y los tuyos? Digo bien, contra ti, pues el hecho de que se haya perpetrado tal crimen en la iglesia desprestigia la sensatez sacerdotal. ¿Dónde queda tu sentido de la previsión?<sup>216</sup>

La carta que al parecer el obispo Juan nunca leyó<sup>217</sup>, muestra la situación extrema a la que podían llegar las querellas religiosas y por otra parte, pone de manifiesto el interés

---

<sup>214</sup> *Epistolario Tomo II*, 758.

<sup>215</sup> *Epistolario Tomo II*, 760.

<sup>216</sup> Ep. 137. Esta carta del papa Inocencio al obispo Juan forma parte al epistolario de Jerónimo.

<sup>217</sup> *Epistolario Tomo II*, 760.

de la Iglesia romana de imponer su autoridad en Oriente. La carta refleja finalmente, la fluida comunicación que existía entre Jerónimo y su grupo con la sede apostólica.

Jerónimo, acostumbrado a las controversias y disputas hubo de asumir, además del pelagianismo, el conflicto origenista<sup>218</sup> que también le representaría enfrentamientos con sus amigos y superiores, además de una gran inversión de tiempo y talento dedicado a justificar la inconveniencia de esta doctrina y a explicar por qué en algunos de sus escritos se había basado en este autor e incluso había llegado a recomendar su lectura, proponiéndolo como autoridad:

Todo esto lo hemos ido a beber de la fuente más profunda de los hebreos, no siguiendo los riachuelos de las opiniones, ni dejándonos asustar por la variedad de errores de que el mundo está lleno, sino deseando averiguar y enseñar la verdad. Ahora bien: si tú no piensas en lo mismo, te voy a traducir a la letra lo que Orígenes opinaba acerca de la diapsalma, y ya que desdeñas los mostos nuevos, te mueva al menos la autoridad del vino viejo<sup>219</sup>.

La lucha antiorigenista de Jerónimo tendría una gran influencia en la postrera condena que el papa Anastasio hizo de los escritos de Orígenes en el año 400<sup>220</sup>. Los ciudadanos romanos se manifestaron interesados en las querellas religiosas y participaron activamente en ellas animando a su grupo o facción y haciendo presión para que triunfaran las ideas que defendían, a pesar de su ignorancia sobre las minucias teológicas en discusión.

### 3.3 La conversión en la sociedad romana

Elemento importante dentro de la expansión del cristianismo así como de la configuración de su ideología, lo constituye la conversión del patriciado (*patricii*) romano. Aunque el cristianismo se asoció en sus orígenes a los pobres, es indudable que la conversión de los ricos<sup>221</sup> y poderosos, principalmente mujeres, atrajera la atención de

---

<sup>218</sup> *Eps.* 33, 4-5; 51; 57; 81; 82; 83 84 95.

<sup>219</sup> *Ep.* 28, 5. *Eps.* 26, 2; 33; 33, 4; 34, 3; 36, 1; 39, 1; 43, 1; 48, 3; 49, 13; 49, 19; 51, 4.

<sup>220</sup> La *Ep.* de Anastasio a Simpliciano (*Ep.* 95 del *Epistolario de Jerónimo*) es el testimonio de la implacable condena.

<sup>221</sup> “Cuando la Iglesia normal formalizó sus relaciones con el Estado, atrajo a su seno muchos clarísimos, que suponían un importante caudal de donaciones. También hubo muchos notables ricos que se ordenaron, como Paulino de Nola y Melania la Joven, aportando grandes riquezas”. Depeyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 113.

Jerónimo trae innumerables ejemplos de conversiones, a manera de ejemplo, anotamos el de Aristaineté y su familia, en *Vita Sancti Hilarionis*, 346: (Habla de Aristaineté, mujer del prefecto Elpidio, que solicitó a San Hilarión un milagro) “Estaba dando alaridos la madre yendo entre sus tres hijos casi cadáveres y no

los mismos patricios así como de los pobres, grupos dentro de los cuales se encontraban personas y familias arribistas que veían en el cristianismo la posibilidad de ascenso en la escala social. Jerónimo impulsó la conversión de las élites romanas y posteriormente aprovechó el testimonio de sus representantes para afianzar la propaganda cristiana y ganar más prosélitos pertenecientes a la poderosa aristocracia romana<sup>222</sup>, otrora baluarte de la cultura clásica y del paganismo.

Entre los grupos patricios convertidos al cristianismo y propagadores eficaces de la nueva religión encontramos al grupo del Aventino<sup>223</sup>, conformado por la noble matrona Marcela y sus familiares y amigos, que crearon en la ciudad de Roma un reconocido centro de vida religiosa y de estudio<sup>224</sup>. Pero el ejemplo quizá más preclaro de este fenómeno lo tenemos en Paula, de quien Jerónimo mismo se enorgullecía al hablar de su conquista para la causa cristiana: “[Paula] descendiente de los Gracos, hija de los Escipiones, heredera de Paulo, cuyo nombre lleva, verdadera y genuina descendiente de Mecia Papiria, la madre del Africano”<sup>225</sup>. Los padres de Paula eran Blesila y Rogato, este último según Jerónimo, descendiente de Agamenón, el destructor de Troya. La pureza de la estirpe y alta alcurnia de Paula quedó coronada con su matrimonio con Toxocio, “que lleva la nobilísima sangre de Eneas y de los Julios”<sup>226</sup>. Otro personaje de gran importancia es Paulino de Nola, perteneciente a una importante familia romana y antiguo cónsul, quien junto con su mujer, se retiró a España a vivir como monje en la villa de Nola, donde el culto al mártir Félix le llamaba mucho la atención. Allí, alternando con su vida ascética y mística, Paulino se dedicó al ejercicio de la caridad, gracias a la gran fortuna que poseía<sup>227</sup>. La conversión de las altas clases sociales no solo servía a la causa del aumento del número de prosélitos del cristianismo, sino también al propósito de acrecentar los bienes eclesiales.

---

sabía a cuál llorar primero. Pero habiendo sabido que había cierto monje en el cercano desierto, olvidándose de la pompa propia de una matrona principal –se consideraba sólo como madre–, va su encuentro acompañada sólo de unas esclavillas y unos eunucos y, no sin dificultad, la persuadió su marido para que fuera montada en un borriquillo, la de Orión, un rico de la ciudad de Aila, 348: “Pero no debe callarse que a Orión, varón principal y muy rico de la ciudad de Aila, que está a orillas del Mar Rojo, se le trajo estando poseído por una legión de demonios”. (La narración sigue con la conversión milagrosa y la renuncia a los bienes materiales). Ver también *Vita Malchi*, 385.

<sup>222</sup> Ver Patrología III. *Instituto Patristico Augustinianum*, 32-33.

<sup>223</sup> Candau, *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, 212-219.

<sup>224</sup> *Ep.* 127.

<sup>225</sup> *Ep.* 108, 1.

<sup>226</sup> *Ep.* 108, 4.

<sup>227</sup> *Eps.* 53; 58; 61, 3; 85.

Ciertamente, el grupo de Paula y el del Aventino y algunas personas de la talla de Paulino, dirigidos espiritualmente por Jerónimo, no fueron los únicos de su clase que abandonando sus riquezas y su ritmo de vida, se dedicaron a la oración, la meditación, la consideración de los dogmas cristianos y la práctica de obras de caridad. Sin llegar al extremo de considerar al Imperio en el siglo V como un todo homogéneo de cristianos haciendo de sus villas una especie de cenáculos o de monasterios, o de creer que el número de cristianos ricos que ingresaron a los monasterios o se retiraron a las soledades de la campiña fue excesivamente alto<sup>228</sup>, sí podemos afirmar que la experiencia fue significativa como fenómeno social y que tuvo réplicas en diferentes provincias y en varias ciudades.

El ascenso en la escala social romana, pasó por incluir dentro de las características de los nuevos prohombres el hecho de ser cristianos. Incluso, por lo menos para los mismos cristianos, llegó a ser más importante este apelativo que los títulos nobiliarios, como lo señala Jerónimo hacia el año 395 en una carta a Furia, joven viuda descendiente de Furio Camilo, dictador romano de época republicana<sup>229</sup>: “Tu padre, a quien nombro con todos los honores, no porque sea consular o patricio, sino porque es cristiano, cumpla plenamente su nombre”<sup>230</sup>. En el mismo sentido, el monje de Belén, ahora en carta a su amiga Leta, muestra cómo el nombre de cristiano es prácticamente la culminación de la escala social:

Y, dejado de lado lo antiguo, que pudiera parecer demasiado fabuloso a los incrédulos, hace pocos años vuestro pariente Graco, cuyo nombre honra a la nobleza patricia, cuando ostentaba el cargo de la prefectura urbana, ¿no derribó e hizo pedazos y quemó una cueva de Mitra con todos los objetos mágicos con que se inician sus devotos con los grados de: el cuervo, el “oculto”, el soldado, el león, Perseo, el correo del sol, el padre? Y con esos objetos como prendas, ¿no recibió el bautismo de Cristo?<sup>231</sup>.

El título nobiliario es importante pero pertenece a un segundo orden, a uno antiguo, mientras que el de cristiano es el nuevo, el que cualifica al ciudadano romano del

---

<sup>228</sup> “Había sin duda hombres que se perdían para el claustro, esto no representaba, como máximo, más que unos cuantos miles de individuos... el número de individuos de las clases altas que renunciaban a su riqueza y su estilo de vida para abrazar una devota existencia cristiana adquiere tintes de insignificancia frente a las seis mil personas aproximadamente que en el año 400 d. C. participaban en forma activa en el estado como burócratas de máximo nivel. En la legislación que se había promulgado en la década de 390 se exigía que todos esos funcionarios fuesen cristianos”. Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 166.

<sup>229</sup> San Jerónimo, *Epistolario* I, 501.

<sup>230</sup> Ep. 54, 6.

<sup>231</sup> Ep. 107, 2.

momento. Incluso el cielo, patria final de los cristianos, reconoce la preeminencia de la condición cristiana sobre la clase social o la dignidad senatorial, como lo afirma Jerónimo en carta escrita a Marcela hacia el año 384:

Ahora, a cambio de un breve trabajo, goza ya de la felicidad eterna: es recibida por los coros de los ángeles, festejada en el seno de Abrahán y, juntamente con Lázaro, pobre en otro tiempo, ve cómo el rico, vestido de púrpura, todo un cónsul electo, aunque todavía no investido de la toga palmada, pide que se le dé una gota de agua con el dedo meñique<sup>232</sup>.

Jerónimo promueve la idea de que la fortuna, los títulos y los privilegios de los ricos solo sirven a la causa de la condena eterna, con lo cual crea una distancia entre la ideología romana tan proclive al éxito, la riqueza y la fama, más la doctrina cristiana, verdadera subversora de los valores vigentes.

La clase senatorial, la nobleza y el ejército, más concretamente el cuerpo de oficiales, constituían la cúspide de la pirámide social bajoimperial, pero su posición solo se cualificaba al agregar a su título el apelativo de cristiano, como lo sugiere Jerónimo en su carta dirigida a Leta hacia el año 400: “por todo estandarte, los soldados tienen los emblemas de la cruz. La púrpura de los reyes y las piedras brillantes de sus coronas están adornadas con la imagen del patíbulo del salvador”<sup>233</sup>. Representantes de estas elites romanas y cristianas, conscientes del poder que otorgaba su pertenencia a la Iglesia, afianzaron aún más su privilegiada posición mediante su vinculación a la jerarquía eclesiástica en el orden episcopal.

No obstante, la conversión de las altas clases sociales del Imperio encerraba también un peligro que Jerónimo no desconocía y que puso en evidencia al exponer a Océano su punto de vista sobre el comportamiento de los obispos que, de pertenecer a una clase social privilegiada, adquieren el más alto nivel del orden sacerdotal:

Ayer catecúmeno, hoy obispo; ayer en el anfiteatro, hoy en la iglesia; anoche en el circo, hoy por la mañana en el altar; hasta ahora patrocinador de histriones, ahora consagrante de vírgenes... Un obispo improvisado desconoce la humildad y la mansedumbre con que hay que tratar a los rústicos: no sabe lo que es la blandura cristiana; no sabe despreciarse a sí mismo, y de la dignidad pasa al engreimiento. Nunca ha ayunado, no ha llorado, no ha reprendido suficientemente sus propios actos, ni los ha corregido con la asidua

---

<sup>232</sup> *Ep.* 23, 3.

<sup>233</sup> *Ep.* 107, 2.

meditación, no ha gastado su hacienda en los pobres. De la cátedra pasa, como dicen, a la cátedra, es decir, del orgullo a la soberbia<sup>234</sup>.

El texto tiene un enorme significado puesto que muestra una transformación, una especie de salto cualitativo de la condición de noble romano a la de obispo cristiano, aparentemente en corto tiempo como lo muestra el siguiente esquema:

	<b>Pasado (romano)</b>	<b>Presente (cristiano)</b>
Actividades e infraestructuras	Catecúmeno	Obispo
	Anfiteatro	Iglesia
	Circo	Altar
	Patrocinador de histriones	Consagrante de Vírgenes
Valores y actitudes	Engreimiento Orgullo Soberbia	Humildad Mansedumbre Blandura Desprecio de sí mismo Ayunos Llanto Ascesis Caridad

Esquema 2: Conversión de los nobles romanos según el texto del “obispo improvisado”.

El noble, en el proceso de transformación pasa o debería pasar, del escenario romano clásico -el pasado-, al escenario cristiano -el presente-, asumiendo una serie de actividades, valores y principios nuevos. Nótese en el esquema dos niveles de cambio, uno referido a las actividades y al equipamiento de las ciudades y otro a la transformación de la escala de valores. La dimensión temporal (ayer-hoy, mañana-noche, nunca-hasta ahora) muestra la dialéctica nuevo-viejo, aplicada al cristianismo y a la romanidad respectivamente, como si el cristianismo estuviese renovando y transformando la realidad imperial. No obstante, se habla de un “obispo improvisado” en el que estarían conviviendo lo viejo (romanidad) y lo nuevo (cristianismo), como debió suceder en Jerónimo y en los demás ciudadanos del Imperio a finales del siglo IV y comienzos del V.

Conforme fue avanzando el proceso de conversión de los diferentes grupos sociales<sup>235</sup>, los cristianos se fueron haciendo presentes en los diferentes ámbitos de la vida social.

<sup>234</sup> *Ep.* 69, 9.

<sup>235</sup> No solo el patriciado pasó a engrosar las filas de la nueva religión, también otros grupos sociales de rango inferior, pero de hondo significado ideológico en la cultura romana, como queda testimoniado: “También un auriga de Gaza, golpeado en su carro por el demonio, se quedó todo él rígido, de modo que ni podía mover la mano ni torcer el cuello. Llevado, por ello, en una camilla, aunque sólo podía mover la

Un ejemplo de ello es el aumento paulatino de los cristianos en la burocracia imperial, que se evidencia en la siguiente tabla<sup>236</sup>:

<b>Emperadores</b>	<b>Paganos %</b>	<b>Cristianos %</b>
Constantino, Constantino II	61	39
Constante, Constancio II	58	42
Juliano	82	18
Joviano, Valentiniano I, Valente	42	58
Graciano, Valentiniano II, Teodosio	35	65
Arcadio, Honorio	26	74
<i>Teodosio II, Valentiniano III</i>	7	93

Tabla 9: Presencia cristiana en la burocracia imperial.

Si bien la conversión del patriciado y la incorporación de cristianos a la vida económica y política del Imperio fue importante en la expansión de la Iglesia y en su posicionamiento social, también se cernía sobre este proceso una contradicción que podía desfigurar el espíritu original del cristianismo como religión de los pobres.

### **3. 4 Panorama social del Imperio: los ricos y los pobres**

La ciudad bajoimperial no logró conjurar el crónico desequilibrio social reinante en el Imperio, a pesar de que el cristianismo impulsó un nuevo orden y una serie de valores que en la práctica abrieron nuevos mecanismos de promoción y participación de los pobres y excluidos. El Evangelio era en sí el mejor aliado de las clases inferiores de la sociedad romana, ya que no solo proponía un orden social novedoso en el que justamente los pobres eran los más afortunados y felices<sup>237</sup> y los que heredarían el cielo, tan apetecido entonces por los romanos conversos gracias a la propaganda cristiana, sino que además, contenía una subversiva y fuerte denuncia en contra de las clases poderosas que encarnaban el mal y la injusticia.

No obstante, el discurso cristiano no fue totalmente eficaz, ni siquiera dentro de las mismas huestes de la Iglesia, según se desprende de una serie de textos escritos por Jerónimo donde denuncia y condena diferentes formas de injusticia y explotación

---

lengua para suplicar, oye que no puede ser curado si antes no creía en Jesús y prometía que renunciaría a su anterior profesión. Creyó, prometió y fue curado; y saltaba de alegría más por la salud del alma que por la del cuerpo.” *Vita Sancti Hilarionis*, 347.

<sup>236</sup> “Nos remitimos a las cifras de Haeling, y calculado los porcentajes no a partir del número total de funcionarios, sino del número de funcionarios cuya religión era conocida”. Depeyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 111.

<sup>237</sup> Mt. 5,1-12; Lc. 6, 20-23.

practicadas en contra de los pobres, así como también la falta de coherencia entre la predicación y la acción de los militantes de la Iglesia.

Ya en uno de los primeros textos salidos de su pluma, Jerónimo pone en evidencia esta contradicción encarnada en la situación de su natal Estridón, de la cual afirma: “allí toda rusticidad tiene asiento, el vientre es Dios y se vive al día, es más santo quien es más rico”<sup>238</sup>. Incluso, refiriéndose a otros lugares del Imperio, asevera muchos años después que “bajo título de religión, se cometen beneficios injustos, y el honor del nombre cristiano, lejos de sufrir con el fraude, lo comete”<sup>239</sup>.

Aunque Jerónimo no quiso hacer una doctrina en torno a los problemas sociales de su tiempo, en muchos apartes de sus obras alude a la situación de la población romana ubicada en dos polos opuestos, separados por un abismo infranqueable: los ricos y los pobres.

### **3.4.1 Los ricos y los signos de la riqueza**

Como en todas las épocas, la riqueza estaba representada entre otras cosas, en dinero y en bienes inmuebles, no obstante, estos elementos por lo general no tenían significado *per se*, sino en cuanto que permitían el acceso a factores de distinción y prestigio aún más importantes en la época bajoimperial, como la educación, la participación en la vida pública y la práctica de obras de caridad. Esto quiere decir que los bienes materiales por abundantes que fueran, no tenían sentido si no estaban asociados a alguna forma de ostentación pública.

#### **3.4.1.1 La educación como signo de prestigio**

El sistema educativo romano estaba asentado en el intenso estudio de un pequeño número de textos literarios que un gramático, normalmente de prestigio, presentaba a sus discípulos durante siete o más años, contados a partir de la edad de ocho, y se concentraba básicamente en cuatro autores: Virgilio, Cicerón, Salustio y Terencio. Al terminar estos estudios, el joven pasaba a estudiar con un rétor<sup>240</sup> un grupo mayor de

---

<sup>238</sup> Ep. 7, 5: “*In mea enim patria rusticitatis uernacula deus uenter est et de die uiuitur: sanctior est ille qui ditor est*”.

<sup>239</sup> Ep. 125, 16.

<sup>240</sup> “Lugar primordial que ocupa la retórica en la enseñanza y de la profunda influencia de Cicerón, cuyos discursos son modelos y los tratados (como el *Orator*) fuentes de donde se extraen los principios del arte,

textos<sup>241</sup>, utilizando *grosso modo*, el mismo método empleado por el gramático, que consistía en la lectura línea por línea de los textos, identificando y debatiendo los diferentes giros del lenguaje.

Los estudiantes debían aprender a expresarse de acuerdo con el canon de corrección lingüística de los autores clásicos. Este método perseguía dos objetivos: uno, la conservación de un latín culto que previniera la aparición de indeseables cambios lingüísticos, y el otro, permitir la identificación de manera instantánea de las personas que hablaban el latín correcto porque eran justamente, aquellas que pertenecían a los altos niveles de la escala social. De esta forma, la educación representada principalmente en el correcto aprendizaje del latín -y de los autores clásicos grecorromanos-, cumplía el fin de mantener muy bien diferenciadas las capas sociales del Imperio.

La educación tenía un fuerte componente lingüístico, más orientado al latín en Occidente y al griego en Oriente, pero en todo caso muy latinizado a los dos lados del Imperio. Sin embargo, podemos afirmar que el romano verdaderamente culto tenía dominio de las dos lenguas imperiales. De hecho, Jerónimo recomienda que la educación infantil inicie con “el ritmo de los versos griegos. A continuación vendrá el estudio del latín, pues si este no modela desde el principio su tierna boca, la lengua se vicia de un acento exótico y el idioma paterno se contamina con vicios extranjeros”<sup>242</sup>. Los lugares para aprender eran evidentemente, Roma para el latín y Atenas para el griego<sup>243</sup>.

---

del hecho también del lugar reservado al orador en la vida diaria donde para las gentes del momento una persona culta es antes que todo un hombre elocuente (*vir eloquentissimus*). Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 463.

<sup>241</sup> Un aparte de la *Ep.* 60, 5, pone en evidencia la ampliación del repertorio de autores en este nivel más alto de educación: “*legimus Crantorem, cuius uolumen ad confouendum dolores suum secutus es Cicero, Platonis, Diogenis, Clitomachi, Carneadis, Posidonii ad sedandos luctus opuscula percurrimus, qui diuersis aetatibus diuersorum lamenta uel libris uel epistulis minuere sun conato, ut etiamsi nostrum aereret ingenium de illorum posset fontibus infigari: proponunt innumerabiles uiros, et maxime Periclen et Xenophontem Socraticum*”.

<sup>242</sup> *Ep.* 107, 9.

<sup>243</sup> En la *Ep.* 46, 9 Jerónimo muestra la importancia de Roma y Atenas para la formación académica: “*Certe, si etiam pareclarus orador reprehendendum nescio quem putat quod litteras Graecas non Athenis, sed Lilybaei, Latinas non Romae, sed in Scilia didicerit, quod uidelicet unaquaue prouincia habeas aliquid proprium quod alia aeque habere non possit, cur putamus absque Athenis nostris quemquam ad studiorum fastigium peruenisse?*”.

La expresión oral y escrita, signo de distinción y de riqueza, generó un mayor distanciamiento entre clases sociales y una brecha prácticamente imposible de cerrar, ya que tanto los pobres crónicos como los nuevos pobres, esto es, los inmigrantes, los fugitivos y los campesinos, no podían acceder al sistema educativo del Imperio.

La descripción que Jerónimo hace de su proceso educativo, primero en el seno de su familia y luego en las escuelas de gramática<sup>244</sup> y retórica<sup>245</sup> de Roma, nos sitúa ante la evidencia de que Jerónimo -y muchos de sus amigos y seguidores<sup>246</sup>- pertenecía a esta élite de romanos cultos<sup>247</sup> que se ubicaban en un nivel privilegiado de la pirámide social.

Los romanos cultos se presentaban ante la sociedad como un grupo de personas superiores, como los mejores, los que verdaderamente encarnaban los ideales de la romanidad<sup>248</sup>. Hacer alarde de su privilegiada condición era habitual y la mejor forma de hacerlo era hablando con una exagerada corrección y citando a los autores clásicos<sup>249</sup> paganos<sup>250</sup>. En carta a Dámaso por ejemplo, Jerónimo al responder a cinco cuestiones bíblicas formuladas por el papa, no resiste la tentación de hacer alarde de su cultura

---

<sup>244</sup> *Comentario a Habacuc*, 645. “*Dum adhuc essen puer, et in gramaticae ludo exercerer*”.

<sup>245</sup> *Comentario a Abdías*, 350. “*quo egressi scholam rhetoricum*”.

<sup>246</sup> En la *Ep.* 3, Jerónimo se refiere de esta forma a su amigo Bonoso “Ahí tienes a un joven que se formó con nosotros en las artes liberales del siglo, que posee cuantiosas riquezas y, sobre todo, prestigio entre los de su clase...” [*Ecce puer honestis seculo nobiscum artibus institutus, qui opes adfatim, dignitas adprime interaequales...*]

<sup>247</sup> No parece que Jerónimo haya leído los clásicos, o por lo menos no tantos como suele referir o como se desprendería de una desprevenida lectura de sus obras. Al parecer, Jerónimo cita de segunda mano. *Patrología III, Instituto Patristico Augustinianum*, 285.

<sup>248</sup> Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 33-42.

<sup>249</sup> Sobre la extraordinaria vigencia de la cultura clásica en el siglo IV: “nunca gozaron de tanto honor las letras ni la afición por la cultura clásica. Aristóteles entre los griegos, pero sobre todo el mundo latino, Terencio, Virgilio, ‘el clásico por excelencia’, Cicerón para la prosa, considerado como el ‘modelo y el maestro’ de los retóricos que veneran mucho todos los eruditos del siglo IV, también Séneca y entre los historiadores Salustio”. Le Glay, *Grandeza y Caída del Imperio Romano*, 463,

<sup>250</sup> La educación de Jerónimo fue de corte pagano, e impartida seguramente por maestros paganos. En una parte de la vida escolar de Jerónimo se aplicó la ley escolar de junio de 362 promulgada por Juliano. Doenwy, *Julian and the schools*, 97-103.

Según la cual los nombramientos de los maestros en cualquier escuela tenían que ser aprobados por las autoridades del Estado y reconocidos por el emperador (Cod. Theod. 13, 3, 5; Cod. Justin. 10, 53,7). El examen de los candidatos no debía restringirse a sus aptitudes pedagógicas, sino extenderse sobre todo a sus convicciones religiosas. No se entendía cómo se podía enseñar a Homero, a Hesíodo o a Demóstenes sin venerar los dioses en los que estos creían. De esta forma se evitaba que los cristianos accedieran a la formación retórica.

“En el siglo IV se entabla una verdadera lucha principalmente en el terreno de la enseñanza. El cristianismo se encuentra en condiciones de inferioridad. Son muchos los centenares de años que el paganismo está en posesión del magisterio. Los textos que en ella se explican tanto la gramática como la retórica, están empapados de ideas paganas”. Peña, *Actuaciones de San Jerónimo en la conciliación de las culturas pagana y cristiana*, 19.

clásica con el fin de acreditarse y posicionarse como autoridad, de tal forma que sus respuestas adquirieran el estatus de verdad, o por lo menos, de opinión cualificada: “He improvisado esto para ti y sólo he omitido dos cuestioncillas. No porque no pudiera responder también algo sobre ellas, sino porque han sido discutidas en latín por dos varones elocuentísimos, nuestro Tertuliano y Novaciano, y si yo quisiera añadir algo nuevo, habría de disertar más ampliamente”<sup>251</sup>. Esta cita corresponde aproximadamente al año 386, cuando Jerónimo se encontraba haciendo vida eremítica en el desierto de Calcis.

Una educación recibida y apreciada de esta forma buscaba perpetuarse en la sociedad. Para ello, los mismos ciudadanos que la habían recibido exhibían sus ventajas, hablaban de ella, la recomendaban a otros y mostraban sus efectos en términos de éxito económico y social. Por eso, Jerónimo no duda en recomendar a quienes quieren ejercitar el ingenio, ponerse en manos de los gramáticos y retóricos, aprender la dialéctica, e instruirse en las escuelas de los filósofos<sup>252</sup>, cuya ciencia es de mucho provecho para los mortales<sup>253</sup>.

Menos importancia, desde el punto de vista del posicionamiento en la escala social, tenía la formación en otras profesiones claramente consideradas menores por Jerónimo:

No voy a hablar de los gramáticos, retóricos, filósofos, geómetras, dialécticos, músicos, astrólogos, médicos, cuya ciencia es provechosísima a los mortales y se divide en tres partes: la doctrina, el método y la experiencia. Pero sí que me fijaré en las artes menores, que no se rigen tanto por el espíritu cuanto por la destreza de las manos. Los labradores, albañiles, carpinteros, herreros y ebanistas, los tejedores y aun los bataneros y demás, que fabrican un variado mobiliario y modestos objetos, no pueden sin maestro llegar a ser lo que desean ser. «Lo que atañe a los médicos, lo resuelven los médicos; los carpinteros entienden de carpintería»<sup>254</sup>.

Jerónimo diferencia dos tipos de conocimiento: las ciencias y las artes. Las primeras tienen un nivel superior tanto en contenido como en método con relación a las segundas. Estas se rigen por la destreza de las manos, mientras aquellas pertenecen al ámbito del

---

<sup>251</sup> Ep. 36, 1.

<sup>252</sup> En la Ep. 61, 4, Jerónimo recomienda a Vigilancio: “*Si libet exercere ingenium, trade te grammaticis atque retoribus, disce dialecticam, sectis instruere philosophorum ut, cum omnia dediceris, saltem tunc tacere incipians*”.

<sup>253</sup> Ep. 53, 6.

<sup>254</sup> Ep. 53, 6.

espíritu (esquema 3). De aquí se desprende que la educación que es signo de prestigio corresponde a las ciencias -que en este caso corresponden a las artes liberales- y no a las labores manuales -llamadas artes por Jerónimo-.

Ciencias	Método	Artes	Método
Gramática Retórica Filosofía Geometría Dialéctica Música Astrología Medicina	Doctrina Experiencia	Cultivo de la tierra Albañilería Carpintería Herrería Ebanistería Tejido Batanear	Destreza de las manos

Esquema 3: Niveles de conocimiento y método.

### 3.4.1.2 La participación en la vida pública

Además de la posibilidad de acceder a una completa educación clásica, o quizá como consecuencia de esta, los ricos tenían la posibilidad de participar en la vida pública expresando ideas y opiniones en las plazas o accediendo a cargos dentro de la burocracia imperial, como lo afirma Jerónimo en carta dirigida a Nepociano, un sacerdote de la ciudad de Altino (Italia) que quiere ser monje:

Tú desprecias el oro, el otro lo ama; tú pisoteas las riquezas, él las acapara; tú llevas en el corazón el silencio, la mansedumbre, la discreción; al otro le gusta la locuacidad, el descaro, los foros y las plazas públicas y los consultorios de los médicos. ¿Qué concordia puede haber en tal discordia de costumbres?<sup>255</sup>.

El texto tiene como protagonistas a dos personajes, “tú” -el presbítero Nepociano- y el “otro” -un supuesto clérigo negociante y fanfarrón-. El primero, indudablemente tuvo privilegios que rechazó. El segundo, sigue haciendo uso de esos privilegios dentro de los cuales se encuentran los foros y las plazas públicas y los consultorios de los médicos que simbolizan en este caso, la vida pública. Justamente porque la capacidad de influir en la vida pública era un privilegio tan preciado para los romanos, Jerónimo ensalza a quienes abandonan sus puestos, como es el caso de Nepociano o de Graco, “cuyo nombre honra a la nobleza patricia, cuando ostentaba el cargo de la prefectura urbana”<sup>256</sup>. Este último, representa uno de los cargos más importantes de todos a los que podía aspirar un senatorial en su carrera pública.

<sup>255</sup> *Ep.* 52, 5.

<sup>256</sup> *Ep.* 107, 2.

La participación en la vida pública seguía siendo en la época bajoimperial un signo de poder y distinción, ostentado tanto por la nobleza senatorial como por el clero<sup>257</sup> y la nueva burguesía de origen militar. La riqueza de los romanos privilegiados además daba acceso a los servicios públicos y privados<sup>258</sup> y a un alto nivel de consumo observable en las grandes ciudades y también en el campo, hasta donde eran llevados bienes de lujo destinados a la decoración de las villas o al consumo de los terratenientes.

Precisamente en reacción con este orden social, los cristianos del siglo IV, principalmente intelectuales como Jerónimo, crearon una figura contraria al prohombre romano clásico<sup>259</sup>. Esta nueva figura era la del monje o, más radicalmente, la del santo, cuya grandeza estriba en ser pobre, en ser capaz de abandonar el bullicio de la ciudad para vivir en el campo y en haber conquistado la cima de la sabiduría y la virtud sin haber leído a Homero o a Virgilio y sin haber participado en el gobierno.

### **3.4.1.3 La práctica de las obras de caridad y la promoción del culto**

Dentro del grupo de cristianos ricos de los que nos habla Jerónimo, podemos contar hasta tres grupos. Uno que dedicó su fortuna a la práctica de la caridad o el sostenimiento de las obras materiales o espirituales de la iglesia, y se retiró a la vida religiosa. Otro que dedicó solo una parte de su fortuna a la Iglesia, pero permaneció viviendo una vida piadosa en el seno de la sociedad<sup>260</sup>. Finalmente, otro grupo que ostentando el nombre de cristiano, no parece haber hecho ningún aporte a las obras de la Iglesia, ni evidencia ningún tipo de cambio en su vida personal ni familiar<sup>261</sup>.

---

<sup>257</sup>“Los miembros del clero disfrutaron muy pronto de los privilegios que libraron a la Iglesia de impuestos y cargas. Estos privilegios fueron confirmados con frecuencia. Las ventajas relacionadas con la función eclesiástica eran tan importantes que muchos decuriones o miembros de guildas hallaron en ella una escapatoria para librarse del impuesto”. Depeyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 98,

<sup>258</sup> Del acceso de los ricos a los servicios de la ciudad nos da testimonio Jerónimo en la *Ep.* 52, 5 “Tú desprecias el oro, el otro lo ama; tú pisoteas las riquezas; él las acapara; tú llevas en el corazón el silencio, la mansedumbre, la discreción; al otro le gusta la locuacidad, el descaro, los foros y las plazas públicas y los consultorios de los médicos”; y en la *Ep.* 45, 4: “Si hubieran ido a los balnearios de Baias, si hubieran sabido escoger perfumes, si hubieran aunado riquezas y viudez como fuente de lujo y libertad, se las llamaría señoras y aun santas”.

<sup>259</sup>Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 165.

<sup>260</sup> *Eps.* 46, 11; 60, 16; 77, 6; *Sobre los salmos* 254; *la introducción al tomo I de las Obras Completas de San Jerónimo*, 555; y la introducción al tomo I del Epistolario ,850-851-

<sup>261</sup> *Ep.* 69, 9.

Los dos primeros grupos realizaron una gran inversión que además de ayudar a los pobres y de servir como propaganda para la Iglesia, fue aprovechada para la promoción social o el aumento del prestigio de quienes a su riqueza añadieron la virtud de la generosidad.

Algunos de los nuevos evergetas de las ciudades imperiales fueron los ricos conversos y los curiales o sus descendientes<sup>262</sup> quienes invirtieron sus recursos en obras de carácter cristiano, algunas dedicadas a la práctica de la caridad<sup>263</sup> -limosnas<sup>264</sup>, hospitales, hospederías<sup>265</sup>- y otras al culto -basílicas, santuarios, capillas, monasterios-. De esta forma, la vieja ciudad típicamente romana adquirió las características de la nueva ciudad cristiana<sup>266</sup>, con edificios nuevos o con los mismos, pero con una nueva dedicación a las actividades típicamente cristianas. En realidad, la configuración física de las ciudades no sufrió importantes cambios; los edificios públicos, los monumentos y las infraestructuras -puentes, acueductos, calzadas, circos, anfiteatros, baños- se mantuvieron, pero se les dio una finalidad diferente o se les retiraron los motivos decorativos paganos y en ocasiones, se les decoró con motivos cristianos.

La práctica de la caridad, por otra parte, fue desde los albores del cristianismo, el signo distintivo de los seguidores de Cristo y la condición previa para la conquista del cielo, razón por la cual la Iglesia propagadora del mensaje cristiano, propuso el desprendimiento de los bienes materiales. Evidentemente muchos cristianos abrazaron

---

<sup>262</sup> La caridad cristiana no fue el sucedáneo del evergetismo, a través del cual las élites o el emperador compensaban los gastos de las colonias y de los municipios; “su práctica se deriva de una concepción diferente a la que informa la caridad cristiana; concretamente, está constituida por la necesidad de compensar al cuerpo ciudadano que elige y aclama a sus magistrados y patronos; en consecuencia, su contexto sociopolítico se relaciona con el fenómeno clientelar y contribuye a potenciar la cohesión entre los ciudadanos. La amplia gama de actividades evergéticas se materializa en distribuciones de alimentos, de dinero, en construcciones de los edificios que conforman el programa monumental de las ciudades o en las celebraciones de juegos, que permiten la salida a la agresividad colectiva mediante la participación en las vicisitudes agonísticas”. González, *Roma y la urbanización de Occidente*, 84. El evergetismo hace crisis en el siglo IV debido a la conjunción de diversos factores de orden social, político y económico, al mismo tiempo que “los correspondientes edificios en un contexto cultural y religioso dominado por nuevas concepciones que propician su transformación y su remodelación cristiana”. *Ibíd.*, 85.

<sup>263</sup> La caridad cristiana se dirigió principalmente a los cautivos, a las viudas y los llamados necesitados, principalmente huérfanos y mendigos. Depeyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 93-94.

<sup>264</sup> *Ep.* 66, 4 y *Ep.* 79, 4.

<sup>265</sup> *Ep.* 77, 6.

<sup>266</sup> Jerónimo nos indica en *Ep.* 46, 11 quienes construyeron algunos de los edificios destinados al culto cristiano: “¿Dónde están las basílicas construidas a manera de palacios con las riquezas de los particulares, para que este vil cuerpo humano se pasee con mayor suntuosidad?”.

esta prédica y transformaron su vida de manera radical<sup>267</sup>. Jerónimo propone como ejemplo a Bonoso, “un joven que se formó con nosotros en las artes liberales del siglo, que posee cuantiosas riquezas y, sobre todo, prestigio entre los de su clase”<sup>268</sup>, o a “Paula y Melania, que, despreciando sus riquezas y dejando a sus hijos, levantaron la cruz del Señor como estandarte de piedad”<sup>269</sup>. En los dos casos se trata de personas ricas que poseían los signos romanos de prestigio, es decir, la educación y la participación en la vida pública, a los cuales renunciaron pero que fueron distinguidos aún más con su título de cristianos y con la posibilidad de hacer obras de caridad y de edificar monasterios y otro tipo de edificaciones de carácter religioso y hospitalario.

Los beneficiarios de la acción evergética cristiana, fueron en general, las ciudades que víctimas de la guerra y la crisis económica, habían visto decaer su infraestructura, pero también los pobres y menesterosos que pululaban por las distintas regiones del Imperio. De manera particular, los monjes y las monjas fueron objeto de la generosidad de los ricos conversos. Jerónimo, o mejor, su comunidad monástica y probablemente otros grupos religiosos de Tierra Santa y de Roma, se vieron favorecidos por la munificencia de los ricos<sup>270</sup>, fueran estos laicos o como el obispo Exuperio<sup>271</sup>, religiosos y jerarcas que destinaron su fortuna a la realización de obras para la Iglesia. Al mismo tiempo, las comunidades monásticas como las dirigidas por el monje de Belén, destinaron parte de su tiempo y recursos a la atención de pobres y peregrinos<sup>272</sup>, bien en edificios exclusivamente dedicados a esta actividad o directamente mediante dádivas distribuidas a la “muchedumbre de pedigüños”<sup>273</sup>.

---

<sup>267</sup> Como puede verse en *Vita Sancti Hilarionis*, 340: (San Hilarión) por ser creyente en Jesús, el Señor, no sentía placer alguno con las locuras del circo ni con la sangre de la arena ni con el libertinaje del teatro, sino que toda su voluntad la tenía puesta en las reuniones de la Iglesia.

<sup>268</sup> *Ep.* 3, 4.

<sup>269</sup> *Ep.* 45, 4.

<sup>270</sup> *Ep.* 3,4.

<sup>271</sup> *Comentario a Zacarías*, N° 747: “A finales del otoño, nuestro hermano e hijo tuyo, el monje Sisinio me entregó una *Ep.*, muestra de tu estima hacia mí. Después de leerla, me alegré mucho de que tú seas mi protector y de que te acuerdes de mí y de todos los hermanos que sirven al Señor en los santos lugares, porque, al aliviar sus necesidades, te granjeas amigos con las inicuas riquezas y te preparas las moradas eternas”.

<sup>272</sup> Cavallera, *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, 152.

<sup>273</sup> “Me pedís los comentarios a Oseas, Amós, Zacarías y Malaquías: los habría escrito si me los hubiese consentido mi estado de salud. Enviáis ayudas para los gastos y sustentáis a nuestros taquígrafos y copistas para que nuestro ingenio sude preferentemente para vosotros. Pero mirad: a nuestro lado hay una muchedumbre concurrida y diversa de pedigüños, casi como para dudar si es justo que yo trabaje para vosotros estando otros hambrientos o si, en razón de lo dado y recibido, soy deudor a alguno y no a vosotros.” *Prologus Sancti Hieronymi presbyteri in libros Salomonis de Hebraeo translato*, 311.

### 3.4.2 Los pobres y el sentido de la pobreza

Que las referencias a la pobreza sean abundantes en las obras de Jerónimo no es de extrañarse por dos motivos. El primero, como ha quedado señalado, corresponde a la predicación cristiana que, desde sus orígenes, propuso el tema de la pobreza a partir de una doble perspectiva, la de la injusticia social -pobreza social- y la de la vida en libertad alejada del apego a los bienes materiales -pobreza evangélica-. El segundo motivo proviene de la estructuración social del Imperio que siempre permitió, promovió y mantuvo un sistema de marcado desequilibrio social<sup>274</sup>, empeorado aún más en la época bajoimperial cuando a la pobreza crónica y endémica se le unió el empobrecimiento de algunos ciudadanos que vieron disminuidos sus ingresos y aumentados los impuestos<sup>275</sup> debido a las luchas a las que hacía frente el Imperio como consecuencia de su política exterior.

La pobreza, teniendo en cuenta su doble realidad y significado, fue motivo de denuncia por parte de los cristianos, pero también recibió de ellos los más enardecidos elogios por cuanto liberaba a las personas de las ataduras terrenales y las disponía a la conquista de la ciudad celestial.

#### 3.4.2.1 Elogio de la pobreza

En el discurso del Monte, Jesús propone la pobreza como un estado de libertad que conduce a las personas a la felicidad o bienaventuranza<sup>276</sup>, con lo cual invierte los valores romanos vigentes que centraban la felicidad en el tener y el poder. En efecto, la idea del pobre que llega al cielo y goza de sus riquezas y delicias, contrapuesta a la del rico que padece los rigores del hambre y la sed en el infierno<sup>277</sup>, caló muy profundamente entre los romanos. abrazar la pobreza en la vida terrena se convirtió en un mal menor comparado con los muchos males que les esperaban a los ricos en el infierno, como lo afirma Jerónimo al comparar a un rico cónsul romano con una mujer que abrazó la pobreza para consagrarse a Cristo:

---

<sup>274</sup> Blazquez, 316.

<sup>275</sup> Brown propone como una de las causas de los profundos cambios de la sociedad romana tardía las repercusiones de las guerras y los elevados impuestos que recaían sobre la sociedad.

<sup>276</sup> Ver Mt 5, 3; Lc 1, 46; 12, 33; Hch 4, 32; 18, 3; Col 4, 10; St 1, 9; 2, 5; Ap 2, 9.

<sup>277</sup> Lc 16, 19-31.

Sourfield, 536-539, presenta un interesante estudio sobre el comentario de Jerónimo a la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro.

Ahora, a cambio de un breve trabajo, goza ya de la felicidad eterna: es recibida por los coros de los ángeles, festejada en el seno de Abrahán y, juntamente con Lázaro, pobre en otro tiempo, ve cómo el rico, vestido de púrpura, todo un cónsul electo, aunque todavía no investido de la toga palmada, pide que se le dé una gota de agua con el dedo meñique. ¡Cómo cambian las cosas! Este personaje hacía pocos días iba precedido de los más altos dignatarios, subía a la ciudadela del Capitolio como si celebrara el triunfo sobre sus enemigos, el pueblo romano lo había recibido, entre aplausos y ovaciones, ante su muerte se conmovió toda la ciudad. Ahora ha quedado solo, y desnudo ha sido recibido, no como su mujer infortunada se imagina, en el lácteo palacio celeste (un palacio en la Vía Láctea del cielo era la morada eterna de los filósofos), sino en las sórdidas tinieblas<sup>278</sup>.

En este texto Jerónimo se dirige a Marcela para hablar de Lea, una mujer ejemplar que después de poseer una importante posición secular, lo abandonó todo para dedicarse a la vida mística y ascética. Lea ha muerto, y por el mismo tiempo murió también un hombre público<sup>279</sup>, al parecer muy popular en Roma, ambos enfrentan su suerte en el lugar de los muertos (esquema 4). Lea -pobre- se ve agraciada con los bienes celestiales, mientras el hombre público -rico- está condenado a padecer los horrores del infierno. La perspectiva de este terrible panorama pudo por temor, motivar la conversión de algunos ricos que alcanzaron a minimizar algunos eventuales padecimientos terrenales antes de verse expuestos a los sufrimientos de ultratumba o a las eventuales humillaciones de los pobres que serían los herederos de la patria celestial. El cielo fue concebido como un espacio en el cual se reproducía la división social del Imperio, pero con la diferencia de que los privilegiados, o sea, aquellos que iban a gozar de sus bienes y riquezas eran los que en esta vida habían padecido carencias y necesidades. Los ricos de la tierra eran demasiado ambiciosos como para no desear una posición privilegiada también en el más allá.

	<b>Lea</b>	<b>El rico</b>
En vida	Realizó un breve trabajo.	Vestía la púrpura del cónsul. Iba precedido de altos dignatarios. Lo recibían con aclamaciones. Su muerte conmovió a la ciudad.
En la muerte	Es recibida por los coros angélicos. Festeja en el seno de Abrahán. Ve las desgracias del rico.	Está condenado a: Padecer hambre y sed. Quedar solo y desnudo. Padecer en las sórdidas tinieblas.

<sup>278</sup> *Ep.* 23, 3.

<sup>279</sup> Se trata probablemente de Vetio Agorio Pretextato, antiguo sacerdote del sol y enemigo de los cristianos. Murió por este tiempo. De él habla Jerónimo en su obra *Contra Iohan. Hierosol.* X. Ver la nota al número 3 de la *Ep.* 23.

Esquema 4: Destino de los pobres y de los ricos según la visión cristiana.

La práctica de la pobreza voluntaria fue aceptada y abrazada por muchos seguidores de Jesús desde los albores mismos del cristianismo. La posterior irrupción de la nueva religión en el Imperio romano y su oficialización, gracias a la conversión verdadera o al oportunismo político de emperadores como Constantino o Teodosio, significó un impulso a la propuesta de la pobreza como opción de vida que no tardó en hacer carrera entre un considerable grupo de personas de fortunas modestas o enormes.

Ya hemos citado anteriormente el grupo del Aventino y el de Paula<sup>280</sup> como paradigma de la clase patricia que renunció a su fortuna para ponerla a disposición de la expansión del cristianismo, la creación de centros de culto cristiano o la práctica de obras de caridad, tales como dar limosna a los pobres o atender a los enfermos<sup>281</sup>, según lo atestigua Jerónimo en sus diferentes escritos. Por su parte, Fabiola, mujer romana de inmensa fortuna quien ante la imposibilidad de vivir pobre en Tierra Santa, debido a la irrupción de los hunos, regresó a su patria “para vivir pobre donde había sido rica”<sup>282</sup>. Algunos obispos, entre los cuales se contaban ricos patricios, abrazaron también la pobreza como signo del nuevo orden universal que había traído consigo el cristianismo<sup>283</sup>.

Vivir la pobreza no significaba solo carecer de bienes materiales, sino además, vivir como pobre y con los pobres, mostrar externamente el ideal de vida que había sido abrazado. En este sentido, Jerónimo recomienda a Panmaquio, esposo de Paulina, la segunda hija de la célebre Paula “que andes a pie, te vistas de túnica parda, te iguales con los pobres, entres amablemente a los tugurios de los desheredados, seas ojo para los ciegos, mano para los mancos y pie para los cojos”<sup>284</sup>. En ocasiones la pobreza comportaba también un cambio de lugar de residencia efectivo, como ocurrió con Paula

---

<sup>280</sup> *Ep.* 108, 1

<sup>281</sup> La caridad se financiaba con el pago de diezmos, las limosnas, las herencias u otro tipo de rubros dados a la Iglesia gracias a la teoría según la cual lo que se entregaba en esta vida se convertía méritos para ir al cielo. Lo que se daba a los pobres, se daba al mismo Dios. D, 65).

<sup>282</sup> *Ep.* 77, 8. Ver también: *Introducción al Epistolario Tomo I*, 53.

<sup>283</sup> Un testimonio de Amiano Marcelino (XXVII, 3, 15) habla de las costumbres y forma de vida de los obispos de provincia, que podría distar mucho de la de los obispos de las grandes ciudades: “Podrían ser verdaderamente felices [los ricos romanos] si, despreciando la grandeza de la Urbe con la que encubren sus vicios, vivieran imitando a algunos obispos de provincia a quienes la moderación en la comida y en la bebida, la simplicidad de sus vestidos y sus ojos entornados mirando siempre al suelo recomiendan por su honestidad y buenas costumbres a la eterna divinidad y a sus verdaderos adoradores”.

<sup>284</sup> *Ep.* 66, 13.

quien “prefirió Belén a Roma y cambió los artesonados fulgentes de oro por la vileza del barro tosco”<sup>285</sup>, o fallido como en el caso de Fabiola<sup>286</sup>, a quien mencionamos anteriormente. El camino cristiano era un proceso de abandono que comenzaba con el desprecio de las riquezas, seguía con el cambio de conducta y en ocasiones, concluía con el abandono de la patria o de la ciudad de origen. Ante esta radicalidad, no es de extrañar que algunos cristianos causaran admiración entre sus conciudadanos.

La pobreza voluntaria, omnipresente en la obra de Jerónimo, podía vivirse de diferentes maneras en distintos lugares y bajo las más diversas circunstancias como un imperativo y un paso definitivo para una vida libre y feliz, como se constata en la carta escrita al presbítero Paulino:

Si aún tienes tu hacienda en tu poder, véndela. Si no la tienes, olvídala. A quien se toma la túnica hay que dejarle también la capa. Quiero decir, si andas siempre dando largas, si día tras día, con toda parsimonia y minuciosidad, vas vendiendo tus queridas posesiones, Cristo no tendrá con qué alimentar a sus pobres. El que se ha ofrecido a sí mismo, ya ha tenido que dar todo a Dios. Los apóstoles únicamente dejaron la nave y las redes. La viuda echa dos monedas en el gazofilacio y es preferida a las riquezas de Creso. El que piensa siempre que ha de morir, todo lo desprecia con facilidad<sup>287</sup>.

No es posible imaginar que quienes abrazaron este estilo de vida fuera un grupo numéricamente significativo, pero sí que su presencia llamó la atención de muchos ciudadanos del orbe, ricos y pobres. La admiración que despertaba la pobreza voluntaria generó también una suerte de falsa observancia, principalmente, quienes no pudiendo renunciar a su fortuna querían fingir piedad y hacer alarde de su caridad con los pobres. Esta y otras situaciones de caridad engañosa fueron rápidamente detectadas por los cristianos y denunciadas por Jerónimo, quien en carta a Eustoquia, afirma:

Pero ahora es frecuente ver a muchas que tienen los armarios repletos de vestidos, se cambian de túnica cada día y, sin embargo, no pueden acabar con la polilla. La que se las echa de más piadosa, gasta solo un vestido y, con las arcas llenas, anda cubierta de andrajos. Se tiñe el pergamino de color de púrpura, se funde el oro para trazar las letras, los códices se adornan con joyas, y entre tanto, Cristo está muriendo desnudo a sus puertas. Cuando alargan la mano, tocan la trompeta; cuando dan una comida, alquilan a un pregonero. Hace poco pude ver -callo los nombres para que no creas que estoy

---

<sup>285</sup> *Ep.* 108, 1.

<sup>286</sup> *Ep.* 77, 8; *Introducción al Epistolario, Tomo I*, p. 53.

<sup>287</sup> *Ep.* 53, 11.

haciendo una sátira- en la basílica de San Pedro a una nobilísima mujer romana que, precedida de eunucos, iba repartiendo por su propia mano una moneda a cada pobre para aparentar más religión. Ocurrió que, como saben hacerlo muy bien los que tienen práctica, una pobre vieja, cargada de años y de trapos, se volvió a poner a la cola para recibir otra moneda. Cuando llegó por su turno a la dama, en lugar de una moneda le fue propinado un puñetazo, y la culpable de tamaño crimen quedó bañada en sangre<sup>288</sup>.

El discurso de elogio a la pobreza venía acompañado habitualmente, de la denuncia de la avaricia<sup>289</sup> y de toda suerte de abusos contra los pobres quienes siendo los privilegiados del Evangelio, no dejaron de ser los excluidos y marginados de siempre.

### 3.4.2.2 Denuncia de la pobreza

Es imposible establecer aproximadamente el número de pobres que habitaba el vasto territorio imperial si nos basamos en los escritos de Jerónimo -tampoco otras fuentes lo podrían decir-. No obstante, para el monje de Belén es claro que son muchos, cuando en una carta dirigida a su amigo Panmaquio, queriendo referirse a la gran cantidad de cristianos que su amigo ha ganado para la causa monástica, afirma: “has engendrado tantos hijos –monjes- cuantos pobres hay en Roma”<sup>290</sup>. Sin duda, había más pobres que monjes en el Imperio, pero la metáfora es válida si pensamos más en proporciones que en números absolutos. Se hace referencia no a los pobres que abrazaban esta condición de forma voluntaria, sino a la endémica y escandalosa pobreza que padecía la mayoría de la población romana<sup>291</sup>.

Resulta también imposible establecer de manera fehaciente de qué exactamente carecía una persona o una familia para que fueran consideradas pobres. Podemos imaginar eso sí, indicadores evidentes de pobreza tales como la falta de alimento y de vivienda, la carencia de servicios de sanidad y en consonancia con lo que se ha considerado al hablar de la participación como signo de distinción y riqueza, la imposibilidad de

---

<sup>288</sup> *Ep.* 22, 32.

<sup>289</sup> *Ep.* 22, 32.

<sup>290</sup> *Ep.* 66, 4.

<sup>291</sup> Desde las primeras décadas del siglo IV, los emperadores validaron la dedicación de la Iglesia a la atención de los pobres, dado que esta institución atiende a los menesterosos, convenía otorgarle beneficios, “Así, pues la Iglesia tenía un papel temporal explícito. Debía asegurar cierta cohesión social, socorriendo a los pobres: ‘La riqueza debe asumir las obligaciones seculares y los pobres deben ser socorridos por la riqueza de la Iglesia’, 1 de junio de 326 (CTh XVI 2.6) Por ello, muy pronto la Iglesia recibió el estímulo de una serie de privilegios”. Depeyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 1996.

participar en los asuntos de la vida pública. Cuando Jerónimo invita a Panmaquio a vivir como los pobres revela algunos de estos indicadores de pobreza: “Bien está que andes a pie, te vistas de túnica parda, te iguales con los pobres, entres amablemente a los tugurios de los desheredados, seas ojo para los ciegos, mano para los mancos y pie para los cojos”<sup>292</sup>. A la carencia de bienes materiales, como vemos, se unen en algunos casos, las limitaciones físicas que generan mayor exclusión social y, por tanto, un aumento de la pobreza.

### 3.4.2.3 Pobreza y empobrecimiento

La pobreza no es en los escritos de Jerónimo un dato estático, sino un proceso que se va agudizando de manera acelerada conforme pasan los años y con ellos sobreviene la época crítica de las invasiones bárbaras, durante la cual las ciudades romanas, sea a causa de las acciones directas de los bárbaros, de los enfrentamientos entre estos y los ejércitos romanos, de las guerras civiles o del aumento de los impuestos para sostener la guerra, se vieron asoladas, empobrecidas y abandonadas, como lo narra la dramática carta de Jerónimo a la viuda Geruquia<sup>293</sup>, en la que describe la situación del imperio a merced de los bárbaros ante la evidente pasividad del aparato defensivo romano. Jerónimo, plantea además un asunto aparentemente prosaico, pero que en el fondo revela el sentir de los romanos, no ante la pobreza como un hecho, sino ante la posibilidad de que esta irrumpa aun entre las familias prestantes y acomodadas:

Respóndeme hija queridísima en Cristo: ¿te vas a casar en tales circunstancias? ¿Aceptarías un marido que, por lo que veo, tendría que huir de ti o alistarse en el ejército? Comprenderás las consecuencias de lo uno y de lo otro. En lugar del canto fescenino se oirá el sonido terrible y ronco de la trompa. Quizás tus madrinas estén llevando luto. ¿De qué comodidades podrás gozar cuando hayas perdido los réditos de tus posesiones y cuando veas que tu familia, cercada se consume de enfermedad y de hambre?<sup>294</sup>

La carta fue escrita en el año 409 justo cuando Roma pagaba a Alarico<sup>295</sup> un rescate para verse momentáneamente libre de las tropas bárbaras. En medio de un tratado sobre la monogamia que buscaba disuadir a la viuda Geruquia de su deseo de contraer nuevas nupcias, Jerónimo describe la situación por la que pasa el Imperio arrasado por las

---

<sup>292</sup> *Ep.* 66, 13.

<sup>293</sup> *Ep.* 123; el texto de la carta al que se hace referencia se encuentra más adelante.

<sup>294</sup> *Ep.* 123, 17.

<sup>295</sup> *Ep.* 123, 16.

huestes extranjeras y frente al incierto panorama pesimista ante el futuro que adivina, recomienda a su corresponsal que no se case, pero no por razones de tipo teológico o ascético sino social, económico y político tales como la posibilidad de que el nuevo marido sea alistado en el ejército y lo pierda en combate, o que ella y su familia sean privadas de su fortuna y sus comodidades o azotadas por el hambre y la enfermedad<sup>296</sup>. La carta no va dirigida solamente a su corresponsal, sino a otras<sup>297</sup> que se hallen en la misma situación. El empobrecimiento se cierne como una gran amenaza sobre todos los ciudadanos del Imperio, aun sobre los que están en posesión de importantes fortunas.

Por la misma época Jerónimo habla hasta tres veces y en diferentes escritos, de una hambruna<sup>298</sup> que parece recorrer los confines del Imperio, al parecer no solo por razones naturales, sino también a causa de la guerra que obliga a las ciudades a invertir sus recursos en la construcción de infraestructuras defensivas<sup>299</sup>, antes que cubrir las necesidades primarias de la población.

Los escritos posteriores al saqueo de Roma realizado del año 410, muestran no solo a la capital imperial en situación de postración económica sino también las costas de Oriente, Egipto y África, en otro tiempo bajo el poder de la ciudad dominadora que a la postre iban a engrosar el número de esclavos y esclavas mientras que “la santa ciudad de Belén, adonde en otro tiempo afluían nobles de ambos sexos cargados de todo tipo de riquezas, iba a recibir mendigos a diario?”<sup>300</sup>. Años después, en el 413, Jerónimo completa el relato del saqueo de Roma de esta forma:

La incolumidad de los ciudadanos se compraba a peso de oro; que los que de ese modo habían sido expoliados eran introducidos de nuevo en el cerco, para terminar perdiendo la vida después de haber perdido la hacienda [...]. Es conquistada la urbe que conquistó el orbe entero; peor aún, parece por el hambre antes de perecer por la espada [...]. El furor del hambre condujo a comidas abominables: mutuamente se despedazaban los miembros; una madre no perdonó al niño de pecho y volvió a recibir en su seno al que poco antes había dado a luz<sup>301</sup>.

---

<sup>296</sup> *Ep.* 123, 17.

<sup>297</sup> *Ep.* 123, 17.

<sup>298</sup> *Ep.* 119, 1.

Le Glay, habla del hambre que, junto con las epidemias, azota al Imperio durante las invasiones perpetradas en el Occidente romano entre 401 y 408. *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 615.

<sup>299</sup> *Ep.* 114, 1.

<sup>300</sup> *Comentario a Ezequiel, Libro Tercero*, N° 91.

<sup>301</sup> *Ep.* 127, 12.

Los escritos de Jerónimo, como se aprecia en los textos que se han evocado, evidencian el proceso de empobrecimiento de las ciudades y de los ciudadanos del Imperio hacia finales del siglo IV y principalmente a comienzos del V.

### 3.5 Las costumbres cristianas en las ciudades romanas

El cristianismo transformó indudablemente, la vetusta y clásica fe romana, e incorporó en el Imperio una nueva cosmovisión inspirada en el mensaje de Jesús y la predicación de los apóstoles. El pensamiento cristiano encarnaba de manera preponderante, una moral muy diferente a la pagana que iba a configurar un nuevo comportamiento y unas nuevas costumbres en los romanos. La nueva moral era la lente a través de la cual los ciudadanos cristianos observaban y juzgaban la realidad circundante. Es así como simples elementos estéticos se convierten en materia de censura y condena:

Más escandalizan a los ojos cristianos las que se pintan sus ojos y sus labios de rojo y otros afeites, aquellas cuyas caras de yeso y afeadas por la blancura remedan a los ídolos. Si por descuido se les escapa una lágrima inoportuna, al deslizarse va abriendo un surco. A éstas ni el número de los años es capaz de enseñarles que son ya viejas. Aderezan su cabeza con cabellos ajenos, y entre las arrugas seniles pulen una juventud ya pasada [...] Ruborícese la mujer cristiana de violentar la belleza de la naturaleza, de mirar de su carne con miras a la concupiscencia, de la que dice el Apóstol que los que están con ella no pueden agradar a Cristo<sup>302</sup>.

La moda, las costumbres<sup>303</sup>, los modales, la forma de hablar y de expresar las ideas<sup>304</sup>, en fin, todo lo que constituye la identidad de una cultura, se transformó o se intentó transformar, a partir de la nueva moral cristiana<sup>305</sup>. La ideología romana cuyo fin era la consecución de la gloria, la grandeza y el honor para el Imperio en general y para los ciudadanos en particular, fue reemplazada por una forma de pensar revolucionaria que hacía de la “santa simplicidad”<sup>306</sup> su objetivo. Estas ideas iban a tener una directa incidencia en valores preclaros del Imperio tales como la educación, la formación militar, la estructura familiar, la división del trabajo y la distribución de la riqueza.

---

<sup>302</sup> *Ep.* 38, 3.

<sup>303</sup> *Ep.* 38, 3-4.

<sup>304</sup> *Ep.* 57, 12.

<sup>305</sup> En “*Les chrétiens et leur conduite dans la rue selon Saint Jérôme*”, se presenta una síntesis de las principales costumbres cristianas que se evidenciaban en un escenario de socialización tan importante como es la calle. Del Pozo, *Les chrétiens et leur conduit dans la rue selon Saint Jérôme*, 1994.

<sup>306</sup> *Ep.* 57, 12.

### 3.6 La Iglesia y el poder temporal

En la época bajoimperial era indudable el posicionamiento y el liderazgo de la Iglesia en la vida social<sup>307</sup>. Las diferentes edificaciones cristianas dedicadas al culto y a la práctica de la caridad, la presencia de la jerarquía eclesiástica en asuntos religiosos y civiles, el aumento de conversos a la fe cristiana (romana o arriana) y hasta la denodada oposición de los fieles paganos, hacían a la Iglesia omnipresente tanto en el paisaje urbano y rural del Imperio como en la mente de los romanos para quienes, en el siglo V, los elementos del cristianismo eran ya una parte constitutiva de su identidad y su cultura.

Jerónimo muestra a la jerarquía eclesiástica en relación directa, cercana y permanente con el poder secular<sup>308</sup>, representado en la figura del emperador -o de funcionarios de alto rango-, a veces eclipsado por el obispo<sup>309</sup>, o en una aparente igualdad de rango y dignidad<sup>310</sup>. Es presumible que estas relaciones, que llevaron eventualmente a aumentar el poder de la Iglesia, se hayan dado a través de negociaciones explícitas o implícitas mediante las cuales cada parte -el Estado y la Iglesia- exigían y hacían concesiones con el fin de lograr tal o cual prebenda, derecho o beneficio, de tal forma que al tiempo que el Imperio se cristianizaba, adoptando los símbolos, los valores y las creencias del cristianismo, la Iglesia se romanizaba<sup>311</sup> mediante la apropiación de las estructuras administrativas y sociales del Imperio.

Consciente de la privilegiada posición de la Iglesia, Jerónimo se da licencia para criticar a los emperadores e incluso para realizar juicios severos de tipo político o moral<sup>312</sup>, principalmente dirigidos a los príncipes que en su momento no profesaron la fe nicena sino la arriana.

---

<sup>307</sup> Brown, *El primer milenio de la cristiandad occidental*, 27-35.

<sup>308</sup> *Eps.* 7, 1; 108, 6.

<sup>309</sup> Como ejemplo del poder que había adquirido la jerarquía eclesiástica sobre el poder temporal, tenemos la Epístola de Osio, obispo de Córdoba, a Constancio. El emperador pedía al obispo que se adhiciese a la condena contra Atanasio de Alejandría. “De ningún modo puedo aprobar tu conducta, ni tus escritos, ni tus amenazas. Deja de escribir semejantes cosas; no pienses como Arrio, ni des oído a los orientales, ni creas a Ursacio y Valente, porque lo que estos dicen, no lo dicen por favorecer a Atanasio, sino a su herejía[...] Desiste, pues, y acuérdate que eres mortal. Teme el día del juicio, y consérvate puro para él. No te entrometas en los asuntos eclesiásticos, ni nos mandes sobre puntos en que debes ser instruido por nosotros. A ti te dio Dios el Imperio; a nosotros nos confió la Iglesia. Y así como el que te robase el Imperio se opondría a la ordenación divina, del mismo modo guárdate tú de incurrir en el horrendo crimen de adjudicarte lo que toca a la Iglesia. Escrito está: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Por tanto, ni a nosotros nos es lícito tener el imperio en la tierra, ni tú, ¡oh rey!, tienes potestad en las cosas sagradas”. Atanasio, *Historia Arianorum*, 42-46.

<sup>310</sup> *Sobre los salmos*, 30.

<sup>311</sup> Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 169-170.

<sup>312</sup> *Sobre los salmos*, 30; *Comentario a Zacarías*, 879; *Comentario a Habacuc*, 645; *Ep.* 60, 15.

El poder de la Iglesia también llegó tempranamente a los lejanos confines del Imperio y sobrepasó las fronteras hasta alcanzar a los pueblos bárbaros, de tal forma que antes de las invasiones de finales del siglo IV y comienzos del V, ya muchos de estos pueblos profesaban la fe cristiana<sup>313</sup>, aunque en ocasiones se inclinaban por la versión arriana, haciendo caso omiso a la autoridad de la sede apostólica de Roma. Sin haber desaparecido del todo el paganismo<sup>314</sup> y en medio de diferentes movimientos llamados herejes, lo cierto es que, en palabras de Jerónimo, “el nombre cristiano se levanta cada día más alto”<sup>315</sup> en el territorio imperial, no solamente por la presencia de monumentos y edificios eclesiásticos, sino porque el cristianismo había calado profundamente en la mente de los ciudadanos del orbe romano.

### 3.7 Imagen de la mujer cristiana

La diferencia entre cristianos y paganos se hacía más evidente a medida que la Iglesia iba enraizándose en el Imperio. Además de las diferencias en el plano religioso y cultural, las concepciones antropológicas del cristianismo distaban enormemente de las del paganismo. El cristianismo impulsaba una visión igualitaria del género humano, en la cual, teóricamente no existían distinciones de pueblo, etnia, condición jurídica (esclavo, libre) o sexo (hombre, mujer)<sup>316</sup>. En este último aspecto, el cristianismo transformó la consideración social de la mujer romana proclamando su igualdad, como ya se ha dicho, y proponiendo su figura como arquetipo del verdadero cristiano.

El discurso cristiano sobre la mujer encarnaba contradicciones, ya que era considerada como el depósito de lo más bello y valioso (mujer virgen) y al mismo tiempo, representaba el vehículo de la tentación, el pecado y la degradación del varón (mujeres casadas, solteras en edad núbil, viudas o prostitutas). Los principales y más polémicos escritos sobre el papel de la mujer en el Imperio provienen, entre otros, de Tertuliano y Clemente de Alejandría, quienes en su deseo de exaltar los valores femeninos, confinan

---

<sup>313</sup> *Ep.* 146, 1.

<sup>314</sup> La tesis de la existencia de un paganismo muy vivo y diversificado en época bajoimperial, se basa en evidencias arqueológicas y en fuentes históricas, literarias y jurídicas. Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 442-462.

<sup>315</sup> Esta frase forma parte de la *Ep.* 46, 12, dirigida por Paula y Eustoquia a Marce, pero que forma parte del *Epistolario* jeronimiano; *Comentario a Zacarías*, 759.

<sup>316</sup> I Co 7, 21-24; Col 3, 11; I Pe 2, 18.

No obstante, la doctrina cristiana respecto a la libertad y la igualdad de los seres humanos era contradictoria, como puede observarse en Col 3, 18-4, 1 y en I Pe 3, 1.

a las mujeres al ámbito de la vida privada -doméstica- o consagrada -monástica- como si en esos ámbitos se salvaguardaran del pecado del exterior o salvaguardaran al exterior de las posibles seducciones perpetradas por estas nuevas encarnaciones de Eva. Antes que Eva -mujer pública y pecadora-, la mujer es María -mujer virgen y santa- o la Magdalena -mujer arrepentida-<sup>317</sup>. A pesar de la posición de la Iglesia frente al papel de la mujer en la sociedad, su labor dentro del proceso de cristianización del Imperio es invaluable. En los diferentes estratos de la sociedad romana, particularmente en la aristocracia imperial provincial y municipal, la mujer cristiana desempeñó un importante papel al unirse por vía matrimonial a miembros de familias tradicionalmente paganas y propiciar su conversión.

Pero fue en el siglo IV cuando el cristianismo acabó de perfilar un nuevo modelo femenino que presentaba los destinos posibles para la mujer: santidad, virginidad, ascetismo<sup>318</sup>, castidad, viudedad consagrada y maternidad. Al trazado de este perfil contribuyeron enormemente Jerónimo<sup>319</sup>, Basilio y Agustín. La imagen<sup>320</sup> femenina propuesta por Jerónimo, recoge elementos de la tradición cristiana enriquecidos con la experiencia que le aportaron las mujeres de la aristocracia romana occidental con las que tuvo contacto; inicialmente, a través del Círculo del Aventino, integrado por casadas, viudas y vírgenes que profesaban una suerte de vida ascética y mística, preámbulo muchas veces de una consagración monástica; posteriormente, con las monjas de Belén, a las que guió espiritualmente pero que a la vez tuvieron una gran influencia en él.

Jerónimo consideraba obligatoria la castidad para las mujeres separadas o viudas<sup>321</sup> y también impulsaba un fuerte movimiento de consagración virginal dirigido a las jóvenes. Por su parte, Basilio, obispo de Cesarea, defendió el «ascetismo» femenino como una vía de aproximación al «estado de gracia», pero sin reconocer la igualdad entre hombre y mujer ni entre maridos y esposas. Agustín, finalmente proyectó una

---

Viden, 139-157.

<sup>318</sup> El ascetismo femenino como una “moda entre las mujeres aristocráticas de Roma en el tránsito del siglo IV al V”. Candau, *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, 212,

<sup>319</sup> Del Pozo, 318 y 319; Brown, *El primer milenio de la cristiandad occidental*. 491-518; Adkin, *Jerome on Virginitate: A Commentary on the Libellus De Virginitate Servanda (Letter 22)* 480 y Viden, *St. Jerome of Female Chastity: Subjugating the Elements of Desire*, 139-157.

<sup>320</sup> Del Pozo, *Les chrétiens et leur conduite dans la rue selon Saint Jérôme*, 159.

<sup>321</sup> Serrato, describe ampliamente las críticas de Jerónimo a las costumbres femeninas que, según él, desfiguraban la imagen de la mujer y ponían en peligro a los hombres. El rasgo más característico de las matronas viudas o vírgenes era su vida ociosa y mundana, amplia y exageradamente descrita por Jerónimo.

imagen más realista de la mujer de su tiempo, reivindicando para ella la autonomía en la decisión personal de abrazar el ascetismo, la virginidad o el matrimonio como un acto voluntario y responsable. A pesar de las disímiles consecuencias antropológicas y sociales que se derivan de las concepciones de estos padres de la Iglesia, lo cierto es que el ascetismo femenino<sup>322</sup> fue una forma de integrar a las mujeres en las responsabilidades eclesiásticas, toda vez que habían quedado excluidas de la administración del culto y de los cargos de poder dentro de la Iglesia. En la vida de San Hilarión, Jerónimo resume diferentes aspectos de su antropología femenina<sup>323</sup>.

Las mujeres cristianas como esposas, madres y modelos de entrega a través del servicio a los pobres y de la consagración monástica, impulsaron poderosamente el cambio de la mentalidad romana y contribuyeron sin duda, a la inserción de la Iglesia en el núcleo neurálgico de la sociedad: la familia. A partir de ahí, el restante camino del cristianismo para conquistar el mundo ya estaba asegurado.

Para concluir, la sociedad romano cristiana iba a recibir un fuerte impacto producido por la crisis migratoria vivida en el tránsito del siglo IV al siglo V. El pueblo romano vive esto, sintiéndose orgulloso de su historia y de su cultura, como una verdadera tragedia. La irrupción de los llamados pueblos bárbaros deja una profunda huella en el pueblo romano y generará un cambio en la mentalidad romana, a la vez que hará significativos

---

<sup>322</sup> *Ibid.*

<sup>323</sup> “De una virgen consagrada a Dios, del mismo villorrio del mercado de Gaza, estaba perdidamente enamorado un joven vecino suyo; el cual, no habiendo conseguido nada con el tacto, los juegos, las señas, los silbidos y demás artimañas de esta índole que suelen ser los principios para que perezca la virginidad, se encaminó a Menfis para, confesando su herida, volver cerca de la virgen armado con las artes mágicas. Así pues, un año más tarde, aleccionado por los profetas de Esculapio [dios de la medicina], que no remedia las almas, sino que las pierde, regresó trayendo en su ánimo dado por hecho el estupro, y bajo el umbral de la casa de la muchacha enterró algunas maravillosas palabras y prodigiosas figuras grabadas en una lámina de cobre de Chipre. Entonces fue el enloquecer la doncella, el quitarse el velo y trenzar la cabellera, el rechinar los dientes, el gritar el nombre del joven, ya que la inmensidad del amor se había convertido en locura. Llevada, en consecuencia, al monasterio por sus padres, es entregada al anciano, aullando al instante y confesando el demonio: «Me resistía a la violencia, a la fuerza he sido traído. ¡Qué bien, en Menfis, me burlaba de los hombres en sus sueños! ¡Ay, qué cruces; ay, qué tormentos padezco! Me obligas a salir y se me tiene atado bajo el umbral. No salgo, si no me suelta el joven que me posee». Entonces dice el anciano: «¡Grande es tu fortaleza, pues estás atado por el cordón de una lámina! Di por qué te has atrevido a entrar en una muchacha de Dios». «Para conservarla virgen», dice. «¡Tú ibas a conservarla virgen, traidor de la castidad! ¿Por qué no te has metido más bien en el que te enviaba?» «¿Para qué —responde— entrar en aquel que tenía dentro a mi colega, el demonio del amor?» Mas no quiso el santo, antes de purificar a la virgen, que se buscara al joven ni a los amuletos, para que no pareciera que el demonio se retiraba liberado mediante encantamientos o que precisamente él había dado crédito a la palabra de este demonio, pues aseguraba el santo que los demonios son falaces y astutos en la simulación; y, una vez devuelta la salud a la virgen, le recriminó que por qué había dado motivos tales que el demonio había podido entrar en ella”. *Vita Sancti Hilarionis*, 351, 352.

aportes en la configuración del cristianismo. En el capítulo cuarto se describirá este proceso.

#### **4. Contribución de los pueblos bárbaros en la transformación del escenario romano**

Para completar el panorama social, político, económico y religioso del periodo tardoantiguo, hace falta un actor fundamental: los pueblos extranjeros, presentes desde siempre en territorio romano, pero ahora con mayor fuerza y con el interés de permanecer y ser relevantes en un imperio por el cual sienten al mismo tiempo admiración y desprecio. Los llamados bárbaros, en efecto, llegan para quedarse, dejan una huella en el pueblo romano al mismo tiempo que transforman, en parte, sus estructuras. Así mismo, hacen aportes ideológicos y culturales que inciden en la nueva realidad romano cristiana. Jerónimo, con sus lamentos por la ciudad de Roma, personifica el ánimo del ciudadano romano, como se verá en este capítulo.

En el presente capítulo se conocerán las fuentes de san Jerónimo para el conocimiento de la crisis migratoria del imperio y se describirán dos hitos militares de la época, con sus respectivas consecuencias políticas y sociales: la batalla de Adrianópolis y el saqueo de Roma del año 410.

Las ocupaciones e invasiones del Imperio Romano perpetradas por diferentes pueblos extranjeros, denominados genéricamente bárbaros durante los siglos IV y V, afectaron todos los aspectos de la vida imperial. En el plano económico, significó una sustancial disminución de los fondos del Estado, lo que trajo consigo un importante aumento de los impuestos, seguido de un proceso inflacionista y el consecuente empobrecimiento de la población. En el plano social, escaseó el empleo y se deterioró el nivel de vida de los ciudadanos. Por otra parte, el Imperio se enfrentó a la necesidad de asumir e integrar a una serie de nuevos pueblos cuya forma de vivir y de pensar era radicalmente diferente a la de los romanos. En el plano político, la acumulación de derrotas deterioró la imagen de los emperadores y de sus ejércitos, a la vez que crecía la inconformidad de la clase senatorial y del pueblo llano frente a sus gobernantes. Los emperadores y en general la clase dirigente, tuvieron que ceder parte importante de su poder y dominio en diferentes zonas, gobernadas ahora por reyes bárbaros, con lo cual se transformaría el mapa político del mundo romano.

Los romanos de la época no estaban en capacidad de comprender globalmente la magnitud del problema que afrontaban, máxime considerando que no tuvo el mismo

desarrollo ni el mismo significado en Occidente y en Oriente, ni tampoco en regiones más pequeñas de cada lado del Imperio. Tampoco podían prever consecuencias tan graves como la caída del Occidente romano en la segunda mitad del siglo V. Como romano de su tiempo, en razón de su formación y de su vocación, Jerónimo ofrece un particular acercamiento al fenómeno de las invasiones, realizado bajo un horizonte de comprensión muy personal, que en ocasiones no le otorga importancia a los hechos, los lugares o los personajes, sino al significado que estos tienen dentro del contexto de la fe cristiana.

De la rica maraña de hechos de la época, Jerónimo solo ha dejado constancia en sus obras de algunos pocos (anexo 2) contados con precisión y acompañados de abundantes detalles útiles para acercarnos a la comprensión de este dramático y definitivo momento de la historia de Roma.

#### **4.1 Las fuentes de San Jerónimo**

El origen exacto de la información sobre las invasiones bárbaras<sup>324</sup> que llegó a oídos o a manos de Jerónimo es en parte incierto, máxime considerando que la mayoría de referencias proceden de su época de reclusión en el monasterio de Belén. No obstante, puede suponerse que dicha información tuvo un doble origen. El primero sería el contacto directo con los pueblos bárbaros y el segundo, la información oral y escrita, procedente de amigos y emisarios, recibida en su monasterio.

##### **4.1.1 El contacto directo con los pueblos bárbaros**

El contacto directo de Jerónimo con los pueblos bárbaros pudo haberse dado en diversos escenarios, tales como la región dálmata de Panonia en la diócesis del Ilírico, donde se encontraba Estridón; la ciudad de Tréveris en la Galia; las regiones orientales de Calcis y Jerusalén, más otras ciudades de Oriente y Occidente conocidas de paso, donde pudo haber sido testigo de la habitual presencia de extranjeros en suelo imperial.

###### **4.1.1.1 Los bárbaros en Panonia**

---

<sup>324</sup> No parece que Jerónimo tuviera información o se interesara especialmente por Persia, a pesar del peligro que representaba para el Imperio.

Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano, 597-598* y Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 86-96.

El contacto de Jerónimo<sup>325</sup> con los bárbaros en la región de Panonia, concretamente en Estridón y Aquileya, se daría durante su infancia y, posteriormente, cuando después de permanecer una temporada en Tréveris, regresa a las ciudades de su niñez<sup>326</sup>. Panonia limitaba al norte con el río Danubio en cuyas cercanías se encontraba el lugar de asentamiento de los gépidos, los cuados y los bávaros, razón por la cual en la región era habitual el enfrentamiento de estos pueblos con el ejército romano. También a esta zona del limes danubiano llegaron otros pueblos procedentes de zonas más alejadas de la frontera imperial<sup>327</sup>, tales como los ostrogodos, los hérulos y los hunos<sup>328</sup>. La región servía además, de frontera entre Occidente y Oriente, además era lugar de paso obligado para quienes se desplazaban en los dos sentidos con fines comerciales, diplomáticos o de aventura.

#### 4.1.1.2 Tréveris y la ruta desde Roma y hacia Aquileya

Terminados sus estudios en Roma, el joven Jerónimo y su amigo Bonoso se dirigieron a Tréveris, atravesando la Galia, región célebre por su riqueza, su cultura y por ser la sede de importantes escuelas como las de Autún, Burdeos y Toulouse, que junto con la de Tréveris atraían estudiantes de todas las regiones del Imperio. Al parecer, la Galia dejó una huella imborrable en la mente de Jerónimo, pero no por las razones de su celebridad, sino por la intensa actividad juvenil que encontró en torno a los lugares de fiesta y diversión.

En Tréveris los jóvenes aventureros pasaron una temporada de incierta duración, pero en todo caso, inferior a un año. No existen documentos que describan las actividades que desarrollaron Jerónimo y Bonoso, pero la intensa vida de la ciudad y la coyuntura por la que atravesaba el Imperio permiten suponer que participaron del natural espíritu alegre y divertido de población nativa y que se empaparon de los asuntos políticos y militares de la época. Se ha llegado a sugerir que los jóvenes intentaron hacerse a un

---

<sup>325</sup> *Eps.* 60 y 123.

<sup>326</sup> *Ep.* 3, 3.

<sup>327</sup> La presencia de los bárbaros era normal en las diferentes provincias imperiales. Una ‘barbarización’ provincial, de una “germanización esporádica”, de una “barbarización del ejército romano”, de “la presencia de grandes jefes militares en el entorno imperial”, lo cual contribuyó a la germanización de la corte e integrarlos a la alta sociedad. En definitiva, “puede decirse que los germanos se introdujeron en la sociedad romana por sus dos polos opuestos: en la parte de arriba, por la corte imperial y las clases altas; en la de abajo, por las clases campesinas y los soldados”. Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 600-602.

<sup>328</sup> Dos textos, las *Eps.* 60 y 123, hacen suponer que Jerónimo tuvo conocimiento de esos pueblos.

puesto de trabajo en la corte de Valentiniano y también que Jerónimo habría querido ser militar<sup>329</sup>, pero estas tesis no se pueden verificar totalmente con las fuentes que poseemos.

Es claro que Tréveris era el centro de operaciones militares para la defensa del limes renano, a cuya vera estaban asentados los francos, los burgundios y los alamanes; un poco más al oriente, los frisonos, sajones, lombardos, turingios, anglos, suevos y vándalos.

Es muy probable que en el viaje Roma-Tréveris-Aquileya, Jerónimo haya podido contemplar con sus propios ojos los asentamientos de los pueblos germanos ubicados junto a las fronteras<sup>330</sup> y también que haya obtenido información sobre ellos en los diferentes pueblos romanos por donde pasó. La información pudo muy bien llegarle directamente de boca de los mismos extranjeros, cuya presencia era habitual del lado romano de la frontera, a donde acudían con fines comerciales o laborales.

Jerónimo ha dejado dos testimonios de su estancia en Tréveris<sup>331</sup>. Uno en la Carta 3, escrita probablemente en Antioquía; y otro en la Carta 5, escrita en Calcis. En el primero, Jerónimo le recuerda a su amigo Rufino la época posterior a sus estudios en Roma, cuando ambos compartían “comida y hospedaje junto a las riberas medio bárbaras del Rin”<sup>332</sup>. En el segundo, se refiere a Tréveris cuando pide a su amigo Florentino que le envíe al desierto “el Comentario a los Salmos davídicos y el otro libro muy extenso de San Hilario sobre los Sínodos, que yo mismo copié de propia mano para él en Tréveris”<sup>333</sup>.

#### 4.1.1.3 El Oriente jeronimiano

Otros escenarios de contacto directo de Jerónimo con los bárbaros fueron el desierto de Calcis<sup>334</sup> y Tierra Santa<sup>335</sup>, lugares ubicados en el confín oriental del Imperio. En esta

---

<sup>329</sup> “Jérôme songeat-il à la carrière militaire?”, es la pregunta que se hace Steinmann, 36-37, pero que deja sin responder y sin dejar en claro por qué lo cree.

<sup>330</sup> La *Ep.* 123, principalmente en sus números 15 y 16, refleja el conocimiento que Jerónimo tenía de los pueblos bárbaros asentados en la frontera renano danubiana.

<sup>331</sup> Steinmann desarrolla, aunque no de manera minuciosa, los pormenores de la estancia de Jerónimo y Bonoso en Tréveris, *Saint Jerome and His Times*, 34-38,

<sup>332</sup> *Ep.* 3, 5.

<sup>333</sup> *Ep.* 5, 2.

<sup>334</sup> *Ep.* 16, 2.

región, habitaban pueblos y tribus radicalmente diferentes a los bárbaros de Occidente, de los cuales Jerónimo nombra a los sarracenos<sup>336</sup>, los persas y los isaurios<sup>337</sup>, de quienes posiblemente habría tenido noticias solo de oídas. En Tierra Santa, principalmente en Belén, probablemente tuvo contacto con extranjeros procedentes de remotos lugares que llegaban a la región, como peregrinos o como religiosos, atraídos por la fama de los santos lugares.

Que Jerónimo haya tenido contacto con extranjeros en los diferentes lugares de su itinerario, tanto en Oriente como en Occidente, puede ser indicio de la presencia común y habitual de los bárbaros en el suelo imperial, lo cual no debía constituir ninguna razón de alarma para los romanos, máxime en los albores del siglo V cuando estos pueblos ya habían penetrado en todos los espacios físicos y sociales del Imperio, según lo atestiguan autores como Amiano Marcelino, Claudiano o Sinesio de Cirene. Este último afirma:

El título de senador que, en la Antigüedad, se consideraba entre los romanos como el culmen de los honores, se convirtió por obra de los bárbaros en algo abyecto [...]. Los mismos bárbaros rubios, que en la vida privada cumplen con sus deberes domésticos, nos dan órdenes en la vida pública [...]. Estamos protegidos por ejércitos compuestos de hombres que son de la misma raza que nuestros esclavos. Teodosio por exceso de clemencia los trató con dulzura e indulgencia, les dio el título de aliados, les otorgó derechos políticos, honores, les regaló generosamente tierras. Pero no comprendieron ni

---

Son habituales las incursiones de sarracenos en la zona por esta época. Cavallera, *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, 39-40. *Eps.* 5, 1; 7, 2; 15, 2.

<sup>335</sup> *Ep.* 77, 8; *Eps.* 46, 10, 77, 8.

<sup>336</sup> “Para quienes se dirigen desde Berea a Edesa hay un desierto próximo al camino público, por el que los sarracenos, siempre sin moradas fijas, se mueven de acá para allá. Ésta sospecha congrega en aquellos lugares a una multitud de viajeros, para evitar con la ayuda mutua la amenaza del peligro. En mi comitiva había hombres, mujeres, viejos, jóvenes, párvulos, en número de alrededor de los setenta. ¡Y helos aquí! Irrumpieron los ismaelitas<sup>8</sup>, jinetes a caballo y montados en camellos; tenían atadas con cintas las pelambreras de la cabeza<sup>9</sup>, iban con el cuerpo medio desnudo y llevaban capas y enormes caligas [calzado del soldado romano]; de sus hombros pendían aljabas y nevaban grandes arcos que, al ser disparados, lanzaban largos astiles. Pero no venían a combatir, sino a robar. Nos roban, nos dispersan, nos separan a diversos lugares. Yo, entre tanto, heredero propietario después de una larga ausencia, y tarde arrepentido de mi decisión, vengo por sorteo a compartir con otra mujercilla ser esclavo de un solo dueño. Se nos conduce, mejor dicho: se nos transporta encaramados en camellos, y, por el vasto desierto, temiendo siempre caernos, avanzábamos agarrados más bien que cabalgando. La comida era carne medio cruda, y la bebida, leche de las camellas”. *Vita Malchi*, 386.

<sup>337</sup> *Ep.* 114, 2.

apreciaron la nobleza de este tratamiento; la han considerado una debilidad por nuestra parte y esto les ha infundido una arrogancia insolente y una jactancia inaudita<sup>338</sup>.

El texto evidencia la presencia y participación de los bárbaros en diferentes ámbitos de la vida pública (senado, ejército) y privada (familias, esclavos), así como la actitud displicente que habían adoptado hacia los romanos ante su mirada perpleja. Por otra parte, Sinesio quiere poner de relieve que los bárbaros adquirieron un importante lugar en la sociedad romana como fruto de una política imperial que les otorgó derechos políticos y honores, además de tierras para su asentamiento.

#### 4.1.2 Un sistema de prensa

Los corresponsales y los visitantes constituyeron para Jerónimo otra fuente importante de información acerca de lo que acontecía más allá de los muros de su monasterio, en ciudades como Tréveris, Constantinopla y la misma Roma<sup>339</sup>, donde se cocían los principales asuntos políticos del Imperio. Dentro de los variados temas que entran y salen del monasterio se encontraba sin duda, el de las penetraciones bárbaras<sup>340</sup>.

Domnión<sup>341</sup>, Océano<sup>342</sup>, Panmaquio<sup>343</sup> y Marcela<sup>344</sup>, amigos entrañables y fieles servidores de Jerónimo en Roma, ciudad donde permanecieron después de que Jerónimo se fue de allí con el grupo de Belén, habrían sido los principales informantes del santo. Gracias a ellos, el monje de Belén recibiría información sobre el acontecer del imperio; además este grupo sería el encargado de divulgar las obras de Jerónimo en la Urbe y en el orbe<sup>345</sup>. A través de otros corresponsales recibiría noticias de África, España o las Galias (anexo 1). No es posible saber qué tan oportuna, completa, fiel y objetiva fue la información recibida por Jerónimo, pero al juzgar por la forma como

---

<sup>338</sup> Sinesio. *Sobre la realeza*, 14-15. *Sinesio de Cirene* (370-413) “es un buen ejemplo de un intelectual rico que llega a obispo. Fue un intelectual entregado a la filosofía, buen diplomático, buen guerrero y cazador y buen obispo en Ptolemaida”. Blázquez, *Sinesio*, 2004.

<sup>339</sup> Las últimas noticias sobre la suerte del Imperio en la primera década del siglo V pudo haberlas recibido Jerónimo de boca de Orosio, enviado a Belén por Agustín. “Como desconocido y pobre extranjero te ocultaba yo en Belén[...] enviado por mi padre Agustín para que aprendiese el temor de Dios sentado a los pies de Jerónimo” (L. Apol. 3, 2-3), escribió Orosio entre el 411 y el 415. “Es posible que Jerónimo y Orosio hubieran intercambiado puntos de vista sobre temas de historia”. Martínez, *Los argumentos de Orosio en la polémica pagano-cristiana*, 46.

<sup>340</sup> San Jerónimo. *Obras completas I*, 7; *Ep.* 60, 16-17; *Ep.* 66, 14.

<sup>341</sup> *Ep.* 50.

<sup>342</sup> *Eps.* 69, 77, 83 y 84.

<sup>343</sup> *Eps.* 48, 49, 57, 66, 83, 84, 97.

<sup>344</sup> *Eps.* 23-29, 34, 37, 38, 40-44, 46, 59 y 97.

<sup>345</sup> Jerónimo. *Obras completas I*, 59.

trata el tema de las invasiones, se podrían hacer dos tipos de inferencias. La primera, supondría que la información recibida fue breve y marcada con un fuerte sesgo cristiano, hecho absolutamente normal, dada la naturaleza de sus corresponsales y la intención de sus comunicaciones. La segunda inferencia nos lleva a pensar que Jerónimo, a pesar de haber recibido información extensa y cualificada, no se interesó demasiado en analizarla o difundirla, sino que la utilizó para él y para su grupo de monjes, como quien recibe las noticias a través de un periódico. En ocasiones esta información aparece en sus cartas o en otras obras, pero a manera de apéndice, de información complementaria o simplemente para ilustrar el tema que está desarrollando.

#### **4.2 Las invasiones bárbaras**

La ocupación del territorio imperial por parte de diferentes pueblos extranjeros, como se sabe, no fue un hecho histórico aislado ni un fenómeno de aparición súbita. Las llamadas invasiones bárbaras de finales del siglo IV y de la primera mitad del siglo V son la punta del iceberg de la política exterior, el sistema comercial y la diplomacia del Imperio, mientras que en la base del mismo encontramos las oleadas migratorias de los siglos II y III<sup>346</sup>, conjuradas en parte gracias a la estrategia militar de defensa de fronteras y a las concesiones hechas a los pueblos extranjeros por diferentes emperadores. Sin embargo, las más célebres de todas las invasiones y las que han pasado a la historia como causantes de la caída del Occidente romano son las que de manera cruenta y masiva ocurrieron a partir del último tercio del siglo IV.

Jerónimo mismo es consciente de la prolongación de este fenómeno social y político en el tiempo y sabe que lo vivido en su época es consecuencia de muchos años de enfrentamientos entre el Imperio y los invasores, con una clara ventaja de los últimos sobre los primeros. Además, el poder de los bárbaros y sus victorias sobre el glorioso ejército romano había generado un golpe de efecto entre la población que se hallaba decepcionada y desmoralizada. Jerónimo vivió en su época dos importantes hitos<sup>347</sup> dentro del gran conjunto de invasiones: la batalla de Adrianópolis de 378 y la primera década del siglo V que cierra con el asalto a Roma de 410. Ambas situaciones

---

<sup>346</sup> Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 598-605; Heather, *La caída del Imperio Romano*, 71-193.

<sup>347</sup> Jerónimo no habla de las invasiones ocurridas entre los años 352-353 cuando los germanos cruzaron el Rin y destruyeron y ocuparon 45 ciudades o de las que sucedieron a esta, con menores consecuencias.

protagonizadas por germanos orientales -visigodos, ostrogodos, burgundios y vándalos-, y algunos grupos occidentales -suevos y alanos-.

#### 4.2.1 La batalla de Adrianópolis

Los textos de Jerónimo no son crónicas escritas en tiempo real ni tratados de historia o de política, sino reflexiones elaboradas a partir de hechos pasados, juzgados y analizados por él mismo y tamizados por el tiempo y las circunstancias<sup>348</sup>. De las consecuencias de la batalla de Adrianópolis, ocurrida en el año 378, habla casi veinte años después:

Lo que ahora voy a narrar no son calamidades de algunos desgraciados, sino la frágil situación de la misma condición humana. El alma se horroriza siguiendo las catástrofes de nuestros tiempos. Ya van veinte años, y aún más, que desde Constantinopla hasta los Alpes Julianos se derrama diariamente sangre romana. A Escitia, Tracia, Macedonia, Tesalia, Dardania, Dacia, a los dos Epiros, Dalmacia, y a todas las Panonias, las devastan, despueblan y saquean godos, sármatas, cuados, alanos, hunos, vándalos y marcomanos. ¡Cuántas matronas, cuántas vírgenes de Dios, cuántas personas libres o nobles no han servido de juguete a esas fieras! Son capturados los obispos, asesinados los presbíteros y los clérigos de diversos grados, arrasadas las iglesias, los caballos son recogidos junto a los altares de Cristo, las reliquias de los mártires han sido desenterradas: ‘duelo por doquier, doquier gemidos; por doquier la imagen de la muerte’.

El orbe romano se derrumba y sin embargo nuestra cerviz altanera no se humilla<sup>349</sup>.

Jerónimo se refiere aquí al período invasor más activo<sup>350</sup>, cruento y de peores consecuencias políticas y sociales para el Imperio, cuyas causas aún no se han establecido de manera concluyente<sup>351</sup>. Los pueblos germanos se habrían acercado inicialmente a la frontera imperial y luego la habrían traspasado debido a una combinación de factores que incluía cambios climáticos, crecimiento demográfico, fenómenos sociológicos y principalmente, la presión que sobre ellos ejercían los

---

<sup>348</sup> *Ep.* 60, 16.

<sup>349</sup> *Ep.* 60, 16, escrita hacia el 396.

<sup>350</sup> Se diferencian dos tipos de invasiones: las del siglo IV, que tendrían como finalidad la ocupación de tierras por parte de los pueblos invasores, con el fin de crear entidades estatales; y las del siglo V, cuya finalidad sería el aprovisionamiento y el enriquecimiento por medio del pillaje. Al primer grupo pertenecerían las invasiones a las que nos referimos en este apartado. No obstante, podemos afirmar que, aunque se usará la ocupación prolongada, la confrontación directa o el pillaje y la huída, los bárbaros buscaron nuevos asentamientos en el Imperio o la legalización de los que ya ocupaban. Depuyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 13-14,

<sup>351</sup> Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 602-605.

diferentes pueblos de las estepas euroasiáticas (principalmente los hunos<sup>352</sup>). A este conjunto de causas externas es necesario agregar otras de carácter interno, como el progreso económico y tecnológico que alcanzaron los germanos en los primeros siglos de la era cristiana, así como la profunda transformación en el engranaje social de las diferentes comunidades, a partir de la instauración de nuevas formas de gobierno que hicieron posible la cohesión de los pueblos. Estos logros habrían habilitado a los antiguamente pueblos marginales y dispersos para asumir una empresa tan difícil y arriesgada como era la invasión del más grande y poderoso imperio del que su hubiera tenido noticia.

Las zonas más azotadas por las incursiones bárbaras corresponden al limes danubiano, esto es, a las regiones de “Escitia, Tracia, Macedonia, Tesalia, Dardania, Dacia, a los dos Epiros, Dalmacia, y a todas las Panonias”<sup>353</sup> (tabla 10), según el relato del monje de Belén. Salvo las Panonias, ubicadas en el lado occidental del Imperio, las demás regiones citadas por Jerónimo se encontraban en Oriente y constituían un territorio relativamente homogéneo y altamente helenizado.

Invasores	Ciudades o regiones	Fuente
Godos	Estridón	De viris illustribus, 80. Carta 66, 14
Godos, sármatas, cuados, alanos, hunos, vándalos y marcomanos.	Grecia, Escitia, Tracia, Macedonia, Tesalia, Dardania, Dacia, los dos Epiros, Dalmacia, y las Panonias. Antioquía, y las ciudades a las que bañan el Halis, el Cidno, el Orontes y el Éufrates.	Carta 60, 16
Isaurios	Fenicia, Galilea, Palestina.	Carta 114, 2

Tabla 10: Invasiones de finales del siglo IV.

Dentro de la lista de invasores propuesta por Jerónimo encontramos dos grupos. El primero conformado por los sármatas, cuados, vándalos y marcómanos<sup>354</sup> procedentes de regiones muy cercanas a la rivera norte del Danubio. El segundo, compuesto por godos, alanos y hunos<sup>355</sup>, que provenían de las llanuras del sur de Rusia o del Danubio

<sup>352</sup> *Ep.* 77, 8.

<sup>353</sup> *Ep.* 60, 16.

<sup>354</sup> *Ep.* 60, 16.

<sup>355</sup> Amiano Marcelino (*Hist.* XXX, 2, 18-25) hace una descripción física y cultural de los hunos y de los alanos, con marcados tintes racistas, pero muy interesante para acercarse a la identidad de estos pueblos, apenas nombrados por Jerónimo.

central y oriental, decididos a llegar a lugares tan alejados de sus asentamientos y del limes renano danubiano, como la península Ibérica y el norte de África.

Probablemente la lista de pueblos invasores elaborada por Jerónimo no sea exhaustiva ni pretenda serlo, pero sí es un referente confiable y bastante certero de los grupos mayoritarios que penetraron en territorio imperial<sup>356</sup>. Después de nombrar en la carta 60 (16) a los protagonistas de los hechos, o sea a los invadidos y a los invasores, Jerónimo deja constancia de los hechos perpetrados por estos últimos<sup>357</sup>.

En la Epístola 60, 16, Jerónimo no cuenta los hechos acaecidos de forma detallada ni intenta siquiera proponer una explicación elaborada<sup>358</sup> del fenómeno. En este y en otros textos que contienen información sobre las invasiones, lo referido corresponde a una declaración de consecuencias y a un lamento por la situación del Imperio y la destrucción de las ciudades. No encontramos en las obras de Jerónimo por ejemplo, un relato o crónica que describa la derrota del emperador Valente, que en un acto de impaciencia y quizás de soberbia, es derrotado y asesinado por los godos de Fritigerno y Alavivo en la batalla de Adrianópolis<sup>359</sup>, como tampoco se encuentra el análisis de la posguerra cuando Teodosio trató de subsanar la derrota de Valente mediante una política de fronteras que incluía el otorgamiento de tierras (Mesia) y el ingreso de soldados bárbaros al ejército imperial como tropas federadas. Estos y otros silencios llaman poderosamente la atención ya que se trata de hechos de gran envergadura e importancia histórica que seguramente fueron conocidos en su tiempo por Jerónimo. Sí habla en cambio, de la suerte de Estridón<sup>360</sup> su tierra natal, “situada en los confines de

---

<sup>356</sup> Las fuentes existentes no permiten llegar a una clasificación completa y definitiva de los pueblos germanos y en ocasiones las diferentes enumeraciones difieren unas de otras, esto es especialmente problemático a la hora de establecer con certeza cómo se dieron las invasiones de los siglos IV - V y qué pueblos intervinieron. Sin embargo, Jerónimo es una fuente invaluable para la identificación de los diferentes pueblos que habitaban en las cercanías de la frontera renano-danubiana y de otros más distantes, que lenta o abruptamente fueron acercándose al terreno imperial. Heather, *La Caída del Imperio Romano*. 269.

<sup>357</sup> Ep.60, 16.

<sup>358</sup> Orosio (Hist. VII 33, 9-20) profundiza un poco más en las causas de la derrota del emperador Valente. “La derrota de las legiones romanas, aplastadas por la caballería goda, está descrita [por Orosio] en términos de catástrofe: ‘*eversae provinciae, deletus exercitus, imperatur incensus*’ Su interpretación ideológica, sin embargo, reclama una justificación siguiendo la fórmula peccatum-punitio. El pecado es el arrianismo del emperador Valente, su política anticatólica y su difusión de la herejía arriana entre los godos; el castigo consistió en la derrota de Roma y la muerte del emperador hereje”. Martínez, *Los argumentos de Orosio en la polémica pagano-cristiana*, 256.

<sup>359</sup> Los estudios más recientes sobre Adrianópolis son los de Bravo, Cameron; y Heather (2006). No obstante, pueden consultarse estudios anteriores, pero de indudable actualidad, como el de Brown, y el de Voht. Amiano Marcelino en su *Historia* es el cronista autorizado de los hechos.

<sup>360</sup> Kelly, *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 1-5.

Dalmacia y de la Panonia y destruida en otro tiempo por los godos”<sup>361</sup>, que pudo haber desaparecido en esta época.

La severa ola de enfrentamientos bélicos de la época traería destrucción y desolación a las provincias más orientales de Occidente y a las más occidentales de Oriente. Las ciudades de la región perderían su infraestructura y su riqueza y la población que habría caído por la fuerza de las armas o que habría emigrado a lugares más seguros<sup>362</sup>, se vería enormemente diezmada. De esta forma, la región cambiaría para siempre su configuración geográfica y su identidad social.

En la Carta 118, escrita a Juliano, un viejo corresponsal de Jerónimo, que después de haber perdido a su hijo y a su mujer es privado de su hacienda y sus propiedades a causa de las invasiones bárbaras, el monje de Belén describe la forma como actuaban los bárbaros sobre las propiedades fundiarias particulares:

Es como si un náufrago al llegar a la costa cayera en manos de ladrones o, según los oráculos de los profetas, como si huyendo de un oso, uno se topa con un león, o como quien apoya una mano en la pared y le muerde una serpiente. Siguieron los daños en tu hacienda: la devastación, por obra del enemigo bárbaro, de toda la provincia y, en medio del asolamiento general, la ruina de tus posesiones privadas, el saqueo de tus rebaños de ganado mayor y menor, la cautividad y matanza de tus esclavos. Por último, para la hija que te quedaba, a la que tantas pérdidas te habían hecho especialmente querida, escogiste un yerno nobilísimo, del cual, por no hablar de otras cosas, has recibido más tristeza que alegrías<sup>363</sup>.

Al parecer, para estas incursiones los bárbaros habían ideado un sistema de saqueo que incluía una razia inicial violenta mediante la cual amedrentaba a los habitantes de la hacienda. Posteriormente repetían el saqueo cuantas veces fuera necesario hasta dejar la propiedad completamente desposeída de sus bienes y de la servidumbre. La hacienda quedaba en ruinas y los sobrevivientes se veían obligados a huir hacia otras regiones más seguras. La familia de Jerónimo pudo haber sido víctima de una incursión de esta naturaleza:

Y como prácticamente nos ha acontecido lo del Evangelio, que no calculamos bien los gastos de la torre futura, me he visto forzado a mandar a mi hermano Pauliniano a mi tierra, para que venda unos caserones medio derruidos, reliquias de nuestros padres, que

---

<sup>361</sup> San Jerónimo, *Obras completas I*, 7; *Ep.* 66, 14.

<sup>362</sup> *Ep.* 60, 16.

<sup>363</sup> *Ep.* 118, 2.

han escapado a las manos de los bárbaros; no sea que abandonando el servicio de los santos, que hemos comenzado, demos motivo de risa a detractores y envidiosos<sup>364</sup>.

En todos los casos, los animales<sup>365</sup> y los edificios, así como las personas independientemente de su condición social o económica, se convertían en víctimas de la raza bárbara. El saldo de la tragedia se medía en términos de destrucción, muertes y damnificados. El paisaje se presentaba tan desolador que no valía la pena ni volver la mirada hacia él:

Si te detienen los restos de tu hacienda y quieres mirar por tus amigos y conciudadanos muertos, por las ciudades y villas destruidas, por lo menos, entre los desastres del cautiverio, los feroces rostros de los enemigos y las innumerables catástrofes de tu provincia, agárrate a la tabla de la penitencia y acuérdate de tu consierva, que diariamente suspira por tu salvación, de la que no desespera<sup>366</sup>.

Las incursiones afectaban las propiedades particulares, la vida de las personas y las infraestructuras de las ciudades. El equipamiento social de las ciudades se veía disminuido o totalmente destruido, con lo cual muchos centros urbanos quedaban definitivamente borrados del mapa. Las personas que sobrevivían en las ciudades destruidas, buscaban refugio en zonas más seguras, lejos de las fronteras o de las zonas de conflicto, muchas incluso emigraron a África o a Oriente.

Para describir la situación vivida, Jerónimo acude al lenguaje apocalíptico, quizá el más apropiado para el momento, en un esfuerzo de mostrar las invasiones como un cataclismo de alcance cósmico suscitado por el pecado del hombre. La composición de los hechos corresponde a una espiral que va de lo general a lo particular, para volver nuevamente a lo general-universal, lo cual dota al relato de un impresionante patetismo:

Ya nunca más te daré ocasión de hacer penitencia, sino que lo arrasaré todo de la faz de la tierra; no quedarán hombres ni animales ni pájaros ni peces en el mar. Incluso los animales irracionales experimentarán la cólera del Señor. Y, una vez arrasadas las ciudades y muertos los hombres, se producirá también la mengua y desaparición de los animales, de las aves y de los peces. De ello es testigo la Iliria, de ello es testigo Tracia,

---

<sup>364</sup> *Ep.* 66, 14.

<sup>365</sup> En su escrito del 396, pero publicado en el 406, Jerónimo dice: “Quien no crea que haya sucedido esto al pueblo de Israel, que mire a la Iliria, que mire a las Tracias, a Macedonia, a las Panonias y a toda la tierra que se extiende desde el Propóntide y el Bósforo hasta los Alpes Julios y comprobará cómo, a la par que los hombres, desaparecen todos los seres vivos que eran sustentados por el Creador para satisfacer las necesidades de los hombres”. *Comentario a Oseas*, 39.

<sup>366</sup> *Ep.* 122, 4.

de ello es testigo la tierra en que yo nací, donde, a parte del cielo, la tierra, las zarzas que crecen y las selvas impenetrables, todo está muerto. Y todo esto, dice el profeta, sucederá porque la multitud de los impíos fue excesivamente grande. Morirán, pues, los impíos, serán exterminados los hombres, la faz de la tierra quedará convertida en desierto<sup>367</sup>.

La destrucción de las ciudades está conduciendo al mundo a la hecatombe definitiva que acabará en primer lugar, con los impíos; pero luego también con los demás seres humanos. El entorno natural, víctima de la destrucción y el abandono, se convertirá en un desierto. No parece haber lugar a la esperanza, como tampoco se habla de un tiempo o plazo para que la profecía se realice.

Es probable que Jerónimo, ni ningún otro de sus contemporáneos romanos, pudiera predecir en ese momento que el Imperio había quedado herido de muerte y que en menos de un siglo Occidente caería para siempre, sin embargo, el poder de los bárbaros era evidente, así como también la debilidad del ejército Romano. Sobre este particular, señala:

A nuestros pecados se debe que los bárbaros sean fuertes, por nuestros vicios es vencido el ejército romano. Y como si no bastaran estos desastres, las guerras civiles casi han matado más que la espada enemiga [...]. El ejército romano, vencedor y dominador del orbe es vencido y siente pánico a la vista de aquellos que son incapaces de andar, que apenas tocan el suelo se consideran muertos, y nosotros no entendemos la voz de los profetas: Huirán mil de uno solo que persiga<sup>368</sup>.

Para un romano la derrota de su glorioso y victorioso ejército era prácticamente impensable y no porque no las hubiera tenido, sino porque la propaganda imperial siempre había hecho de las derrotas glorias, mediante el encubrimiento de los fracasos o la tergiversación de la realidad, con el fin de exhibir una mayor fortaleza. El sistema imperial estaba montado sobre la base de la protección de los ciudadanos, para lo cual era necesario un ejército fuerte, capaz de reaccionar rápida y eficazmente, asegurando el bienestar de las personas. Los ciudadanos estaban dispuestos a pagar por medio de impuestos el sostenimiento de un gran aparato militar, siempre y cuando garantizara la seguridad del Imperio. Pero el ejército, ahora sí se sabía claramente, había sido derrotado. Los bárbaros habían causado un enorme número de bajas en Adrianópolis, los muertos se contaban por millares y entre ellos se encontraba el mismo emperador. El

---

<sup>367</sup> *Comentario a Sofonías*, 658.

<sup>368</sup> *Ep.* 60, 17.

ejército había sido humillado y esa humillación afectaba hondamente a los orgullosos romanos y sembraba en ellos temor, incertidumbre y desequilibrio<sup>369</sup>. Debilitado el Imperio, se abrió paso a enfrentamientos internos propiciados por la política ambigua de los bárbaros, que por medio de la fuerza o la amenaza lograban mayores prebendas y por la ambición del poder imperial que enfrentaba a los mismos romanos. La inestabilidad rondaba los diferentes escenarios de la vida romana, una batalla seguía a la otra, mientras la población se convertía en víctima de estos enfrentamientos, bien perdiendo la vida por la fuerza de las armas o como desplazados que huían de la guerra o de la pobreza. En este sentido, el texto anteriormente citado, sintetiza en Jerónimo el sentir del pueblo en general.

Casi veinte años después de la batalla de Adrianópolis los bárbaros seguían activos en su propósito de ocupar por vía diplomática o por las armas algunos territorios del Imperio, al mismo tiempo que constituían gracias a los enormes botines de guerra, tropas mejor dotadas y con mayor capacidad de respuesta frente a un ejército imperial diezmado y desmoralizado. Jerónimo, en el año 395 estuvo a punto, con sus monjes y monjas, de abandonar Tierra Santa al conocer que los hunos habían invadido Siria y amenazaban con llegar a Palestina<sup>370</sup>, tal era la expansión de las invasiones y tal llegó a ser el número de pueblos implicados provenientes de regiones cada vez más remotas e interesados en aprovechar la inestabilidad del Imperio.

La Carta 60 del Epistolario de Jerónimo, dirigida a Heliodoro hacia el año 396, es muy dicente sobre la situación del Imperio. En medio del elogio fúnebre del joven presbítero Nepociano, el monje de Belén pasa a referirse al tema de los bárbaros que por entonces tanto le preocupa y le ocupa:

Desde allí te mostraría yo las ruinas del mundo entero, naciones chocando con naciones y reinos con reinos: los unos siendo torturados, los otros asesinados, éstos arrastrados por las olas, aquéllos llevados a la esclavitud; aquí bodas, allí duelo; unos naciendo, otros muriendo; algunos nadando en riquezas, otros mendigando. En fin, no sólo el ejército de Jerjes, sino los hombres de todo el mundo, vivos hoy, no tardarán en desaparecer. El discurso queda superado por la grandeza del asunto, y todo lo que dijéramos se quedaría corto<sup>371</sup>.

---

<sup>369</sup> Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 96-101 y 221-238.

<sup>370</sup> *Ep.* 77, 8.

<sup>371</sup> *Ep.* 60, 18.

El imperio estaba rodeado, la catástrofe había ido a peor, la situación como se desprende de las palabras de Jerónimo, no podía –aparentemente- ser peor. Pero fue peor como lo demostraron los hechos de la siguiente década, la más dramática para el pueblo romano y quizá, la definitiva en orden a la continuidad del Imperio en la historia.

#### **4.2.2 Una década de guerra**

Las incursiones bárbaras de la primera década del siglo V<sup>372</sup> tendrían probablemente un significado más hondo y dramático para los romanos que las anteriores, ya que concluirán con la invasión de la emblemática ciudad de Roma. En el siglo IV Roma ya no era el centro político y administrativo del Imperio, desde hacía varias décadas había dejado de serlo debido a que en zonas más próximas a las fronteras del Imperio se habían desarrollado nuevos centros más eficientes y eficaces a la hora de reaccionar frente a las invasiones. Entre las principales ciudades que sucedieron a Roma como sede de la corte imperial está Milán, que había surgido como sede principal del gobierno imperial efectivo, mientras que en otros lugares y en momentos diferentes, habían descollado Tréveris, Sirmio, Nicomedia y Antioquía. No obstante, Roma seguía teniendo un significado emblemático para los romanos que veían en ella la cuna de la civilización y la síntesis de todo lo bueno y valioso que podía haber en el mundo.

##### **4.2.2.1 El inicio: “Innumerabiles et ferocissimae nationes uniuersas Gallias ocuparunt”<sup>373</sup>**

La década aciaga comienza cuando en el año 401, Alarico conquista Venecia y luego Milán, donde se encontraba Honorio acompañado por su corte imperial. La rápida intervención de Estilicón minimiza el impacto de la incursión e incluso da algunos triunfos al ejército romano, como el de Iliria en 402, cuando el ejército godo es derrotado temporalmente. Los bárbaros, sin embargo, no cesan en sus pretensiones invasoras y tres años después en 405, grupos de ostrogodos, alanos, vándalos y alamanes, dirigidos por Radagaiso, atravesando la llanura del Po y los Apeninos, se

---

<sup>372</sup> Esta nueva oleada invasora se caracterizó por la práctica del pillaje perpetrado por grupos ya asentados en el Imperio o por grupos de reciente aparición en el escenario social y político del Imperio. “Estas incursiones tenían por finalidad conseguir el botín más abundante posible en el intervalo de tiempo más corto, aun a costa de importantes devastaciones”. Depeyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 13.

En el caso del saqueo de Roma, el invasor no ocupó el territorio, sino que se dedicó a empobrecerlo brutalmente.

<sup>373</sup> *Ep.* 123, 15.

lanzan sobre Italia con el objetivo de tomar Roma. Nuevamente el genio militar de Estilicón triunfa y la invasión es repelida. El éxito del general, liberador de Italia, es celebrado en todo el Imperio, pero no por mucho tiempo. El último día del año 406, los suevos a través de Maguncia o de Worms, atraviesan el Rin mientras los alamanes se apoderan de Estrasburgo y los burgundios de Worms, para luego tomar Tréveris y Reims. Posteriormente, entre 407 y 408, los bárbaros adquieren el dominio total de la Galia<sup>374</sup>. El año siguiente, los vándalos toman Hispania, cuyo territorio lo reparten con los alanos y los suevos. El Occidente romano ha sido conquistado (tabla 11).

Las consecuencias evidentes son la desolación, el abandono, la pobreza, la zozobra y el temor que reina a lo largo y ancho del Imperio. Próspero de Aquitania, seguro de estar asistiendo al desmoronamiento del frágil mundo romano, describe la situación de esta forma:

Quien una vez labró la tierra con un centenar de arados, trabaja ahora para procurarse simplemente un par de bueyes; quien recorría con frecuencia las más espléndidas ciudades en su carruaje se halla ahora enfermo y viaja, fatigado y a pie, por la desierta campiña. El mercader que solía surcar los mares con diez arrogantes navíos embarca ahora en una lancha diminuta y él mismo es su propio timonel. Ninguna comarca ni ciudad es ya como era antes; todo se precipita de cabeza hacia su fin<sup>375</sup>.

Próspero ve el horizonte en penumbra. El campo y la ciudad han sido destruidos. El soporte de la economía imperial, la agricultura y el comercio se desmoronan. La población se halla sumida en una profunda depresión. Sin embargo, es presumible que el común de la gente no fuera consciente de las consecuencias estructurales de los hechos y que los pudiera estar viendo como parte de una coyuntura pasajera.

Invasores	Ciudades o regiones	Fuente
Cuados y vándalos, sármatas y alanos, gépidos, hérulos, sajones, borgoñones, alamanes y -¡desdichada república!- Hasta los enemigos panonios.	Galias. Todo lo que hay entre los Alpes y el Pirineo, lo comprendido entre el Rin y el Océano, Maguncia Worms, Reims, Amiens y Arrás, Tornai, Nemetas y Estrasburgo, Provincias de Aquitania, Novempopulania, Lugdunense y Narbonense Tolosa [Hispanias]	Carta 123, 15
Visigodos	Roma	Comentario a

<sup>374</sup> “Toda la Galia se vio invadida por el humo de una gran pira funeraria”. Oriento, *Commonitorium* 2, 184.

<sup>375</sup> Prospero de Aquitania, *Epigramma*, 25-25.

		Ezequiel, 91. Carta 126, 2 Carta 139
--	--	--

Tabla 11: Invasiones de la primera década del siglo V.

Mientras todo esto sucedía, la tragedia se cernía sobre la Ciudad Eterna. En el año 408, Alarico se lanza contra Roma después de haber saqueado y amedrentado a Aquileya, Milán y Rávena. Para evitar la caída de la ciudad, una embajada imperial negoció con Alarico un armisticio a cambio de oro, plata y esclavos. Zósimo -siglo VI- describe de esta forma la negociación:

Tras muchas discusiones, él (Alarico), decidió que la ciudad entregara 5.000 libras de oro, 30.000 libras de plata, 4.000 túnicas de seda, 3.000 pieles teñidas de escarlata y 3.000 libras de pimienta. Pero, al no contar con fondos públicos el Tesoro, se hizo absolutamente necesario que los miembros del Senado se encargaran de cubrir esta contribución según los recursos de que cada uno disponía, pero no pudo reunirse la suma total, ya porque los propietarios hubieran ocultado una parte de sus bienes, ya porque la Ciudad se hubiera empobrecido de cualquier manera por el afán de lucro continuo de sus gobernantes[...] Habiéndose reunido el dinero, se acordó enviar al emperador una delegación que deliberara con él sobre la paz que firmar, y le informara de que Alarico no pretendía sólo dinero, sino igualmente hijos de los notables en calidad de rehenes, con lo que firmaría con el emperador no sólo la paz, sino también la alianza para marchar junto a los romanos contra cualquiera que pensase enfrentarse a ellos. Cuando al emperador le pareció bueno firmar la paz en estas condiciones, se le entregó dinero a los bárbaros, y Alarico concedió a los habitantes de la Ciudad la celebración de mercado durante tres días permitiéndoles salir por algunas puertas y accediendo a que se trajese el trigo desde el puerto<sup>376</sup>.

Al cerco físico de la ciudad, se unía este en forma del pago de una alta suma de dinero y una gran cantidad de bienes a cambio de una libertad mal gestionada y mal adquirida. La situación fue humillante, máxime tratándose solo de una tregua, rota cuando Alarico solicitó la cesión de Venecia, Dalmacia y Nórica y el título de Jefe de la Milicia. Al negársele sus pretensiones, se presentó amenazante por segunda vez a Roma, corría el otoño de 409. Las nuevas e irreconciliables negociaciones entre las dos partes, Honorio y Alarico, se prolongaron hasta que en agosto de 410, Alarico con su ejército, penetra en

<sup>376</sup> Zósimo, *Hist. nueva*, V, 41.

la ciudad y la somete al saqueo por un espacio de tres días<sup>377</sup>, al cabo de los cuales se retiran, no sin antes haber causado grandes estragos, daños materiales y humanos, y llevando consigo rehenes, entre ellos a Gala Placidia, hermana de Honorio. Junto con el botín se llevaban el orgullo, la dignidad y la moral de los romanos. Orosio narra de esta forma los hechos:

Tras acumularse tantas blasfemias sin que hubiera ningún arrepentimiento, llega la venganza suprema, que pendía durante mucho tiempo sobre la Ciudad. Se presenta Alarico, asedia la ciudad temblorosa, la trastorna, la invade, después de haber dado de antemano la orden de que dejasen sin causar daño y sin molestar, en primer lugar, a todos los que se hubiesen refugiado en los lugares sagrados y en particular en las basílicas de los santos apóstoles Pedro y Pablo, luego que se abstuviesen en la medida de lo posible, a pesar de su avidez, de derramar sangre; sucedió, además, para demostrar que esta invasión de la Ciudad se debió más a una manifestación de la cólera de Dios que a la audacia del enemigo [...].

Al tercer día, después de su entrada en la Ciudad, los bárbaros se marchan por propia voluntad, provocando, no obstante, el incendio en algunas casas, pero no tan grande [...]. Durante este ataque, Placidia, hija del príncipe Teodosio, hermana de los emperadores Arcadio y Honorio, fue capturada y desposada con Ataúlfo, pariente de Alarico, como si Roma la hubiera entregado por decisión divina como rehén; así unida en matrimonio con el muy influyente rey bárbaro fue de mucha utilidad para el Estado<sup>378</sup>.

Orosio cuenta el acontecimiento dividiéndolo en tres fases. La primera fue la prolongada amenaza sobre la ciudad que había sembrado el miedo y el desconcierto entre los ciudadanos. La segunda fue la invasión propiamente dicha, durante la cual el ejército de Alarico se apropia de un importante botín. Finalmente, la tercera fase fue la destrucción de las infraestructuras de la ciudad. El colofón del relato lo constituye el rapto de Gala Placidia y el “voluntario” retiro de las tropas, sin que se deje constancia de la llegada del ejército romano ni de ningún tipo de persecución sobre el ejército de Alarico. El relato se presenta como una especie de dramatización a la cual asisten los romanos quienes estupefactos, paralizados e indefensos, sin apenas poder hacer nada,

---

<sup>377</sup> “Lo que se produjo fue uno de los saqueos urbanos más civilizados que se hayan conocido jamás. Los godos de Alarico eran cristianos, y trataron con gran respeto muchos de los santos lugares de Roma, las dos basílicas principales de San Pedro y San Pablo tenían inmunidad. Los daños causados a las estructuras se limitaron también, en buena medida, a la zona de la puerta Salaria y de la antigua sede del senado”. Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 294-295.

<sup>378</sup> Orosio, *Hist. contra los paganos*, VII, 39; 40, 1-2.

ven cómo se desmorona una escenografía levantada a lo largo de tantos siglos, asisten a un acto en el cual ya no son protagonistas sino simples espectadores.

Jerónimo por su parte, desde su retiro en Belén, vive de manera particular esta sucesión de hechos conocidos a través de los mensajes de sus emisarios y de las personas que acudían al monasterio:

Todo lo que hay entre los Alpes y el Pirineo, lo comprendido entre el Rin y el Océano, ha sido devastado por cuados y vándalos, sármatas y alanos, gépidos, hérulos, sajones, borgoñones, alamanes y ¡desdichada república! hasta los enemigos panonios. El mismo Asur se ha aliado con ellos (Salmo 82, 9). Maguncia, ciudad ilustre en otro tiempo, ha sido tomada y destruida, y millares de hombres han sido asesinados en la iglesia. Worms ha caído tras largo asedio. La poderosa ciudad de Reims, Amiens y Arrás, y “los morinos, últimos habitantes de la tierra” (Virgilio, Aen. 8, 727), Tornai, Nemetas y Estrasburgo, han sido deportadas a Germania. En las provincias de Aquitania, Novempopulania, Lugdunense y Narbonense todo ha sido devastado a excepción de algunas ciudades, a las que castigan la guerra por fuera y el hambre por dentro. No puedo menos de llorar al hacer mención de Tolosa, a la que han salvado de caer los méritos de su santo obispo Exuperio. Las mismas Hispanias, siempre a punto de caer, se estremecen a diario al recordar la invasión de los cimbras, y lo que otros han sufrido de una vez, ellas lo sufren constantemente por el temor. Callo lo demás para que no se piense que desconfío de la clemencia de Dios<sup>379</sup>.

Jerónimo presenta la universal devastación enmarcada entre los Alpes y el Pirineo que simboliza el oriente y el occidente, el Rin y el Océano, que simbolizan el norte y el sur, es decir, que la destrucción llega a los cuatro puntos cardinales, entre los que circunscribe el mundo entero. Para dar fuerza dramática a su relato, Jerónimo nombra solo las ciudades grandes y poderosas que han caído, aunque seguramente tuvo también noticia de la destrucción de otras poblaciones de menor extensión e importancia.

#### **4.2.2.2 El final: “Nihil longum est quod finem habet”<sup>380</sup>**

El hecho que mayor impacto causó al monje de Belén fue sin duda, la toma de Roma. “La ciudad tiembla en sus cimientos”<sup>381</sup>, afirmaba Jerónimo solo nueve años antes como presintiendo el desenlace de la desafortunada política exterior romana que había sumido

---

<sup>379</sup> *Ep.* 123, 15-16.

<sup>380</sup> *Comentario a Ezequiel*, 91.

<sup>381</sup> *Ep.* 107, 1.

al Imperio en una debilidad imposible de pensar pocas décadas antes. Efectivamente, los debilitados cimientos se resquebrajaron<sup>382</sup> y la urbe cayó para asombro y desconcierto de los orgullosos romanos. Jerónimo, a pesar de haber percibido con anterioridad la inminente tragedia, no deja de sorprenderse y de lamentarse: “tras haberse extinguido la luz más brillante de la tierra; es más, tras haber sido cercenada la cabeza del imperio romano y -para hablar sin tapujos- tras haber perecido todo el orbe en la ruina de una sola ciudad”<sup>383</sup>. Es esta lapidaria frase quizá, la que mejor resume el sentimiento generalizado de los romanos frente a la caída de la histórica capital imperial.

Más adelante, Jerónimo formula una pregunta que recoge la historia gloriosa de Roma, su expansión, su poderío, su gloria y también su declive, su desmoronamiento. Nadie tiene respuesta a la pregunta del monje de Belén:

¿Quién iba a creer que Roma, levantada con sus victorias por el mundo entero, se iba a desmoronar, que se iba a convertir ella misma en madre y sepulcro de sus pueblos; que las costas de Oriente, Egipto y África, en otro tiempo bajo el poder de la ciudad dominadora, iban a engrosar el número de esclavos y esclavas; que la santa ciudad de Belén, adonde en otro tiempo afluían nobles de ambos sexos cargados de todo tipo de riquezas, iba a recibir mendigos a diario?<sup>384</sup>.

La Ciudad Eterna<sup>385</sup>, en un momento deja de serlo. Su caída permite la constatación de una reflexión que probablemente Jerónimo se había planteado en otras ocasiones: “nada es duradero si tiene fin, y de nada puede servir el tiempo pasado si no se procura el salvoconducto de las buenas obras, ya que éstas siempre van orientadas al futuro, aún más, a la eternidad, y no se ven constreñidas por ninguna barrera”<sup>386</sup>. Las palabras de Jerónimo manifiestan su duelo interior por la ciudad conquistada y por la dignidad perdida<sup>387</sup>, para pasar enseguida a formular un juicio moral sobre las causas de los hechos, los cuales, desde una perspectiva típicamente cristiana, sobrevinieron debido a las malas obras de los hombres<sup>388</sup>.

---

<sup>382</sup> Aunque con nueve años de distancia, un aparte del inicio del *Libro Octavo del Comentario a Ezequiel* de Jerónimo (del 410), parece la continuación de la *Ep.* 107 (del 401). El mundo que temblaba (*Ep.* 107, 1), ahora se ha venido abajo. *Comentario a Ezequiel*, 333.

<sup>383</sup> *Comentario a Ezequiel*, 3.

<sup>384</sup> *Ibid.*, 91.

<sup>385</sup> Martínez, *Los argumentos de Orosio en la polémica pagano-cristiana*, 278-279.

<sup>386</sup> *Comentario a Ezequiel*, 91.

<sup>387</sup> Roma simbolizaba para Jerónimo todo lo que era bueno y valioso, las palabras del monje de Belén lo confirman. Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 296.

<sup>388</sup> Orosio (*Hist.* 39, 18) se aleja un poco de la explicación que Jerónimo da a la tragedia de Roma. Si bien comparten la idea del castigo a Roma por su pecado (*superba, lasciva, blasphema e ingrata*), Orosio

En el año 411, un año después de la tragedia, en la carta dirigida a Marcelino y Anapsiquia, se puede percibir el dolor que aun causa en Jerónimo el recuerdo de la caída de las ciudades de Occidente, principalmente de Roma:

Mi alma quedó confundida por la devastación de las provincias occidentales, y en especial por la de la ciudad de Roma; de modo que, como dice el proverbio vulgar, llegué a olvidarme de mi propio nombre y enmudecí durante mucho tiempo viendo que era tiempo de lágrimas<sup>389</sup>.

Y conforme pasan los años, los nuevos datos recabados y el análisis tranquilo del anciano monje de Belén van ampliando el panorama de los hechos vividos en el año aciago de la caída de Roma, como se observa en la carta 127<sup>390</sup>.

Mientras así pensaba y sentía Jerónimo, a muchos kilómetros de distancia, Agustín<sup>391</sup>, a través de una propuesta interpretativa radicalmente diferente a la del monje de Belén, perfeccionaba en su obra *La Ciudad de Dios*, una teología política en la cual los antiguos atributos de la ciudad de Roma pasaban directamente a la Iglesia y de esta al cielo como verdadera ciudad para los cristianos. La patria de los cristianos no era una ciudad temporal, caduca y efímera, como llegó a ser Roma ante la incrédula perplejidad de sus ciudadanos, sino una ciudad verdaderamente eterna: el cielo, puesto de manifiesto a los ojos de los mortales a través de la Iglesia. La tierra prometida<sup>392</sup> no era ni Israel ni Roma, sino una tierra que supera lo contingente y está más allá de la historia. De esta forma se expresaba Agustín en la Ciudad de Dios, entre atribulado y esperanzado por los recientes acontecimientos:

---

considera que este caso se trata de un *permissum Dei*, es decir, que Dios encolerizado permitió el triunfo godo: “*illa Urbis inruptio indignatione Dei acta quam hostis fortitudine*” (Orosio, *Hist. VII 39, 2*) En general, el libro VII de Orosio ilustra sobre los antecedentes de las invasiones e informa sobre los hechos acaecidos bajo su personal prisma.

<sup>389</sup> *Ep.* 126, 2.

<sup>390</sup> Ver principalmente el párrafo 12 de esta *Ep.*

<sup>391</sup> Cristianos y paganos se interpelan y se acusan mutuamente. Agustín refiere lo que se murmuraba en África: “¿De qué ha servido a la ciudad albergar el cuerpo de Pablo, el cuerpo de Lorenzo, los restos de tantos mártires? ¿Qué ha sido de las *memoriae apostolorum*?” *Serm.* 296, 6 PL 38, 135.

Por otro lado, se hace referencia a la posición nada cómoda que debe asumir Agustín. “Debe demostrar que los antiguos dioses no tienen absolutamente ningún poder para defender a Roma frente a los bárbaros. Además, recuerda que ya en época precristiana ha habido muchas catástrofes semejantes de las que nadie puede hacer responsables a los cristianos y que la catástrofe actual ha sido menos perniciosa, porque los bárbaros, como cristianos, han respetado el derecho de asilo en las iglesias cristianas”. Gigon, *La cultura antigua y el cristianismo*, 180.

También se muestra la posición de diversos autores como Zósimo, Orosio y Sozomeno frente a la caída de Roma. Blazquez, *La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella*, 310.

<sup>392</sup> *Ep.* 128, 5.

Todo lo que en este reciente saqueo de Roma se perpetró de asolamiento, de degüello, de robo, de incendio, de aflicción pone de manifiesto los usos de la guerra. Pero el hecho nuevo y el extraordinario prodigio es que la bárbara inhumanidad se mostró tan mansa que escogió y señaló las basílicas más capaces para llenarlas de un pueblo destinado a la clemencia, donde no se matase a nadie, de donde a nadie se sacase a la fuerza, a donde los enemigos compasivos llevasen a muchos para su liberación, de donde los crueles enemigos no pudiesen sacar a nadie para la cautividad: hay que estar ciego para no ver que esto se debe atribuir al nombre de Cristo, a los tiempos cristianos; ingrato para no verlo y admirarlo; insensato quien proteste contra esta admiración. ¡No quiera Dios que persona alguna cuerda impute esta generosidad a la fiereza de los bárbaros! Quien puso terror en los corazones truculentos y feroces, y puso en ellos freno y templanza maravillosa, fue aquel que con tanta anticipación dijo por el profeta: «Castigaré con vara sus iniquidades y con azotes sus pecados; pero no retiraré de ellos mi misericordia»<sup>393</sup>.

Según Agustín, Roma era exactamente igual a cualquier otra ciudad terrenal, independientemente de las ventajas que su historia, su organización o su filiación cristiana pudieran otorgarle. La historia de Roma vista con detenimiento, no permite concluir que el éxito del imperio se pueda deber a la observación por su parte de una moral concreta y, por tanto, tampoco podía sostenerse que le asistiera una legitimidad específica<sup>394</sup>: “Incomparablemente más gloriosa [que Roma] es la ciudad celeste: allí la victoria es la verdad; el honor la santidad. Allí la paz es la felicidad; la vida, la eternidad”<sup>395</sup>. A partir del saqueo de Roma, Agustín plantea la ilegitimidad de todas las ciudades terrenales que pretenden ser el centro del universo, adjudicarse los atributos divinos de bondad, verdad y belleza y ponerse por encima del mismo Dios.

Los hechos reales y su interpretación en forma de teorías político teológicas, ponen a autores como Jerónimo, Orosio o Agustín frente a la posibilidad de la caída del mundo Romano, pero sin fijar como lo hacían los profetas bíblicos del Antiguo Testamento, fecha o modo. Jerónimo se encuentra entre la “esperanza y la desesperación”<sup>396</sup> del tiempo presente, pero no lanza su mirada hacia lo que podrían significar los acontecimientos vividos en el futuro inmediato o remoto. Agustín por su parte, habla de la *senectud mundi*: “el mundo perece, el mundo envejece, el mundo decae y se agota por

---

<sup>393</sup> San Agustín, *La Ciudad de Dios*, 6, 7.

<sup>394</sup> Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 298-299.

<sup>395</sup> Agustín, *La Ciudad de Dios*, I, 35.

<sup>396</sup> *Comentario a Ezequiel*, 3.

la fatiga de la senectud”<sup>397</sup>. Orosio, finalmente ve en la caída de Roma la *ira Dei*, pero una *ira non plena*, porque *Alarico* -el invasor-, es *hostis* del Imperio, pero al mismo tiempo *Christianus*<sup>398</sup>, lo cual le permite concluir que nada irremediable ha ocurrido<sup>399</sup>, aunque sí se han debilitado los cimientos del antaño poderoso mundo romano<sup>400</sup>.

La caída de Roma tuvo importantes consecuencias para la ciudad misma y para el Imperio en general, las cuales se manifiestan en el plano ideológico y en la nueva configuración del territorio del Occidente romano. A nivel ideológico, se produce una desacralización de Roma que deja de ser la Ciudad Eterna, al tiempo que se despierta un nacionalismo antibárbaro entre cristianos y paganos. No obstante, el cristianismo ayudó a extender una teoría según la cual, al haber podido refrenar su instinto destructor frente a los lugares sagrados de Roma, los bárbaros “eran capaces de dominar su crueldad y su furor naturales”<sup>401</sup> y, por lo tanto, eran susceptibles de recibir la gracia de Dios mediante la acción evangelizadora de la Iglesia. En cuanto a la configuración del territorio, se produjo una desintegración de la división política imperial de Occidente, dando lugar a la aparición de estados nacionales que seguirán su desarrollo hasta quedar configurados totalmente durante la Alta Edad Media.

Para concluir, se puede decir que Romanos, cristianos y extranjeros -en ocasiones las tres realidades en una sola persona- constituyen, junto con las instituciones y la ideología tardoantiguas, el panorama completo para analizar dos ciudades paradigmáticas del proceso social y cultural que se está describiendo. Estas dos ciudades, Roma y Jerusalén, tratadas abundantemente por Jerónimo se describirán y analizarán en el capítulo quinto.

---

<sup>397</sup> Agustín, *Serm.* 81, 8.

<sup>398</sup> Orosio, *Hist.* VII 38, 7.

<sup>399</sup> Martínez, *Los argumentos de Orosio en la polémica pagano-cristiana*, 267.

<sup>400</sup> Orosio, *Hist.* II 6, 14.

<sup>401</sup> Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 624-628.

## **5. Entre Oriente y Occidente: Roma y Jerusalén, dos modelos de ciudad**

Gran impacto causó en Jerónimo, un joven de provincia, la capital imperial. Siendo adulto, una diferente pero también enorme impresión iba a causarle la ciudad de Jerusalén, cuna de la fe que profesa. Jerónimo tiene un conocimiento directo de las dos ciudades; no obstante, en sus obras las describe como dos lugares antitéticos, arquetipos de las ciudades terrenal y celestial. Este capítulo es un recorrido por Roma y Jerusalén, según el particular acento del santo de Belén, en el cual, de su mano, se podrá ver la evolución de su pensamiento sobre estas dos ciudades que en un momento pueden representar lo mejor del mundo y en otro momento lo contrario. El capítulo finaliza con la descripción que hace Jerónimo de la destrucción de Oriente.

Por mandato de sus padres, durante su infancia y los primeros años de juventud o por voluntad propia, después de culminar su formación en Roma, Jerónimo vivió la primera mitad de su vida en un continuo viajar de un extremo a otro del Imperio, como si los límites occidental (renano-danubiano) y oriental (persa) le llamaran. De su natal Estridón viaja a Roma, de allí a Tréveris y luego a Aquileya, culminado así lo que se podría llamar su primera etapa occidental. De Aquileya se dirige a Calcis, deteniéndose antes en Antioquía. Terminada su experiencia eremítica en Calcis, se dispone a regresar a Roma, pero se detiene durante un tiempo prolongado en Antioquía y Constantinopla, donde termina su primera etapa oriental. Regresa a Roma donde permanece unos tres años, en lo que llamaremos la segunda etapa occidental. Finalmente, se dirige a Belén donde transcurre el resto de su vida, en la segunda y definitiva etapa oriental.

Los diferentes viajes dejaron en Jerónimo profundas huellas, al punto que después de muchos años de vida monástica en Belén y sin haber vuelto a ver los lugares que visitó en su infancia y juventud, es capaz de hablar de ellos de forma precisa y vívida como si estuviera presente en el escenario de los hechos que narra. Entre todas las ciudades, dos tienen especial significado para Jerónimo, Roma y Jerusalén. En primer lugar, sintetizan los logros y los valores de la cultura romana y de la fe cristiana, pero también, son dos ciudades antitéticas: Sodoma y la Jerusalén Celestial, el mal y el bien, la guerra y la paz, la decadencia y la prosperidad. Estas dos ciudades retratan de forma ejemplar la visión jeronimiana de las ciudades imperiales de Oriente y Occidente y la evolución en su concepción teológico-política, puesto que no siempre Roma fue Sodoma, ni todas las

veces la Jerusalén terrena se identificó con la celestial. Jerusalén se romaniza y Roma se cristianiza y al final, no hay distinción entre las dos ciudades ya que ambas encarnan lo mejor y lo peor que puede encontrarse en el universo.

## **5.2 El Occidente romano**

A lo largo de sus obras, Jerónimo nombra ciudades del Occidente romano y en algunas de ellas se detiene para hacer alguna mención, narrar algún acontecimiento o precisar algún detalle, es el caso de Tréveris, Vercelli, Maguncia, Worms o Reims<sup>402</sup> (anexo 3). No obstante, Roma es la ciudad emblemática de Occidente, la que merece mayor atención de su parte y a la que dedica más líneas en toda su obra. Tanto en sentido positivo como negativo, Roma impacta a Jerónimo. Su concepto sobre la ciudad es uno de los más dinámicos de todo su pensamiento, y la consideración de su suerte y evolución llegan incluso a iluminar el pensamiento teológico de Jerónimo y el de otros pensadores de la época, como Agustín de Hipona. Roma, como realidad, como recuerdo, como referente, como añoranza y como abstracción, acompaña a Jerónimo hasta el último día de su vida; él y sus amigos -habitantes de la ciudad o de otros lugares del Imperio- se encargan de que su recuerdo perviva en sus tiempos y se eternice a través de sus obras. El arraigo de Jerónimo a su ciudad y a su cultura es una clave de lectura que permite comprender sus palabras, sus añoranzas, sus sentimientos, y en la hora aciaga de la tragedia de la ciudad, sus lamentos y preocupaciones.

### **5.1.1. La huella de Roma**

Jerónimo estuvo marcado toda su vida por la impresión que le dejó la ciudad de Roma<sup>403</sup> durante sus años de estudiante y más adelante, cuando sirvió al Papa Dámaso<sup>404</sup>. Posteriormente, a pesar de haber abandonado la urbe, dejando una gran estela de crítica y desilusión, seguirá muy interesado por el destino de la ciudad. Sobre la ciudad, tres temas preocupan primordialmente al monje de Belén: la ortodoxia cristiana personalizada en la figura del obispo, las costumbres morales tanto de cristianos como de no cristianos, y hacia el final de su vida, la situación presente más el

---

<sup>402</sup> *Ep.* 123, 15.

<sup>403</sup> La ciudad de Roma atraía a diferentes tipos de personas desde lugares cercanos o remotos. Entre otros, los intelectuales cristianos como Jerónimo, Agustín, Orosio o Ambrosio, miraban con admiración hacia la Ciudad Eterna. Sobre los distintos pensadores cristianos emigrados a Roma, se puede consultar la *Patrología* del Instituto Patristico Augustinianum (1986), que ofrece una rica bibliografía al respecto.

<sup>404</sup> *Ep.* 123, 9.

futuro de la urbe después de los ataques bárbaros, principalmente del asedio y saqueo del año 410.

#### **5.1.1.1 Roma, sede de la ortodoxia cristiana**

Seguro de haber descubierto su vocación y a imitación de otros amigos, Jerónimo vive durante un lapso de un poco más de dos años, una experiencia de vida eremítica en el desierto de Calcis, en donde habita un grupo de monjes llegados desde diferentes lugares del orbe, para vivir a la manera de los monjes de Egipto, fundadores de la vida eremítica cristiana. La experiencia iniciada con el verdadero fervor y la ilusión de quien quiere entregar su vida a una causa heroica, resultó con el tiempo, especialmente difícil y decepcionante para Jerónimo que en lugar de la calma y silencio que esperaba encontrar, tuvo que vérselas con una enconada disputa religiosa<sup>405</sup> cuyo contenido teológico -fe nicena contra arrianismo- no lograba ocultar el verdadero fondo de la contienda: la lucha del Oriente y el Occidente cristianos por alcanzar la primacía dentro de la Iglesia. Calcis era un microcosmos, una representación en pequeña escala de la compleja situación por la que atravesaba la Iglesia y la forma beligerante como sus representantes la asumían, suscribiéndose a uno de los dos partidos en disputa: arrianos y nicenos. Jerónimo se inclina de forma clara y contundente por la fe nicena, lo que lo pone en una situación difícil al encontrarse en Oriente, conviviendo con una mayoría heterodoxa<sup>406</sup> (arriana).

La Carta 15 dirigida al papa Dámaso y escrita hacia el año 376, cerca del final de la estancia de Jerónimo en Calcis, presenta una síntesis de su experiencia en el desierto y de la querrela religiosa. Pero lo más relevante es justamente su destinatario, el obispo de la sede de Roma, la Iglesia principal de Occidente, madre de la ortodoxia cristiana, como lo hace ver el futuro monje de Belén. Las palabras son elocuentes: “Sacudido por el viejo furor que enfrenta a los pueblos entre sí, el Oriente desgarrado en pedazos la túnica inconsútil del Señor, la túnica que fue tejida de una sola pieza y las zorras devoran la viña de Cristo [...]”<sup>407</sup>. Jerónimo ve a Oriente como responsable de la

---

<sup>405</sup> *Ep.* 16, 2.

<sup>406</sup> Los términos ortodoxia y heterodoxia son usados para designar la fe nicena y la fe arriana, respectivamente. No obstante, dependiendo de la adscripción de los emperadores a uno u otro credo, los conceptos se invierten.

<sup>407</sup> *Ep.* 15, 1.

ruptura de la unidad de la Iglesia y al invocar el auxilio de la “cátedra de Pedro”<sup>408</sup>, pone de manifiesto que es la Iglesia de Occidente la llamada a integrar a la comunidad cristiana, ya que es la urbe la sede de la verdadera fe: “El sol de justicia sale ahora por Occidente, mientras que aquel Lucifer que cayera sobre los astros ha puesto su trono en Oriente”<sup>409</sup>.

La posición pro nicena de Jerónimo estaba sustentada en dos autoridades: una religiosa, encarnada en el papa, y otra civil representada por el emperador Constantino<sup>410</sup>, quien había defendido la fe nicena y había inaugurado un Imperio Cristiano soportado en la fe de los apóstoles cuya sede era Roma. Los arrianos, por su parte, sustentaban su posición en la autoridad de obispos arrianos como Apolinar y Euzoyo, y los emperadores Constancio y Valente, decididamente arrianos, y Valentiniano (anexo 4) que había proclamado una radical libertad religiosa<sup>411</sup>. En este sentido, la Carta 15 es síntesis del problema que enfrentaba la Iglesia y de la petición de auxilio al papa Dámaso, que encarnaba la autoridad religiosa en Occidente y en todo el mundo cristiano, según el pensamiento niceno:

El caso es que ahora, -¡desdichado de mí!-, después de la fe de Nicea, después del decreto alejandrino adoptado con el acuerdo de Occidente, la rama de los arrianos denominados campenses exige de mí, hombre romano, ese nombre novedoso de las tres hipóstasis. ¿Qué apóstoles, dime, legaron esas cosas? ¿Qué nuevo Pablo, maestro de gentiles, enseñó esa doctrina? Les preguntamos cómo creen que se deban entender las tres hipóstasis, y responden que «como tres personas subsistentes». Yo les respondo que así es como yo lo creo; pero no basta el sentido; quieren también la palabra, pues se esconde no sé qué veneno en las sílabas. Yo grito: «Quien no confiese las tres hipóstasis como tres *ἑννόστατα*, es decir, como tres personas subsistentes, sea anatema»; pero como no repito sus propios vocablos, se me tacha de hereje. Pero si alguien entiende hipóstasis en el sentido de *οὐσία* o sustancia y no confiesa que en

---

<sup>408</sup> *Ep.* 15, 1.

<sup>409</sup> En esta cita, tomada de la *Ep.* 15, 1, al hablar de Lucifer, se refiere al arrianismo: “*Nunc in occidente sol iustitiae oritur, in oriente autem lucifer ille qui ceciderat super sidera posuit thronum suum*”.

<sup>410</sup> Los cristianos nicenos estaban enfrentados a la dificultad que implicaba defender su posición dogmática y disciplinaria a partir de una autoridad (*auctoritas*) civil antigua -Constantino- y otra religiosa impuesta -el obispo de Roma-.

<sup>411</sup> Los emperadores posteriores a Constantino y anteriores a Teodosio habían ido variando su posición frente al cristianismo, de acuerdo con su posición personal frente a la fe o la conveniencia de Estado. Constancio declaró ortodoxo al arrianismo. Juliano hizo un serio intento de restituir el paganismo en el Imperio. Valente defendió el credo arriano. Valentiniano optó por la libertad religiosa. Graciano se mostró en un principio tolerante frente a los distintos credos, pero luego asumió una ortodoxia nicena radical por influencia de Teodosio.

las tres personas hay una sola hipóstasis, ese tal es extraño a Cristo. Y pues ésta es mi confesión, se me marca a fuego, lo mismo que vosotros con el cauterio de la unión<sup>412</sup>.

Unos meses después de estos acontecimientos, acercándose la hora definitiva en la que Jerónimo iba a decir adiós para siempre al desierto, los ánimos seguían caldeados y los dos grupos en conflicto continuaban su encarnizado debate en torno a la fe de Oriente y la de Occidente. Corre el año 377 y Jerónimo escribe al presbítero Marcos su opción definitiva por Occidente, en cuanto a la fe que va a profesar. Más que la posición teológica de Jerónimo, interesa el argumento que da para asumirla, ya que en él se ratifica la importancia y la autoridad de la urbe como ciudad cristiana por excelencia, legítima sucesora de la Iglesia fundada por Jesús y encomendada al apóstol Pedro, cuyo sucesor es el obispo de Roma:

Si esto viniera de los arrianos [la confesión de fe de Jerónimo en la Trinidad], pase; pero si viene de ortodoxos, quienes critican esta fe han dejado de ser ortodoxos, y si así lo quieren, que me condene como hereje con el Occidente, con Egipto, es decir, con Dámaso y con Pedro<sup>413</sup>.

Unos años más tarde y radicado ya definitivamente en Belén, Jerónimo contribuirá enormemente a la construcción del aparato ideológico y doctrinal de la Iglesia de Occidente a través de sus escritos exegéticos y teológicos. Su participación en los dos momentos de la disputa origenista<sup>414</sup> mostraría una vez más su opción por Occidente antiorigenista<sup>415</sup>, contra el Oriente proorigenista.

La ciudad de Roma representa para el monje de Belén la sede legítima de la Iglesia Apostólica y la poseedora de la verdadera fe cristiana. Esta posición en una persona del talante y de la influencia de Jerónimo, contribuiría a la construcción de la Roma cristiana, heredera de la Roma imperial. Varias décadas después, cuando la desgracia se cierna sobre Roma, es comprensible la tristeza, el abatimiento y la falta de esperanza de Jerónimo que ve en la caída de la urbe el fin del mundo entero, como se verá más adelante.

---

<sup>412</sup> *Ep.* 15, 3.

<sup>413</sup> *Ep.* 17, 2.

<sup>414</sup> Jerónimo, *Epistolario*, Tomo I, 38-45.

<sup>415</sup> *Eps.* 88, 89 y 80.

### 5.1.1.2. Roma, sede de contradicciones morales

La cohesión de los ciudadanos romanos radicaba en la conciencia de ser herederos de un pasado glorioso, de un origen mítico a partir del cual se construyó un Imperio de proporciones que nadie siquiera imaginaba. Esta conciencia constituía el legado que los romanos entregaban a las nuevas generaciones a través de la educación y el testimonio familiar y social. En sentido estricto, pocas cosas más unían a los romanos de los siglos IV y V, lo demás, eran evidentes divisiones y disensiones, brechas imposibles de superar: ricos y pobres, cristianos y paganos, nicenos y arrianos, romanos y bárbaros; y en medio de cada par extremo existían aún más escisiones casi infinitas. Este panorama de divisiones insalvables era el perfecto caldo de cultivo para la confrontación y la lucha que efectivamente se dio entre diferentes grupos<sup>416</sup> y facciones de la sociedad romana bajoimperial.

Los romanos eran conscientes de estas divisiones y a su manera, cada uno se sentía orgulloso de pertenecer a su grupo, al tiempo que veía al “otro” como enemigo real o potencial. El “otro” podía significar lo que se repudia (posición del rico hacia el pobre o del romano hacia el bárbaro) o lo que se desea alcanzar (posición del pobre hacia el rico o del bárbaro hacia el romano). En el caso de las costumbres, los diferentes grupos de la escala social reivindicaban una forma particular de ser y de comportarse mientras que rechazaban las costumbres de los otros.

Para referirse a las costumbres de la época en la Urbe, Jerónimo simplifica esta gran diversidad moral, social y cultural conformando dos grandes grupos de romanos: los paganos y los cristianos. De los paganos, grupo difuso y a la sazón, algo clandestino, critica sus costumbres, su forma de ser y de actuar; y sobre todo, el hecho de no profesar la fe cristiana, puesto que en la Roma bajoimperial no parecía correcto alistarse bajo una religión que no fuera la cristiana, más aún cuando la clase patricia<sup>417</sup> y militar<sup>418</sup> había comenzado desde hacía varias décadas, su proceso de conversión.

---

<sup>416</sup> Este aspecto queda muy bien ilustrado a partir del problema de los “circumceliones”, campesinos bajoimperiales del norte de África que buscaron mejorar sus condiciones de vida a través de vías extremas como la violencia y la expropiación de bienes a los ricos. El movimiento se inspiró en la doctrina religiosa de Donato, lo cual es muestra de hasta qué punto religión, política y sociedad se encontraban unidos.

<sup>417</sup> El mejor y más conocido ejemplo lo tenemos en Paula, tan conocida y querida por Jerónimo: “Noble por el linaje, más noble aún por su santidad; poderosa en otro tiempo por sus riquezas, más insigne ahora por la pobreza de Cristo; descendiente de los Gracos, hija de los Escipiones, heredera de Paulo, cuyo

En el caso de los cristianos, Jerónimo diferencia a los que viven las exigencias morales de la fe<sup>419</sup> -principalmente monjes, monjas<sup>420</sup> y clérigos- de los que no lo hacen o lo hacen de forma mediocre, laxa o intermitente -generalmente laicos-. Sin embargo, Jerónimo fue también muy crítico con los religiosos que no vivían radicalmente sus compromisos cristianos o sus votos<sup>421</sup>, ya que eran piedra de escándalo para sus correligionarios y daban argumentos a las diferentes facciones anticristianas para que los atacasen.

Jerónimo utiliza la figura femenina, principalmente la de las viudas y las solteras ricas, para señalar las mejores y las peores costumbres de los romanos de su época, a ellas dedica las mejores páginas que brotaron de su pluma<sup>422</sup>, pero también las más duras<sup>423</sup>, dejando de manifiesto la gran contradicción que exhibían los cristianos en su comportamiento, lejano a lo que profesaban en su fe y a las exigencias morales de la religión.

---

nombre lleva, verdadera y genuina prolongación de Mecia Papiria la madre del Africano, prefirió Belén a Roma y cambió los artesonados fulgentes de oro por la vileza del barro tosco” (*Ep.* 108, 1) y “Fue sepultada [Paula] a cinco días de las mismas calendas, siendo cónsules Honorio Augusto, la sexta vez, y Arsiteneto. En Roma vivió su santo propósito durante cinco años; en Belén veinte. El tiempo completo de su vida abarcó cincuenta y seis años, ocho meses y veintiún días” (*Ep.* 109, 34) Otro ejemplo el de Blesila, también de origen patricio: “Recuerdo que hace casi cinco años, estando en Roma y leyendo el Eclesiastés a santa Blesila, con el fin de conducirla al desprecio de este mundo y de que pensara que todo lo que ve en el mundo no vale nada, ella me instó a que explicara las cosas oscuras a manera de un breve comentario para poder entender sin mí lo que leía[...] instalado en Belén, es decir, una ciudad más angosta, devuelvo a su memoria ya vosotros lo que os debo[...]”. Comentario al Eclesiastés. *Obras completas IV*, 371

<sup>418</sup> La conversión de los militares la pone de manifiesto Jerónimo en la *Ep.* 107, 2 “Por todo estandarte, los soldados tienen los emblemas de la cruz. La púrpura de los reyes y las piedras brillantes de sus coronas están adornadas con la imagen del patíbulo del salvador. Ya hasta el Sérapis egipcio se ha hecho cristiano. Marna llora encerrado en Gaza y tiembla de un momento a otro por la destrucción de su templo. De la India, de Persia y Etiopía recibimos diariamente turbas de monjes. El armenio ha dejado sus aljabas, los hunos aprenden el salterio, los fríos de Escitia se templan con el calor de la fe, el ejército de los godos, rutilante y rubio, lleva consigo las tiendas de sus iglesias, y por eso, quizá combaten contra nosotros con fuerzas igualadas, porque profesan la misma religión”.

<sup>419</sup> *Ep.* 122.

<sup>420</sup> *Commentarius in Danielelem*, 772.

<sup>421</sup> *Ep.* 128 dirigida a Pacátula, en la que, en medio de una exposición pedagógica, expresa sus ideas sobre los monjes indignos.

<sup>422</sup> *Ep.* 107 a Leta, sobre la educación de su hija; *Ep.* 108, elogio fúnebre a Santa Paula; *Ep.* 128, a Pacátula, sobre la educación de una niña; *Ep.* 117, a una madre y a su hija, residentes en Galia.

<sup>423</sup> Por ejemplo, estas líneas tomadas de la *Ep.* 22, 13: “Puedes ver a muchas, viudas ya antes de casarse [en segundas nupcias], encubrir su desdichada conciencia con hábito mentiroso, y si no las hubiera traicionado la hinchazón del vientre y, luego, los vagidos de los pequeñuelos, andarían con el cuello erguido y con pies juguetones. Otras toman de antemano pótimas de esterilidad y cometen homicidio con el ser humano que no pudo ser concebido. Algunas, cuando advierten que han concebido criminalmente, preparan los venenos del aborto y frecuentemente acontece que, muriendo también ellas, bajan al infierno reas de triple crimen: homicidas de sí mismas, adúlteras de Cristo y parricidas del hijo aun no nacido”.

### 5.1.1.3. Presente y futuro de la urbe

El ingreso, pacífico o violento de los pueblos bárbaros al territorio imperial y de manera especial la toma de Roma de 410, merecieron de la pluma de Jerónimo unas pocas pero contundentes consideraciones, que reflejan su pensamiento en torno al presente y al futuro de la ciudad en particular y del Imperio Romano en general. Sin embargo, a diferencia de Agustín de Hipona o de Orosio<sup>424</sup>, Jerónimo no articula a partir de los trágicos sucesos de la época, una teología política ni un discurso de consolación para la urbe y para sus gentes. Las alusiones que hace a los hechos son una especie de elegía por la ciudad al estilo del libro bíblico de las Lamentaciones<sup>425</sup>, y son pocas en proporción a la magnitud de los hechos acaecidos y a sus consecuencias.

Desde su juventud, Jerónimo era consciente de la realidad social y política que encerraba la presencia bárbara en el Imperio, sin embargo, no hay duda de que la intrepidez de Alarico y sus huestes tomaron por sorpresa a un hombre ya anciano y con la sensibilidad a flor de piel, debido a la pérdida de sus más cercanos amigos, por lo cual sus escritos referidos a la desgracia de Roma han quedado impregnados de una fuerte carga emotiva que se manifiesta de manera más clara y evidente que la

---

<sup>424</sup> Orosio (Libro VII) quien se refiere en varias ocasiones al saco de Roma de 410. Presenta a Alarico como instrumento del *Iudicium Dei* Orosio, *Hist. VII* 37, 17.

Dios castiga por su mano el pecado de idolatría de los romanos paganos: “así, después de un cúmulo de blasfemias sin ningún arrepentimiento, cae sobre Roma este último castigo, largamente en suspenso”. Orosio, *Hist. 7*, 38, 7 –*itaque post haec tanta augmenta blasphemiarum nullamque paenitentiam ultima illa diuque suspensa Urbem poena consequitur*–.

Orosio menciona explícitamente el *permissum Dei*–“*et ne quisquam forte dubitaret al correptionem superbae lascivae et blasphemae civitatis hostibus fuisse permissum, eodem tempora clarissima Vrbe loca fulminibus diruta sunt, quae inflammari ab ostibus nequiverunt*”. Orosio, *Hist. 39*, 18.

La caída de Roma se debió en más a la cólera divina que a la fuerza de los godos: “*illa Urbis inruptio indignatione Dei acta quam hostis fortitudine*”. Orosio, *Hist. VII* 39, 2. Roma ha caído por ser una ciudad “superba, lasciva, blasphema e ingrata”; este hecho manifiesta claramente la *ira Dei*. Sin embargo, la ira es *non plena*, ya que Alarico es *Christianus*. Orosio, *Hist. 39*, 18 y 37, 17.

Por lo tanto, a pesar de las destrucciones y los incendios nada verdaderamente irremediable ha sucedido [...] La caída de Roma, dice Orosio, no tiene el significado ejemplarizante de la destrucción de Sodoma y Gomorra, Orosio, *Hist. XVI*.

No es peor que su anterior caída en poder de los galos de Breno (390 a. C.), entonces la ocupación duró seis meses, ahora tan solo tres días Orosio II 19, 13-15. El incendio que sufrió la ciudad a manos de los godos no es mayor que el provocado por Nerón para su propio espectáculo, Orosio, *Hist. VII* 7, 4-6) o el que se desencadenó en el año 700 de su fundación, Orosio, *Hist. VII* 14, 5.

Tan solo siete años después de la caída de Roma -agrega Orosio-, muchos romanos afirman que este castigo ejemplar debe alejar a los romanos del circo y de las actividades pecaminosas habituales de los romanos. «*Si reciperet circum, nihil esse sibi factum*”, *hoc est, nihil egisse Romae Gothorum enses, si concedatur Romanis soectare circenses*». Orosio, *Hist. XVI*, 4.

Para la teología histórica de Orosio la caída de Roma no representa un punto de inflexión, ni permite poner en cuestión la suerte futura del Imperio o su poder, pues, después del 410, Roma “*manet adhuc et regnat incolumis*”. Orosio, *Hist. II* 3,3.

<sup>425</sup> Compárese por ejemplo, el contenido de la *Ep.* 127 (12) con Lam 1 y 2.

descripción o el análisis de los hechos. En términos generales, las referencias sobre la toma de la urbe, escritas entre el 410 y el 413, obedecen a una estructura bastante uniforme conformada por un lamento que describe la situación emocional de monje de Belén, un elogio de Roma y por supuesto, el relato *grosso modo* de los hechos.

### 5.1.1.3.1 Roma, síntesis del mundo

El prólogo del *Comentario al Profeta Ezequiel*, un texto del 410 muy cercano a la caída de Roma, nos pone frente a los tres motivos de tristeza y consternación de Jerónimo: la muerte de sus amigos Panmaquio y Marcela, el asedio de la ciudad y la muerte de muchos hermanos y hermanas. No hay razón para pensar que este no fuera el orden exacto de sus preocupaciones, es decir que, en primer lugar, al de Belén le interesan sus más cercanos. Por otra parte, al parecer no ha llegado aún al convento betlemita la información completa de lo que está ocurriendo del otro lado del Imperio, lo cual hace crecer la angustia de nuestro atribulado Jerónimo:

Se me comunica la muerte de Panmaquio y Marcela, en el asedio de la ciudad de Roma, y el descanso eterno de muchos hermanos y hermanas. Con tal consternación me quedé tan absorto que ni de día ni de noche podía pensar en otra cosa que no fuese la salvación común, hasta tal punto que pensaba que yo mismo estaba cautivo en la cautividad de los santos y que no podía abrir mi boca antes de haber llegado a un cierto conocimiento certero, mientras, angustiado, me balanceaba entre la esperanza y la desesperación y me atormentaba con las desgracias ajenas. Sin embargo, tras haberse extinguido la luz más brillante de la tierra; es más, tras haber sido cercenada la cabeza del imperio romano y -para hablar sin tapujos- tras haber perecido todo el orbe en la ruina de una sola ciudad, enmudecí y me humillé; guardé silencio sobre los buenos acontecimientos; mas mi tormento se enconó. Dentro de mí mi corazón se acaloraba, de mi queja prendió fuego (Sal 38, 3-4), y consideré que no debía olvidarme de aquella frase: Música en duelo es un relato inoportuno (Ecl 22,6)<sup>426</sup>.

Lamento	Elogio de Roma	Relato de los hechos
Con tal consternación me quedé tan absorto que ni de día ni de noche podía pensar en otra cosa que no fuese la salvación común, hasta tal punto que pensaba que yo mismo estaba cautivo en la cautividad de los santos y que	[...] la luz más brillante de la tierra; es más, tras haber sido cercenada la cabeza del imperio romano y -para hablar sin tapujos- tras haber perecido todo el orbe en la ruina de una sola ciudad...	[...] se me comunica la muerte de Panmaquio y Marcela, en el asedio de la ciudad de Roma, y el descanso eterno de muchos hermanos y hermanas.

<sup>426</sup> *Comentario a Ezequiel*, 3.

<p>no podía abrir mi boca antes de haber llegado a un cierto conocimiento certero, mientras, angustiado, me balanceaba entre la esperanza y la desesperación y me atormentaba con las desgracias ajenas.</p>		
--	--	--

Este es el lamento más largo y el relato más escueto de los hechos. De aquí podemos saber más sobre la personalidad de Jerónimo que de los hechos que se desarrollaban en la lejana Roma. No obstante, es también contundente y generoso el elogio de la ciudad a la cual llama “la luz más brillante” *-clarissimum terrarum omnium lumen exstinctum est-* “cabeza del Imperio” *-immo romani imperii truncatum caput-*, en fin, la ciudad es en esta breve nota la síntesis del mundo *-in una urbe totus orbis-*. Esta concepción de la ciudad corresponde a la clásica percepción que de Roma tuvieron los antiguos, quienes vieron en ella la síntesis de todo lo valioso y lo bueno que podía haber sobre la faz de la tierra, donde se encontraba la mejor agrupación del género humano, la que había traído la civilización y el orden al mundo<sup>427</sup>.

Al quedar destruida la ciudad que sintetiza el mundo, el mundo mismo se destruye, parece sugerir el monje de Belén en una frase que puede resultar exagerada y retórica, pero que bien puede manifestar un sentimiento sincero y resumir al mismo tiempo, el sentir de muchos romanos que se encuentran estupefactos ante lo ocurrido. Otro dato importante del texto lo constituye el hecho de que “la muerte de Panmaquio y Marcela y la de muchos hermanos y hermanas” haya ocurrido “en el asedio de la ciudad de Roma, lo cual puede dar una idea de la violencia del asalto, cuya verdadera magnitud se ha discutido mucho a través del tiempo”<sup>428</sup>, sin que se haya llegado a un inventario concluyente de los daños y de las víctimas.

### 5.1.1.3.2 Roma, ciudad victoriosa

Para un romano era inaudito pensar que Roma pudiera conocer el fracaso, principalmente cuando se trataba de una incursión militar. No se sabe del

<sup>427</sup> Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 33-42.

<sup>428</sup> *Ibid.*, 294-295. Aquí, tiende a minimizar los efectos de la toma Orosio.

*Hist. contra los paganos*, VII, 39; 40, 1-2: Por su parte, presenta un relato donde los hechos perpetrados por los godos de Alarico afectan enormemente las infraestructuras de la ciudad, los habitantes y sus bienes.

reconocimiento de un fracaso por parte de los emperadores<sup>429</sup>, ni siquiera en campañas tan lamentables como la de Adrianópolis o las nefastas negociaciones de paz de Teodosio. A través de la mentira, las verdades a medias, los silencios o la retórica sin más, la propaganda imperial siempre se ocupaba de presentar una versión oficial de los hechos que resultara provechosa para los intereses políticos del Imperio y del emperador de turno y para mantener el *statu quo*. Desde esta perspectiva, Roma nunca perdió una guerra, siempre obtuvo y mantuvo la victoria, por lo menos según la versión oficial de los grupos de poder. No obstante, desde los hechos de Adrianópolis, un sector de la opinión pública era consciente de la vulnerabilidad de su ejército. En la mente de Jerónimo, sin embargo, estaba la idea de una Roma victoriosa e invencible, hasta que la caída de la urbe en manos de Alarico acabara por derrumbar un concepto fuertemente arraigado en él y en la conciencia de los pocos ciudadanos que aun creían que su ciudad era invulnerable.

Mientras funcionó su sistema defensivo y, por tanto, Roma se mantuvo incólume de los ataques bárbaros, los fracasos del ejército y de las políticas de defensa del Imperio, parecieron no afectar ni importar a los ciudadanos de la urbe. De aquí que el lamento jeronimiano inicie justamente con una pregunta que parece más una reclamación sobre algo que nadie jamás había advertido, pero que era posible: el desmoronamiento de la ciudad que dominaba el mundo entero.

¿Quién iba a creer que Roma, levantada con sus victorias por el mundo entero, se iba a desmoronar, que se iba a convertir ella misma en madre y sepulcro de sus pueblos; que las costas de Oriente, Egipto y África, en otro tiempo bajo el poder de la ciudad dominadora, iban a engrosar el número de esclavos y esclavas; que la santa ciudad de Belén, adonde en otro tiempo afluían nobles de ambos sexos cargados de todo tipo de riquezas, iba a recibir mendigos a diario? Puesto que no podemos llevarles auxilio, nos hacemos partícipes de su sufrimiento, unimos a nuestras lágrimas a las suyas<sup>430</sup>.

<b>Lamento</b>	<b>Elogio de Roma</b>	<b>Relato de los hechos</b>
Puesto que no podemos llevarles auxilio, nos hacemos partícipes de su sufrimiento, unimos a nuestras lágrimas las suyas.	[...]Quién iba a creer que Roma, levantada con sus victorias por el mundo entero.	[...]se iba a convertir ella misma en madre y sepulcro de sus pueblos; que las costas de Oriente, Egipto y África, en otro tiempo bajo el poder de la ciudad dominadora, iban a engrosar el número de

<sup>429</sup> Heather, *La Caída del Imperio Romano*, 295.

<sup>430</sup> *Comentario a Ezequiel*, 91.

En este texto, tomado del *Tercer Libro del Comentario al Profeta Ezequiel*, un poco posterior al anteriormente citado, la extensión del lamento es inferior a la de la narración de los hechos, pero aún el relato no acaba de ser completo, lo que conduce a dos posibilidades. La primera, que a Belén no ha llegado todavía suficiente información sobre los hechos. La segunda, que Jerónimo teniendo más información, no quiere, intencionadamente, hacer una crónica objetiva de lo ocurrido. Los hechos muestran las consecuencias de la toma de Roma en las estratégicas provincias del Imperio como eran Oriente, África y Egipto, que abastecían al Imperio principalmente de alimentos.

El lamento por su parte, presenta a un romano impotente que no puede ayudar a su ciudad en estos días aciagos, pero que en la distancia, se dispone a hacer lo que le corresponde como cristiano y como monje. Más adelante, la misma obra de Jerónimo, pone de manifiesto la acción caritativa de los monasterios de Belén dirigida a los refugiados que eventualmente se desplazaron a Oriente para huir de la situación que se vivía al otro lado del Imperio:

Y, cargados con el peso de una misión santa, incapaces de retener el llanto ante la visión de esta confluencia, dejamos de lado los comentarios a Ezequiel y, prácticamente, todo el estudio de las Escrituras, y sentimos el deseo de convertir nuestras palabras en obras y de no hablar de cosas santas, sino de ponerlas en práctica<sup>431</sup>.

### 5.1.1.3.3 Roma, ciudad especial

La Carta 126 dirigida a Marcelino y Anapsiquia, parte para África a donde había emigrado esta pareja de romanos amigos de Jerónimo, quienes pretendían vivir el ideal cristiano alejados de la frenética vida de la ciudad. La carta revela la forma como probablemente el círculo de Jerónimo -incluido él mismo- tenía acceso a la información sobre el acontecer del Imperio, que consistiría en la inclusión de hechos de la actualidad social o política entre escritos de finalidad religiosa (exegética, dogmática, piadosa, moral). La carta fue escrita hacia el año 411, cuando quizá no había transcurrido aún un año desde el saqueo de Roma. Después de explicar brevemente las cinco teorías vigentes sobre el origen del alma, Jerónimo hace un paréntesis para informar a sus amigos acerca de la suerte de la urbe. Este texto encierra dos factores importantes en la

<sup>431</sup> *Comentario a Ezequiel*, 91.

evolución de los escritos jeronimianos sobre la caída de Roma: el primero es la ubicación del hecho en un contexto más global al referirse a la devastación de las provincias occidentales, y el segundo, al darle a la ciudad una categoría de especial y no de única ni de la mejor del orbe:

Pero cuando iba a empezar a dictar [la traducción del libro de Ezequiel], mi alma quedó confundida por la devastación de las provincias occidentales, y en especial por la de la ciudad de Roma; de modo que, como dice el proverbio vulgar, llegué a olvidarme de mi propio nombre y enmudecí durante mucho tiempo viendo que era tiempo de lágrimas. Este año, cuando había ya expuesto tres libros, sobrevino una incursión repentina de bárbaros, de esos que dice Virgilio: «Y los barceos que vagan a lo lejos», igual que la Sagrada Escritura dice de Ismael: Enfrente de todos sus hermanos plantará su tienda (Gen. 16, 12) Recorrió los confines de Egipto, de Palestina, de Fenicia y de Siria, arrasando todo a su paso igual que un torrente; de modo que apenas pudimos escapar de sus manos por la misericordia de Cristo. Y si, según dice un ilustre orador, «las leyes callan cuando hablan las armas»<sup>432</sup>.

Lamento	Elogio de Roma	Relato de los hechos
[...] mi alma quedó confundida... ...llegué a olvidarme de mi propio nombre y enmudecí durante mucho tiempo viendo que era tiempo de lágrimas.	[...]en especial por la de la ciudad de Roma	[...] la devastación de las provincias occidentales, y en especial por la de la ciudad de Roma...

Es verdad que Roma era una ciudad más del Imperio, pero era una ciudad especial que merecía un tratamiento también especial. La toma de Roma quizá no tuvo las dimensiones de sangre y destrucción que pudieron tener las de otras ciudades totalmente arrasadas y borradas del mapa imperial, como fue el caso de Estridón. Sin embargo, por su significado histórico, Roma mereció una atención mayor por parte de los romanos de a pie y de los intelectuales de la época. Jerónimo se refiere a las provincias occidentales *-occidentaliun prouinciarum-* en general, pero nombra a Roma de manera especial *-et maxime urbis Romae-*, de forma que entre el concierto enorme de ciudades dispersas en los puntos cardinales del Imperio, Roma seguía siendo objeto, en época bajoimperial, de la atención de sus ciudadanos, viviesen ellos o no en su suelo. Roma no era ya la sede de la corte imperial, pero conservaba su dignidad de ciudad primigenia -arquetipo de las demás-, era la ciudad por antonomasia, tanto así que para hablar de ella solo hacía falta

<sup>432</sup> Ep. 126, 2.

referirse a la “urbe”<sup>433</sup>, en una especie de abstracción que le daba entidad unívoca, ajena a cualquier posibilidad de error o confusión. Roma en este sentido, no era *una* ciudad sino La Ciudad.

#### 5.1.1.3.4 Roma, ciudad conquistadora

Las victorias a las cuales ya se ha hecho referencia, no solo habían dado a Roma fama y gloria, sino también tierras, riquezas y súbditos que estaban desapareciendo repentinamente. Roma, una ciudad minúscula, había logrado conquistar a lo largo de su historia, tierras abundantes y generosas, pueblos cercanos y remotos. Sus conquistas habían quedado inmortalizadas en esculturas y monumentos dispersos a lo largo y ancho del territorio imperial como testimonio de su poder y su gloria, y de alguna forma, como advertencia para todos aquellos pueblos que se atrevieran si quiera a pensar en arrebatárselos. Un romano, aun de época tan tardía como el siglo V, seguramente no tenía en mente la remota posibilidad de que La Conquistadora fuera conquistada, estaba seguro de la efectividad de la defensa que realizaba el ejército imperial y pagaba altos impuestos para ello, como se aprecia en el siguiente fragmento de la carta dirigida a la virgen Principia:

Mientras esto ocurría en Jebús, llega de Occidente la noticia terrible de que Roma estaba sitiada y que la incolumidad de los ciudadanos se compraba a peso de oro; que los que de ese modo habían sido expoliados eran introducidos de nuevo en el cerco, para terminar perdiendo la vida después de haber perdido la hacienda. Me falla la voz, y los sollozos interrumpen mis palabras mientras dicto. Es conquistada la urbe que conquistó el orbe entero; peor aún, perece por el hambre antes de perecer por la espada, y apenas si encontraron unos pocos a quienes hacer prisioneros. El furor del hambre condujo a comidas abominables: mutuamente se despedazaban los miembros; una madre no perdonó al niño de pecho y volvió a recibir en su seno al que poco antes había dado a luz<sup>434</sup>.

Lamento	Elogio de Roma	Relato de los hechos
Me falla la voz, y los sollozos interrumpen mis palabras mientras dicto.	Es conquistada la urbe que conquistó el orbe entero.	[...]llega de Occidente la noticia terrible de que Roma estaba sitiada y que la incolumidad de los ciudadanos se compraba a peso de oro; que los que de ese modo habían sido expoliados eran

<sup>433</sup> *Eps.* 107, 2; 123, 9; 127, 12.

<sup>434</sup> *Ep.* 127, 12.

		introducidos de nuevo en el cerco, para terminar perdiendo la vida después de haber perdido la hacienda.
--	--	--

Estamos frente a un fragmento de la Carta 127 escrita hacia el año 413, donde Jerónimo hace un elogio de la vida de Marcela y sus acciones en contra de la herejía. A punto de terminar la misiva, Jerónimo hace un inventario de la tormenta que desde hace años arrasaba a Oriente y a Occidente<sup>435</sup>, en medio de la cual se detiene para hablar en su peculiar estilo acerca de la suerte de Roma.

La tragedia de Roma lleva al monje de Belén a revivir la vieja gloria de la ciudad, sus gestas conquistadoras que la llevaron de su oscuro pasado narrado en los relatos míticos de Rómulo y Remo, a ser un gran Imperio mediante la anexión militar o política, de vastos territorios en los confines del mundo mediterráneo y más allá, hasta donde la ambición de los emperadores pudo llegar. Roma, ahora era una ciudad más del Imperio, pero no se le podía negar su valor y su papel en la conquista de los pueblos de Europa, Asia y África.

Los hechos dejan ver más de cerca la magnitud de la tragedia: pérdida de vidas, hambre, saqueo y destrucción de haciendas y extorsión. La ciudad gloriosa por sus conquistas, es ahora conquistada y de la riqueza de sus bienes ya no queda nada. El humillante panorama alcanza su cenit en una descripción de antropofagia que, aunque puede no corresponder a la realidad de los hechos, revela la difícil situación por la que atravesaba la población que había quedado atrapada en medio de la ciudad asediada y sin posibilidad de recibir abastecimiento del exterior, ni de intercambiar productos internamente<sup>436</sup>, después de que el emperador Honorio firmara el armisticio en condiciones infames para el orgulloso Imperio.

#### 5.1.1.3.5 Roma, ciudad ilustre

En medio de sus lamentos por la ciudad, Jerónimo va a resaltar una característica más de la vieja Roma: se trata de su prestigio, de su fama universal que resalta bajo el término “ilustre”:

---

<sup>435</sup> Ibid.

<sup>436</sup> Zósimo, *Hist. nueva*, V, 41.

Por desgracia el orbe de la tierra se desmorona, pero los pecados no se desmoronan en nosotros. La ilustre ciudad, capital del imperio romano, ha sido consumida en un solo incendio. No hay región que no tenga exiliados en ella. Han caído reducidas a cenizas y polvo iglesias en otro tiempo sagradas, pero nosotros nos damos a la avaricia. Vivimos como si fuéramos a morir al día siguiente, pero edificamos como si hubiéramos de vivir siempre en este mundo. Deslumbran por el oro las paredes, deslumbran por el oro los artesonados, deslumbran por el oro los capiteles de las columnas, mientras Cristo, desnudo y hambriento, muere en el pobre ante nuestras puertas<sup>437</sup>.

<b>Lamento</b>	<b>Elogio de Roma</b>	<b>Relato de los hechos</b>
[...] los pecados no se desmoronan en nosotros...	La ilustre ciudad, capital del imperio romano.	[...] ha sido consumida en un solo incendio. No hay región que no tenga exiliados en ella. Han caído reducidas a cenizas y polvo iglesias en otro tiempo sagradas.

Jerónimo escribe en 413 una carta dirigida a la niña Pacátula, pero que realmente cumple la función de instruir a sus padres en la forma como debe ser educada y en medio del discurso pedagógico, se refiere al saqueo de Roma. En esta carta puede percibirse cómo a una prudente distancia de los acontecimientos de 410, Jerónimo ha serenado su espíritu y ha ampliado el horizonte de interpretación de los hechos. Ya no se refiere a la tragedia como una realidad que lo golpea a él y a sus amigos solamente, sino como un acontecimiento de carácter global que afecta a todo el orbe, puesto que la “ilustre ciudad de Roma” es también la “capital del Imperio romano”, y a ella llegan exiliados, los menesterosos de todas las regiones del orbe en busca de auxilio. Por otra parte, además del universalismo de la reflexión, Jerónimo pretende ir más allá de los hechos y sus consecuencias para hundirse en la consideración de las causas del asedio y saqueo de Roma, hallándolas como era de esperarse en una mente cristiana, en el pecado de los hombres.

Para elogiar a la ciudad, Jerónimo escoge el título de ilustre, aplicado a la ciudad desde sus orígenes, por ser la cuna de grandes genios militares, de importantes personajes de la vida política, de artistas de renombre y en general, de todo romano que sintiera aprecio por la cultura clásica.

---

<sup>437</sup> Ep. 128, 5.

El monje de Belén señala además, que las costumbres romanas, lejos de cambiar después de la tragedia vivida, se arraigan mucho más, con lo cual puede estar dando a entender sus temores de nuevas desgracias como lo plantea en el *Comentario a Ezequiel*: “Nada es duradero si tiene fin, y de nada puede servir el tiempo pasado si no se procura el salvoconducto de las buenas obras, ya que éstas siempre van orientadas al futuro, aún más, a la eternidad, y no se ven constreñidas a ninguna barrera”<sup>438</sup>. Aquí Jerónimo deja constancia de la finitud de la ciudad y del Imperio. Aunque el Imperio todavía no ha caído y quizás en la mente de ningún romano cabe esa posibilidad, la Roma *aeterna* ha desaparecido, ahora queda una ciudad finita expuesta a todos los avatares de la historia.

### **5.1.2 La Roma de san Jerónimo: el testimonio de una transformación**

Jerónimo intentó conservar hasta el último momento de su vida una postura muy coherente con su vocación monástica, razón por la cual dedicó su pluma y talento a ilustrar a la joven Iglesia sobre diferentes aspectos doctrinales y a sus amigos y seguidores sobre la excelencia del ascetismo, antes que a aspectos políticos o sociales de la época. No obstante, en sus palabras ha quedado el testimonio de un acontecimiento que iba a transformar la percepción que tenían de sí mismos y de su papel en la historia los ciudadanos de la ilustre Roma. Sin proponérselo quizá, Jerónimo enseña el proceso de transformación de la ciudad y de la percepción que de ella tenían los ciudadanos.

La Roma jeronimiana, síntesis del mundo, conquistadora, victoriosa y especial, había dejado de existir mucho antes de que el monje de Belén escribiera sus lamentaciones e incluso antes del ingreso de las huestes de Alarico. La urbe seguía conservando todo su significado histórico y emblemático, pero su valor como referente político y económico lo había perdido desde que los emperadores comenzaron a trasladar la sede del gobierno a otras ciudades de mayor interés estratégico desde el punto de vista político y militar, y desde que se fundó la capital de Oriente, Constantinopla<sup>439</sup>, la nueva Roma.

---

<sup>438</sup> *Comentario a Ezequiel*, 91.

<sup>439</sup> Constantinopla no parece haber merecido mayor consideración por parte de Jerónimo, a pesar de haber visitado por lo menos en dos ocasiones esta ciudad inaugurada como la capital cristiana del Imperio frente a la Roma pagana de la primera mitad del siglo IV. Teja, *Giovanni Crisostomo, Oriente e Occidente tra IV e V secolo* 43-45.

De los escritos de Jerónimo parece desprenderse que el Imperio y en particular su capital, se encontraba en una difícil situación<sup>440</sup> de postración económica<sup>441</sup> y de desequilibrio social<sup>442</sup> que el poder imperial intentaba disfrazar con el fin de conservar la imagen de una magnificencia y esplendor<sup>443</sup> que ya no existían, mientras que el nuevo modelo de munificencia representado en la caridad cristiana<sup>444</sup>, apenas lograba paliar mediante acciones dirigidas a los pobres.

El Imperio Romano no es lo que era ni volvería a serlo nunca más. Sus contradicciones sociales, sus errores en asuntos claves como la política exterior y fiscal más el desgaste de sus fuerzas militares lo habían herido de muerte, las heridas causadas a las ciudades, principalmente a Roma, formarían una cadena de laceraciones imposibles de curar.

## 5.2 El Oriente romano

Según el Evangelio de Mateo, unos magos que venían de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando “¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo”<sup>445</sup>. Este relato parece haber guiado el interés de muchos cristianos que desde los albores de la era cristiana buscaron en Oriente nuevas formas de vivir la fe.

Oriente ofrecía dos atractivos: por una parte, estaba el desierto que seducía a los cristianos como el campo a los romanos, y por otro lado estaba Tierra Santa, el escenario de la vida de Jesús de Nazaret, cuyos lugares despertaban la piedad de los cristianos como si al pisarlos estuvieran siendo testigos oculares de los hechos acaecidos casi cinco siglos atrás. En las regiones de Egipto y Siria encontraron los amantes del desierto aquel lugar adecuado para realizar su ideal de soledad y silencio, mientras que Belén y Jerusalén fueron los destinos preferidos de quienes deseaban experimentar la sensación de vivir en la tierra del Salvador.

---

<sup>440</sup> Sobre la situación conflictiva del Imperio en el siglo IV, prácticamente toda la estructura imperial se mostraba inestable, debido a graves problemas de orden social, económico, político y religioso.

<sup>441</sup> *Ep.* 107, 1.

<sup>442</sup> *Ep.* 66, 4.

<sup>443</sup> “Fíjate en Roma y en Constantinopla, que pretenden cambiar su primitiva pobreza al cambiar su nombre antiguo”. Jerónimo, *Comentario a Nahum*, 573.

<sup>444</sup> Sobre este aspecto importante y notorio en la ciudad cristiana bajoimperial, la *Ep.* 66, 11 y *Ep.* 77, 10, dan suficiente sustento.

<sup>445</sup> Mt 1, 2.

Jerónimo no se conformó con una sola de las posibles experiencias de Oriente, vivió las dos. Como eremita vivió en el desierto de Calcis y como peregrino de los lugares santos, emigró a Belén donde transcurrió la segunda mitad de su vida.

### 5.2.1 Primer viaje a Oriente

Jerónimo inició su viaje con destino a Calcis hacia el año 374, presumiblemente por el Adriático hasta Grecia, para luego continuar por tierra. Recorrió Tracia, Ponto, Bitinia, Galacia, Capadocia y Cilicia<sup>446</sup>, regiones todas de la prefectura de Oriente, hasta llegar a Antioquía<sup>447</sup> en la provincia de Siria, donde se encontraba el desierto que sería su lugar de destierro voluntario<sup>448</sup> durante un tiempo aproximado de dos años. Es de suponerse que Jerónimo viajó por las viejas calzadas y rutas romanas y contempló los monumentos y los edificios públicos romanos que se repetían sin cesar en las distintas ciudades fundadas por el ejército o en las colonias romanizadas varios siglos atrás.

De este primero y largo viaje a la remota frontera oriental, Jerónimo habla en dos ocasiones. Una, para relatar el grave quebranto de salud que le produjo el calor de Cilicia<sup>449</sup>, y otra para describir la sensación de lejanía y abandono que le generó el lugar que escogió como meta, que para él era “el punto en el que Siria confunde sus límites con los de los sarracenos”<sup>450</sup> y “el desierto que separa Siria de los confines de la barbarie”<sup>451</sup>. Calcis, era en definitiva, el último rincón del Imperio, es decir, el fin del mundo civilizado.

Las impresiones del desierto no aportan datos sobre el nivel de romanización de este lugar, confín del Imperio, salvo la referencia que hace a sus amigos Cromacio, Jovino y Eusebio en el sentido de que en esta región no se habla latín -y da a entender que tampoco se habla griego-, sino una lengua bárbara: “Ahora converso con vuestra carta, la abrazo, y ella conversa conmigo, porque aquí sólo ella sabe latín. Aquí, o aprendes,

---

<sup>446</sup> *Ep.* 3, 3.

<sup>447</sup> Cavallera, *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, 25.

<sup>448</sup> *Ep.* 15, 2.

<sup>449</sup> *Ep.* 3, 3.

<sup>450</sup> *Ep.* 5, 1.

<sup>451</sup> San Jerónimo, *Epistolario, Tomo I*, 16.

ya de viejo, una lengua bárbara o tienes que callarte”<sup>452</sup>. La frase puede resultar exagerada si consideramos que Siria fue anexionada a Roma por Pompeyo en el año 64 a. de C. y aunque tenía una importante tradición helénica y semita (de lengua aramea), su grado de romanización y latinización pudo haber sido alto. Ahora bien, también es posible que Jerónimo no compartiera el eremitorio con monjes de habla latina, con lo cual su aseveración correspondería a la verdad de su entorno inmediato, pero no a la realidad de la región donde habitaba. Por otra parte, Jerónimo estaría en lo cierto, si cuando dice “aquí”, estuviera haciendo alusión al imperio persa que lindaba con el extremo oriental del Imperio. De todas formas, al hablar de un grupo de monjes cristianos es probable que algunos conocieran el latín, otros el griego y otros algunas lenguas semitas, principalmente el hebreo y el arameo, de otra manera no se entendería cómo podían participar en las disputas religiosas con Occidente sin conocer el griego o el latín o las dos lenguas.

En el plano religioso, el eremitorio de Calcis puede considerarse como un microcosmos que sintetiza la situación general de la Iglesia enfrascada en querellas teológicas<sup>453</sup> y disciplinarias, que habían alcanzado visos de verdadera batalla. La Iglesia de Oriente buscaba, al igual que la de Occidente, la primacía en una institución que se había hecho todopoderosa dentro del Imperio y cuya influencia trascendía la esfera religiosa para internarse en los planos político y administrativo. Una facción de los eclesiásticos, tanto de Oriente como de Occidente, luchaba legítimamente quizá por la construcción de un aparato doctrinal acorde con el mensaje cristiano original y con los tiempos que estaban viviendo, mientras que otros aspiraban a cuotas de poder y a los bienes que la rica Iglesia de entonces podía ofrecer.

Jerónimo, aparentemente sin querer, pero dada su afición por la polémica no hizo mayores esfuerzos por evitarlo y resultó involucrado en la disputa niceno-arriana desatada desde hacía algunas décadas dentro del mundo cristiano que había logrado abrirse espacio entre los solitarios de Oriente. Las interminables discusiones y las agresiones de sus correligionarios, sumadas a los quebrantos de salud originados por la inclemencia del clima y a los intensos ayunos, más su natural irascibilidad, lograron frustrar a un Jerónimo que no pudo ver satisfechos sus deseos espirituales, buscados en

---

<sup>452</sup> *Ep.* 7, 2.

<sup>453</sup> *Ep.* 17, 2; 15, 1.

medio de la soledad y el silencio del desierto. Es así, como después de interminables horas de discernimiento, decide recoger sus pasos y regresar a Occidente. Él mismo resume las razones que le llevaron a abandonar el desierto en una carta escrita al papa Dámaso hacia el año 377:

Por un lado, se embravece aquí el furor arriano sostenido por los poderes del mundo; por otro, la Iglesia escindida en tres bandos y cada uno tiene empeño de atraerme hacia sí. La antigua autoridad de los monjes que moran en estos contornos se levanta contra mí<sup>454</sup>.

De regreso a Occidente, Jerónimo pasa una breve temporada en Antioquía<sup>455</sup> y un período de algo más de dos años de vida y trabajo en Constantinopla<sup>456</sup> a expensas de Gregorio Nacianceno. De estos dos momentos de la vida de Jerónimo solo tenemos algunas breves menciones, pero desafortunadamente ninguna de ellas aporta datos sobre elementos sociales, políticos o culturales de estas importantes ciudades de la Prefectura de Oriente. Sigue la etapa romana de Jerónimo que transcurrirá desde al año 382 hasta el 385 cuando emprende su segundo y definitivo viaje a Oriente.

### 5.2.2 Segundo viaje a Oriente

En Roma, en medio de sus deberes como funcionario de la Sede Apostólica y como director espiritual de los círculos bíblicos, Jerónimo tiene una vida muy agitada. Experimenta muy de cerca los avatares de la alta política eclesiástica, favorables a él en vida de Dámaso, pero contraria a su labor y a su persona, una vez este muere. Luego es elegido su sucesor, el papa Siricio. Ahora bien, sometido al desprecio y a la calumnia, víctima de venganzas promovidas por los enemigos de Dámaso, el futuro monje de Belén, frustrado una vez más en sus ideales, renuncia a su prometedora carrera eclesiástica y a la alta política de la Iglesia romana, retoma su ideal inicial monástico pero ya no en el desierto sino en el escenario que como exegeta, tanto le llamaba la atención y le movía la devoción: Tierra Santa. Transcurría el año 385<sup>457</sup>.

---

<sup>454</sup> *Ep.* 16, 2.

<sup>455</sup> *Ep.* 108, 6.

<sup>456</sup> *Eps.* 60, 16 y 146, 1; *Comentario a Nahum*, 573.

Llama la atención las pocas menciones que hace Jerónimo de Constantinopla, dada su importancia política dentro del Imperio. Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 613-614.

Jerónimo llegó a Constantinopla en el año 379, después de la llegada de Gregorio Nacianceno, quien se hizo presente en la nueva ciudad imperial para enfrentarse contra el arrianismo y fortalecer la Iglesia después de la persecución de Valente. Cavallera, *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, 379-382.

<sup>457</sup> Jerónimo inicia el viaje a Tierra Santa solo. Valero, *San Jerónimo, Epistolario*, 30-31,

La carta 108 del *Epistolario* de Jerónimo presenta la ruta seguida por Paula y presumiblemente por Jerónimo, hacia Tierra Santa en su último y definitivo desplazamiento en Oriente. Jerónimo acota explícitamente que no pretende escribir un diario de viaje<sup>458</sup>, sin embargo, las ciudades y los pueblos transcurren en una monótona enumeración que pretende hacer verosímil el relato, al mismo tiempo que resalta el significado y la importancia de los lugares nombrados tanto para la tradición cristiana como para la historia del monaquismo. Por su significado religioso y por el hecho de solo hacer alusión a regiones o ciudades que aparecen en la Biblia, el viaje se convierte en una verdadera peregrinación a los lugares santos del cristianismo, devoción tan extendida en ese entonces, principalmente entre la clase patricia.

La ruta, al igual que la que lo llevó a Calcis, iniciaría por el Adriático hasta Grecia y luego continuaría por tierra a través de las provincias de Tracia, Galacia, Capadocia, Silicia, Siria y Palestina, pasando de largo por un tiempo con el fin de visitar las regiones egipcias donde nació el monaquismo. De regreso a Palestina se instala definitivamente en la ciudad de Belén. Jerónimo enumera hasta 44 ciudades (tabla 12), por las cuales habría transcurrido el viaje desde Roma hasta el destino final. Existe un sorprendente paralelismo entre este viaje y el conjunto de viajes de Pablo de Tarso<sup>459</sup>.

---

Luego se unen a él el grupo de mujeres de Paula, por lo cual, el itinerario que traza en la *Ep.* 108, correspondería a la primera parte de su propio viaje, relatado en tercera persona, y a la segunda parte, ya con todo el grupo conformado. El viaje comienza a finales del 385 o a comienzos del 386 y finaliza en una fecha incierta del verano de este último año. *Ep.* 108, 14 61-62.

<sup>458</sup> *Ep.* 108, 8.

<sup>459</sup> En los Hechos de los Apóstoles encontramos el itinerario paulino, que podemos resumir y organizar de la siguiente forma: Primer viaje (13,1-14,28) Chipre (13,4-12). Recorrido: bajan desde Antioquía al puerto de Seleucia, en este embarcan en dirección a Chipre, llegando en primer lugar a la ciudad de Salamina; de allí parten hacia Pafos. Antioquía de Pisidia (13,13-52). Recorrido: embarcan en Pafos con dirección al puerto de Atalia, continuando viaje hasta Perge, adentrándose en la región de Galacia Meridional hasta Antioquía de Pisidia. Iconio (14,1-7). Recorrido: de Antioquía de Pisidia marchan hacia Iconio. Segundo viaje -Ciclo de Grecia- (15,36-18,22): Asia Menor. Recorrido: parten de Antioquía, recorren la península de Anatolia, atraviesan Derbe y después Listra. Más tarde siguen recorrido por la región de Galacia del Sur, atravesando Misisia y bajando hasta Tróade; finalmente, se dirigen hacia la región de Macedonia. Filipos (16,11-40). Recorrido: desde el puerto de Tróade se dirigen en barco a la isla de Samotracia y desde esta, al puerto de Neápolis en la costa macedonia; desde allí parten hacia Filipos. Tesalónica y Berea. Recorrido: pasando por Anfípolis y Apolonia llegan hasta Tesalónica, después se dirigen hacia Berea. Atenas. Recorrido: La mayor parte del recorrido se realiza en barco. Corinto (18,1-17). Recorrido: costeano frente al Peloponeso llega a la ciudad de Corinto. Vuelta a Antioquía (18,18-22). Recorrido: parte por mar en dirección a Éfeso; desde aquí, también por mar, se dirige hacia Cesarea; desde esta ciudad regresa a Antioquía. Tercer viaje -Ciclo de Asia Menor- (16-21) Asia Menor. Recorrido: viaja seguramente por tierra, hasta Éfeso. Recorrido: Por tierra de Antioquía a Éfeso, atravesando Frigia y Galacia. Éfeso a Corinto, pasando por Macedonia. Recorrido: Pablo se marcha de Éfeso a Macedonia. Luego se encamina hacia Grecia y de allí a Triade y Mileto, para dirigirse, finalmente a Jerusalén. Viaje a Jerusalén (21,1-9) Recorrido: parte de Mileto, pasando por diversas islas del Egeo, hace escala en el puerto de Pátara, de ahí se dirige a Tiro, luego a Ptolemaida, y desde aquí

Nueve ciudades o regiones (tabla 13) coinciden exactamente con las de los viajes paulinos, mientras que las demás, excepto Gaza y Egipto, son ciudades intermedias ubicadas dentro de la ruta paulina, presumiblemente visitadas también por Paula, compañera de consagración de Jerónimo. Las ciudades visitadas tanto por Paula como por Pablo eran colonias romanas con la característica común de haber sido cristianizadas muy tempranamente. Poseían, por tanto, la infraestructura propia de las ciudades romanas, junto con las basílicas, los monasterios y los centros donde se practicaba la caridad cristiana.

<b>Peregrinación de Jerónimo y sus discípulas a Tierra Santa</b>	
Antípatris	Gálgala
Arimatea	Gaza
Ayalón	Hebrón (Cariath-Arbé)
Belén	Isla de Ponza
Berito	Jericó
Bet Horón	Joppe
Bethsur	Lidda (Dióspolis)
Cafarnaúm	Magido
Caná	Malea
Caphar Barucha	Metona
Celesiria	Monte Garizim
Citera	Nazaret
Dor	Nob
Egipto	Rodas
Escol	Sebaste (Samaria)
Fenicia	Sión <sup>460</sup>
Gabaón	Siquén
Nicópolis (Emaús)	

Tabla 12: Ciudades visitadas por Paula en su viaje a Belén.

La tabla 13 muestra las ciudades visitadas por Pablo de Tarso en sus cuatro viajes apostólicos y en él se señala con una X las que coinciden con las visitadas por Paula de camino a Belén. Presumiblemente la coincidencia se da por la existencia de una ruta fija para los peregrinos de Tierra Santa que incluía los lugares paulinos y las sedes más antiguas de la Iglesia.

---

hasta Cesarea por tierra. Cuarto viaje -Ciclo de Roma- (27-28) Cesarea a Creta. Recorrido: parten del puerto de Cesarea Marítima y llegan a Sidón, luego se dirigen a Mira, pasando Chipre y Cilicia. Desde Mira reemprenden viaje hacia Creta, arribando en el puerto de Lasea (Puerto Hermoso). Una tormenta los empuja a un islote llamado Cirte. Luego pasan a las costas de la isla de Malta. Llegan a Siracusa, capital de Sicilia. Desde allí costean y llegan al puerto de Pozzuoli y desde este lugar, por tierra, a Roma.

<sup>460</sup> Sión es un término arcaico que originalmente se refiere a una sección de Jerusalén. Tras la muerte de David, el término comenzó a usarse para definir la colina en que se situaba el templo de Salomón. Más tarde, Sion comienza a usarse para hacer referencia al templo y a sus propios cimientos. Este nombre se utiliza en particular como referencia no tanto a la ciudad como a la idea de Jerusalén como centro espiritual del pueblo judío.

Lugares	Viaje 1	Viaje 2	Viaje 3	Viaje 4
Licia <sup>461</sup>				x
Chipre <sup>462</sup>	x			x
Seleucia <sup>463</sup>	x			
Antioquía <sup>464</sup>	x	x	X	
Sidón <sup>465</sup>				x
Tiro <sup>466</sup>			X	
Acco (Ptolemaida) <sup>467</sup>			X	
Cesarea <sup>468</sup>		x	X	x
Jerusalén <sup>469</sup>	X	x	X	x

Tabla 13: Ciudades visitadas por Pablo que coinciden con las de la peregrinación de Paula.

La tabla 12 señala las ciudades nombradas por Jerónimo como parte del viaje de Paula, pero que no aparecen en los viajes de Pablo. No se cuenta en las fuentes jeronimianas con datos descriptivos de estas ciudades, pero sin duda hay confluencia de tres tradiciones: la helénica, la romana y la cristiana, además de la tradición judía en el caso de las ciudades de Siria y Palestina. Se supone entonces, que el grupo de monjes y monjas estarían ante un variado paisaje urbano y rural tachonado de monumentos griegos y romanos, de construcciones cristianas acompañadas de sinagogas y diferentes tipos de edificios dedicados a la administración pública y a la vivienda de los ciudadanos de diferentes extracciones y grupos sociales y religiosos.

<sup>461</sup> “Atravesamos los mares de Cilicia y Panfilia y llegamos al cabo de quince días a Mira de Licia”. Hch 27, 5

<sup>462</sup> “[...] navegaron hasta Chipre. Llegados a Salamina anunciaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos. Tenían también a Juan que les ayudaba”. Hch 13, 4-12. “Partimos de allí y navegamos al abrigo de las costas de Chipre, porque los vientos eran contrarios”. 27, 4.

<sup>463</sup> “Ellos, pues, enviados por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia, y de allí navegaron hasta Chipre” Hch 13, 4.

<sup>464</sup> “[...] Mientras que ellos, partiendo de Perge, llegaron a Antioquía de Pisidia. El sábado llegaron a la Sinagoga y tomaron asiento.” Hch 13, 14.

“Ellos, después de despedirse bajaron a Antioquía, reunieron la asamblea y entregaron la carta”. Hch 15, 30.

“Desembarcó en Cesarea, subió a saludar a la Iglesia y después bajó a Antioquia.” Hch 18, 22.

<sup>465</sup> “Al otro día arribamos a Sidón. Julio se portó humanamente con Pablo y le permitió ir a ver a sus amigos y ser atendido por ellos.” Hch 27, 3.

<sup>466</sup> “Avistamos Chipre y, dejándola a la izquierda, íbamos navegando rumbo a Siria; arribamos a Tiro, pues allí la nave debía dejar su cargamento.” Hch 21, 3.

<sup>467</sup> “Nosotros terminando la travesía, fuimos de Tiro a Tolemaida; saludamos a los hermanos y nos quedamos un día con ellos.” Hch 21, 7.

<sup>468</sup> “Después de pasar allí algún tiempo marchó a recorrer una tras otra las regiones de Galacia y Frigia para fortalecer a todos los discípulos.” Hch 18, 22. “Al siguiente partimos y llegamos a Cesarea; entramos en casa de Felipe, el evangelista, que era uno de los Siete, y nos hospedamos en su casa”. 21, 8.

<sup>469</sup> “Pablo y sus compañeros se hicieron a la mar en Pafos y llegaron a Perge de Panfilia. Pero Juan se separó de ellos y volvió a Jerusalén.” Hch 13, 13; “Transcurridos estos días y hechos los preparativos de viaje, subimos a Jerusalén [...] Llegados a Jerusalén los hermanos nos recibieron con alegría”. 21, 15ss.

El paisaje humano no podía ser más variado: personas de diversa procedencia, de diferentes lenguas y culturas, prosélitos de distintos credos, cristianos de diversas tendencias, filósofos de todas las escuelas. El Oriente visto por Jerónimo y su grupo, estaba muy lejos de ser un todo uniforme. Su común denominador era la variedad, la diversidad encerrada en un aura de romanidad, real sin duda, pero con mayor primacía del componente helenístico.

Jerónimo y su grupo llegan a Belén en el verano del año 386. Atrás han quedado para siempre las ciudades de Occidente y de Oriente, las cuales no volverá a tocar el ahora monje de Belén con sus pies, aunque seguirá presente en ellas a través de su pluma. De todas las ciudades de Oriente a la que dedica más tiempo y talento es a Jerusalén, la ciudad de sus sueños, a donde siempre deseó ir<sup>470</sup>, el polo opuesto de la orgullosa y pecaminosa Roma.

### **5.2.3 Jerusalén: ¿Ciudad superior o igual a las demás?**

Jerónimo en sus distintas obras, se ocupa de Jerusalén, bien dentro de su discurso teológico o bien para señalar algunas situaciones concretas acaecidas en ella, creando una verdadera doctrina sobre esta ciudad que solo visitó una vez de paso hacia Belén, pero que ya había marcado una honda huella en él como cristiano y como exegeta. Evidentemente, Jerusalén es mucho más que un punto en la geografía universal, es un concepto político y religioso, un constructo histórico para la tradición judía que desde antiguo vio en la ciudad la sede del reinado de Dios y la encarnación de sus promesas como puede verse desde el Génesis<sup>471</sup>, para posteriormente ver en ella al pueblo elegido. Esto significa que la ciudad es Dios y su pueblo<sup>472</sup> conviviendo de la misma forma que

---

<sup>470</sup> *Ep.* 5, 1

<sup>471</sup> “Entonces Melquisedec, rey de Salem, presentó pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo” Gn 14, 18.

Según la nota de la Biblia de Jerusalén (1975), “Siguiendo el Sal 76, 3, toda la tradición judía y muchos Padres han identificado a Salem con Jerusalén. Su rey-sacerdote Melquisedec adora al Dios Altísimo, ‘El-Elyôn[...] Este Melquisedec, que en el relato hace una breve y misteriosa aparición como rey de Jerusalén donde Yahveh escogerá morada, y como sacerdote del Altísimo aun con anterioridad a la institución levítica, es presentado en el Sal 110, 4 como figura de David, que es a su vez figura del Mesías, rey y sacerdote.

<sup>472</sup> Ver: “David se instaló en la fortaleza y la llamó Ciudad de David. Edificó una muralla en derredor, desde el Mil-ló hacia el interior. David iba medrando y Yahveh el Dios Sebaot estaba con él” 2S 5, 9-10. Respecto al término Ciudad de David se precisa: “La situación de Jerusalén entre las tribus del Sur y las del Norte explica la elección de David. El nombre de la ciudad está atestiguado desde el año 2000. La antigua ciudad de los Jebuseos ocupaba la colina del Ofel o Monte Sión entre los valles del Cedrón y del Tiropeón; se hallaba dominada al norte por la cumbre en la que David levantara un altar, 2S 24, 16s, y Salomón el Templo, 1R 6; los palacios de Salomón se erigían al sur del santuario, 1R 7. Sólo mucho

el hombre primigenio habitó en el Edén y convivió con su creador. La tradición cristiana por su parte, recoge los conceptos judíos sobre la ciudad santa y les da una nueva dimensión que pasa por considerar que Jerusalén, el lugar por excelencia del culto divino<sup>473</sup> y de la profecía<sup>474</sup>, se encuentra en cualquier parte donde hay un orante y que la Jerusalén verdadera, el lugar del reinado de Dios<sup>475</sup>, es una Jerusalén que no se encuentra en este mundo sino que se trata de una Jerusalén celestial, verdadera meta de los seguidores de Cristo<sup>476</sup>. Esta Jerusalén celestial, se hará realidad en medio de los pueblos del orbe cuando el Hijo de Dios regrese<sup>477</sup> como juez de vivos y muertos. La ciudad física puede ser destruida y desaparecer<sup>478</sup> debido al castigo justo por sus pecados, pero puede al mismo tiempo permanecer incólume gracias a la trascendencia y la atemporalidad de la Jerusalén celestial.

Un proceso similar al que se produjo a lo largo de toda la tradición bíblica acerca de Jerusalén y su sentido en el mundo parece haberse producido en la mente de Jerónimo que concibe la ciudad en un primer momento, como un lugar geográfico en donde parece habitar la divinidad acompañada de una especie de ángeles humanos en medio de

---

después se extenderá la ciudad sobre la gran colina occidental, cuya muralla septentrional deberá ser trasladada por dos veces más al norte. El sistema de aguas fue perfeccionado, sobre todo por Exequias. Nabucodonosor destruyó la ciudad el 587, pero se rehizo el templo a partir del 515, Esd 6, 15, y las murallas el 445, Ne 2-6. Antíoco Epífanes hizo construir la Acrópolis frente al Templo, 1M 1, 33, y los asmoneos transformaron esta ciudadela en palacio, al que Herodes sustituirá con una residencia oficial más al oeste. Herodes transformó la antigua ciudadela del Templo, Ne 7, 2, en una vasta fortaleza, la Antonia, y reconstruyó el Templo, Jn 2, 20. Finalmente la ciudad será destruida el 70 p.C. por Tito, Lc 21, 20. –Jerusalén (o Sión), que aparece en la Biblia por vez primera con su sacerdote-rey Melquisedec, y que bajo David se convirtió en capital política y religiosa de Israel, vendrá a personificar al pueblo elegido, Ez 23; Is 62. Es la morada de Yahveh, Sal 76, 3, y de su Ungido, Sal 2 y 110, el futuro lugar de cita de las naciones, Is 2, 1-5; 60. La Biblia concluirá, Ap 21s, con la visión de la nueva Jerusalén, Is 54, 11. Biblia de Jerusalén, 340. También 2S 6.

<sup>473</sup> La introducción al discurso sobre la ruina de Jerusalén, dice: “Como dijera algunos, acerca del Templo, que estaba adornado de bellas piedras y ofrendas votivas, él dijo: ‘Esto que veis, llegarán días en que nos quedará piedra sobre piedra que no sea derruida.’” Lc 21, 5.

<sup>474</sup> “¡Jerusalén, Jerusalén!, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados. ¡Cuántas veces he querido reunir tus hijos, como una gallina su nidada bajo las alas, y no habéis querido!” Lc 13, 33.

<sup>475</sup> “Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre”. Hch 1, 4.

“Para Lucas, Jerusalén es el centro predestinado de la obra de la salvación”. Lc 2, 22.

El punto terminal de la misión terrestre de Jesús, Lc 24, 33. El punto inicial de la misión universal de los apóstoles, Lc 24, 47; Hch 1, 8; 6, 7; 8, 1; 11, 19. Nota de la Biblia de Jerusalén, 1975, 1549.

<sup>476</sup> “Como se presentase en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén”. Lc 2, 38.

<sup>477</sup> “Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra, y si también en esa os persiguen, marchaos a otra. Yo os aseguro: nos acabareis de recorrer las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre” Mt 10, 23. “La venida aquí anunciada no concierne al mundo en general, sino a Israel en particular: tuvo lugar cuando Dios vino a ‘visitar’ a su pueblo infiel y puso fin al régimen de la antigua Alianza con la ruina de Jerusalén y de su Templo, el 70 p.C.”. Biblia de Jerusalén, 1402.

<sup>478</sup> Mt 22-24 constituye una amplia profecía de la suerte de Jerusalén, como ciudad infiel a los preceptos de Yahveh; sobre el mismo tema, ver Lc 17, 22 y 19, 44.

un paisaje paradisiaco y un entorno de paz y armonía para luego, en un segundo momento, darle entidad real y considerarla como una ciudad más dentro del Imperio con las mismas limitaciones que las demás<sup>479</sup>. Del elogio, Jerónimo pasa a la crítica de la ciudad y a la afirmación de que Jerusalén es una ciudad más terrenal que celestial y que como Roma, también encarna lo mejor y lo peor del género humano.

### 5.2.3.1 Elogio de la ciudad

Para Jerónimo, Jerusalén es una ciudad de paso obligado para todos aquellos que quieran ser buenos cristianos o que se sientan tales. Por lo menos, es lo que piensa al poco tiempo de haber pisado la ciudad sagrada y de estar instalado en Belén, con el fervor propio de quienes se encuentran por primera vez en Tierra Santa, transitando los lugares por donde cuenta la tradición que transcurrió la vida de Jesús, de su madre y de sus discípulos y donde la Iglesia dio sus primeros pasos antes de establecerse en todo el mundo conocido con una rapidez inusitada. Desde la ascensión de Jesús hasta los días de Jerónimo, las peregrinaciones a Jerusalén se habrían sucedido de forma ininterrumpida, trayendo a estas tierras a las personas más ilustres del cristianismo naciente y confirmando en ellos la fe, gracias al contacto directo y físico con los lugares sagrados:

Sería largo ponerse a contabilizar ahora, a través de los siglos, desde la ascensión del Señor hasta el día presente, cuántos obispos, cuántos mártires, cuántos hombres versados en la doctrina de la Iglesia pasaron por Jerusalén, pensando que habrían tenido menos fe, menos ciencia y que, en fin, no habrían dado, como quien dice, la última mano a su virtud si no hubieran adorado a Cristo en aquellos lugares que por vez primera empezó el Evangelio a brillar desde el patíbulo de la cruz<sup>480</sup>.

Jerusalén se convirtió en núcleo del cristianismo y en polo de atracción para personas de diversa procedencia de Oriente y de Occidente, romanos y bárbaros que intentaban confirmar con su visita a Jerusalén lo aprendido en las catequesis o lo leído en las Escrituras. Jerusalén es lugar de peregrinación pero también espacio de ciencia y de

---

<sup>479</sup> En *Ep.* 58, Jerónimo muestra la similitud de Jerusalén con otras ciudades. “As for Jerusalem, there was no special advantage in living there. God is not confined to any one spot, none of the heroes of monasticism had ever set eyes on the Holy City, the paces which witnessed the crucifixion and resurrection profit only those who take up their own crosses daily. A monk would in fact do better to live in seclusion in the country than in Jerusalem, which was a crowded metropolis swarming with the scum of the earth”. Kelly, *Jerome: His Life, Writings and Controversies*, 193.

<sup>480</sup> *Ep.* 46, 9.

cultura, a donde acuden personajes destacados de todos los puntos cardinales, como queda testimoniado en el siguiente apartado de la Carta 46:

Cualquiera que destaque en la Galia como el primero, en seguida se viene para acá. El britano, separado de nuestro continente, apenas hace algún progreso en piedad, deja el lugar por donde se pone el sol y busca este lugar, conocido por él únicamente de oídas y por los relatos de la escritura. ¿Para qué hablar de los armenios y los persas, de los pueblos de la India y de Etiopía y de la misma vecina Egipto, fértil en monjes; del Ponto y Capadocia, de la Celesiria y Mesopotamia y de todos los enjambres de Oriente? Conforme a la palabra del Salvador: Dondequiera estuviere el cadáver, allí se juntarán las águilas, todos concurren a estos lugares y nos ofrecen una muestra de las más diversas virtudes<sup>481</sup>.

Además del deseo de conocer el lugar donde se originó el cristianismo y la Iglesia, ¿qué otros móviles atraían a tantas personas y desde tan variados lugares a Jerusalén? Tres razones expuestas en los primeros años de inserción en Tierra Santa y que se desprenden de la concepción veterotestamentaria de la ciudad, arguye Jerónimo para explicar el atractivo de la ciudad: Jerusalén es diferente a Roma, Jerusalén es tierra de paz, y Jerusalén es superior en gloria a otras ciudades.

#### **5.2.3.1.1 Jerusalén es diferente a Roma**

Durante su estancia en Calcis, Jerónimo agobiado por la monotonía de la vida en el desierto y por las disputas teológicas en las que se hallaba enfrascado con sus compañeros, exclama: “¡Oh, cuántas veces, estando yo en el desierto y en aquella inmensa soledad que, abrasada de los ardores del sol, ofrece horrible asilo a los monjes, me imaginaba hallarme en medio de los deleites de Roma!”<sup>482</sup>. Roma no es aquí una ciudad concreta sino un símbolo de los placeres del mundo, opuestos totalmente a la monotonía de la vida en el desierto. Jerónimo extraña los “deleites”, los placeres asociados a lo que la ideología cristiana consideraba pecado.

Instalado en Belén, describe a Jerusalén como una “tierra montañosa y situada en lo alto, si bien carece de los deleites del mundo, sobreabunda de gozos espirituales”<sup>483</sup>. Por tanto, Jerusalén y Roma son dos ciudades completamente opuestas. La última representa

---

<sup>481</sup> *Ep.* 46, 10.

<sup>482</sup> *Ep.* 22, 7.

<sup>483</sup> *Ep.* 46, 2.

el pecado, la primera simboliza el gozo espiritual, la santidad<sup>484</sup>. Roma ofrece los deleites del mundo mientras que Jerusalén carece de ellos.

La palabra “deleites” *-deliciis-* aporta la clave de interpretación de estos dos textos que ponen a Roma y a Jerusalén en los polos opuestos de la antinomia pecado (representado en Roma) y santidad (representada en Jerusalén). Es también una síntesis de la antinomia ciudad (Roma) y campo -o soledad, desierto, vida monástica- (Jerusalén) a la cual se ha hecho alusión en el segundo capítulo de la presente investigación. Hay una diferenciación místico-teológica pero también ascética, ya que para Jerónimo la vida cristiana representa ante todo renuncia a los placeres mundanos -pecado-, que ofrece de manera especial la ciudad con su infraestructura de ocio y sus lugares de diversión y desenfreno.

En algunos textos, Jerónimo identifica a Roma con Sodoma, ciudad bíblica que por excelencia representa el pecado del género humano, por eso no resulta extraño que Jerónimo oponga esta ciudad<sup>485</sup> a Jerusalén en el mismo sentido que se viene analizando en este apartado.

#### **5.2.3.1.2 Jerusalén es tierra de paz**

Jerónimo apela a la etimología del nombre de la ciudad para resaltar en ella el sentido original de su misión en medio de los pueblos: Jerusalén, pisoteada (Jebús) y agredida a lo largo de siglos, entre otros por Vespasiano y Tito<sup>486</sup> -es decir, por Roma-, surge en medio del mundo en su sentido original de lugar de paz (Salem) y de testimonio de paz ante el mundo (Jerusalén):

En sus tres nombres manifiesta la fe en la Trinidad: se llama Jebús, Salem y Jerusalén. El primer nombre significa «conculcada»; el segundo, «paz», y el tercero, «visión de paz». Así es como, poco a poco, llegamos al término y, tras la conculcación, nos levantamos a la visión de paz. De esta paz nació en ella Salomón, es decir, «el pacífico», y *su lugar se convirtió en lugar de paz* y él, figura de Cristo, recibió de la etimología de la ciudad, el nombre de «señor de los que señorean» y «rey de los que reinan»<sup>487</sup>.

---

<sup>484</sup> Ep. 46, 6.

<sup>485</sup> Ep. 46, 3-8.

<sup>486</sup> Ep. 64, 10; 129, 7.

<sup>487</sup> Ep. 46, 3.

En un mundo afligido por la guerra y la destrucción tendría que resultar atractiva la posibilidad de la existencia de un lugar apacible, morada de Dios, cuna de Salomón y, por tanto, tierra de reyes. Jerónimo explota este significado para resaltar la importancia de Jerusalén y de su historia en la configuración de la fe cristiana. La Jerusalén de la paz le da a Jerónimo la oportunidad de hacer una fuerte crítica a los imperios, incluido el romano que a lo largo de los años han asolado, desposeído y destruido, menospreciando su importancia histórica y su carácter sagrado.

#### **5.2.3.1.3. Jerusalén es superior en gloria a otras ciudades**

Como consecuencia lógica de la santidad y de la misión de paz de Jerusalén, Jerónimo enuncia su superioridad sobre las demás ciudades de la región: “Cuanto Judea es superior a las otras provincias, tanto lo es esta ciudad sobre toda la Judea. Para resumir: toda la gloria de la provincia redundando sobre la metrópoli, y cuánto hay de grandioso en los miembros revierte sobre la totalidad del cuerpo”<sup>488</sup>.

La afirmación de la grandeza de Jerusalén es tímida si se compara con los grandes elogios que de Roma hizo el monje de Belén. Este hecho nos pone nuevamente frente al problema de la virtual imposibilidad de Jerónimo de renunciar al mundo clásico greco romano y a algunos de sus valores, de los cuales se había querido apartar según él mismo lo refiere en el famoso sueño descrito en la Epístola 22.

Las consideraciones que llevan a Jerónimo a hacer un elogio tan generoso de Jerusalén se transforman con el paso de los años en una evolución que pone de manifiesto una Jerusalén mucho más terrenal y más cercana a la concepción cristiana de la misma. Del elogio pasa el monje betlemita a la crítica.

#### **5.2.3.2 Crítica a la ciudad**

Los escritos críticos sobre Jerusalén aparecen a partir del año 395, casi diez años después de la instalación de Jerónimo en Belén. Atrás ha quedado el fervor inicial por los lugares santos y se abre paso a una visión más real del significado y del sentido de la ciudad.

---

<sup>488</sup> *Ep.* 46, 3. Este mismo análisis Etimológico del nombre de la ciudad lo hace en *Ep.* 73 (2), 108 (9), 129 (5).

A juzgar por la disminución del número de personas ilustres que llegaban a Jerusalén en los años finales del siglo IV, se puede pensar que además de Jerónimo, estos antiguos peregrinos también empezaron a concebir la ciudad de modo diferente y que el perfil de los visitantes cambió profundamente como lo atestiguan estas líneas:

Se viene de todo el orbe, la ciudad está llena de hombres de todo tipo, y es tal la aglomeración de uno y otro sexo, que lo que en otro sitio pretendías huir, no era sino una parte de todo lo que tendrías que aguantar aquí<sup>489</sup>.

Incluso los bárbaros se dirigen hacia Jerusalén y ya no motivados por la santidad de los lugares ni por la posibilidad de conocer más el entorno donde nacieron el cristianismo y la Iglesia, sino empujados por “su desmedida sed de oro”<sup>490</sup>. Efectivamente, la posición privilegiada de Jerusalén convertía a la ciudad en un corredor estratégico para el intercambio comercial entre los pueblos de la región, principalmente entre Egipto y Siria, al tiempo que se desarrollaba un activo comercio doméstico en la provincia de Palestina. Por otra parte, y este es el contexto de la Carta 77 que se acaba de citar, en la región se asentaron muchos romanos ricos o que se enriquecieron posteriormente, hecho que hizo próspera la ciudad y, por tanto, muy apetecible para los pueblos bárbaros procedentes de la zona central de Asia.

Además de dejar de ser atractiva para las personas ilustres de dentro y fuera del Imperio, Jerusalén al parecer dejó también de llamar la atención de quienes intentaban hallar en ella un lugar de retiro y de oración, o al menos Jerónimo pretendía que así fuera, cuando refiere el ambiente de gran ciudad que allí se vivía. Quienes querían un espacio adecuado para la contemplación, la vida de fe y el crecimiento en la virtud, debían pensar en un lugar diferente a la Ciudad Santa:

Sería un gran desatino renunciar al mundo, dejar la patria, abandonar las ciudades y hacer profesión de monje para ir al extranjero a vivir en medio de un tráfago mayor de gente que el que uno hubiera tenido en la propia patria<sup>491</sup>.

Las consideraciones que constituían el elogio de Jerusalén se transforman completamente: Jerusalén pasa a ser una ciudad idéntica a Roma, donde no reina la paz sino el conflicto y la guerra, una ciudad que no ofrece ninguna ventaja, espiritual o social al ser comparada con todas las demás metrópolis del Imperio.

---

<sup>489</sup> *Ep.* 58, 4.

<sup>490</sup> *Ep.* 77, 8.

<sup>491</sup> *Ep.* 58, 4.

### 5.2.3.2.1 Jerusalén no es diferente de Roma

Jerusalén a pesar de contar con una historia que hundía sus raíces casi en la conformación misma del mundo según la cosmología hebrea, y de haber recibido en herencia patrones sociales, políticos y culturales de importantes imperios como el egipcio, el asirio o el babilónico, tenía el sello clásico grecorromano debido a las sucesivas conquistas de Alejandro Magno y Julio César. Los últimos reductos de opositores al régimen romano en Jerusalén habían sido derrotados y a finales del siglo I, la ciudad había sido definitiva y totalmente conquistada por Roma. Después de tantas décadas de ocupación romana, la ciudad había adquirido los elementos materiales (edificios, vías y monumentos), políticos (gobierno, burocracia, leyes) e ideológicos (romanidad) de las demás colonias romanas. Sugiere el monje de Belén que Jerusalén no se diferencia de Roma en ninguno de sus aspectos estructurales:

Si los emplazamientos de la cruz y de la resurrección no estuvieran en una ciudad tan populosa, en la que hay un pretorio, un cuartel, hay cortesanas, mimos, bufones y todo lo que suele haber en otras ciudades, si Jerusalén sólo fuera visitada por multitudes de monjes, entonces un lugar así sería buscado por los monjes para vivir allí<sup>492</sup>.

Nótese la convivencia de los elementos de la ciudad cristiana con las infraestructuras típicas de la ciudad romana, lo cual sugiere que al igual que la mayoría de las ciudades bajoimperiales, Jerusalén era una ciudad romano-cristiana.

### 5.2.3.2.2 Jerusalén es tierra de guerra

El discurso jeronimiano que resaltaba la virtud y la vocación pacífica de Jerusalén deja de estar justificado cuando las hordas de bárbaros hacen sentir su presencia en Tierra Santa:

La súbita irrupción de los isaurios, la devastación de Fenicia y Galilea, el pánico que ha cundido en Palestina, sobre todo en la ciudad de Jerusalén, y el apremio por construir no libros, sino murallas. A ello hay que añadir la crudeza del invierno y el hambre intolerable, particularmente sobre quien recae el cuidado de tantos hermanos<sup>493</sup>.

La irrupción de los bárbaros podría haber enfrentado al monje de Belén ante el hecho de que Jerusalén solo es ciudad de paz en su etimología, pero que su historia es realmente

---

<sup>492</sup> *Ep.* 58, 4.

<sup>493</sup> *Ep.* 114, 1.

de lucha, de destrucción, de una sucesión de gobiernos de la más variada procedencia. Al final, el mejor título para la ciudad podría ser el de “conculcada”<sup>494</sup> –Jebús-.

### 5.2.3.2.3 Jerusalén es igual a las demás ciudades

Eliminados dos de los elementos fundamentales de la comprensión inicial de Jerónimo sobre Jerusalén -santidad y misión de paz- solo queda enunciar la contingencia de la ciudad e igualarla a las demás ciudades del mundo:

Pero es que no me atrevo a encerrar la omnipotencia de Dios en límites angostos y a colocar en un pequeño lugar de la tierra a quien no cabe ni en el cielo. No se valora a los creyentes por los diversos lugares que habitan, sino por el mérito de su fe; y no es ni en Jerusalén ni en el monte Garizín donde los verdaderos adoradores adoran al Padre, porque Dios es espíritu, y sus adoradores han de adorarlo en espíritu de verdad. Pero el espíritu sopla donde quiere. *Del Señor es la tierra y todo lo que la llena*. Después que se secó el vellón de Judea y el orbe entero fue bañado por el rocío celeste, y después que muchos venidos de Oriente y de Occidente se sentaron en el seno de Abrahán, dejó Dios de ser exclusivamente conocido en Judea y su nombre glorificado sólo en Israel; pues la voz de los apóstoles llegó a toda la tierra y sus palabras hasta los confines del orbe de la tierra. Hablando el Salvador a sus discípulos en el templo, les dice: *Levantaos, y vámonos de aquí*; y a los judíos: *Vuestra casa va a quedar desierta*. Si han de pasar el cielo y la tierra, no hay duda que pasará también todo lo terreno. Por consiguiente, los lugares de la cruz y la resurrección aprovecharán sólo a quienes llevan su cruz y resucitan con Cristo cada día, a los que se hacen dignos de tan excelsa morada. Por el contrario, los que dicen: *El templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor*, oigan al Apóstol: Vosotros sois templo de Dios y el Espíritu Santo mora en vosotros. La corte celestial está abierta lo mismo si se mira desde Jerusalén como si se mira desde Bretaña, pues el reino de Dios está dentro de nosotros<sup>495</sup>.

Jerusalén pasa a ser una ciudad como todas las demás que, por lo tanto, no aporta *per se* nada a quienes viven en ella o emigran hacia ella. Es la persona la que hace santa a la ciudad y no lo contrario. Con este cambio de comprensión, Jerónimo da un giro total a su teoría sobre la ciudad santa, con lo cual habrá recorrido finalmente, todo el proceso que la tradición bíblica siguió desde el Génesis hasta el Evangelio para descubrir que ninguna ciudad, ni siquiera Jerusalén, es fundamental para la adoración de Dios o para la práctica de la virtud, y que los verdaderos cristianos dan culto a Dios “en espíritu y en

---

<sup>494</sup> Ep. 46, 3.

<sup>495</sup> Ep. 58, 3.

verdad<sup>496</sup>. Estas consideraciones de Jerónimo en torno a Jerusalén, intuídas 15 años antes del saqueo de Roma del 410, van a ser la base de comprensión del ulterior drama de la caída de la Urbe.

### 5.3 Relato jeronimiano de la destrucción de Oriente

Los escritos jeronimianos de la última década del siglo IV (anexo 5) muestran unas ciudades orientales frágiles y desprotegidas ante el enemigo bárbaro que siembra en ellas el terror<sup>497</sup>, las asedia, las devasta<sup>498</sup> y en algunos casos, toma posesión de ellas y se aprovisiona de riquezas<sup>499</sup>, prisioneros<sup>500</sup> y esclavos<sup>501</sup>. Esta situación de inestabilidad la relata Jerónimo en una carta del año 400 a su amigo Océano:

Era rumor unánime entre todos, que se dirigían a Jerusalén, y que hacia esa ciudad los empujaba su desmesurada sed de oro. En Antioquía eran reparadas las murallas, abandonadas por la incuria que trae la paz. Tiro habría querido desprenderse de la tierra firme y volver a ser la antigua isla. También nosotros, para prevenir la llegada del enemigo, nos vimos forzados por esos días a preparar naves y esperar en el litoral; y aunque los vientos eran borrascosos, temíamos más a los bárbaros que al naufragio, y nos preocupaba más la pureza de las vírgenes que nuestra propia salud<sup>502</sup>.

Se puede suponer que los habitantes de la región, ubicada en el límite oriental del Imperio, estarían habituados a la presencia de extranjeros<sup>503</sup> que se trasladaban a la zona con fines comerciales<sup>504</sup> o religiosos en el caso de los peregrinos. Por tanto, lo que causaría realmente impacto en Jerónimo sería la irrupción violenta, cruel<sup>505</sup> y repentina<sup>506</sup> de los pueblos de las estepas<sup>507</sup> que acabaría con la calma y la tranquilidad que se respiraba en Tierra Santa, a donde migraban de todos los lugares del Imperio, hombres y mujeres que profesaban vida religiosa<sup>508</sup> o que simplemente buscaban la

---

<sup>496</sup> Jn 4, 15-24.

<sup>497</sup> *Eps.* 60, 16; 114, 1.

<sup>498</sup> *Eps.* 114, 1; 126, 2.

<sup>499</sup> *Ep.* 77, 8.

<sup>500</sup> *Ep.* 60, 16.

<sup>501</sup> *Comentario a Ezequiel*, 91.

<sup>502</sup> *Ep.* 77, 8.

<sup>503</sup> *Ep.* 46, 10.

<sup>504</sup> *Ep.* 7, 2.

<sup>505</sup> *Comentario a Ezequiel*, 227.

<sup>506</sup> *Ep.* 126, 2; 77, 8.

<sup>507</sup> *Ep.* 60, 16; 77, 8.

<sup>508</sup> *Ep.* 107, 2.

tranquilidad<sup>509</sup> y la seguridad<sup>510</sup> perdida varias décadas atrás en las regiones ubicadas al sur de la frontera renano danubiana. Las invasiones de Palestina sorprenden a todos los que veían en esta región del orbe el último reducto de paz, tranquilidad y armonía, entre ellos a Jerónimo de Estridón.

Existe otro documento, la Epístola 60 escrita hacia el año 396, en la cual Jerónimo manifiesta el temor que se vive en las regiones de Arabia, Fenicia, Palestina y Egipto<sup>511</sup>, ante la inminente llegada de los invasores procedentes de las regiones ubicadas en las más alejadas rocas del Cáucaso, mientras asegura que ya han sido asediadas Antioquía y las ciudades que bañan los ríos Halis, Cidno, Orontes y Éufrates<sup>512</sup>, es decir, localidades como Tarso, Celucia, Biblos y otros poblados más pequeños donde se encontraban comunidades cristianas de diferente tamaño e importancia. La amenaza se convierte muy pronto en cruentos ataques que dejan entre el 406 y el 411, una estela de muerte y destrucción en las diferentes regiones amenazadas (desde Jope hasta Belén)<sup>513</sup>.

Estas oleadas invasoras produjeron transformaciones en la infraestructura de las ciudades que se vieron obligadas a hacer o reconstruir murallas, de la misma forma que lo hizo Roma a su tiempo<sup>514</sup> con el fin de repeler los ataques bárbaros<sup>515</sup>. Las razias infringidas por los pueblos bárbaros harían sentir pronto sus efectos en el aprovisionamiento de alimentos en la región<sup>516</sup>, como lo evidencia la hambruna que nombra Jerónimo con angustia, aunque sin profundizar demasiado en ella<sup>517</sup>. La hambruna se habría generado por la crudeza del invierno, pero también como efecto de la guerra que provocó una importante disminución de los cultivos y de la producción, lo que impidió el abastecimiento<sup>518</sup> de algunas zonas del Imperio que quedaron repentinamente aisladas debido a la imposibilidad de hacer uso de la red de vías terrestres, fluviales y marítimas.

---

<sup>509</sup> Ep. 139.

<sup>510</sup> Ep. 60, 16.

<sup>511</sup> Ep. 60, 16.

<sup>512</sup> Ep. 60, 16.

<sup>513</sup> Ep. 129, 4.

<sup>514</sup> Ep. 130, 6.

<sup>515</sup> Ep. 114, 2.

<sup>516</sup> “Todo el imperio se empobreció con estas invasiones, mientras los bárbaros pudieron amasar enormes riquezas.” Depuyrot, *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*, 13-14.

<sup>517</sup> Ep. 114, 2.

<sup>518</sup> Ep. 112, 22.

Pasando al plano religioso, las invasiones también tuvieron efectos lamentables manifestados en la destrucción de monasterios e iglesias y en la muerte violenta de monjes y clérigos. No obstante, mientras discurre el relato jeronimiano de los hechos religiosos asociados a la invasión de Palestina, queda manifiesto el alcance de la expansión del cristianismo en la época, más allá de los confines del Imperio<sup>519</sup>. La jerarquía eclesiástica se revela omnipresente<sup>520</sup>, poderosa<sup>521</sup> y operante por doquier<sup>522</sup>, a través del establecimiento de diferentes instituciones cristianas de caridad<sup>523</sup>, además la convivencia del cristianismo en su forma ortodoxa con la llamada herejía que crece con nuevas propuestas, sigue siendo habitual<sup>524</sup>.

Para concluir, con el imperio cristianizado y el cristianismo romanizado se conforma una nueva estructura política, económica, cultural y social que se extiende por todo el Imperio a partir de un movimiento centrífugo que parte de dos centros: Roma y Jerusalén. Si el mundo occidental estaba agonizando, otro mundo nuevo, síntesis de lo antiguo (romanidad) y de lo nuevo (cristianismo) estaba naciendo.

Desde su natal Estridón hasta el monasterio de Belén, a lo largo de miles de kilómetros y de varias décadas, Jerónimo trae hasta la época presente un período memorable para el cristianismo, el de su implantación definitiva en el territorio romano desde donde se va a extender al resto del mundo y a todas las épocas. La visión que tiene Jerónimo no es la única, pero su originalidad está en haber sido un peregrino que anduvo desde los extremos del Oriente y Occidente romanos recogiendo las impresiones que configurarían la suya. Sin lugar a dudas, Jerónimo es un excelente compañero para comprender el tránsito de las ciudades romanas a ciudades cristianas.

---

<sup>519</sup> *Ep.* 107, 2.

<sup>520</sup> *Ep.* 92.

<sup>521</sup> *Ep.* 146, 1.

<sup>522</sup> *Ep.* 108, 6.

<sup>523</sup> *Ep.* 77, 10.

<sup>524</sup> *Ep.* 112, 13.

## Conclusiones

Al concluirse un estudio como este, queda el deseo de haber logrado el propósito inicial de acercar al lector a una época particular para el cristianismo. Una época rica en personajes, estructuras, hechos, datos y significados, que enriquecen nuestra visión de los primeros siglos de camino de nuestra fe.

Quienes quieran hallar en San Jerónimo tratados de historia o de política o eruditas consideraciones de sesgo social o cultural, quedarán frustrados al toparse con una obra total y absolutamente religiosa, sin otra pretensión que ayudar a los cristianos de los siglos IV y V, principalmente a sus amigos y conocidos, a comprender mejor su fe y los compromisos morales que de allí se desprenden. San Jerónimo, lo testimonian sus escritos, intentó ser coherente con su opción cristiana y, a su modo, con su opción monástica, aunque en este punto manifestó una gran libertad frente a la rigidez del claustro que le obligaba al silencio, a la soledad y a la ascética de la modestia y la sencillez. Del monje de Belén se puede decir, que de cristiano tuvo mucho, lo mismo que de teólogo, filólogo y exegeta, pero de político, historiador o sociólogo poco, quizá.

Ahora bien, esto no significa que un investigador del siglo XXI no pueda encontrar aspectos de estas disciplinas en sus obras. Los investigadores, teólogos o historiadores, deben procurar que los documentos hablen, se hagan actuales y digan hoy lo que tal vez no expresaron hace cinco, diez, quince o más siglos. Y San Jerónimo impregnó sus obras de elementos dogmáticos, bíblicos, místicos e históricos, con los que el teólogo de hoy puede reconstruir parte de la historia de la Iglesia antigua, interpretarla y contribuir a la comprensión de los fenómenos coyunturales y estructurales de la época. En medio de una disertación teológica, de un tratado bíblico, de un elogio fúnebre, de alguna consideración piadosa, de un consejo o de una polémica, Jerónimo deja escapar datos de su biografía que a lo mejor nunca pretendió escribir, además de datos de su época que quizá nunca quiso describir.

La vida de San Jerónimo entresacada de varias de sus obras, aporta los primeros datos relacionados con su época. De familia, al parecer cristiana y educación pagana, ciudadano de una pequeña población, pero obligado a desplazarse a la Urbe por antonomasia, Jerónimo se halla en medio de un mundo que evidentemente se está

transformando y que mueve a sus protagonistas al cambio. Su lucha interna entre dos mentalidades, la romana y la cristiana, es el reflejo y la síntesis de la crisis que vive el Imperio inmerso en un orden nuevo que, con éxito, se va abriendo paso en un mundo orgulloso de sí mismo, de su historia y de su tradición. El orden nuevo es el cristianismo, cuya inserción en el Imperio trasciende el ámbito religioso para introducirse en todas las demás estructuras del mundo romano.

El Imperio que paulatinamente ha ido dando cabida a las ideas y a las praxis cristianas, se hace consciente de la transformación que vive y del peligro que enfrentan sus estructuras e instituciones. Aunque reacciona, su reacción llega demasiado tarde. El Imperio romano es ahora también Imperio cristiano. Muchas cosas han cambiado; desde la unidad básica de la sociedad, la familia, hasta unidades mayores como las ciudades y las provincias, han adquirido un nuevo perfil.

En el caso de las ciudades, se puede observar que los cambios en el equipamiento físico -obras de ingeniería, construcciones conmemorativas, edificios públicos, viviendas, etc.- no son tan notorios, pero sí ha aparecido una arquitectura (basílicas, santuarios, monasterios, hospitales, hospederías) y una estética (arte y ornamentación) típicamente cristianas. Los cambios más profundos se encuentran realmente en el plano ideológico, en el aparato de conceptos y creencias de orden filosófico, antropológico, cosmológico, moral, político, social y cultural.

En el plano filosófico, el pensamiento griego representado en la época, principalmente por el estoicismo y el epicureísmo, ha ido dando paso a una forma de pensar típicamente cristiana, caracterizada por ser poco sensualista y más orientada en el plano personal, a la ascética y al sacrificio, y en el plano social, al colectivismo igualitario.

La antropología cristiana por su parte, no podía ser más contraria a la del orgulloso romano que ve en el éxito militar, la fuerza, la belleza, la educación y la riqueza, las bases del éxito y la realización personal. El cristianismo, presenta la imagen de un antihéroe pobre, obediente, pacífico, poseedor de una docta ignorancia y una santa simplicidad y con más deseos de morar en el cielo que de vivir en la tierra, hecho que permite revivir un radical dualismo de corte platónico, en el cual el alma buena estaría

destinada a abandonar el cuerpo malo que habita en un mundo naturalmente malo y pecador.

En la misma línea que la antropología, a la cosmología grecorromana se impone una visión del mundo y su destino de corte fatalista, apocalíptica. El mundo que ha brotado de la mano de un solo Dios creador puede de repente verse destruido por Él mismo, bien sea produciendo un cataclismo o permitiéndolo. Esta visión cosmológica se vio respaldada por las distintas oleadas de invasiones bárbaras y principalmente, a raíz del saqueo de Roma. Jerónimo, como se ha visto, quedó hondamente impresionado por la devastación de las ciudades del Imperio y en consonancia con otros autores de la época, escribió sus lamentos y propuso una causalidad correspondiente a un juicio moral que condenaba algunos de los comportamientos de los ciudadanos romanos y de sus gobernantes. Esta forma de pensar lleva implícita una nueva concepción del mundo donde metafísica, moral y política, conforman un todo inmerso dentro del totalizante pensamiento cristiano. Los grandes temas de la filosofía grecorromana, hombre, Dios y mundo, quedan a partir de esta época, asumidos por el pensamiento cristiano.

Donde más se evidencia el cambio en la mentalidad del Imperio, si nos acogemos a las obras de San Jerónimo, es en el ámbito moral, en el nuevo orden de valores, actitudes y comportamientos. El cristianismo promueve y defiende unas costumbres que incluyen la modestia, la discreción, el distanciamiento del lujo y la ostentación, la moderación, la castidad y otras virtudes vividas en la tierra, pero orientadas a la morada celestial. El cielo como meta de los cristianos transformaría paulatinamente, además de la forma de pensar, el comportamiento de los ciudadanos romanos. Este nuevo orden moral hallaría en el monacato -eremita y cenobita- el escenario ideal de realización, puesto que alejaría a hombres y mujeres de la vida de las ciudades, sede de los deleites que llevan al pecado y, por ende, a la condena. El desierto -monasterio, campo, retiro-, en contraposición a las ciudades con su muchedumbre y su ritmo frenético, hallaría en el período bajoimperial una notable importancia y un punto de mira para los nuevos conversos que verían en él -y no en el *cursus honorum*- una posibilidad de realización personal.

En el plano político se puede inferir, no tanto por lo que dice Jerónimo sino por lo que calla, que las figuras otrora emblemáticas de la estructura gubernamental perdieron espacio público y relevancia en la sociedad bajoimperial. El emperador, por ejemplo, no

parece revestir demasiada importancia, ni siquiera Teodosio, un emperador de máxima relevancia para el triunfo del cristianismo, mereció del santo de Belén más de dos notas (*Epístolas* 57, 3 y 58, 8) absolutamente marginales. Esta displicencia podría deberse a la pérdida del carácter sagrado del emperador y, por ende, a la desaparición de su culto. Es notorio en contraposición, el relieve que adquieren los obispos en los escenarios urbano y rural, donde aparecen como figuras obligadas de la vida política, social, cultural y por supuesto, religiosa. En todo caso, es importante volver a señalar que, por carecer de una finalidad abiertamente política, las obras de Jerónimo no contienen elementos suficientes que permitan ahondar demasiado en aspectos como la comprensión del poder o la organización de la polis.

En el plano de la cultura, las obras del santo dejan ver el surgimiento de una nueva literatura típicamente cristiana, cuyos autores se convierten en verdaderas autoridades de una especie de *supra-saber* que reúnen varias áreas del conocimiento como la literatura, la política, la filosofía o la moral. Este saber se abre paso como una verdadera ciencia *cristiana* integradora del conocimiento clásico acumulado hasta el momento, al cual comienza a colmar de un nuevo sentido y significado, preparando lo que sería la teología medieval y mucho después, la escolástica.

También dentro del ámbito de la cultura, asistimos al derrumbe de las típicas actividades romanas destinadas al ocio y la recreación. San Jerónimo juzga y condena las actividades circenses, las fiestas y las ferias, los baños y las tabernas, pero no deja en claro si desaparecieron y cuáles fueron las actividades que reemplazaron estos clásicos pasatiempos. Evidentemente, en época tardía las actividades lúdicas romanas ya habían decaído y algunas -como las luchas de gladiadores- habían sido prohibidas por Constantino en 326 y por Honorio en 404, de tal forma que de los grandes espectáculos (*ludi romani*) de la época altoimperial solo quedarían algunos rescoldos y habrían surgido nuevas formas de diversión acordes con los tiempos. No sería correcto pensar que -como podría derivarse del relato del “obispo improvisado” (Epístola 69,9)- las actividades con fines lúdicos fueron reemplazadas por actividades de tipo religioso - culto, visita a las tumbas de los mártires, sesiones de oración- o que el anfiteatro y el circo hayan sido reemplazadas por la iglesia y el altar o que el patrocinador de payasos se haya convertido en un clérigo. Lo que sí es evidente es que paulatinamente los espectáculos habituales del teatro, el anfiteatro y el circo fueron perdiendo interés para

los romanos y que al cabo del tiempo desaparecieron, los edificios fueron abandonados y eventualmente sirvieron como canteras para la edificación de otras obras.

Llegados a este punto, es necesario insistir en dos aspectos de capital importancia que se desprenden del pensamiento de Jerónimo y que ayudan a comprender la mentalidad bajoimperial. En primer lugar, que el cambio en las ideas no se correspondió necesariamente con una praxis derivada. Esto quiere decir que ni todo el mundo (romanos y bárbaros) se convirtió al cristianismo, ni todos -convertos o no- se comportaron o empezaron a pensar y a sentir como lo pretendían el cristianismo y sus principales impulsores, los jerarcas. En segundo lugar, que estos cambios no se dieron de manera uniforme en todo el Imperio. Las ciudades imperiales más cristianizadas, aquellas donde más se transformaron las estructuras físicas e ideológicas, fueron aquellas en las que fue menos fuerte la romanización y donde más tempranamente se implantó el cristianismo, principalmente en las regiones de Siria y Palestina. Por su parte, en las principales ciudades del Imperio como Roma, Milán o Tréveris, fue mayor la romanización de la Iglesia. Este hecho nos permitiría establecer la siguiente fórmula: a mayor romanización de las ciudades, mayor romanización de la Iglesia y a menor romanización de las ciudades, mayor cristianización de las mismas.

Finalmente, se debe volver sobre un aspecto evidente en las obras de Jerónimo y en la historiografía clásica, y es que no se puede hablar de un Imperio Cristiano a secas, negando o minusvalorando la dimensión auténticamente romana de la época. El romano de finales del siglo IV y comienzos del V -tampoco hay razones para creer que fuera diferente entre los ciudadanos del resto del siglo-, seguía sintiéndose orgulloso de serlo y tal vez, a pesar del pensamiento apocalíptico cristiano, ninguno de ellos imaginaba que el mundo romano fuese en algún momento a caer. Los romanos cristianos o en camino de serlo, seguían valorando y viviendo los valores de la romanidad, a pesar de los esfuerzos de los propagandistas de la ideología cristiana. En la mente, en el corazón y en las costumbres de los ciudadanos del orbe romano de la época de San Jerónimo -y de los siguientes años-, convivían elementos del cristianismo con otros fuertemente arraigados de la romanidad clásica. El mundo romano se resistía a morir y lo seguiría haciendo hasta sus últimos estertores de mitad de siglo, cuando en el Occidente se abría paso a una realidad que daba inicio a la Baja Edad Media. Oriente por su parte, desde

muchos años atrás había adquirido una identidad y un camino propios, aunque también se negaba a abandonar el espíritu común que mantenía la vida del viejo mundo romano.

Quedan abiertas muchas líneas de investigación a partir de la obra que se presenta y del rico legado de Jerónimo, tales como la profundización en la historia de la vida cotidiana del cristiano antiguo, sobre todo aquel que no ingresó a la vida consagrada ni perteneció a las élites romanas; el aporte de las mujeres en la configuración del cristianismo, más allá del hecho de haberlo llevado al seno de la familia; o la huella de los pueblos extranjeros en el cristianismo tardoimperial.

Por otra parte, a partir del método crítico de Jerónimo, se podría intentar hacer un análisis de las ciudades contemporáneas, las cuales encierran los mayores retos para la supervivencia humana y para la concreción de la fe cristiana en entornos difíciles marcados por la injusticia y el individualismo.

Cierro este escrito con el testimonio de la profunda huella que ha dejado Jerónimo en mí y en mi proceso de fe. Conocí a Jerónimo en un retiro en el monasterio de monjes jerónimos de El Parral, en Segovia-España, hacia el año 2003. En la mesita de noche de mi habitación de huésped había una breve biografía del santo. La leí en un par de horas y de ahí quedé convencido de que parte de mi proyecto de vida, sería comprender esta figura y su obra. No lo he logrado, pero voy en camino. De momento, me queda claro que, como el monje de Belén, el estudio, la disciplina, el conocimiento y el rigor son esenciales para contribuir en algo, aunque sea mínimo, a la causa del Evangelio. Abrazo desde aquí a mis grandes amigos los monjes Jerónimos últimos representantes de una estirpe monástica nacida en el siglo XV, pero inspirada en el viejo monje de Belén.

## Bibliografía

- AA. VV. *La ciudad en el mundo romano* (XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica), Tarragona, 1994.
- Acerbi, S. Intolerancia dogmática en el siglo V: un estudio de la legislación imperial antiherética (Cth, XVI,5,66 – C.I. I,1,3. – ACO II,III, 3), en Fernández, J. y Marcos, M. (eds.), *Libertad e intolerancia religiosa en el Imperio Romano*. Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, Anejo XVIII, 127-143, 2007.
- Adams, J. *The "Populus" of Augustine and Jerome: A Study in the Patristic Sense of Community*, New haven: 278, 1971.
- Adkin, N. Some Notes on the Dream of Saint Jerome, in *Philologus* 128, 119-126, 1984.
- Hierosolymam militaturus pergerem. A Note on the Location of Jerome's Dream, in *Koinonia* 17, 81-83, 1993.
- The Date of the Dream of Saint Jerome, in *Studi Classici e Orientali* 43, 263-273, 1993.
- Jerome's use of Scripture before and after his dream," in *Illinois Classical Studies* 20, 183-190, 1995.
- Jerome on Virginity: A Commentary on the Libellus De Virginitate Servanda* (Letter 22), ARCA, 480, 2003.
- Alcácer J. M. Itinerario Bíblico de San Jerónimo, en *Teología Espiritual* XXXIX–116, mayo-agosto, 219-245, 1995.
- Althamer, B. *Patrología*, 4ª ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1956.
- Amiano, Marcelino. *Historias*. Edición de María Luisa Trujillo. Madrid: Akal/Clásica, 2002.
- Antin, P. Le monachisme selon Sain Jérôme, en *Mélanges Bénédictins*. París, 71-113, 1947.
- Essai sur Saint Jérôme, en *CCL* 72. París, 1955.
- Simple et simplicité chez Jérôme en *Revue Bénédictine* 73, 371-381 1961.
- Jérôme antique et chrétien*: REAug. París, 35-46, 1970.
- Armstrong, K. Historia de Jerusalén. Una ciudad y tres religiones. Barcelona: Paidós, 2005.
- Arnheim, M.T.W. *Essai sur saint Jérôme*. París, 1951.
- Arrayas, I. "Hispanos que triunfaron en Roma", en *Clio, Revista de Historia*, 56, Madrid, 2006.

- Bajo, F. *La formación del poder social y económico de la iglesia occidental durante los siglos IV-V*. Madrid: Microf, 1986.
- Balil, A. *Aspectos sociales del Bajo Imperio (s. IV – s. V)*. Latomus, 24, 886-904, 1965.
- Bayet, J. *Literatura latina*. Barcelona: Ariel, 4ª Ed., 483, 509-541, 1975.
- Benedicto XV. *Encíclica “Spiritus Paraclitus”*, 1920.
- Berardino, A. di (ed.). *Patrología*. Madrid: BAC, 159-165, 198.
- Biblia de Jerusalén. Desclée De Brouwer. Bilbao, 1975.
- Blazquez, J. M. *La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella*. Madrid, 1990.
- Aspectos de la sociedad romana del Bajo Imperio en las cartas de San Jerónimo (II)*, Universidad Complutense de Madrid, 1994.
- Sinesio de Cirene, intelectual. La escuela de Hypatia en Alejandría*, Universidad Complutense de Madrid, 2004.
- Booth, A.D. The Date of Jerome's Birth, in *Phoenix* 33, 346-352, 1979.
- The Chronology of Jerome's Early Years, in *Phoenix*, Vol. 25, 237-259, 1981.
- Brown, P. *Religion and Society in the Age of St. Agustin*. London, 1972.
- El cuerpo y la sociedad*. Barcelona: Muchnik Editores, 1993.
- El primer milenio de la cristiandad occidental*. Crítica, Grijalbo.
- Cameron, A. *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía 395-600*. Barcelona: Crítica, 1998.
- Campenhansen, H. V. *Los Padres de la Iglesia*. Madrid: Cristiandad, 1974.
- Candau, J. M. (ed.). *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*. Madrid: Ediciones Clásicas, 1990.
- Cardoso, C. *Introducción al trabajo de investigación histórica*. Barcelona: Crítica, 1981.
- Cavallera, F. *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, 2 vols. Louvain-Paris, 1922.
- Coleiro, E. St. Jerome's Lives of the Hermits, in *Vigiliae Christianae* 11, 161-178, 1957.
- Collingwood, R. G. *Idea de la historia*. México: D. F., Fondo de Cultura Económica, 1986.

- Colombas, M. OSB. *Historia del Monacato*. Madrid: BAC, 1984.
- Curran, J. Jerome and the Sham Christians of Rome, in *Journal of Ecclesiastical History* 48.2, 213-229, 1997.
- Dagron, G. *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451*. Paris, 1984.
- Danieluo, J. y Marrou, H. *Nouvelle Histoire de l'Église, I. Des origens à Grégoire le Grand*. Paris, 1963.
- Del Pozo Sainz, T. Les chrétiens et leur conduit dans la rue selon Saint Jérôme, en *La rue, lieu de sociabilité? Rencontres de la rue. Actes du colloque de Rouen*. Publications de L'Université de Rouen, N° 214, 1997.
- Depeyrot, G. *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*. Barcelona: Crítica, 1996.
- Donnat, L. o.s.b. Voyage et maturation spirituelle chez Jérôme, en *Connaissance des pères de l'Église*, Éditions Nouvelle Cité -Trimestriel- Jun 93, 45 F, 8-10, 1993.
- Duval, Y. *Introduction, texte critique et commentaire sur le Comentarium in Ioanem*, Cerf. Paris, 1985.
- Jérôme entre l'Occident et l'Orient, XVI centenaire du départ de Jérôme de Rome et de son installation à Bethléem. Actes du Colloque de Chantilly (Septembre), 1986.
- Egeria. *Itinerario*, Ed, y trad. esp. de A. Arce. Madrid: BAC, 1996.
- Erenee, F. La correspondance entre Agustin et Jérôme (394-419), en *Connaissance des Pères de l'Église*, N° 50, Juin, 22-26, 1993.
- Escribano, M. El cristianismo marginado, en Sotomayor, M. y Fernández, J. (eds.), *Historia del Cristianismo, I. El Mundo Antiguo*. Madrid: Trotta, 399-431, 2003.
- Ewald, M. Jerome, Homilies, 1-59, in *The Fathers of the Church*, Vols. 48. Washington: Catholic University of America Press, 1992.
- Jerome, Homilies, Nos. 60-96, in *The Fathers of the Church*, Vols. 57. Washington: Catholic University of America Press, 1996.
- Ferril, A. *La caída del Imperio Romano, las causas militares*. Madrid: Edaf, 1998.
- Frend, W. *Paulino de Nola and the last Century of the Western Empire*. JRS 59, 1-11, 1969.
- Gabba, E. *Transformations et conflicts au IVe siècle ap. J.C.* Bonn, 1978.
- Gaudement, J. *L'Église dans l'Empire Romain (IV – V siècles)*. Paris, 1958.
- Giardina, A. *Società romana e Impero Tardiantico I-IV*. Bari, 1986.

- Gibbon, E. *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*. Barcelona: Random House Mondadori, S. A., 2000.
- Gigon, O. *La cultura antigua y el cristianismo*. Madrid: Gredos, 1970.
- Girardet, K. *Trier 385: Der Prozess gegen die Priszillianer*, Chiron, 4, 574, 1974.
- Gómez, N. *Gregorio de Nazianzo en Constantinopla. Ortodoxia, heterodoxia y régimen teodosiano en una capital cristiana*. Madrid, 2000.
- González R. *Biblia y polémica antijudía en Jerónimo*. Madrid, Instituto de Filología del CSIC, Departamento de Filología Bíblica y de Oriente Antiguo, 2003.
- González, A. *Economía y sociedad en el Bajo Imperio, según S. Juan Crisóstomo*, Roma, 1977.
- González, C. *Roma y la urbanización de Occidente*. Madrid, Arco/Libros, 1997.
- Gregorio de Nisa. *De virginitate*. Ed y trad. franc. De D. Gorce. París: SCh 90, 1962.
- Gros, P. Y Torrelli, M. *Storia dell'urbanistica. Il mondo romano*. Bari, 1998.
- Hagendahl, H. *Latin Fathers and the Classics. A study of the Apologists. Jerome and other Christian Writers*. Goteborg, 1958.
- Heather. 2006. *La Caída del Imperio Romano*. Barcelona: Planeta, 2006.
- Hennings, Ralph. Correspondencia entre Agustín y Jerónimo. Trad. Eguílaz, M y J. Oroz, en *Agustines XL*, 156-159, 111-118, 1995.
- Hernández, F. *Prisciliano y el Priscilianismo, historiografía y realidad*. Universidad de Oviedo, 44-85, 2004.
- Hornedo, R. Semblanza literaria de San Jerónimo, en *Sal Térrea*, Revista mensual para sacerdotes dirigida por padres de la Compañía de Jesús, tomo XIV, número 9, Santander: Comillas, 1925.
- Hritz, J. Jerome, Dogmatic and Polemical Works, in *The Fathers of the Church*, Vol. 53. Washington, D.C: Catholic University of America Press, 1992.
- Jaureguizar, E. San Jerónimo y los clásicos, en *Humanidades*, tomo I, Universidad Pontificia Comillas, Santander, 1949.
- Jerónimo, *Cartas*, 2 vols. Madrid: Ed. y trad. esp. de J. B. Valero 1993 – 1995.
- Comentario al Evangelio de Mateo*. Madrid: Ciudad Nueva, 1997.

“La vida de San Pablo, el primer ermitaño, de San Jerónimo. Introducción, traducción y notas de Fernando Rivas” en *Cuadernos monásticos*, 526-551, 115, 1995.

*Obras completas I. Obras Homiléticas*. Madrid: BAC: Edición Bilingüe promovida por la Orden de san Jerónimo, 1999.

*Obras completas II. Comentario a Mateo y otros escritos*. Madrid: BAC: Edición Bilingüe promovida por la Orden de san Jerónimo, 2002.

*Obras completas IIIa. Comentarios a los Profetas Menores*. Madrid: Edición Bilingüe promovida por la Orden de san Jerónimo, 2000.

*Obras completas IIIb. Comentarios a los Profetas Menores*. Madrid: BAC, Edición Bilingüe promovida por la Orden de san Jerónimo, 2003.

*Obras completas IV. Cuestiones relativas al Antiguo Testamento*. Madrid: BAC, Edición Bilingüe promovida por la Orden de san Jerónimo, 2004.

*Obras completas Va. Comentario a Ezequiel (Libros I-VIII)*. Madrid: BAC, Edición Bilingüe promovida por la Orden de san Jerónimo, 2005.

*Obras completas Vb. Comentario a Ezequiel (Libros IX-XVI)*. Madrid: BAC, Edición Bilingüe promovida por la Orden de san Jerónimo, 2006.

*Comentario al Evangelio de Mateo*. Madrid: Ciudad Nueva, 1997.

Jones, A. H. M. *The Later Roman Empire*. Baltimore, The John Hopkins University Press, 1992.

Keay, S. Towns in the Roman World: Economic centres or cultural symbols, en *La ciudad y el mundo romano*. Tarragona: Pre-actas XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica, 1993.

Kelly, J. *Jerome: His Life, Writings and Controversies*. London, Hendrickson, 1975.

Kolb, F. *La ciudad en la Antigüedad*. Barcelona, (trad.), 1992

Krämer, G. *Historia de Palestina. Desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*. Madrid: Siglo XXI, 2009.

Laurita, L. *Insegnamenti nelle Leerte di S. Girolamo*. Roma, Pontificia Universidad S. Thomas de Aquino, 1967.

Layton, R. Plagiarism and Lay Patronage of Ascetic Scholarship: Jerome, Ambrose and Rufinus, in *Journal of Early Christian Studies* - Volume 10, Number 4, 489-522, 2002.

Le Glay, M. *Grandeza y caída del Imperio Romano*. Madrid, Cátedra, 2002.

- Lévêque, P. *Villes et structures urbaines dans l'occident romain*. Paris, 1971.
- Llorca, B. *Historia de la Iglesia Católica I*. Madrid, 1990.
- Lomas, f. J. El imperio cristiano, en Sotomayor, M. y Fernández, J. (eds.), *Historia del Cristianismo, I. El Mundo Antiguo*. Madrid: Trotta, 517-530, 2003.
- Malave, B. *Legislación Urbanística en la Roma Imperial. A propósito de una Constitución de Zenón*. Universidad de Málaga, 2000.
- Mar, M. *Las mujeres de la aristocracia senatorial en la Roma del Bajo Imperio (312-410)*, Santander, Universidad de Cantabria, 1990.
- Marcos, M. El monacato cristiano, en Sotomayor, M. y Fernández, J. (eds.), *Historia del Cristianismo, I. El Mundo Antiguo*, 659-684. Madrid: Trotta, 2003.
- Maraval, P. Saint Jérôme et le pèlerinage aux lieux saints de Palestina, en *Jérôme entre l'Occident et l'Orient. XVI centenaire du départ de Saint Jérôme de Rome et de son installation à Bethléem*, Actes du colloque de Chantilly, Études Augustiniennes. Paris, 1988.
- Marrou, H. *¿Decadencia romana o antigüedad tardía? Siglos III-VI*, Rialp, S.A., Madrid, 1980.
- Martínez, P. Los argumentos de Orosio en la polémica pagano-cristiana, en *Antigüedad y cristianismo, monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía VIII, Cristianismo y aculturación en tiempos del Imperio Romano*. Universidad de Murcia, 1990.
- Mazzarino, S. *El fin del mundo antiguo*. México, 1961.
- Mcdermott, W. Saint Jerome and Pagan Greek Literature, en *Vigilae Christianae*, 36.4, 372-382, 1982.
- Moliner, J. *Historia de la espiritualidad*. Burgos: Monte Carmelo, 65, 1972.
- Mondadori. *El mundo en la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*. Madrid, Taurus, 1998.
- Moreno, F. *San Jerónimo, la espiritualidad del desierto*. Madrid: La Editorial Católica, 1986.
- Muñoz, M<sup>a</sup>. *San Jerónimo y la educación femenina*. Madrid, 1960.
- Murphy, F. Ed. *A Monument to Saint Jerome: Essays on Some Aspects of His Life, Works and Influence*. New York: Sheed and Ward, 1982.
- Nautin, P. RE. Aug 19, 219-239, 1973.
- Optato, *Sancti Optati Milevitani Libri VII*, CSEL 26.

- Orosio. *Historias*. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1982.
- Patrología III. *Instituto Patristico Augustinianum*. Madrid: BAC, 1986.  
Patrología latina de MIGNE t. XXII-XXX.
- Penna, A. *San Jerónimo*. Barcelona: Traducción al castellano de F. Riera Simó, Luis Miracle, 1952.
- Peña, J. *Actuaciones de San Jerónimo en la conciliación de las culturas pagana y cristiana*. Publicaciones del Seminario Metropolitano de Burgos, serie c., vol. 7. Burgos, 1957.
- Piganiol, A. *L'Empire Chrétien (325-395)*. París: PUF, 1972.
- Placido, D. *Introducción al mundo antiguo: problemas teóricos y metodológicos*. Madrid: Síntesis, 886-904, 1993.
- Prieto, A. *El fin del Imperio Romano*. Madrid, 1991.
- Rebenich, S. *Hieronymus und sein Kreis*. Stuttgart: Steiner, 1992.
- Richardson, E. Jerome, Lives of Illustrious Men, in *Nicene & Post-Nicene Fathers*, 2nd series, Vol. 3. Edinburgh : T & T Clark, 359-384, 1980.
- Romero, E. *El donatismo en las regiones extra-africanas*. Donatistas, en DPAC, 1, 640-641.
- Saitta, A. Guía crítica de la historia y de la historiografía. México, D. F: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- San Agustín, *Escritos antidonatistas*: PL 11,43.
- Schatin, M.A. The Influence of Origen upon St. Jerome's commentary on Galatians, in *Vigiliae Christianae* 24, 49-58, 1970.
- Scourfield, J.H.D. A Note on Jerome's Homily on the Rich Man and Lazarus, in *Journal of Theological Studies* 48.2, 536-539, 1997.
- Scritti vari. *Miscellanea Geronimiana*, nel XV centenario dalla morte di S. Girolamo. Roma: Tipografia Poliglotta Vaticana, 1920.
- Serrato, M. Ascetismo femenino en Roma, en *Estudios sobre San Jerónimo y San Agustín*. Universidad de Cadiz: Servicio de publicaciones, 1993.
- Sigüenza, J., Fray. Vida de San Jerónimo Doctor Máximo de la Iglesia, por el padre Fray José de Sigüenza. Madrid: Imprenta de la Esperanza, 1853.
- Simaco. *Cartas, Libros IV-X*. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2003.
- Simonetti, M. *Prisciliano - Priscilianismo*, en DPAC, 11, 1834–1835.

- Sotomayor, M. *Historia de la Iglesia en España, I.* 193-195. Madrid, 1979.
- Estructuración de las iglesias cristianas, en Sotomayor, M. y Fernández, J. (eds.), *Historia del Cristianismo, I. El Mundo Antiguo*, 531-539. Madrid: Trotta, 2003.
- Sotomayor, M. Y Fernández, J. (Eds.) *Historia del Cristianismo, I. El Mundo Antiguo*, 399-685. Madrid: Trotta, 2003.
- Steinmann J. *Saint Jerome and His Times*, tr. Ronald Mathews. Paris: Notre Dame, 1959.
- Teja, R. *El cristianismo primitivo en la sociedad romana.* 197-213. Madrid: Istmo, 1990.
- El cristianismo primitivo en la sociedad romana.* Madrid: Istmo, 1990.
- La cristianización de los modelos clásicos: el obispo, en *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad tardía.* 213-230: Sevilla: Universidad de Sevilla, 1993.
- Emperadores, obispos, monjes y mujeres protagonistas del mundo antiguo.* Madrid: Trotta, 1999.
- Teja, R. Y Marcos, M. Modelos de ascetismo femenino aristocrático en la época de Juan Crisóstomo: Constantinopla y Palestina, en *Giovanni Crisostomo, Oriente e Occidente tra IV e V secolo*, 619-625. Institutum Patristicum Augustinianum. Roma, 2004.
- Temistio. *Discursos políticos.* Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2000.
- Testard, M. *Saint Jérôme. L'apôtre savant et pauvre du patriciat romain.* Paris, 1996.
- Thierry, A. *Saint Jérôme. La société chretienne en occident.* Paris: Librairie Académique Didier, 1981
- Tricalet, M. *Biblioteca portátil de los padres y doctores de la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles*, Traducida al castellano y aumentada sobre la edición última, por el P.D. Francisco Vásquez. 65-260, Tomo V. Madrid: Imprenta Real, 1791.
- Tulio, *De la Consolación.*
- Ubric, P. La coexistencia religiosa en la cotidianeidad de la Antigüedad tardía, en Fernández, J. y Marcos, M. (eds.), *Libertad e intolerancia religiosa en el Imperio Romano.* Anejo XVIII, 145-165. España: Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, 2007.
- Vallarsi, D. Hieronymi Stridonensis presbyteri vita ex eius potissimum scriptis concinata. Tomo XI de su edición; en *Migne, Patrología Latina*, 22, 5-202.

Vidén, G. St. Jerome of Female Chastity: Subjugating the Elements of Desire, in *Symbolae Osloenses* 73, 139-157, 1998.

## ANEXOS

### Anexo 1

#### El epistolario de Jerónimo en el espacio y en el tiempo

CARTA	DESTINATARIO	AÑO	ORIGEN	DESTINO
1	Inocencio	374	Antioquía	
2	Teodosio y demás anacoretas que moran en el interior	374	Antioquía	Calcis
3	Rufino	375	Antioquía	Egipto
4	Florentino	375	Antioquía	Belén
5	Florentino	376	Calcis	Belén
6	Juliano	375	Calcis	Aquileya
7	Cromacio, Jovino y Eusebio	376	Calcis	Aquileya
8	Niceas	376	Calcis	Aquileya
9	Crisocomas	376	Calcis	Aquileya
10	Pablo	376	Calcis	Concordia (cerca de Aquileya)
11	Vírgenes de Hemonia	376	Calcis	Hemonia (hoy Lubliana)
12	Antonio	376	Calcis	Hemonia
13	Castorina	376	Calcis	Estridón? Hemonia?
14	Heliodoro	376-377	Calcis?	Altino
15	Dámaso	376	Calcis	Roma
16	Dámaso	377	Calcis	Roma
17	Marco	377	Calcis	Calcis
18 A	Dámaso	381	Constantinopla	Roma
18 B	Dámaso	381	Constantinopla	Roma
19	De Dámaso	383	Roma	Roma
20	Dámaso	383	Roma	Roma
21	Dámaso	383	Roma	Roma
22	Eustoquia	384	Roma	Roma
23	Marcela	384	Roma	Roma (en retiro)
24	Marcela	384	Roma	Roma
25	Marcela	384	Roma	Roma
26	Marcela	384	Roma	Roma
27	Marcela	384	Roma	Roma
28	Marcela	384	Roma	Roma
29	Marcela	384	Roma	Roma
30	Paula	384	Roma	Roma
31	Eustoquia	384	Roma	Roma
32	Marcela	384	Roma	Roma
33	Paula	385	Roma	Roma
34	Marcela	385	Roma	Roma
35	De Dámaso	384	Roma	Roma
36	Dámaso	384	Roma	Roma
37	Marcela	385	Roma	Roma
38	Marcela	384	Roma	Roma
39	Paula	384	Roma	Roma
CARTA	DESTINATARIO	AÑO	ORIGEN	DESTINO
40	Marcela	384	Roma	Roma
41	Marcela	385	Roma	Roma
42	Marcela	385	Roma	Roma
43	Marcela	385	Roma	Roma
44	Marcela	385	Roma	Roma
45	Asela	385	Roma	Roma (en retiro)
46	De Paula y Eustoquia a	386	Belén	Roma

	Marcela			
47	Desiderio	394	Belén	Roma?
48	Panmaquio	394	Belén	Roma
49	Panmaquio	394	Belén	Roma
50	Domnión	394	Belén	¿Roma?
51	De Epifanio a Juan de Jerusalén	394	Belén	
52	Nepociano	393	Belén	Altino
53	Paulino	394	Belén	Barcelona
54	Furia	395	Belén	Roma
55	Amando	398	Belén	¿Roma?
56	De Agustín	394-95	Hipona	Belén
57	Panmaquio	396	Belén	Roma
58	Paulino	395	Belén	Barcelona
59	Marcela	394	Belén	Roma
60	Heliodoro	396	Belén	Altino
61	Vigilancio	396	Belén	¿?
62	Tranquilino	397	Belén	¿?
63	Teófilo	399	Belén	Alejandro
64	Fabiola	397	Belén	Roma
65	Principia	397	Belén	Roma (retiro)
66	Panmaquio	398	Belén	Roma
67	De Agustín	398	Hipona	Belén
68	Castriciano	397	Belén	Panonia
69	Océano	400	Belén	Roma
70	Magno	398	Belén	Roma
71	Licinio Bético	398	Belén	Bética
72	Vidal	398	Belén	Roma
73	Evángelo	398	Belén	¿?
74	Rufino	398	Belén	Roma
75	Teodora	399	Belén	España
76	Abigao	399	Belén	España
77	Océano	400	Belén	Roma
78	Fabiola	400	Belén	Roma
79	Salvina	400	Belén	Roma
80	Prefacio de Rufino al Peri Arjón (trad.)	398	Belén	¿?
81	Rufino	399	Belén	Roma
82	Teófilo	387	Belén	Alejandro
83	De Panmaquio y Océano		Roma	Belén
84	Panmaquio y Océano	399	Belén	Roma
85	Paulino	399	Belén	Barcelona

<b>CARTA</b>	<b>DESTINATARIO</b>	<b>AÑO</b>	<b>ORIGEN</b>	<b>DESTINO</b>
86	Teófilo	400	Belén	Alejandro
87	De Teófilo	400	Alejandro	Belén
88	Teófilo	400	Belén	Alejandro
89	De Teófilo	400	Alejandro	Belén
90	De Teófilo a Epifanio	400	Alejandro	Chipre
91	De Epifanio a Jerónimo	400	Chipre	Belén
92	De Teófilo a los obispos de Palestina y Chipre	400	Alejandro	Palestina y Chipre
93	Respuesta del sínodo de Jerusalén a Teófilo	400	Jerusalén	Alejandro
94	De Dionisio, obispo de Lidda a Teófilo	400	Palestina	Alejandro
95	Del Papa Anastasio a Simpliciano	400	Roma	Milán
96	Carta pascual del Obispo San Teófilo	401	Alejandro	
97	Panmaquio y Marcela	402	Belén	Roma
98	Carta pascual de Teófilo a los obispos de Egipto	402	Alejandro	
99	Teófilo	404	Belén	Alejandro
100	Carta pascual de Teófilo a los obispos de Egipto	404	Alejandro	
101	De Agustín a Jerónimo	402	Hipona	Belén
102	Agustín	402	Belén	Hipona
103	Agustín	403	Belén	Hipona
104	De Agustín		Hipona	Belén
105	Agustín	404	Belén	Hipona
106	Sunnia y Fretela	400	Belén	Constantinopla (godos)
107	Leta	400-402	Belén	Roma
108	Elogio fúnebre de Santa Paula	404	Belén	
109	Ripario	404	Belén	Tolosa
110	De Agustín	404	Hipona	Belén
111	De Agustín a Presidio	404	Hipona	
112	Agustín	404	Belén	Hipona
113	De Teófilo a Jerónimo	406	Alejandro	Belén
114	Teófilo	406	Belén	Alejandro
115	Agustín	405	Belén	Hipona
116	De Agustín	405	Hipona	Belén
117	A una madre y a su hija	405-406	Belén	Galia
118	Juliano	407	Belén	
119	Minervio y Alejandro	406	Belén	Tolosa
120	Hebidia	407	Belén	Galia
121	Algasia	407	Belén	Galia
122	Rústico	407	Belén	Galia
123	Geruquia	409	Belén	Roma
124	Avito	409	Belén	¿Constantinopla?
125	Rústico	411	Belén	Galia

CARTA	DESTINATARIO	AÑO	ORIGEN	DESTINO
126	Marcelino y Anapsiquia	411	Belén	África
127	Principia	413	Belén	Roma
128	Pacátula	413	Belén	Roma
129	Dárdano	414	Belén	Roma
130	Demetria	414	Belén	Cartago
131	De Agustín	415	Hipona	Belén
132	De Agustín	415	Hipona	Belén
133	Ctesifón	415		
134	Agustín	416	Belén	Hipona
135	De Inocencio papa a Aurelio	417	Roma	Cartago
136	De Inocencio a Jerónimo	417	Roma	Belén
137	De Inocencio a Juan	417	Roma	Jerusalén
138	Ripario	417	Belén	Tolosa
139	Apronio	418	Belén	Roma
140	Cipriano	414-415	Belén	
141	Agustín	418	Belén	Hipona
142	Agustín	418	Belén	Hipona
143	Alipio y Agustín	419	Belén	Hipona
144	De Agustín a Optato	¿420?	Hipona	¿?
145	Exuperancio	Desconocido	Belén	
146	Evangelo	Desconocido	Belén	Roma
147	Sabiliano	desconocido	Belén	¿?
148	Celancia	¿De Pelagio?	¿?	¿?
151	Ripario	419	Belén	Tolosa
152	Ripario	419	Belén	Tolosa
153	Bonifacio	419	Belén	Roma
154	Donato	419	Belén	¿Roma?

Las cartas sombreadas están incluidas en el *Epistolario* de Jerónimo, pero no son de su autoría. Algunas de estas, la mayoría, tienen a Jerónimo como destinatario, otras fueron incluidas erróneamente adjudicándose en un principio al monje de Belén.

## Anexo 2

### Guerras e invasiones del 395 al 416

ROMA E ITALIA		OCIDENTE		ORIENTE
Estilicón regente y jefe del ejército (en Milán)			395	Muerte de Teodosio. Sublevación de los godos federados de Tracia, dirigidos por Alarico contra el emperador Arcadio.
	395	Sublevación del conde de África. Gildón.		
Invasión de Alarico				
Estilicón libera Italia	406	Gran incursión en el Rin de los vándalos, alanos y suevos		
	407	Constantino III en Galia contra Honorio.		
	407-409	Los vándalos dominan la Galia.		
Estilicón asesinado en Pavía.				
Alarico contra Roma, conquistada y saqueada (410)	409	Los vándalos atraviesan los pirineos; dueños de España de 409 a 429.		
San Agustín comienza la <i>Ciudad de Dios</i> (primera publicación en 412)				
Muerte de Alarico, a quien sucede su hermano Ataúlfo.				
	412	Ataúlfo en el sur de la Galia, donde muere en 415.		
	413	Nueva incursión de los bárbaros en el Rin: burgundios, francos ripuarios.	413	Teodosio II dota a Constantinopla de una nueva muralla
	416	Los visigodos pasan a España, vuelven a cruzar los Pirineos y fundan la Aquitania visigótica (Toulouse)		

Tabla: Acontecimientos entre 395 y 416. Fuente: M. Le GLAY, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, 616. Están sombreados los hechos a los que se refiere Jerónimo en sus obras.

### Anexo 3

#### Lugares mencionados en las obras de Jerónimo y personajes asociados

LUGARES	PERSONAJES ASOCIADOS	COMENTARIOS
Alejandría	Teófilo	Patriarca de Alejandría (Carta 28, 10) Intervino eficazmente en la contienda entre Jerónimo y Juan de Jerusalén.
	Teófilo	Segunda contienda antiorigenista (también se da en Roma y la protagoniza Rufino, a favor de Orígenes, claro) Primer carta de Jerónimo a Teófilo, luego hay un silencio que se rompe cuando, en 399 Teófilo escribe a Jerónimo contándole que había vencido el origenismo.
	Teófilo	Avisa a Jerónimo de la visita de Agatón, obispo de Egipto y del diácono Anastasio, donde le informarán sobre las victorias en contra del origenismo.
Altino	Heliodoro de Altino	Carta 14; 3, 2;
	Cromacio	Cuidad de donde fue obispo Cromacio.
Antioquía	Apolinar de Laodicea	Obispo heterodoxo que quiso tomarse el poder en Antioquía. Maestro de exégesis de Jerónimo (Carta 84, 3)
	Lucifer de Cagliari	Obispo ortodoxo que ordena obispo de la sede de Antioquía a Paulino. Carta 15, 1 y 2. Ver introducción a la Carta 3.
	Eustacio	Obispo de confesión nicena fue depuesto
	Melecio	Obispo nombrado para Antioquía en el concilio de Constantinopla (obispo no arriano) Fue desterrado este mismo año por acción de los arrianos.
	Eusoyo	Obispo arriano que reemplazó a Melecio.
	Paulino, presbítero	Presbítero que lideró la comunidad que promovía la ortodoxia en la región.
	Evagrio	Llegó a Occidente como acompañante del obispo de Vercelli Carta 7, 1.
	Teodosio	Anacoreta a quien dirige la carta 2.
	Juliano	Diácono de Aquileya Carta 6.
	Niceas	Subdiácono de Aquileya Carta 8.
	Cromacio	Hermano de Eusebio.
	Eusebio	Hermano de Cromacio.
	Barcelona	Paulino de Nola
Belén	Feliciana	Virgen que vivía en el cenáculo de Paula.
	Paula	Noble mujer, seguidora de Jerónimo hasta Belén. Enferma a finales de 402 y muere en 26 de enero de 404.
	Paulina	Hija de Paula.
		Traduce la carta de Dídimo.
	Desiderio	Vive en Roma, pero Jerónimo le escribe una carta desde Belén, la primera desde su llegada a este lugar.
	Serenila	Eseposa de Desiderio. Han tomado la decisión de vivir en continencia.
	Lucinio y Teodora	Pareja de esposos españoles que decidió vivir en continencia (Carta 71) Este mismo caso se dio con Paulino de Nola y Terasia (Carta 53)
	Joviniano	Monje que propuso un nuevo estilo de vida monástica, sin ascetismo. Fue condenado por el Papa Siricio y por San Ambrosio de Milán.
	Jerónimo	Se desata todo el problema en torno al origenismo.
	Orígenes	Teólogo del siglo III que inspiró la metodología exegética de Jerónimo, pero hacia cual (hacia su doctrina) va dirigida una fuerte lucha doctrina.

	Epifanio y Juan	Epifanio, obispo de Chipre y Juan, obispo de Jerusalén tendrían una fuerte desavenencia a causa del origenismo. Jerónimo toma partido por Epifanio y Rufino por Juan. Con esto se desata una fuerte lucha en la que se verá minada para siempre la amistad de los dos amigos: Jerónimo y Rufino.
	Atarbio	Personaje extraño que aparece en los monasterios de Jerónimo y enciende la “cruzada” en contra de Orígenes. Rufino, que está al amparo del Obispo Juan de Jerusalén se opone. Jerónimo lo permite, ya que Atarbio estaba relacionado con Epifanio de Chipre.
	El prefecto Rufino	Funcionario romano que, de no haber muerto, hubiera podido desterrar a Jerónimo durante la contienda con el obispo Juan de Jerusalén.
	Vicente	Presbítero, miembro del monasterio de Belén.
	Orosio	Sacerdote español enviado por Agustín para informarle sobre la herejía pelagiana.
	Ctesifonte	Personaje a quien Jerónimo informa a través de una carta el asunto pelagiano.
Calcis	Baranina	Profesor de hebreo. Carta 125, 12.
	Marcos, presbítero	Compañero en la experiencia eremítica. Carta 7,1.
	Zenobio, el bienaventurado	Carta 17, 4.
	Cirilo	Monje, amigo de Jerónimo y de Zenobio.
Cartago	Aurelio	Obispo de Cartago a quien le escribe una carta.
Concordia	Pablo de Concordia	Carta 10. Concordia es una ciudad cercana a Aquileya.
Constantinopla	Teodosio	Emperador en Oriente del 379 al 395 Carta 58, 8.
	Emperador Constancio	Concilio. De allí se deriva el arrianismo visigótico.
	San Gregorio Nacianceno	Obispo de la nueva capital del Imperio.
	Gregorio de Nisa	Obispo de la ciudad.
	Epifanio de Chipre	Obispo de Salamina de Chipre que, junto con Paulino de Antioquía persuadieron a Jerónimo de ir de Constantinopla a Roma.
	Juan Crisóstomo	Obispo de Constantinopla (Cartas 113 y 114)
Cremona	Eusebio de Cremona	Personaje que exagera la discusión entre Rufino y Jerónimo en el segundo origenismo.
Chipre	Jerónimo	Cuarta etapa de su viaje a Belén.
Egipto	Rufino	Compañero de estudios y partícipe de su misma vocación. Posteriormente, terminaría su profunda amistad, debido al problema del primer origenismo.
	Paula	Da limosnas a los monjes durante la peregrinación que los llevaría a Tierra Santa.
	Dídimo el Ciego	Alejandro, Jerónimo lo visitó para aprender de él (Carta 84,3)
Eleuterópolis (Palestina)	Epifanio de Chipre	Monasterio donde se formó Epifanio.
	Epifanio y Pauliniano	Ordenación presbiteral de Pauliniano (Carta 51, 1)
Estridón	Pauliniano	Hermano de J.
	Eusebio	Padre de J.
	Castorina	Tía de J. Carta 13.
	Lupicino	Carta 7, 5 Parece ser el obispo de Estridón y que no hace una buena labor pastoral.
Galia	Algasia	Carta 121.
	Hebidia	Carta 120.
Hipona (África)	Agustín	395 Escribe a Jerónimo una carta que llegó a sus manos desfigurada después de haber sido conocida y transformada en Roma. 398 Le escribe una carta J sobre la interpretación de Gal 1, 11-14, que desata una larga polémica.

		404 Escribe a Jerónimo acerca del dolor que siente por la rivalidad entre él y su amigo Rufino (Carta 110,8)
Isla en el Adriático	Bonoso	Amigo desde la infancia.
Islas Jónicas	Jerónimo	Tercera etapa del viaje de Jerónimo a Belén.
Jerusalén	Florentino, monje de Jerusalén	Carta 4, 1 Carta 5, 2.
	Pelagio	Llegó después del saqueo a Roma del 410.
	Celestio	Llegó después del saqueo a Roma del 410.
Matuma	Jerónimo-Paula	Lugar a donde llegaron inmediatamente antes de su arribo a Belén.
Nitria	Teófilo (Obispo de Alejandría)	Desiertos del norte de Egipto donde había monjes origenistas. Carta 82 (397) Primera carta de Jerónimo a Teófilo.
Pelusio	Jerónimo-Paula	Allí se embarcaron definitivamente para Belén, debido a los terribles calores de Egipto
Rin	Bonoso	Carta 3, 5
Roma	Albina	Madre de Marcela, vivía con ella en el cenáculo del Aventino.
	Apronio	Le escribe Jerónimo una carta sobre la destrucción de sus monasterios a manos de los pelagianos (139)
	Blesila	Hay dos, una la madre de Paula y otra, la hija de Paula.
	Asela	Virgen que compartía el cenáculo con Marcela y Albina.
	Donato	Desconocido personaje antipelagiano con quien Jerónimo se comunica en los últimos meses de su vida.
	Domnión	Amigo de Jerónimo en su época romana, junto con Océano, Rogaciano y Panmaquio (más o menos la versión masculina del círculo del Aventino)
	Elio Donato	Profesor de J en Roma.
	Eustoquia	Hija de Paula.
	Evagrio, presbítero	Carta 5, 3.
	Fabiola	Carta 77.
	Inocencio	Carta 3, 3.
	Juliano	Emperador Romano 361-363.
	Lea	Virgen del círculo del Aventino que murió antes del viaje de J a Belén Carta 23, 2.
	Marcela	(Carta 127,7) Tenía un palacio en el Aventino.
	Nepociano	Joven que quiere ser presbítero y monje, sobrino de Heliodoro (Carta 53, 5) (Carta 60, 16) Lamento por las invasiones bárbaras.
	Océano	Amigo de Jerónimo en su época romana, junto con Domnión, Rogaciano y Panmaquio (más o menos la versión masculina del círculo del Aventino)
	Panmaquio	Amigo de Jerónimo en su época romana, junto con Océano, Rogaciano y Domnión (más o menos la versión masculina del círculo del Aventino) Se casó con Paulina, la hija de Paula.
	Principia	Virgen a quien Jerónimo escribió la carta 127 (elogio fúnebre a Marcela)
	Rogaciano	Amigo de Jerónimo en su época romana, junto con Océano, Domnión y Panmaquio (más o menos la versión masculina del círculo del Aventino)
	Rogato	Padre de Paula, Jerónimo dice que es descendiente de Agamenón, destructor de Troya.
	Rufina	Hija de Paula.
Toxocio	Hay dos: uno, el Esposo de Paula y otro, el hijo.	
Vital	Carta 15, 1 Personaje que se nombra con motivo de la discusión sobre la hipóstasis (desierto de Calcis) Es sacerdote de Melecio	
Roma	Hilas	Esclavo de Melania (Carta 3, 3)
	Dámaso	Jerónimo es retenido por el Papa para que maneje los archivos y la correspondencia sinodal entre Oriente y Occidente.

	Paula	Noble romana, seguidora de Jerónimo.
	Macario	Origenista que influyó en Rufino en el segundo origenismo.
	Anastasio	Papa que condenó los escritos de Orígenes.
	Inocencio	Papa (Cartas 135 y 139).
Siria	Rufino el Sirio	(Carta 81, 2). Inició una doctrina que ponía en duda la transmisión del pecado de Adán (doctrina de Pelagio) Parece que fue quien formó a Pelagio, a su vez Pelagio formó a Celestio.
Tolosa	Ripario	Destinatario de una carta (138) en la que insinúa la razón por la cual no denunció a los pelagianos que destruyeron sus monasterios
Tréveris	Bonoso	Carta 5, 2. En este sitio seguro vivió Jerónimo y copió o consiguió libros como parte de un plan que ya tenía preestablecido (desierto de Calcis).

**Anexo 4**  
**Emperadores de oriente y Occidente en tiempos de Jerónimo**

<b>Años</b>	<b>Occidente</b>	<b>Oriente</b>	<b>Usurpadores</b>	<b>Jerónimo</b>
340-350	Constante		Magnencio (350-353)	347 Nace en Estridón.
337-351		Constancio II	Decencio (351, Galia)	
351-361	Constancio II		Nepotiano (350, Roma)	
			Vetranio (350, Panonia)	
			Silvano (355)	
360-363	Juliano			
363-364	Joviano		Firmo (327-325, África)	
364-367	Valentiniano I			
367-375	Valentiniano I y Graciano			374 Estancia en Tréveris.
364-378		Valente	Procopio (365-366, Constantinopla)	375-377 Desierto de Calcis.
			Marcelo (366)	
367-383	Graciano y Valentiniano II			379-381 Constantinopla
375-392	Valentiniano II		Magno Máximo (383-388, Occidente)	382-385 Roma.
379-394		Teodosio I	Flavio Víctor (384-388, Galia)	385 en adelante, Belén.
394-395	Teodosio I		Eugenio (392-394, Occidente)	
(383-395) 395-408		Arcadio	Marco (406-407, Britania)	
			Graciano (407, Britania)	
			Constantino III (407-411, Occidente)	
			Constante II (409-411, Occidente)	
			Máximo (409-411, Hipania)	
			Prisco Atalo (409-410, Italia)	
			Prisco Atalo (414-415, Galia)	
			Jovino (411-413, Galia)	
			Sebastián (412-413, Galia)	
(393-395) 395-423	Honorio			
408-450		Teodosio II		419 Muere en Belén.
340-350	Constante		Magnencio (350-353)	347 ¿? Nace en Estridón.
337-351		Constancio II	Decencio (351, Galia)	
351-361	Constancio II		Nepotiano (350, Roma)	
			Vetranio (350, Panonia)	
			Silvano (355)	
360-363	Juliano			
363-364	Joviano		Firmo (327-325, África)	
364-367	Valentiniano I			
367-375	Valentiniano I y Graciano			374 Estancia en Tréveris.
364-378		Valente	Procopio (365-366, Constantinopla)	375-377 Desierto de Calcis.

			Marcelo (366)	
367-383	Graciano y Valentiniano II			379-381 Constantinopla
375-392	Valentiniano II		Magno Máximo (383-388, Occidente)	382-385 Roma. 385 en adelante, Belén.
379-394		Teodosio I	Flavio Víctor (384-388, Galia)	
394-395	Teodosio I		Eugenio (392-394, Occidente)	
(383-395) 395-408		Arcadio	Marco (406-407, Britania) Graciano (407, Britania) Constantino III (407-411, Occidente) Constante II (409-411, Occidente) Máximo (409-411, Hipania) Prisco Atalo (409-410, Italia) Prisco Atalo (414-415, Galia) Jovino (411-413, Galia) Sebastián (412-413, Galia)	
(393-395) 395-423	Honorio			
408-450		Teodosio II		

**Anexo 5**

**Ciudades de Oriente. Referencias en las obras de Jerónimo**

CIUDAD	REFERENCIA
Palestina (provincia) Diócesis de Oriente	Carta 58, 3. Carta 60, 16. Carta 114, 2. Carta 126, 2 Carta 129, 4.
Mesopotamia (provincia) diócesis de Oriente	Carta 46, 10. Carta 58, 3. Comentario a Amós 301. San Jerónimo. <i>Obras completas IIIa</i> , Comentarios a los profetas menores, edición bilingüe promovida por la Orden de San Jerónimo, 547BAC, Madrid, 2000. Carta 129, 4.
Jerusalén – provincia de Palestina Diócesis de Oriente	Carta 4, 2. Carta 5, 1. Carta 46, 10. Carta 46, 2. Carta 46, 3. Carta 58, 3. Carta 58, 3. Carta 58, 4. Carta 77, 8. Carta 77, 8. Carta 114, 2.
Fenicia	Carta 60, 16. Carta 114, 2. Carta 126, 2.
Egipto (provincia) Diócesis de Egipto	Carta 4, 2. Carta 7, 2. Carta 17, 2. Carta 46, 10. Carta 58, 3. Carta 60, 16. Carta 77, 8. Carta 77, 10. Carta 107, 2. Carta 119, 1. <i>Comentario a Ezequiel</i> , Libro Tercero, Nº 91. San Jerónimo. <i>Obras completas Va</i> , Comentario a Ezequiel (Libros I-VIII), edición bilingüe promovida por la Orden de San Jerónimo, BAC, Madrid, 157, 2005. Carta 126, 2. Carta 129, 4.
Constantinopla (provincia de Tracia) Diócesis de Tracia	Carta 146, 1 <i>Comentario a Nahum</i> No 573, Tomo IIIb, 93. Carta 60, 16. Carta 60, 16.
Calcis (provincia de Siria) Diócesis de Oriente	San Jerónimo, <i>Epistolario</i> . Biblioteca de Autores Cristianos, trad. Juan Bautista Valero, Madrid, Tomo I. 15-16,1993, Carta 7, 2. San Jerónimo. <i>Obras completas I</i> , Obras Homiléticas, edición bilingüe promovida por la Orden de San Jerónimo, BAC, 60Madrid, 1999. San Jerónimo. <i>Obras completas IIIa</i> , <i>Comentarios a los profetas menores</i> , edición bilingüe promovida por la Orden de San Jerónimo, BAC, Madrid, 2000. Comentario a Abdías, 635, 350.
Antioquía (provincia de Siria) Diócesis de Oriente	San Jerónimo, <i>Epistolario</i> . Biblioteca de Autores Cristianos, trad. Juan Bautista Valero, Tomo I 16. Madrid, 1993. Carta 60, 16.

	<p>Carta 92.  San Jerónimo, <i>Epistolario</i>. Biblioteca de Autores Cristianos, trad. Juan Bautista Valero, Tomo I, 30-31 Madrid, 1993.  San Jerónimo. <i>Obras completas I, Obras Homiléticas</i>, edición bilingüe promovida por la Orden de San Jerónimo, BAC, 61 Madrid, 1999.  Carta 108, 6.</p>
<p>África  Diócesis de África</p>	<p>Carta 146, 1.  Carta 112, 22  <i>Comentario a Ezequiel</i>, Libro Séptimo, N° 227, Obras Completas Va, 449.  <i>Comentario a Ezequiel</i>, Libro Tercero, N° 91. Obras Completas Va, 157.  Carta 146, 1.  Carta 112, 22.  <i>Comentario a Ezequiel</i>, Libro Séptimo, N° 227, Obras Completas Va, 449  <i>Comentario a Ezequiel</i>, Libro Tercero, N° 91. Obras Completas Va, 157</p>
<p>Siria (provincia)  Diócesis de Oriente</p>	<p>Carta 3, 3  San Jerónimo, <i>Epistolario</i>. Biblioteca de Autores Cristianos, trad. Juan Bautista Valero, Tomo I. 15-16. Madrid. Página, 1993  Carta 5, 1.  Carta 15, 2.  Carta 16, 2  Carta 46, 10  San Jerónimo. <i>Obras completas IIIa, Comentarios a los profetas menores</i>, Comentario a Abdías, 350. 635 Madrid, 2000.  Carta 126, 2.  Carta 129, 4.</p>
<p>Persia</p>	<p>Carta 46, 10.  Carta 146, 1.  Carta 107, 2.  Carta 129, 4.</p>
<p>Galacia (provincia)  Diócesis del Ponto</p>	<p>Carta 3, 3.</p>
<p>Capadocia (provincia)  Diócesis del Ponto</p>	<p>Carta 3, 3.</p>
<p>Cilicia  Diócesis de Oriente</p>	<p>Carta 3, 3</p>
<p>Grecia  Diócesis de Macedonia</p>	<p>San Jerónimo, <i>Epistolario</i>. Biblioteca de Autores Cristianos, trad. Juan Bautista Valero, Tomo I. 15. Madrid, 1993.</p>
<p>Tracia  Diócesis de Tracia</p>	<p>Carta 3,3.</p>
<p>Ponto  Diócesis del Ponto</p>	<p>Carta 3,3.</p>
<p>Bitinia  Diócesis del Ponto</p>	<p>Carta 3,3.</p>

## Índice de Tablas

Tabla 1	
Origen y destino de las cartas de Jerónimo.....	22
Tabla 2	
Equipamiento urbano según Jerónimo.....	38
Tabla 3	
Costumbres romanas y prohibiciones en la obra de Jerónimo.....	44
Tabla 4	
Prohibiciones hechas por Jerónimo a las mujeres.....	45
Tabla 5	
Elementos de condena de las ciudades .....	48
Tabla 6	
Valores y escenario para su vivencia.....	49
Tabla 7	
Convivencia de elementos paganos y cristianos en Palestina, de Adriano a Constantino.....	61
Tabla 8	
Manifestaciones del proceso de cristianización.....	62
Tabla 9	
Presencia cristiana en la burocracia imperial.....	72
Tabla 10	
Invasiones de finales del siglo IV.....	101
Tabla 11	
Invasiones de la primera década del siglo V.....	109
Tabla 12	
Ciudades visitadas por Paula en su viaje a Belén.....	138
Tabla 13	
Ciudades visitadas por Pablo que coinciden con las de la peregrinación de Paula .....	139

## Índice de esquemas

Esquema 1	
Esclavitud en las ciudades y liberación en el campo.....	53
Esquema 2	
Conversión de los nobles romanos según el texto del “obispo improvisado.....	71
Esquema 3	
Niveles de conocimiento y método .....	77
Esquema 4	
Destino de los pobres y de los ricos según la visión cristiana.....	82